

novela

autora de
*LA CASA DE LAS
MINIATURAS*

LA MUSA

JESSIE BURTON

 salamandra

Contenido

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Lema](#)

[I. REPOLLOS Y REYES](#)

[Junio](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[Enero](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[II. PERTENECER A UN LUGAR](#)

[Agosto](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[Febrero](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[III. LAS CHICAS DEL LEÓN](#)

[Octubre](#)

[10](#)

[11](#)

[Abril](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[IV. EL SIGLO DEVORADO](#)

[Noviembre](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[Septiembre](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[V. RUFINA Y EL LEÓN](#)

[Noviembre](#)

[18](#)

[19](#)

[VI. EL PUNTO DE APOYO](#)

[XXIV](#)

[EPÍLOGO](#)

[20](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Jessie Burton

LA MUSA

Alice, Teasel y Pip

«Jamás volverá a narrarse una historia como si fuera la única.»

JOHN BERGER

I

REPOLLOS Y REYES

Junio

1967

1

No todos recibimos lo que nos merecemos. Muchos momentos que cambian el curso de una vida —una conversación con un desconocido a bordo de un barco, por ejemplo— son pura casualidad. Y aun así, nadie te escribe una carta ni te escoge como confesor sin tener una buena razón. Esto es lo que ella me enseñó: que para tener suerte en la vida hay que estar preparado. Hay que poner las piezas en juego.

Cuando me llegó a mí el día, hacía tanto calor que se me habían formado medias lunas bajo las axilas en la blusa que la zapatería proporcionaba a todas las empleadas.

—No importa el número —dijo la mujer, a la vez que se secaba la cara con un pañuelo.

Me dolían los hombros y tenía las puntas de los dedos irritadas. Me quedé mirándola; el sudor le había convertido el color rubio del flequillo en un marrón parecido al pelaje de un ratón mojado. El calor de Londres; nunca tiene por dónde escapar. Yo no lo sabía aún, pero aquella mujer iba a ser la última clienta a la que atendería.

—¿Disculpe?

—He dicho —recalcó ella con un suspiro— que me vale cualquier número.

Ya era casi la hora de cerrar, lo que significaba que tendríamos que pasar la aspiradora por la moqueta para recoger todas las partículas de piel seca: migas de pies, las llamábamos. Cynth siempre decía que con aquellos desechos podríamos haber moldeado un pie entero, un monstruo capaz de ponerse a bailar él solo. A ella le gustaba su empleo en Dolcis Shoes y me había conseguido el mío, pero, transcurrida la primera hora, yo ansiaba el frescor de mi habitación, mis cuadernos baratos, el lápiz que me esperaba junto a la estrecha cama. «Chica, alegre esa cara —me susurraba Cynth—, ¿acaso prefieres trabajar en la funeraria de al lado?»

Me replegué en dirección al almacén, un lugar al que solía escaparme, pues ya me había vuelto inmune a su intenso olor a suelas de caucho. Tenía ganas de meterme allí y gritar en silencio contra aquella pared de cajas.

—¡Espere! ¡Oiga, espere! —gritó la mujer al ver que me iba.

Cuando tuvo la seguridad de contar con toda mi atención, se inclinó y se quitó el gastado zapato de salón que llevaba, dejando al descubierto un pie sin dedos. No tenía ni uno. Era un muñón liso, un bloque de carne que descansaba inocente sobre la desvaída moqueta.

—¿Lo ve? —me dijo en tono resignado, al tiempo que se descalzaba el otro pie y revelaba una situación idéntica—. Relleno las punteras con papel, así que da lo mismo que me traiga un número u otro.

Fue todo un espectáculo y no se me ha borrado de la memoria: la inglesa que me enseñó sus pies sin dedos. En aquel momento quizá me dio asco. Siempre se dice que los jóvenes soportan mal la fealdad, que no han aprendido a disimular la sorpresa. En realidad, yo no era joven, tenía veintiséis años. No sé lo que hice en aquel momento, pero sí recuerdo que se lo conté a Cynth cuando regresábamos al piso que compartíamos frente a Clapham Common y también recuerdo que ella lanzó una exclamación de horror al imaginar aquellos pies sin dedos.

—¡El Monstruo de los Muñones! —exclamó—. ¡Viene a devorarte, Delly! —A continuación, en un tono más optimista y pragmático, añadió—: Al menos puede usar los zapatos que quiera.

A lo mejor aquella mujer era una bruja que anunciaba el cambio que iba a obrarse en mi camino. No lo

creo, porque de eso se encargó otra mujer distinta, pero sí da la sensación de que su presencia puso un macabro punto final a ese capítulo de mi vida. ¿Creyó ver una vulnerabilidad similar en mi persona? ¿Ocupábamos ella y yo un espacio en el que no teníamos más remedio que rellenar el hueco con papel? No lo sé. Cabe una minúscula posibilidad de que ella sólo quisiera comprarse unos zapatos nuevos. Y aun así, siempre la recuerdo como salida de un cuento de hadas, porque aquél fue el día en que todo cambió.

A lo largo de los cinco años transcurridos desde que viajé en barco de Puerto España a Inglaterra, había solicitado otros muchos empleos y no me habían contestado de ninguno. Cuando el tren de Southampton entró en la estación de Waterloo, Cynth confundió las chimeneas de las casas con fábricas, una promesa de trabajo abundante. La promesa resultó difícil de cumplir. Yo solía fantasear con dejar Dolcis una vez que me admitieran como encargada de servir el té en un periódico nacional. En mi país, con mi titulación y mi amor propio, nunca se me habría ocurrido servir el té a nadie, pero Cynth me había dicho: «Ese trabajo podría desempeñarlo una rana sorda, tuerta y coja y en cambio a ti no te lo darían, Odelle.»

Cynth, con la que había ido al colegio y con la que había viajado a Inglaterra, estaba perdidamente enamorada de dos cosas: los zapatos y su prometido, Samuel, al que había conocido en nuestra iglesia de Clapham High Street. (Sam resultó ser todo un regalo inesperado, teniendo en cuenta que lo normal era que aquella iglesia estuviera repleta de señoras maduras que nos hablaban de las maravillas de los viejos tiempos.) Como tenía a Samuel, Cynth no se agobiaba por todo, al contrario que yo, y eso podía ser una fuente de tensiones entre nosotras. Yo afirmaba a menudo que ya no podía más, que no era como ella, y Cynth me respondía: «Ah, ¿porque yo soy una pobre tonta y tú mucho más inteligente?»

Había llamado por teléfono a muchos anuncios de trabajos para los que no se requería experiencia y en todos me respondían con gran amabilidad, hasta que acudía personalmente al sitio y, ¡milagro, milagro!, todos los puestos estaban ya ocupados. Aun así, ya fuera debido a una actitud irracional o al deseo de reclamar lo que me correspondía por derecho, continué solicitando empleos. El más reciente —y el mejor que había visto hasta entonces— era un puesto de mecanógrafa en el Instituto de Arte Skelton, un lugar lleno de columnas y pórticos. Incluso había ido a verlo en una ocasión, el sábado libre que me correspondía cada mes. Deambulé todo el día por las salas, de Gainsborough a Chagall, pasando por las aguatinas de William Blake. En el tren de regreso a Clapham, una niña se quedó mirándome fijamente, como si yo fuera un cuadro. De pronto, alargó sus dedos y me tocó el lóbulo de la oreja, al tiempo que preguntaba a su madre:

—¿Está suelto?

Su madre no la reprendió; por su cara, parecía esperar que el propio lóbulo se encargara de dar una maldita respuesta.

Yo no había peleado con los chicos a fin de obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de las Indias Occidentales para nada. No había soportado que una niña me pellizcase la oreja en un vagón de tren para nada. En mi país, el mismísimo Consulado Británico me había concedido el primer premio de los Estudiantes de la Commonwealth por mi poema titulado «El lirio araña del Caribe». Lo siento, Cynth, pero no pensaba pasarme el resto de la vida probando zapatos a aquellas Cenicientas sudorosas. Hubo lágrimas, por supuesto, y la mayoría de ellas mojaron mi hundida almohada. La presión del deseo me retorció las entrañas. Eso me avergonzaba y, sin embargo, me definía. Yo tenía cosas más importantes que hacer y ya llevaba cinco años esperando. Entretanto, escribía poemas vengativos acerca del clima inglés y mentía a mi madre diciéndole que Londres era el paraíso.

Cuando Cynth y yo llegamos a casa, nos encontramos la carta en el felpudo. Me quité los zapatos y me

quedé de pie en el vestíbulo, inmóvil como una piedra. El matasellos era de Londres W1, el centro del mundo. Sentí las frías baldosas victorianas bajo mis pies descalzos; dedos flexionados contra el marrón y el azul. Deslicé el pulgar por debajo de la solapa del sobre y la levanté como si fuera una hoja rota. Tenía el membrete del Instituto de Arte Skelton.

—¿Y bien? —me apremió Cynth.

No respondí, con la uña del dedo seguía el estampado floral en relieve del empapelado de la pared mientras, en estado de *shock*, leía el contenido de la carta hasta el final.

*Instituto Skelton
Skelton Square
Londres, W1*

16 de junio de 1967

Estimada señorita Bastien:

Gracias por enviar su carta de solicitud y su currículum vitae. Prosperar, sean cuales sean las circunstancias que la vida nos depare, es lo mínimo que puede anhelar cualquier ser humano. Está claro que usted es una joven dotada de una gran capacidad y una amplia preparación. Tengo, pues, el placer de invitarla a una semana de prueba en el puesto de mecanógrafa.

Hay mucho que aprender y una gran parte debe aprenderse en solitario. Si esta oferta es de su agrado, le ruego que me haga saber a vuelta de correo si la acepta, en cuyo caso continuaremos con el procedimiento. El salario inicial es de diez libras por semana. Con mis mejores deseos,

Marjorie Quick

¡Diez libras por semana! En Dolcis ganaba sólo seis. Cuatro libras suponían una grandísima diferencia, pero lo importante no era el dinero, sino que con ese empleo estaba un paso más cerca de lo que siempre había considerado que eran las Cosas Importantes: la cultura, la historia, el arte. La carta estaba firmada con tinta negra, la «M» y la «Q» eran extravagantes, casi de aspecto italiano de tan magníficas. La carta olía ligeramente a un perfume peculiar y estaba un poco doblada, como si Marjorie Quick la hubiera tenido unos días guardada en el bolso antes de tomar la decisión de echarla al correo.

Adiós, zapatería, adiós, empleo soporífero.

—Lo he conseguido —susurré a mi amiga—. Quieren que trabaje para ellos. Lo he conseguido de verdad.

Cynth soltó un grito y me dio un abrazo.

—¡Sí!

Se me escapó un sollozo.

—Lo has logrado, ahora sí —repetía Cynth una y otra vez, mientras yo le resollaba en el cuello igual que la brisa que sopla tras una tormenta en Puerto España. Finalmente, cogió la carta y me preguntó—: ¿Qué clase de nombre es Marjorie Quick?

Yo estaba demasiado eufórica para contestarle.

Ya puedes clavar las uñas en la pared, Odelle Bastien; destroza ese empapelado de flores. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que ocurrió y los problemas que todo aquello te causó, ahora me pregunto si volverías a hacer lo mismo. ¿Te presentarías en el Skelton a las ocho y veinticinco de la mañana del lunes 3 de julio de 1967, ajustándote aquel sombrerito nuevo, agitando los pies dentro de tus zapatos de Dolcis, a trabajar por diez libras a la semana para una mujer que se llamaba Marjorie Quick?

Sí, lo haría de nuevo. Porque yo era Odelle y Quick era Quick. Y creer que existen segundas oportunidades es de necios.

2

Había imaginado que trabajaría en una sala abarrotada de laboriosas mecanógrafas, pero estaba yo sola. Una gran parte del personal se hallaba ausente, supongo que de vacaciones en algún lugar exótico como Francia. Todos los días subía la escalinata de piedra que conducía hasta las amplias puertas del Skelton, cuyas hojas llevaban grabado en letras doradas «ARS VINCIT OMNIA». Apoyando las manos en el *vincit* y en el *omnia*, empujaba las puertas y entraba en un espacio que olía a cuero viejo y a madera pulimentada; a mi derecha había un largo mostrador de recepción y detrás de éste una pared llena de casilleros, ya ocupados con el correo matinal.

La vista desde el sitio que me habían asignado era horrible: un muro de ladrillos ennegrecidos por el hollín y una profunda caída en vertical cuando uno se asomaba. Alcanzaba a ver un callejón al que salían a fumar los botones y las secretarias del edificio contiguo. No llegaba a oír sus conversaciones, tan sólo observaba su lenguaje corporal, el ritual de una mano que palpaba un bolsillo, dos cabezas que se juntaban como para darse un beso cuando el cigarrillo salía del paquete y el encendedor le prendía fuego, una pierna inclinada hacia atrás con coquetería, contra una pared. Era un lugar de lo más recoleto.

Skelton Square se hallaba detrás de Piccadilly, hacia el río. Existía desde el reinado de Jorge III y había salido bien parada de los bombardeos del Blitz. Más allá de los tejados se oía el ruido de Piccadilly Circus: motores de autobuses y bocinas de automóviles, las continuas llamadas de los muchachos que vendían leche. En aquel lugar, en pleno corazón del West End de Londres, había una falsa sensación de seguridad.

Durante casi toda la primera semana, la única persona con la que hablé fue una joven llamada Pamela Rudge. Era la recepcionista y siempre estaba allí, en su mostrador, leyendo el *Express* con los codos apoyados en el tablero y mascando chicle, hasta que aparecían los peces gordos y tiraba el chicle a la papelera. Entonces, con una leve mueca de sufrimiento, como si la hubieran interrumpido en medio de una actividad dificultosa, plegaba el periódico como si se tratara de un delicado encaje y levantaba la vista hacia mí.

—Buenos días, Adele —me decía.

A sus veintiún años, Pam Rudge era el último espécimen de una larga lista de empleadas del East End, con una colmena inmóvil sujeta con laca a la cabeza y suficiente lápiz de ojos como para cinco faraones.

Rudge era una chica moderna, abiertamente sexual. Me gustaba su vestido color verde menta y sus blusas de grandes lazadas en tonos anaranjados oscuros, pero yo no tenía suficiente seguridad en mí misma para lucir mi cuerpo de aquella forma. Todo mi atractivo estaba dentro de mi cabeza. Deseaba sus barras de carmín, su colorete, pero aquellos polvos me transportaban a extrañas zonas grises en las que parecía un espectro. En el departamento de maquillaje de Arding & Hobbs, del barrio de Clapham Junction, sólo encontraba cosas con nombres como «Mantequilla», «Rubio Maíz», «Rojo Melocotón», «Flor de Sauce» y demás cursiladas.

Llegué a la conclusión de que Pamela era de esas personas cuya idea de una noche divertida consistía en atiborrarse de salchichas en Leicester Square. Seguro que se gastaba el sueldo en laca y novelas malas, pero era demasiado tonta incluso para leer eso. Yo debía de transmitirle inadvertidamente estos

pensamientos, porque cada mañana, cuando me veía llegar, abría mucho los ojos con expresión de sorpresa, como si la asombrara que hubiera tenido el valor de volver, o bien mostraba un aburrimiento rayano en lo comatoso en cuanto yo asomaba la cabeza. A veces ni siquiera levantaba la vista cuando yo alzaba la trampilla del mostrador y la dejaba caer de nuevo, haciendo el mínimo ruido posible junto a su oído derecho.

En cierta ocasión, Cynth me dijo que yo estaba más guapa de perfil, y le contesté que ese comentario me hacía sentir como si fuese una moneda. Pero ahora me hace pensar en mis dos caras, en la impresión de persona arrogante que seguramente le di a Pamela, en la calderilla de mi personalidad que aún no se había guardado nadie en el bolsillo. Lo cierto era que me sentía muy superior frente a una chica como Rudge.

Ella no conocía a ningún otro «negro», me dijo el jueves de aquella primera semana. Cuando le contesté que yo tampoco conocía a nadie por ese nombre hasta que llegué allí, me miró con un gesto totalmente inexpresivo.

Sin embargo, a pesar del torpe baile con Pamela, me sentía eufórica por estar allí. El Skelton era el Edén, La Meca y Pemberley; mis mejores sueños hechos realidad. Un despacho, una mesa, una máquina de escribir, el paseo por Pall Mall por la mañana cuando iba andando desde Charing Cross, un bulevar de luz dorada.

Una de mis tareas consistía en transcribir notas de investigación para académicos de los que sólo veía sus indescifrables garabatos sobre estatuas de bronce o conjuntos de linograbados. Disfrutaba con ello, pero mi cometido principal giraba en torno a una bandeja que había sobre mi mesa y que siempre estaba llena de cartas que tenía que pasar a máquina y entregar a Pamela. La mayoría de las veces eran bastante triviales, pero de vez en cuando me encontraba con una joya, una carta de súplica dirigida a algún viejo millonario o a alguna dama decrepita que estaban en las últimas. «Mi querido sir Peter, fue un gran placer para mí identificar el Rembrandt que conservaba usted en su desván en el año 57. ¿Tendría la amabilidad de permitir que el Skelton lo ayudara a catalogar el resto de su maravillosa colección?» Y así sucesivamente. Había cartas dirigidas a financieros y a magnates del cine en las que se los informaba de que había un Matisse circulando por ahí o se les preguntaba si les gustaría que se pusiera su nombre a una nueva sala del Skelton, siempre y cuando nosotros pudiéramos llenarla con obras de su propiedad.

Principalmente las redactaba el director, un individuo llamado Edmund Reede. Pamela me contó que tenía unos sesenta años y un carácter irascible. Durante la guerra había tenido algo que ver con la recuperación de obras de arte confiscadas por los nazis, pero no sabía más. Para mí, el nombre de Edmund Reede evocaba esa quintaesencia intimidatoria de lo inglés, caballeros vestidos por los sastres de Savile Row, que acudían a los clubes de Whitehall, comían bistecs y cazaban zorros. Trajes de tres piezas, cabello engominado, reloj de oro del bisabuelo Henry. Me cruzaba con él por los pasillos y siempre me miraba con cara de sorpresa. Era como si yo fuese completamente desnuda. En el colegio habíamos estudiado a los personajes como él: caballeros protegidos, ricos, de raza blanca, que cogían su pluma y describían el mundo para que los demás lo leyéramos.

El Skelton era un poco como ese mundo, al que me habían enseñado que me convenía pertenecer, y sólo con pasar a máquina aquellas cartas ya me sentía más cerca de todo ello, como si mi contribución fuera muy valiosa, como si me hubiesen escogido por alguna razón particular. Y lo mejor de todo: trabajaba muy rápido. De manera que, cuando terminaba las cartas, aprovechaba una hora suelta aquí y otra allá para escribir mi propia obra. Empezaba una y otra vez, arrugaba infinitas hojas de papel y me aseguraba de guardármelas en el bolso en vez de dejarlas en la papelera a modo de prueba. Algunos días me iba a casa con el bolso rebosante de bolas de papel.

Le dije a Cynth que ya se me había olvidado el olor del almacén de Dolcis.

—Es como si una semana pudiera hacer que desaparecieran cinco años —comenté, resuelta y entusiasmada por mi transformación.

Le hablé de Pamela y bromeé acerca de la rigidez de su peinado de colmena. Cynth se quedó quieta un momento y frunció el ceño, porque estaba friéndome un huevo en nuestro minúsculo piso y el hornillo no era muy de fiar.

—Me alegro por ti, Delly —me dijo—. Me alegro de que te esté yendo tan bien.

El viernes de la primera semana, ya terminadas las cartas de Reede, estaba yo batallando con un poema durante un rato de calma. Cynth me había dicho que lo único que quería como regalo de boda era «algo escrito por ti, que se note que ves mi boda como sólo tú eres capaz de verla». Conmovida pero angustiada, me quedé con la vista fija en la máquina de escribir del Skelton, pensando que era evidente que Cynth y Sam estaban hechos el uno para el otro. Eso me hizo pensar en mi propia carencia; tenía el pie, pero no el zapato de cristal. Y también me hizo darme cuenta de que llevaba varios meses desechando todo lo que escribía. Odiaba cada palabra que salía de mí, no les permitía ni respirar.

Justo cuando se me acababa de ocurrir una frase, entró una mujer.

—Hola, señorita Bastien —me saludó, y al momento la idea se esfumó—. ¿Qué tal le va? Permítame que me presente. Soy Marjorie Quick.

Me puse de pie y, con las prisas, le di un golpe a la máquina de escribir, lo que hizo reír a la mujer.

—Tranquila, esto no es el ejército. Siéntese.

Miré fugazmente el poema que tenía en el rodillo de la máquina y se me encogió el estómago al pensar que ella pudiese acercarse y verlo.

Marjorie Quick dio un paso adelante con la mano extendida y su mirada se desvió un instante hacia la máquina. Le estreché la mano deseando que se quedase al otro lado de la mesa. Así lo hizo y percibí el olor a tabaco que llevaba adherido a su persona, mezclado con un perfume almizcleño, masculino, que reconocí de la carta que me había enviado y que más adelante descubriría que se llamaba Eau Sauvage.

Marjorie Quick era menuda, erguida, y vestía de una manera que eclipsaba todos los esfuerzos de Pamela. Un pantalón ancho de color negro que flameaba como una vela cuando caminaba. Una blusa de seda rosa con un pañuelo de satén gris al cuello, un poco suelto. Como recién salida de Hollywood, con su cabello entrecano corto y rizado y con aquellas mejillas que parecían talladas en madera fina. Le calculé unos cincuenta y pocos años, pero no se parecía a ninguna cincuentona que yo hubiera conocido. Tenía el mentón puntiagudo y la rodeaba un aura de glamur.

—Hola —dije, sin poder dejar de mirarla.

—¿Algún problema?

Quick parecía sentir lo mismo que yo, porque clavó en mí sus iris oscuros y líquidos mientras aguardaba mi respuesta. Se la veía un poco ruborizada y tenía la frente ligeramente perlada de sudor.

—¿Problema? —repetí.

—Bien. ¿Qué hora es? —Tenía el reloj justo a la espalda, pero no se volvió.

—Casi las doce y media.

—Pues vámonos a comer.

3

Su nombre estaba grabado en una placa de latón clavada en su puerta. Me gustaría saber cuántas mujeres tenían despacho propio en Londres, en aquel año de Nuestro Señor de 1967. Las de clase trabajadora desempeñaban empleos de poca categoría, o bien eran enfermeras en el Servicio Nacional de Salud, u obreras o mecanógrafas como yo, y así había sido durante décadas. Pero entre eso y tener tu nombre grabado en la puerta había todo un mundo, un viaje casi irrealizable. Quizá Marjorie Quick pertenecía a la familia Skelton y ocupaba allí un puesto honorario.

Abrió la puerta —la placa destelló, iluminada por el sol que entraba por la ventana— y me hizo pasar. Su despacho era blanco y espacioso, con enormes ventanales que daban a la plaza. De las paredes no colgaba ningún cuadro, cosa que me resultó peculiar, teniendo en cuenta dónde estábamos. Tres de ellas estaban cubiertas de estanterías, en las que alcancé a ver sobre todo novelas del siglo XIX y de principios del XX, una sorprendente mezcla de obras de Hopkins al lado de las de Pound, y varios tomos de la historia de Roma. Como todos estaban encuadernados en tapa dura, no pude ver si los lomos estaban doblados o no.

Quick cogió un paquete de tabaco de encima de su amplio escritorio. Observé cómo sacaba un cigarrillo, titubeaba un momento y después se lo colocaba delicadamente en los labios. Acabaría acostumbrándome a ese hábito suyo de acelerar sus acciones sólo para ralentizarlas de nuevo, como si intentara contenerse. Hacía honor a la rapidez implícita en su apellido, pero siempre costaba trabajo discernir si lo natural en ella era su lado apresurado o el lánguido.

—¿Le apetece uno? —me ofreció.

—No, gracias.

—Entonces fumaré sola.

Su encendedor era plateado, pesado y recargable, de los que se dejan sobre una mesa en vez de guardarlos en el bolsillo. Era el típico objeto que uno esperaría encontrar en una casa de campo, un cruce entre granada de mano y algo que se saca a subasta en Christie's. El Skelton tenía mucho dinero, pensé, y Quick lo reflejaba. Estaba tácito pero presente en el corte de su blusa rosa de seda, en su audaz pantalón, en su parafernalia de fumadora. En ella misma. De nuevo me pregunté cuál sería exactamente el papel que desempeñaba allí.

—¿Una ginebra? —me ofreció entonces.

Titubeé. Nunca bebía mucho, no me gustaba el sabor del alcohol. El olor me recordaba demasiado a los hombres que frecuentaban los clubes de Puerto España: la burbuja de ron circulando por la sangre que terminaba estallando en un rugido de dolor sórdido o de euforia, audible en todas las carreteras polvorientas que llevaban hasta la ciudad. Pero Quick desenroscó el tapón de una botella que había sobre una mesa en un rincón y sirvió ginebra en dos vasos. Acto seguido, hurgó en una cubitera con unas pinzas y dejó caer dos cubitos en el mío, lo rellenó con tónica hasta el borde, agregó una rodaja de limón y me lo pasó.

Después se hundió en su sillón como si llevara veinte días de pie, bebió un sorbo de su ginebra, levantó el teléfono y marcó un número. Encendió el mechero y al instante apareció una gruesa llama de color anaranjado. La punta del cigarrillo chisporroteó y la hoja de tabaco comenzó a desmenuzarse en

hilillos de humo azul.

—Hola, ¿Harris? Sí, lo que haya hoy, pero para dos. Y una botella de Sancerre. Dos copas. ¿Cuánto tardarán? Muy bien.

Escuché la cadencia de su voz: era entrecortada y ronca, no sonaba totalmente inglesa, aunque sí había bastantes indicios de haberse educado en un internado con muchas corrientes de aire.

Colgó el teléfono y dejó el cigarrillo apoyado en un gigantesco cenicero de mármol.

—Era el restaurante de aquí al lado —me explicó—. Me resulta imposible sentarme allí.

Tomé asiento frente a ella, con el vaso en las manos, pensando en el sándwich que me había preparado Cynth, que en aquellos momentos estaría empezando a encogerse por el calor, dentro del cajón de mi mesa.

—Así que un empleo nuevo —dijo Quick.

—Sí, señora.

Ella dejó su vaso sobre el escritorio.

—Veamos, señorita Bastien. Jamás me llame «señora». Y tampoco soy «señorita». Me gusta que me llamen por mi apellido. —Esbozó una sonrisa contrita—. ¿El suyo es francés?

—Sí, eso creo.

—¿Habla francés?

—No.

—El ser y el tener me confunden sobremanera. Creía que los habitantes de Trinidad hablaban francés.

Titubeé un instante.

—Sólo unos pocos antepasados nuestros trabajaban dentro de las casas, en contacto con los franceses —expliqué.

Ella abrió mucho los ojos... ¿divertida, ofendida? Me fue imposible saberlo. Temí que mi lección de historia hubiese sido excesiva, demasiado altiva, y que me hiciera fracasar en mi período de prueba.

—Claro —contestó—. ¡Qué interesante! —Bebió otro trago de ginebra—. En estos momentos no hay mucho que hacer aquí —siguió diciendo—, pero espero que el señor Reede la mantenga ocupada con su infinito caudal de correspondencia. Me preocupa que se aburra usted.

—Seguro que no me aburriré. —Me acordé de Dolcis, de cómo nos sobrecargaban de trabajo a Cynth y a mí, de cómo nos miraban el culo los maridos mientras sus esposas se probaban zapatos de tacón—. Estoy muy contenta de trabajar aquí.

—Probablemente habrá más actividad en un solo día en Dolcis Shoes que en una semana entera en el Skelton. ¿Le gustaba su trabajo? —me preguntó—. ¿Disfrutaba tocándoles los pies a todas esas mujeres?

Era una pregunta un tanto sorprendente, con cierta insinuación sexual que me molestó, dado que yo aún era virgen. Pero no pensaba dejarme acobardar.

—Si le soy sincera —respondí—, treinta pares al día resultaba agobiante.

Ella se reclinó en su sillón y soltó una carcajada.

—¡Todos los quesos de Francia!

Su risa era contagiosa, de modo que yo me permití una risita tímida. Fue un comentario absurdo, pero sirvió para relajar la tensión que sentía.

—A algunas personas no les importa —dije, pensando en Cynth y en cómo estaba degradándola con aquella conversación, con aquel extraño juego cuyas reglas desconocía—. Hay que tener habilidad.

—Ya me lo imagino. Pero tantos pies anónimos... —La recorrió un escalofrío—. En el Skelton tenemos muchos retratos hermosos, pero en realidad las personas no somos más que brazos que cuelgan, intestinos que hacen ruido. Un hígado caliente. —Me miró con fijeza y le dio otra calada al cigarrillo—. He tenido mucho más tiempo que usted para llegar a esa conclusión, señorita Bastien. Los dedos de los pies, el

pliegue del codo. Disfrute mientras pueda de la dignidad que tienen.

—Lo intentaré —contesté, otra vez inquieta.

Quick transmitía cierta desazón; era como si estuviera actuando para mí, y yo no sabía por qué.

De pronto llamaron a la puerta. Dio permiso para que entraran y apareció nuestro almuerzo, servido sobre un carrito que empujaba un camarero muy anciano y escuálido que sólo tenía un brazo. Una cestita de panecillos, dos pescados planos, una ensalada abundante, una botella de vino metida en un recipiente con hielo y algo más oculto bajo una tapa de acero inoxidable. El anciano me miró y se sobresaltó como un conejo. Sus ojos húmedos volvieron a posarse en Quick.

—Eso es todo, Harris. Gracias —le dijo ella.

—No la hemos visto en toda esta semana, señorita —replicó él.

—Eh... he estado de vacaciones.

—¿Ha ido a algún sitio interesante?

—No. —Quick pareció momentáneamente desconcertada—. Me he quedado en casa.

A continuación, el hombre centró la atención en mí.

—Es un poco distinta de la anterior —comentó, ladeando la cabeza—. ¿Sabe el señor Reede que ha contratado a una morenita?

—Eso es todo, Harris —replicó Quick en tono tajante.

El viejo la miró con una mueca de contrariedad, dejó el carrito, me observó fijamente y salió por la puerta.

—Harris —dijo Quick cuando éste se hubo marchado, como si pronunciar su nombre fuera suficiente explicación—. Perdió el brazo en Passchendaele. Se niega a jubilarse, y nadie tiene valor para obligarlo.

Las palabras del hombre aún flotaban en el aire. Quick se levantó y me entregó un plato del carrito.

—Apóyelo en la mesa, si quiere.

Cogió el suyo y se lo llevó a su lado del escritorio. Tenía la espalda estrecha y esbelta, los omoplatos se le marcaban ligeramente a través de la blusa, como un par de aletas. La botella de vino venía ya descorchada, de modo que procedió a llenar las copas.

—Es muy bueno, no como el que utilizamos para el público. —El gorgoteo era ruidoso, exuberante y transgresor, como si estuviera sirviéndome un elixir a plena luz del día—. Salud —dijo rápidamente, a la vez que levantaba su copa—. Espero que le guste el lenguado al limón.

—Sí —respondí. Nunca lo había comido.

—Bueno. ¿Qué dijeron sus padres cuando les comunicó que iba a trabajar aquí?

—¿Mis padres?

—¿Se sintieron orgullosos?

Agité los dedos de los pies dentro de los zapatos.

—Mi padre falleció.

—Ah.

—Mi madre sigue viviendo en Puerto España. Soy hija única. Es posible que ni siquiera haya recibido aún mi carta.

—Ah. Debe de ser duro para las dos.

Pensé en mi madre, en lo mucho que creía en Inglaterra, un país que nunca vería; y pensé en mi padre, reclutado por la RAF y derribado en Alemania en medio de una bola de fuego. Cuando yo tenía quince años, el primer ministro de Tobago declaró que el futuro de los niños de aquellas islas estaba en sus carteras del colegio. Mi madre, desesperada por que mi vida no fuera como la suya, me empujó a superarme, pero ¿para qué, cuando toda la tierra que quedó tras la independencia se estaba vendiendo a empresas extranjeras que invertían los beneficios en sus respectivos países? ¿Qué se suponía que

debíamos hacer los jóvenes cuando llegáramos al fondo de aquellas carteras y descubriéramos que allí no había nada más que una costura desgarrada por el peso de los libros? Tuvimos que marcharnos.

—¿Se encuentra bien, señorita Bastien? —me preguntó Quick.

—Vine aquí con mi amiga Cynth —dije, pues no quería seguir pensando en Puerto España, ni en la lista de bajas en la que figuraba el nombre de mi padre, ni en la parcela vacía del cementerio de Lapeyrouse que mi madre aún conservaba sin ocupar, ni en las monjas católicas que me educaron mientras mi aflicción iba creciendo—. Cynthia se ha comprometido y va a casarse.

—Ah. —Quick tomó su cuchillo y empezó a separar un pequeño trozo de lenguado, y yo tuve la extraña sensación de estar diciendo demasiado sin haber dicho nada en absoluto—. ¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas. Yo voy a ser su dama de honor.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—En fin, usted se quedará sola, ¿no? Ella se irá a vivir con su marido.

Quick siempre insistía en eludir sus propias verdades a la vez que incidía en el meollo de las de los demás. No me dijo nada del Skelton y se concentró únicamente en averiguar cosas sobre mí, con lo cual no tardó en llegar hasta mis peores miedos. El hecho era que la inminente partida de Cynth de nuestro diminuto piso flotaba entre mi vieja amiga y yo como una pregunta tácita y cargada de malos augurios. Ambas sabíamos que ella se iría a vivir con Samuel, pero yo no era capaz de verme a mí misma compartiendo piso con nadie más, de modo que no hablaba del tema y Cynth tampoco. Yo presumía de mi nuevo empleo y ella se preocupaba de las invitaciones de boda y de prepararme sándwiches que yo olvidaba. El salario del Skelton alcanzaría para la segunda habitación del piso, la que ella iba a dejar vacante, y ése era mi único consuelo.

—Me gusta estar sola —dije, tragando saliva—. Será agradable disponer de un poco de espacio.

Quick fue a coger otro cigarrillo, pero de pronto pareció cambiar de idea. «Si estuvieras sola —pensé —, ya te habrías fumado tres pitillos más.» Sus ojos se posaron brevemente en mi rostro y levantó la tapa de acero inoxidable, que cubría un merengue de limón.

—Coma algo, señorita Bastien —me dijo—. Hay mucha comida.

Mientras yo consumía mi porción de merengue, Quick ni siquiera tocó el suyo. Daba la impresión de haber nacido para todo aquello, para fumar y pedir comida por teléfono, para hacer observaciones tangenciales. La imaginé con veintipocos años, paseando por Londres con un atuendo de lo más glamuroso, una gata caminando entre las bombas que caían a su alrededor. Me la representaba como un personaje mezcla de Mitford y Waugh, con un toque de Muriel Spark, a la que yo acababa de descubrir. Tal vez fuera una vanidad que me había inculcado la educación recibida, un tanto distinta del modelo de los colegios privados ingleses, con su latín y su griego y sus muchachos jugando al críquet, pero anhelaba conocer a personas excéntricas y seguras de sí mismas que hicieran mi vida más interesante; consideraba que merecía conocer a esa clase de personas que sólo salían en las novelas. Quick apenas tuvo que hacer nada, porque yo estaba de lo más deseosa y dispuesta. Privada de mi vida anterior, empecé a elaborar una fantasía del presente.

—Su solicitud me interesó mucho —me dijo—. Escribe usted muy bien. Pero que muy bien. Al parecer, era usted de los alumnos más brillantes de su universidad. Deduzco que se considera demasiado buena para ser secretaria.

Me recorrió un escalofrío. ¿Significaba aquello que iba a despedirme, que no había superado la prueba?

—Me siento muy agradecida de estar aquí —respondí—. Es un lugar maravilloso para trabajar.

Quick contestó a mis cumplidos con una mueca, lo que me hizo preguntarme qué querría. Tomé un

panecillo y lo sostuve en la palma de la mano. Tenía el tamaño y el peso de un pequeño marsupial, y sentí el impulso instintivo de acariciarlo. Pero de pronto noté sobre mí la mirada de Quick y hundí el pulgar en la corteza.

—¿Y qué tipo de cosas le gusta escribir?

Me acordé de la hoja de papel que aguardaba en mi máquina de escribir, en la otra sala.

—Poemas, principalmente. Algún día me gustaría escribir una novela, pero aún estoy esperando a que se me ocurra un buen argumento.

Quick sonrió.

—Pues no espere demasiado. —Me alivió bastante que me dijera eso, porque, por lo general, cada vez que le comentaba a alguien que quería escribir, me contestaban que su propia vida sería un argumento perfecto—. Se lo digo en serio —añadió Quick—. No debe demorarse. Nunca se sabe qué le puede suceder a uno.

—Le haré caso —respondí, gratificada por su insistencia.

Quick se recostó en su silla.

—Usted me recuerda a una persona a la que conocí.

—¿En serio? —Eso me resultó inmensamente halagador y esperé a que prosiguiera, pero de improvisto se le nubló el semblante y aplastó el cigarrillo que había apoyado en el borde del cenicero.

—¿Qué le parece Londres? —me preguntó—. Usted llegó en el sesenta y dos. ¿Le gusta vivir aquí?

Me sentí paralizada. Quick se inclinó hacia delante.

—Señorita Bastien, esto no es un examen, tengo interés de verdad. Diga lo que diga, no se lo contaré a nadie. Se lo prometo.

Nunca se lo había confesado a nadie. Tal vez fuera la ginebra, o su expresión franca, junto con el hecho de que no se hubiera reído de mi sueño de escribir. Quizá se debiera a la seguridad que tienen los jóvenes, o a la actitud del anciano Harris, pero lo cierto es que dije sin pensar:

—Nunca había visto tanto hollín.

Quick se rió.

—Es asqueroso.

—En Trinidad, nos educaban diciéndonos que Londres es un lugar mágico.

—A mí también.

—¿Usted no es de aquí?

Quick se encogió de hombros.

—Llevo tanto tiempo aquí que ya apenas recuerdo nada más.

—Te hacen creer que Londres está lleno de orden, que aquí todo es abundancia, sinceridad y praderas verdes. La distancia se reduce.

—¿A qué distancia se refiere, señorita Bastien?

—Pues... la reina gobierna en Londres y en nuestra isla, así que Londres forma parte de nosotros.

—Entiendo.

No creía que Quick lo entendiera de verdad, así que continué hablando.

—Uno cree que aquí la gente no le resultará extraña, porque ellos también han leído a Dickens, a Brontë y a Shakespeare; sin embargo, no he conocido a nadie que fuera capaz de nombrar tres obras suyas. En el colegio nos pasaban películas de la vida en Inglaterra: bombines y autobuses circulando veloces sobre un fondo blanco, mientras que lo único que oíamos nosotros fuera era el croar de las ranas. ¿Por qué nos mostraban esas cosas? —Había elevado el tono de voz—. Yo pensaba que todo el mundo era un honorable... —Me interrumpí, temerosa de haber hablado demasiado.

—Continúe —dijo ella.

—Yo creía que Londres era sinónimo de prosperidad y bienvenida. Un lugar del Renacimiento. Gloria y éxito. Creía que irme a Inglaterra era como salir de mi casa y bajar a la calle, sólo que sería una calle ligeramente más fría, en la que una *beti* que tuviera un poco de inteligencia podría vivir en la casa de al lado de la reina Isabel.

Quick esbozó una sonrisa.

—Veo que ha estado pensando sobre el tema.

—A veces no se puede pensar en ninguna otra cosa. Está el frío, la lluvia, el alquiler, las carencias. Pero... intento sobrevivir.

Sentí que no debía decir nada más. Me costó creer que ya hubiera hablado tanto. El panecillo estaba sobre mi regazo, convertido en un puñado de migas. Quick, por el contrario, parecía totalmente relajada. Se reclinó en su silla, con los ojos brillantes.

—Odelle —me dijo—, no tengas miedo. Lo más probable es que te vaya muy bien.

Cynthia se casó con Samuel en el Registro Civil de Wandsworth, en una pequeña sala que olía a burocracia y a perfume barato, con paredes pintadas de verde oscuro y sillas de hierro. Asistieron Shirley y Helen, dos chicas de la zapatería, ataviadas con sus mejores galas. El padrino fue Patrick Minamore, un amigo de Sam de su trabajo en los autobuses, que llevó consigo a su novia, Barbara, actriz principiante y muy locuaz.

El empleado del registro nos miró con detenimiento. Los hombres iban trajeados —la corbata de Patrick era especialmente llamativa— y todo el mundo estaba de lo más elegante, en comparación con la insipidez que nos rodeaba. Cynth estaba preciosa; en realidad era preciosa de cualquier forma, incluso sin irradiar amor por todos sus poros, pero con aquel minivestido blanco, el sombrerito tipo casquete también blanco y los zapatos blancos que le había dado Connie, su jefa, como regalo de bodas, se la veía radiante. Llevaba un collar de flores azules de cerámica y pendientes de perla, tan perfectas y redondas que daba la impresión de que las ostras las hubiesen fabricado especialmente para ella.

Patrick, un aspirante a fotógrafo, tenía la misión de plasmar la ceremonia. Todavía conservo varias de aquellas instantáneas. Un surtidor de arroz congelado en el aire, como una lluvia blanca que caía sobre las caras sonrientes de Sam y de Cynth, ambos bajando la escalera del Registro Civil cogidos de la mano bajo la cascada de granitos.

En el matrimonio, por lo menos, Cynth había triunfado. Nunca nos resultaría fácil encontrar nuestro camino, y ella era tan buena que a aquellas alturas ya debería ser la dueña de un imperio del calzado. En 1967 no resultaba fácil vender zapatos en Clapham High Street para una chica de Trinidad. Seguramente era más fácil escribir un poema que hablara de las flores de Trinidad, enviárselo al cónsul británico y ser galardonado con un premio. Pero al menos Cynth tenía a Sam, y se complementaban bien: él, serio y tímido; ella, decidida y resuelta. ¡Cómo lo iluminaba Cynth con su presencia cuando firmó en el registro!

Regresamos al piso de Sam y Patrick en taxis de color negro y les dijimos a los taxistas que nuestros amigos acababan de casarse. Ellos bajaron la ventanilla y sintonizaron todos la misma emisora de radio, con la música a un volumen tan alto que nos arriesgábamos a que nos detuvieran por alterar el orden. Ya en el piso, eufóricos, desenvolvimos los sándwiches, buscamos abridores y sacacorchos, pusimos un disco y contemplamos cómo los recién casados cortaban la tarta, blanca y en forma de pirámide, que Cynth había rociado con ron.

Al cabo de un par de horas aparecieron otras personas: amigos de amigos. Barbara había convocado a un grupo de gente de aspecto muy moderno, chicas de pelo largo y vestido corto, chicos que llevaban la camisa abierta y que a todas luces necesitaban afeitarse. Yo me limité a dirigirles una mirada; ya hacía mucho que me había convencido de que aquellas personas no eran para mí, y tampoco yo era para ellas. Tenía la espalda empapada de sudor y el techo me parecía más bajo que una hora antes. Un par de miembros del grupo de Barbara tropezaron y se cayeron sobre una mesa, y una lamparilla roja con borlas acabó en el suelo. Aunque yo nunca la había fumado, percibí el olor de la marihuana.

Con el piso abarrotado y los ánimos por las nubes, Cynth, que se había tomado tres vasos de Dubonnet con limonada, levantó la aguja del tocadiscos y anunció:

—Mi amiga Delly es poetisa y ha escrito un poema sobre el amor. —Siguió un coro de vítores—. Y

ahora nos lo va a leer.

—Cynthia Morley, no —siseé—. Que ahora seas una mujer casada no te da derecho a darme órdenes.

—¿Qué te pasa, Delly? —gritó Sam—. ¿Por qué tantos secretitos?

—Venga, Delly. Hazlo por mí —insistió Cynth, y, para mi horror, sacó el poema del bolso de mano, al tiempo que estallaba otra oleada de vítores, esta vez no tan estables, por toda la brumosa estancia.

Cuando una semana antes al fin se lo enseñé, igual que una colegiala que recorre el largo camino que la separa de la mesa del profesor, ella lo leyó en silencio y a continuación me abrazó con fuerza y me dijo: «Cielo santo, Delly, tienes un talento increíble.»

—Es un poema muy bueno, Delly —dijo ahora, mientras me lo ponía en las manos—. Venga, demuéstrale a esta gente lo que vales.

Y así lo hice. Con las rodillas un poco flojas, también por culpa del Dubonnet, levanté la vista sólo una vez para mirar todos los rostros: pequeñas lunas que se habían detenido únicamente para contemplarme a mí. Leí mi poema sobre el amor escrito en el papel, aunque me lo sabía de memoria. Cuando empecé, se hizo el silencio en la estancia. Y cuando terminé hubo aún más silencio. Esperé que Cynth dijera algo, pero ni siquiera ella parecía capaz de pronunciar palabra.

No vi su rostro entre los presentes cuando leí el poema. No sentí sus ojos clavados en mí, aunque más adelante me dijo que no fue capaz de despegarlos de los míos. No noté que cambiara nada en el ambiente, excepto el impacto de mi voz y la peculiar euforia que se experimenta tras un aplauso, cuando uno se siente al mismo tiempo envilecido y triunfador.

Se acercó a mí aproximadamente media hora más tarde, cuando yo me encontraba en la minúscula y atestada cocina, apilando los platos de aluminio ya vacíos en cuidadosas torres, intentando poner un poco de orden en el caos de aquel piso de soltero que compartían Patrick y Sam.

—Hola —me dijo—. Así que tú eres la poetisa. Yo soy Lawrie Scott.

Lo primero que pensé fue en mirar si se me habían quedado trocitos de sándwich de huevo entre los dedos.

—No soy poetisa, simplemente escribo poemas —repliqué, mirándome las manos.

—¿Hay alguna diferencia?

—Yo creo que sí.

Se apoyó en la encimera, estirando sus largas piernas y con los brazos cruzados como si fuera un detective.

—¿Te llamas Delly de verdad? —me preguntó.

—Odelle.

Me sentí agradecida por tener la botella de Fairy y el estropajo, y empecé a usarlos.

—Odelle.

Se quedó mirando el arco que daba a la estancia donde la fiesta, ya sin timón, había volcado y estaba hundiéndose en un mar de colillas y chillidos, anillas arrancadas de las latas de cerveza, accesorios para el pelo olvidados y una chaqueta de traje de hombre arrugada en el suelo. Sam y Cynth no tardarían en marcharse a nuestro piso, que yo había prometido dejarles libre para la ocasión. Aquella noche la pasaría en aquel agujero.

El tal Lawrie parecía perdido en sus pensamientos, tal vez un poquito colocado, y además le noté unas leves ojeras.

—¿De qué conoces a la feliz pareja? —le pregunté.

—No los conozco. Soy amigo de Barbara y me dijo que había una fiesta. No tenía ni idea de que fuese una boda. Me siento un poco maleducado, pero ya sabes cómo es esto. —Yo no lo sabía, de modo que no

dije nada—. ¿Y tú? —preguntó a su vez.

—Yo fui al colegio con Cynthia. Es... bueno, era mi compañera de piso.

—Entonces, ¿la conoces desde hace mucho tiempo?

—Sí, mucho.

—Tu poema era muy bueno —dijo.

—Gracias.

—No soy capaz de imaginar lo que debe de ser estar casado.

—No creo que sea muy diferente —repliqué, al tiempo que me ponía unos guantes de fregar amarillos.

Lawrie se volvió hacia mí.

—¿De verdad lo crees? ¿Por eso tu poema hablaba del amor y no del matrimonio?

En el fregadero iba creciendo una montaña de espuma, porque yo no había cerrado el grifo. Lawrie parecía tener un genuino interés, y eso me agradó.

—Sí —contesté—, pero no se lo digas a Synth.

Soltó una carcajada, y me gustó cómo sonaba.

—Mi madre siempre decía que el matrimonio mejora con la práctica —contestó él—. Ella iba ya por el segundo intento.

—Dios santo —dije yo, riendo.

Seguramente soné de lo más reprobatorio. En aquella época, el divorcio todavía tenía una connotación de libertinaje.

—Falleció hace dos semanas —añadió.

Me detuve con el estropajo suspendido en el aire y me volví hacia él para confirmar que lo había oído bien.

—Mi padrastro me ha dicho que me convendría salir —prosiguió Lawrie, con la vista fija en el suelo—. Que estaba agobiándolo. Y precisamente he ido a acabar en una boda.

Soltó otra carcajada, pero luego guardó silencio y se rodeó con los brazos, con su moderna cazadora de cuero. Desde que estaba en Inglaterra, yo nunca había tenido una conversación tan personal con un desconocido. No podía ofrecerle ningún consejo y él tampoco daba la impresión de desearlo. No parecía a punto de llorar. Pensé que debía de tener calor con la cazadora, pero no se lo veía dispuesto a quitársela. Tal vez no tuviera previsto quedarse mucho tiempo. Me di cuenta de que tal posibilidad me disgustaba.

—Yo llevo cinco años sin ver a mi madre —dije, al tiempo que sumergía una bandeja llena de pegotes de tarta en el agua caliente.

—Pero no ha muerto.

—No. No ha muerto.

—Yo no dejo de pensar que volveré a verla, que me la encontraré cuando vuelva a casa. Pero el único que está allí es el maldito Gerry.

—¿Gerry es tu padrastro?

De pronto se le ensombreció el semblante.

—Sí, perdona. Y mi madre se lo ha dejado todo a él.

Intenté calcular la edad de Lawrie. Supuse que debía de tener unos treinta, pero la rapidez con la que estaba contando lo que llevaba dentro sugería una edad menor.

—Qué duro —dije—. ¿Por qué lo ha hecho?

—Es una historia muy larga. En realidad me ha dejado una cosa. Algo que Gerry siempre odió, lo que demuestra lo imbécil que es.

—Menos mal que te ha quedado algo. ¿De qué se trata?

Lawrie suspiró de nuevo, descruzó los brazos y los dejó colgando a los costados.

—Un cuadro. No sirve más que para recordármela. —Esbozó una sonrisa contrita y, al hacerlo, su boca se ladeó levemente—. El amor ata, el amor mata. Yo también podría ser poeta. —A continuación, señaló el frigorífico con la cabeza—. ¿Hay leche?

—Debería. Mira, yo creo que es mejor que te acuerdes de tu madre en vez de intentar olvidarla. Mi padre también murió y yo no tengo nada suyo. Sólo el apellido.

Lawrie se detuvo con una mano apoyada en la puerta de la nevera.

—Vaya. Lo siento mucho. Y yo aquí, hablando sin parar...

—No pasa nada. No, de verdad. —Esta vez me sentí azorada y deseé que cogiera la leche y se buscara algo que hacer. No tenía por costumbre hablar de mis padres, pero aun así algo me impulsó a continuar—: Murió en la guerra. Lo derribaron.

Lawrie estaba estupefacto.

—El mío también. Pero no en un avión. —Hizo una pausa y tuve la sensación de que iba a decir algo más, aunque se lo pensó mejor—. No llegué a conocerlo —terminó.

Me sentí incómoda con aquella coincidencia de circunstancias, como si la hubiera buscado a propósito.

—Yo tenía dos años —añadí a toda prisa—. En realidad no me acuerdo de él. Se llamaba Odell, sin «e». Cuando falleció, mi madre me cambió el nombre.

—¿Qué dices! ¿Y cómo te llamabas antes?

—Ni siquiera lo sé.

Esa información acerca de mí misma sonó absurda y peculiar, al menos en aquel momento. Quizá fuera por las nubes de marihuana que flotaban a nuestro alrededor, pero los dos estallamos en carcajadas. De hecho, estuvimos riéndonos sin parar un minuto entero, con ese dolor en el estómago que aparece cuando uno se ríe a carcajada limpia. Cómo es posible que una madre le cambie el nombre a su hija, qué demencial es que de repente alguien se muera, y estar justo al lado del Museo Británico, en una cocina, con los guantes de fregar puestos.

Por fin Lawrie se volvió hacia mí del todo, con la botella de leche inclinada en la mano. Yo me puse seria y miré la botella, preocupada por que empezara a derramarse por culpa del ángulo.

—Oye, Delly —me dijo él.

—Odelle.

—¿Quieres salir?

—¿De dónde?

—De aquí, so boba.

—¿Quién es el bobo?

—Podríamos ir al Soho. Tengo un amigo que puede conseguir que nos dejen entrar en el Flamingo. Pero tendrás que quitarte esos guantes, no es un club de ésos.

A esas alturas yo no sabía qué pensar de Lawrie. Podría describirlo como una persona afligida por la pena, pero ésta no parecía haber calado verdaderamente en él. Tal vez estuviera en estado de *shock*, dado que sólo habían transcurrido dos semanas desde la muerte de su madre. Estaba enfadado con alguien y también un poco confuso, seguro de sí mismo y a un tiempo empeñado en evitarse a sí mismo... todo eso podía decirse de Lawrie. Se expresaba bien y hablaba de Gerry, de la casa y de su madre divorciada y fallecida con un hastío bien ensayado que yo no sabía si él intentaba eludir o mantener vivo.

—Pues... estoy cansada —dije—. No puedo irme de la fiesta.

Quité el tapón del fregadero. Mientras el agua se colaba ruidosamente por el desagüe, me pregunté cómo habría muerto su madre.

—El Flamingo, Odelle.

A mí ese local no me sonaba de nada, pero no iba a confesárselo.

—No puedo dejar sola a Cynth.

Lawrie enarcó una ceja.

—No creo que esta noche vaya a necesitarte. —Me ruboricé y clavé la vista en las burbujas de jabón que iban desapareciendo—. Mira —continuó—, tengo el coche fuera. ¿Qué te parece si dejamos mi cuadro en el piso de mi amigo y luego nos vamos a bailar? No tiene por qué ser en el Flamingo. ¿Te gusta bailar?

—¿Llevas el cuadro contigo? —pregunté.

—Ya veo. —Se pasó una mano por el pelo—. Eres una chica más de gustos artísticos que de locales nocturnos, ¿no?

—No creo que sea ninguna de las dos cosas. Pero trabajo en una galería de arte —añadí.

Quería impresionarlo, demostrarle que no era una mojigata inocente que prefería ponerse a fregar platos en vez de rodar por la alfombra.

De pronto, a Lawrie se le iluminaron los ojos.

—¿Te apetece verlo? —preguntó—. Lo tengo en el maletero.

Lawrie no hizo ningún intento de tocarme en la cocina. No permitió que su mano se me acercara siquiera. Me alivió que no lo hiciera y deseé que lo hiciera: creo que ésas fueron las dos razones por las que accedí a ver su cuadro. Me fui con él y dejé los platos abandonados en el fregadero.

Creo que quería impresionarme por el hecho de que conducía un MG, pero eso no significaba nada para mí después de ver el cuadro que llevaba guardado en el maletero. No era muy grande y no estaba enmarcado. Como imagen era sencillo y al mismo tiempo nada fácil de descifrar: a un lado se veía una joven sosteniendo en las manos la cabeza cortada de otra, y en el extremo opuesto había un león sentado sobre sus cuartos traseros, antes de empezar a saltar sobre su presa. Tenía un aire de fábula.

Pese a la ligera distorsión de la luz anaranjada de las farolas, los colores del fondo me recordaron un retrato cortesano del Renacimiento, con aquellos retazos de campos en todos los tonos de amarillo y verde, y con lo que parecía un pequeño castillo de color blanco. El cielo era más oscuro y menos decoroso; había cierto aire de pesadilla en sus tonos morados y añiles. El cuadro me causó un inmediato sentimiento de contraposición: las dos jóvenes contra el león, juntas frente a la adversidad. Sin embargo, había una delicadeza gratificante que iba más allá de la bella paleta de colores, un elemento esquivo en el que radicaba el atractivo de la pintura.

—¿Qué te parece? —me preguntó Lawrie. Su semblante parecía más suave ahora que no estaba iluminado por la luz hiriente de la cocina.

—¿A mí? Yo sólo soy la mecanógrafa —contesté.

—Vamos. He oído tu poesía; haz un poema con esto.

—No funciona así... —empecé a decir, hasta que me di cuenta de que me estaba tomando el pelo. Como me sentía cohibida, volví a fijarme en el cuadro—. Es muy poco corriente, supongo. Los colores, el tema. Me gustaría saber cuándo lo pintaron. Podría haber sido la semana pasada o hace un siglo.

—O incluso antes —replicó él, ansioso.

Volví a contemplar aquellos campos antiguos que se veían al fondo y de nuevo me fijé en las figuras.

—No lo creo. Por el vestido y la chaqueta de punto de la chica... es más reciente.

—¿Tú dirías que esto es pan de oro? —Lawrie se agachó y señaló la melena del león, el abultado pelaje parecía lanzar destellos.

Tenía la cabeza muy cerca de la mía, tanto que pude percibir el aroma que desprendía su piel: un rastro

a loción de afeitar que me puso la carne de gallina.

—¿Y bien? —dijo.

—No es un cuadro corriente —contesté apresuradamente, como si supiera lo que era un cuadro corriente. Erguí la espalda y añadí—: Señor Scott, ¿qué piensa hacer usted con esto?

Él se volvió hacia mí con una sonrisa. La luz anaranjada incidió en los planos de su rostro y lo cubrió con una sombra macabra.

—Me gusta que me llames señor Scott.

—En ese caso te llamaré Lawrie.

Soltó una carcajada y a mí me entró un hormigueo en el mentón, que amenazaba con esbozar una sonrisa.

—No creo que este cuadro sea obra de un aficionado —afirmé—. ¿Qué sabía de él tu madre?

—Ni idea. Lo único que sé es que se lo llevaba a todas partes. Cuando estaba en casa, lo tenía siempre en su dormitorio. No le gustaba verlo en las habitaciones que no eran privadas.

Señalé las iniciales que había en el ángulo inferior derecho de la pintura.

—¿Quién es I. R.?

Lawrie se encogió de hombros.

—No es mi fuerte.

Me detuve a pensar cuál sería el fuerte de Lawrie, y si alguna vez llegaría a descubrirlo, y por qué deseaba hacer tal cosa... y si era ése el motivo de que me sintiera tan rara.

Por si acaso él podía leerme el pensamiento, agaché de nuevo la cabeza hacia la joven pintada en el lienzo. Llevaba un vestido azul claro y una chaqueta de lana oscura, incluso se apreciaban los puntos. La cabeza que sostenía tenía una larga trenza que serpenteaba en el aire de modo inquietante, desde sus brazos hacia el suelo, que era de tierra rojiza. Lo extraño era que la joven decapitada, aunque no tenía cuerpo, no parecía estar muerta en absoluto. Era como si me invitara a entrar en el cuadro, pero en sus ojos había una pizca de precaución. Ninguna de las dos figuras tenía exactamente una radiante sonrisa de bienvenida. Y las dos parecían ajenas al león, que tal vez estuviera esperando para atacarlas, o tal vez no.

—Tengo que irme —dije, devolviéndole el lienzo a Lawrie, que lo cogió con gesto sorprendido.

Él, la fiesta, el poema, el Dubonnet, la boda de Cynth, aquel cuadro; de repente tenía ganas de estar sola.

Lawrie cogió la pintura y cerró el maletero. Luego se quedó mirándome, otra vez con la cabeza ladeada.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te acompañe a casa?

—Sí —contesté—. O sea, no. Estoy bien. Gracias. Lo siento. Ha sido un placer conocerte. Buena suerte.

Di media vuelta y me dirigí hacia la entrada del bloque de pisos, pero Lawrie me llamó.

—Oye, Odelle. —Cuando me volví, tenía las manos metidas en los bolsillos de la cazadora de cuero y los hombros encorvados—. Yo... en fin... El poema era bueno de verdad.

—Siempre cuesta más de lo que usted cree, señor Scott —reliqué.

Él rió y entonces yo sonreí como es debido, pero aliviada de todas formas por estar fuera del resplandor de la farola.

Cuando era niña, mi madre y yo íbamos todos los domingos a comer con la familia de Cynth. Las cuatro de la tarde, una olla enorme en el fogón, todo el mundo entrando y sirviéndose... y a las siete y media, una vez terminada la comida, acercábamos las sillas a la radio para escuchar el programa «Voces del Caribe», de la BBC, la única emisora que tenía importancia si uno soñaba con ser escritor.

Y esto es lo más disparatado: los poetas de Barbados, Trini, Jamaica, Granada, Antigua —de cualquier parte del Caribe británico— enviaban sus relatos nada menos que a Bush House, en Aldwych, Londres, con el fin de oírlos de nuevo desde su casa, a miles de kilómetros de distancia, al otro lado del Atlántico. Al parecer, en sus lugares de origen no existía ningún centro que permitiera dar salida a dichos relatos. Un hecho que me impresionó ya desde muy temprana edad fue que para ser escritora iba a necesitar el sello de aprobación de la madre patria, que el imperio sancionara que mis obras eran dignas de ser emitidas por la radio.

La mayoría de los autores eran varones, pero yo escuchaba fascinada las palabras y las voces de Una Marson, Gladys Lindo, Constance Hollar... y Cynth interrumpía con algún comentario como: «Algún día leerán lo que escribes tú, Delly», y con su carita resplandeciente y sus gestos de ánimo siempre me hacía pensar que era verdad. Tenía siete años y era la única persona que siempre me decía que no me rindiera. En 1960, ese programa ya había dejado de emitirse, y dos años más tarde llegué a Inglaterra sin tener la menor idea de lo que podía hacer con mis relatos. La vida en la zapatería me ocupaba todo el tiempo, de modo que sólo escribía para mí misma, y Cynth, que debió de ver las pilas de cuadernos que siempre abarrotaban mi habitación, simplemente dejó de darme la lata.

Sam y Cynth habían encontrado un piso de alquiler en Queen's Park, y a ella la trasladaron a una sucursal de Dolcis situada en el norte de Londres. Hasta ese momento yo no había sabido de verdad lo que era estar sola. Siempre había tenido mis libros y Cynth siempre había estado conmigo. De repente, mis pensamientos se hacían enormes en aquel piso diminuto, porque no había nadie para escucharlos y hacerlos llevaderos, nadie que me animara o me apoyara, ni que tendiera los brazos para abrazarme. La ausencia de Cynth llegó a ser para mí algo físico. ¿Tienes cuerpo si no hay nadie presente para tocarlo? Imagino que sí, pero en ocasiones yo sentía lo contrario. Me parecía ser tan sólo una mente que se movía flotando por las habitaciones. Estaba muy poco preparada para el eco y el chasquido metálico de mi llave en la cerradura, para no oír el chisporroteo de la sartén en el fogón, para mi solitario cepillo de dientes, para el silencio que reinaba donde antes estaba ella tarareando sus canciones favoritas.

Cuando ves a una persona todos los días —una persona que te gusta, que te levanta el ánimo—, te parece que puedes dar tu mejor versión sin demasiado esfuerzo. Ahora yo me veía muy poco interesante, ya no tan inteligente. Nadie quería oír mis poemas excepto Cynth, a nadie le interesaba ni comprendía tan bien como ella de dónde venía yo. Yo no sabía cómo ser Odelle sin la ayuda de Cynth. Había hecho mucho por mí, pero, como se había marchado, me las arreglé para guardarle rencor.

A causa de nuestros respectivos compromisos laborales, nos veíamos sólo cada quince días, en el Lyon's de Craven Street, a la vuelta de la esquina del Skelton. Apenas le reconocía el detalle de que siempre fuera ella quien organizaba dichos encuentros.

En la barra, la camarera nos dejó las tazas con tanta brusquedad que el líquido se derramó sobre el plato y el bollo que yo había pedido se mojó. Cuando pedí un plato limpio, la camarera me ignoró, y cuando fui a pagar no me entregó el cambio en la mano, sino que dejó el dinero sobre la barra y me lo acercó sin mirarme a la cara. Me volví hacia Cynth y vi en ella una expresión familiar. A continuación, buscamos una mesa libre que estuviera lo más lejos posible de la barra.

—¿Qué tal te va en el trabajo? —me preguntó—. ¿Sigues yendo detrás de la tal Marjorie Quick?

—Es mi jefa, Cynthia.

—Ya me lo habías dicho.

No me había dado cuenta de lo obvio que era que Quick me había causado una fuerte impresión a lo largo de las últimas semanas. Había intentado sonsacarle información a Pamela sobre ella, pero la chica sólo me había contado que en una ocasión Quick había mencionado su infancia en el condado de Kent. Lo que había hecho en el tiempo transcurrido desde aquella niña a la mujer de cincuenta y tantos años de ahora constituía un lienzo de grises. Quizá estaba destinada a llevar la tranquila vida del condado de Kent, como esposa de un magistrado o algo parecido, y sin embargo prefirió labrarse un futuro distinto entre los escombros del Londres de posguerra. Su nombre no figuraba en la guía *Debrett's*, ni era descendiente de los Skelton, que era una de las posibilidades que yo había barajado al principio. Sus impecables trajes hechos a medida rezumaban poder, un gusto por cuidar su apariencia que no iba dirigido a nadie más que a sí misma. Cada una de sus blusas perfectas y de sus pantalones immaculados constituía un relato deliberado de su identidad. La ropa de Quick era una armadura confeccionada con seda.

Yo sabía que no estaba casada y que vivía en Wimbledon, justo al lado del parque. Fumaba constantemente y parecía mantener con Reede una cercanía similar a la que mantiene el agua con la roca que lleva varias décadas desgastando. Pamela me dijo que llevaba tanto tiempo en el Skelton como Reede, desde que éste había asumido la dirección en 1947, hacía ya veinte años. Seguía siendo un misterio cómo lo había conocido y por qué había decidido aceptar el empleo. Me habría gustado saber cuánto había tenido que batallar para llegar a donde estaba, y si habría leído aquellos libros de historia de Roma para adquirir conocimientos sobre la guerra.

—No se parece a nadie que yo haya conocido —le comenté a Cynth—. Un minuto es una persona simpática y sonriente y al minuto siguiente se transforma en un auténtico cardo: se vuelve tan arisca que da miedo acercarse a ella.

Cynth suspiró.

—Hemos comprado un G Plan para el piso.

—¿Un qué?

—Ay, Delly, Sam trabaja muchísimo, así que le dije: oye, ¿por qué no compramos un buen sofá G Plan para que al volver a casa puedas poner los pies en alto?

—Ah. ¿Y qué tal tus pies?

Cynth suspiró otra vez, al tiempo que removía el té tibio con la cucharilla.

—Voy a contarte una cosa. El cartero nuevo se confundió con el correo y la vecina de al lado llamó al timbre para dárnoslo. —Cynth se aclaró la voz y adoptó un acento inglés de lo más afectado—: «Oh, cielo santo. Sí, esto debe de ser para ustedes. Hemos visto que llevaba un sello negro.» Era una carta de Lagos, Delly. No venía a mi nombre y, bueno, yo no conozco a nadie en Nigeria. «Un sello negro», dijo la mujer.

La risa le duró poco. Normalmente habríamos hablado un rato de algo así para quitarle hierro, pero, después de lo de la camarera, ninguna de las dos tenía ánimos.

—Háblame del tipo con el que estuviste charlando en la boda —me pidió Cynth con aire pícaro.

—¿Qué tipo?

Ella entornó los ojos con cara de hastío.

—Lawrie Scott. El blanco; guapo, delgado. Es amigo de Barbara, la novia de Patrick. Tampoco me tomé tantos Dubonnet, os vi en la cocina.

—Ah, ése. Era un idiota.

—Hum —repuso Cynth con un brillo secreto en los ojos que me hizo pensar que me había delatado yo sola—. Qué raro.

—¿Por qué?

—Porque Patrick le ha dicho a Sam que ha preguntado por ti. —Cerré la boca más fuerte que una ostra, y Cynth sonrió de oreja a oreja—. ¿Estás escribiendo? —inquirió.

—Empiezas a preguntarme eso ahora que te has marchado.

—No me he marchado. Vivo en la otra punta del metro, eso es todo.

—Por lo visto te preocupa que últimamente no tenga nada que hacer. Pues deja de preocuparte, estoy escribiendo —contesté, pero era mentira. Lo había abandonado del todo, convencida de que pensar en mí como una buena escritora era ridículo.

—Bien. Me alegro —dijo Cynth con firmeza—. Verás, en el ICA van a organizar una velada de poesía —continuó—. Un amigo de Sam va a participar leyendo unos poemas y, comparado contigo, él sí que es un pánfilo. Sus poemas me dan sueño...

—No pienso leer mis poemas en un encuentro de éstos, Cynthia —repliqué yo, arrugando la nariz—. Ni lo dudes.

Suspiró.

—No lo dudo. Pero es que tú eres mejor, Odelle. Eres mejor y lo sabes, y no estás haciendo nada.

—Eh, eh —la frené—. Estoy ocupada. Trabajo. Tú vete a tu sofá G Plan y déjate de bobadas. ¿Qué pasa, que porque no tengo un marido por cuyos pies deba preocuparme, más me vale recitar mis poesías en alguna parte?

Cynthia me miró consternada.

—¡Delly! ¿Por qué te enfadas tanto? Sólo estoy intentando ayudarte.

—No estoy enfadada. —Apuré mi taza de té—. A ti te va bien así —le dije—. No me digas a mí cómo debo vivir.

Después de eso, Cynth guardó silencio. Debería haberle pedido perdón allí mismo, pero no lo hice. Al rato se marchó con la cara congestionada y al borde del llanto, y yo me sentí igual que un monstruo que hubiera salido del mar para agarrarle las piernas.

La semana siguiente no nos vimos, ni la otra, y Cynth no llamó. Yo tampoco, y me sentí profundamente avergonzada y necia, una idiota, como sin duda debió de describirme ella aquella noche al hablar con Sam. Cuanto más tiempo permanecía Cynth muda, más imposible parecía levantar el teléfono.

Lo único que deseaba decirle en realidad era que echaba de menos vivir con ella. Y eso que se suponía que a mí se me daban bien las palabras.

6

Lawrie vino a verme el 15 de agosto. Eran las siete de la mañana y me tocaba hacer el primer turno en la recepción. Las tiendas todavía estaban cerradas, los autobuses circulaban por Charing Cross con menor frecuencia. Yo iba andando en dirección a Pall Mall, una vía que por lo general estaba muy concurrida, pero que a aquellas horas era una calzada desierta y teñida de una luminosidad verdosa. Llevaba una semana lloviendo, las piedras del pavimento estaban mojadas tras el aguacero que había caído al amanecer y los árboles se mecían en la brisa como las algas en el fondo del mar.

Yo había visto lluvias mucho peores, de modo que no me molestaba demasiado. Con el ejemplar del *Express* que había comprado para Pamela bien guardado en el bolso para protegerlo del agua, crucé los jardines Carlton y me dirigí al centro circular de Skelton Square. Dejé atrás el pedestal de la estatua del hombre ilustre, fallecido hacía tiempo, que adornaba el centro de la plaza, un individuo de mirada inexpresiva que tenía todo el traje cubierto de excremento de paloma. En el pasado habría averiguado de quién se trataba, pero, tras cinco años en Londres, había perdido todo interés por los personajes de la época victoriana. La mirada hacia el infinito de aquella estatua hizo que me sintiera más cansada todavía.

Levanté la vista hacia el Skelton. Junto a la puerta había un joven de pie, alto y delgado, con una cazadora de cuero ligeramente gastada. Tenía la cara estrecha y el cabello de un tono castaño muy oscuro. Cuando me acerqué un poco más, vi que era él. Noté que se me formaba un nudo en la garganta y que se me encogía el estómago mientras el corazón me retumbaba en el pecho. Me aproximé a los escalones a la vez que buscaba la llave del Skelton en mi bolso. Lawrie llevaba gafas esta vez, y los cristales destellaron bajo la luz subterránea. Sostenía un gran paquete bajo el brazo, envuelto con el papel marrón que utilizan los carniceros para las chuletas.

Me recibió con una amplia sonrisa.

—Hola —saludó.

¿Cómo fue ver sonreír a Lawrie? Puedo intentar describirlo: fue como si un curandero me hubiera impuesto las manos sobre el pecho. Sentí que me flaqueaban las rodillas, que me temblaba el mentón y que era incapaz de tragar saliva. Me entraron ganas de darle un abrazo y decirle: «¡Eres tú, has venido!»

—Hola —dije en cambio—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Su sonrisa se esfumó.

—¿No te acuerdas de mí? Nos conocimos en la boda. Yo estaba con el grupo de Barbara. Tú leíste un poema en voz alta y no quisiste ir luego a bailar conmigo.

Fruncí el entrecejo.

—Ah, sí. ¿Cómo está usted?

—¿Que cómo estoy? ¿Es que no vas a preguntarme qué hago aquí?

—Son las siete de la mañana, señor...

—Scott —dijo él, ya con cara seria—. Lawrie Scott.

Pasé por su lado e introduje la llave en la cerradura con torpeza. ¿Qué demonios me ocurría? A pesar de todas mis fantasías sobre cómo iba a discurrir aquello, llegado el momento de enfrentarme a la realidad estaba poniendo tantas barreras como antes. Entré en el edificio y él me siguió.

—¿Has venido a ver a alguien? —le pregunté.

Lawrie me miró muy fijamente.

—Odelle, he visitado todas las galerías de arte y todos los museos de esta maldita ciudad intentando dar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Y en cinco semanas no has logrado encontrarme? Podrías haberle preguntado a Patrick Minamore.

Él rió.

—Así que has contado las semanas.

Yo me puse colorada, aparté la vista y me concentré en el correo. Lawrie levantó el paquete envuelto en papel marrón y dijo:

—He traído a las chicas del león.

No pude disimular el tono de suspicacia en mi voz:

—¿Quiénes son éstas?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Las del cuadro de mi madre. He seguido tu consejo. ¿Crees que alguien querrá echarles un vistazo?

—Seguro que sí.

—He buscado las iniciales que señalaste, I. R. No he encontrado ni un solo nombre con ellas, de modo que seguramente no pertenecen a nadie conocido.

—¿Tienes intención de vender el cuadro? —le pregunté, todavía con la cabeza burbujeante y el corazón galopando, al tiempo que pasaba al otro lado del mostrador de madera. En toda mi vida había sido tan directa con un chico.

—Es posible. Ya veremos cómo va.

—Tenía entendido que era el favorito de tu madre.

—El favorito de mi madre era yo —replicó, dejando el paquete sobre el mostrador con una sonrisa forzada—. Era broma. No quiero venderlo, pero, si vale algo, me servirá para empezar, ¿comprendes? Gerry el Cabrón, con perdón por hablar en plata, podría echarme a la calle en cualquier momento.

—¿Es que no trabajas?

—¿Trabajar?

—¿No tienes un empleo?

—Los he tenido.

—¿En un pasado lejano y borroso?

Lawrie esbozó una mueca.

—No te parece bien.

Lo cierto era que no me parecía bien que la gente no trabajase. Desde que llegué a Londres, todas las personas a las que conocía —Cynth, las chicas de la zapatería, Sam, Patrick, Pamela— tenían un empleo. Estábamos allí para eso. En mi país, tener un empleo era la única forma de despertar del largo sueño de las generaciones que se dedicaron al campo. Era la manera de salir. Cuesta mucho cambiar los mensajes que llevas oyendo toda tu vida, sobre todo cuando están ahí desde antes de que nacieras.

Lawrie se quedó mirando el paquete envuelto en papel marrón.

—Es una historia muy larga —dijo, al percibir mi gesto reprobatorio—. Dejé la universidad hace unos años. Mi madre no estaba... bueno, no importa. Pero me gustaría empezar algo nuevo.

—Entiendo.

Parecía avergonzado, con las manos bien hundidas en los bolsillos de la cazadora.

—Mira, Odelle. Yo no soy un... holgazán. Quiero hacer cosas. Y quiero que lo sepas. Yo...

—¿Te apetece un té? —le ofrecí.

Se interrumpió en mitad de la frase.

—Un té. Sí. Bueno, es un poco temprano, ¿no crees? —dijo riendo.

—¿Tenías pensado quedarte de pie ahí fuera hasta que apareciera?

—Sí —respondió.

—Estás loco.

—¿Quién está loco? —replicó, y nos sonreímos el uno al otro. Observé su rostro de piel clara.

—Incluso aunque no tengas un empleo, mi madre pensaría que eres perfecto.

—¿Y por qué iba a pensar tal cosa? —preguntó él.

Dejé escapar un suspiro. Era demasiado temprano para explicárselo.

Pasamos una hora juntos, sentados en el vestíbulo de la recepción, con la puerta de la calle cerrada con llave, mientras yo clasificaba el correo y preparaba el té y el café que Pamela y yo teníamos que ir renovando varias veces a lo largo de la jornada. Lawrie parecía encantado con su taza de té. Era como si nunca hubiese visto una bebida caliente.

Me habló del funeral de su madre.

—Fue horrible. Gerry leyó un poema sobre una rosa marchita. —Me llevé una mano a la boca para ocultar una sonrisa—. No, haces bien en reírte —me dijo él—. Mi madre se habría reído. Habría detestado algo así. Ni siquiera le gustaban las rosas. Además, Gerry tiene una voz horrenda para la poesía, la más espantosa que he oído en la vida. Es como si le hubiesen metido un desatascador por el culo. Y el cura estaba senil. Además, no éramos más de cinco personas. Fue realmente horrible y me repugnó que mi madre tuviera que pasar por eso.

—Lo siento —dije.

Lawrie suspiró y estiró las piernas.

—No es culpa tuya, Odelle. Sea como sea, ya ha quedado atrás. Descanse en paz y todo eso. —Se pasó una mano por la cara como si estuviera borrando un recuerdo—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué tal llevas lo de vivir sin tu compañera de piso?

Me conmovió que se acordara de aquel detalle.

—Bien —contesté—. Pero hay demasiado silencio en la casa.

—Creía que te gustaba el silencio.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque no quisiste ir al Flamingo.

—Es un silencio distinto —expliqué.

Entonces fuimos nosotros los que nos quedamos en silencio, yo sentada detrás del mostrador y él al otro lado, con el paquete de papel marrón entre ambos, esperando. Era un silencio agradable, cálido y lleno, y me gustó ver a Lawrie allí sentado, sin avasallar, pero, a mis ojos, desprendiendo la misma luz que percibí cuando nos conocimos.

Lo encontraba muy apuesto y, mientras dejaba el *Express* para Pamela y hacía como que le ordenaba la mesa, abrigué la esperanza de que algo la retrasara. En Trinidad había tenido uno o dos episodios de lo que mi madre denominaba «devaneos»: cogerse las manos en la oscuridad en el Roxy, ir a comer un perrito caliente después de clase, darse unos cuantos besos torpes en un concierto en el Princes Building, contemplar la luz azulada de las luciérnagas. Pero nunca lo había hecho... del todo.

En general evitaba la atención de los hombres, pues lo del cortejo me resultaba insoportable. El «amor libre» no había calado en las colegialas de Puerto España. Nuestra educación católica era una reliquia victoriana y aún desprendía un tufillo a mujeres descarriadas, chicas irrecuperables ahogadas en la ciénaga de su propia insensatez. Nos habían enseñado que éramos demasiado «superiores» para el

intercambio carnal.

Mi actitud hacia el sexo estaba dominada por un miedo altanero, confusa por el hecho de que, en efecto, había chicas que lo practicaban, chicas como Lystra Wilson o Dominique Mendes, que tenían novios mayores que ellas y secretos en los ojos, y que, desde luego, daban la impresión de estar pasándolo muy bien. Para mí siempre había sido un misterio cómo encontraban dichos novios, pero sin duda implicaba algún acto de desobediencia, fugarse por la ventana del dormitorio y acudir a los clubes nocturnos que había en Frederick Street y Marine Square. En mi recuerdo, Lystra y Dominique, las atrevidas, parecían mujeres desde el momento mismo del nacimiento, sirenas que habían arribado a la orilla para vivir entre nosotros, femeninas y poderosas. No era de extrañar que las demás gatitas asustadas nos refugiáramos en los libros. No es que el sexo no estuviera a nuestra altura; ni siquiera estaba a nuestro alcance.

La puerta de la calle del Skelton seguía cerrada con llave. Yo no quería que aquello terminase nunca: el hervidor de agua del cuarto de atrás silbando para pedir más té, Lawrie estirando las piernas y cruzando los brazos, preguntándome qué películas había visto y cómo era posible que no hubiera visto tal o cual, y si me gustaba el blues o era más de folk, y cuántos meses llevaba trabajando allí, y si me gustaba estar en Clapham. A Lawrie se le daba muy bien hacer que una se sintiera importante.

—¿Te gustaría ir al cine? —me preguntó—. Podríamos ver *Sólo se vive dos veces*, o *Atraco a la inglesa*.

—¿*Atraco a la inglesa*? Ésa te pega mucho.

—Sale Oliver Reed, un actor excelente —respondió Lawrie—, pero tal vez sea una bobada policíaca demasiado ofensiva para ti.

—¿Ofensiva? ¿Por qué?

—Porque eres lista. Te tomarías como un insulto que te llevase a ver a unos tipos idiotas que corren detrás de las Joyas de la Corona.

Me eché a reír, contenta de descubrir que aquella situación también ponía un poco nervioso a Lawrie y conmovida al ver que no le daba miedo hablar de ello.

—¿O prefieres ir a ver una película francesa —propuso—, de esas en las que la gente se limita a entrar y salir de una habitación y a mirarse?

—Vamos a ver la de James Bond.

—Muy bien. Excelente. ¡Excelente! Me encantó *Goldfinger*, con ese bombín.

Reí de nuevo y él se acercó al mostrador y se inclinó por encima para cogerme la mano. Yo me quedé mirándomela, petrificada.

—Odelle —me dijo—, creo que... en fin, que eres...

—¿Qué?

—Eres... —Todavía me tenía agarrada la mano. Por primera vez en mi vida no quise que un hombre me soltara.

Fuera empezó a llover. Volví la cabeza, distraída por el rumor del agua que se oía al otro lado de la puerta y que se estrellaba contra el pavimento gris. Lawrie se inclinó y me dio un beso en la mejilla. Cuando me volví, me besó otra vez, y fue una sensación maravillosa, de manera que nos quedamos así varios minutos, besándonos en la recepción del Skelton.

Al final, me aparté.

—Vas a hacer que me despidan.

—Vale. No podría consentirlo.

Regresó a su silla sonriendo como un idiota. El chaparrón resonaba con fuerza, pero era lluvia de Inglaterra, no de Trini. Allí caían cataratas del cielo, aguaceros tropicales que descargaban una semana

tras otra; los bosques se volvían tan verdes que casi parecían negros, los letreros de neón desaparecían, los terraplenes se convertían en lodo, los bastones de emperador se tornaban tan rojos que se diría que sus pétalos se habían coloreado con sangre humana, y todos nos resguardábamos bajo los toldos o nos escondíamos en casa hasta que se pudiera caminar de nuevo con seguridad por la brillante carretera de asfalto. Cuando llegábamos tarde a algún sitio, poníamos la lluvia como excusa y todo el mundo lo comprendía.

—¿Qué pasa? —preguntó Lawrie—. ¿Por qué sonríes?

—Por nada —respondí—. Por nada.

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta. Era Quick, que estaba mirando a través del cristal, bajo el borde de un amplio paraguas de color negro.

—¡Ah! —exclamé—. Llega pronto.

Corrí hacia la puerta y la abrí, dando gracias a Dios de que no nos hubiera pillado besándonos. Quick entró y me dio la sensación de que tenía la cara más delgada. Se quitó el abrigo y sacudió el paraguas.

—Agosto —murmuró.

Al levantar los ojos vio a Lawrie.

—¿Quién es usted? —le preguntó, recelosa como un felino.

—Éste es... el señor Scott —dije yo, sorprendida por su brusquedad—. Le gustaría hablar con alguien acerca de un cuadro suyo. Señor Scott, ésta es la señorita Quick.

—¿Señor Scott? —repitió ella. No podía quitarle los ojos de encima.

—Hola —saludó Lawrie, poniéndose en pie de un salto—. Quiero saber si lo que tengo es una buena herencia o una porquería.

Tendió la mano y Quick, como si estuviera resistiéndose a la atracción de un potente imán, levantó la suya para estrechársela. La vi estremecerse, aunque Lawrie no se percató de nada.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Espero por su bien que se trate de lo primero, señor Scott.

—Yo también.

—¿Me permite verlo?

Lawrie se acercó al mostrador y empezó a desenvolver el paquete. Quick se quedó donde estaba, junto a la puerta, agarrando con fuerza la empuñadura del paraguas. No apartaba los ojos de él. La lluvia le había empapado el abrigo, pero no se lo quitó. Él acabó de desenvolver el cuadro y lo sostuvo apoyado contra el cuerpo, para que lo viésemos Quick y yo.

—Aquí está —dijo.

Quick permaneció cuatro o cinco segundos con la mirada fija en el león dorado, las dos jóvenes y el paisaje que se alejaba detrás de ellas. El paraguas se le resbaló de entre los dedos y cayó al suelo.

—Quick, ¿se encuentra bien? —le pregunté.

Ella me miró, giró bruscamente sobre sus talones y salió por la puerta a la calle.

—Tan malo no es —se quejó Lawrie, mirando la escena por encima del borde del lienzo.

Vi que Quick cruzaba la plaza a paso vivo, con la cabeza agachada, ajena al chaparrón que estaba empapándola. Justo cuando yo iba a coger mi abrigo, apareció Edmund Reede y se quitó el sombrero de fieltro. Me miró.

—Señorita... Baston, ¿verdad?

—Bastien.

—¿Adónde iba tan deprisa?

—A buscar a la señorita Quick. Es que... se ha olvidado el paraguas.

—Se suponía que teníamos una reunión. —Se volvió hacia donde estaba Lawrie, que se había sentado

de nuevo, con el cuadro apoyado en las rodillas, cubierto a toda prisa con el papel marrón—. ¿Y quién es este caballero?

—El señor Scott tiene un cuadro —dije.

—Eso ya lo veo. ¿No hay demasiado revuelo para ser las ocho y cuarto de la mañana? ¿Dónde está la señorita Rudge?

—Yo cubro hoy el primer turno, señor Reede. El señor Scott ha venido porque esperaba que alguien le echara una ojeada a su cuadro. Era de su madre... su favorito... —Dejé la frase sin terminar, desesperada por ir a buscar a Quick y ver si se encontraba bien.

Reede se quitó el abrigo empapado con movimientos sumamente lentos, como si yo hubiera depositado el peso del mundo sobre sus hombros. Era un hombre alto y ancho, y llenaba el espacio con su elegante traje, su cabello blanco y su aromática loción para después del afeitado.

—¿Ha concertado una cita? —le preguntó a Lawrie, con una chispa de impaciencia en sus ojillos azules.

—No, señor.

—No se pasa uno por aquí así, sin más, ¿sabe usted? Ése no es el procedimiento.

Lawrie se puso tenso y el papel marrón se desplazó sobre la pintura.

—Eso ya lo sé.

—Pues no lo parece. Que la señorita Bastien le concierte una cita para la semana próxima. Hoy no tengo tiempo. —Se volvió para mirar la puerta por la que había salido huyendo la señorita Quick—. ¿Se puede saber por qué diablos se ha ido así Marjorie? —preguntó.

Yo nunca había visto a Reede preocupado. Cuando se volvió de nuevo hacia nosotros, Lawrie se puso en pie y parte del papel resbaló hasta el suelo. Reede se frenó en seco, con la vista clavada en el segmento de lienzo que había quedado al descubierto: el león dorado.

—¿Es suyo? —preguntó a Lawrie.

Él bajó la vista y recogió el papel.

—Sí —respondió a la defensiva—. Bueno... era de mi madre. Ahora es mío. —Reede dio un paso hacia él, pero Lawrie retrocedió y levantó una mano—. Espere un momento. Acaba de decir que no tiene tiempo, que mejor la semana próxima. Claro que para entonces —agregó— puede que ya haya llevado el cuadro a otra parte.

—Ah —contestó Reede alzando las manos—. Sólo quiero verlo más de cerca. Por favor —añadió, al parecer haciendo un gran esfuerzo.

—¿Por qué? Hace un momento no le importaba lo más mínimo.

Reede se echó a reír; fue una risa jovial.

—Mire, amigo, lamento haber sido tan brusco. Aquí vienen muchas personas con cuadros que han heredado de la tía Edna o que le han comprado por cuatro cuartos a un individuo en Brick Lane, y uno acaba cansándose. Pero lo que trae usted parece interesante. Si me deja echarle un vistazo, tal vez pueda decirle por qué.

Lawrie vaciló, pero luego colocó otra vez el cuadro sobre el mostrador y le quitó el papel. Reede se acercó y comenzó a devorarlo con los ojos, con los dedos suspendidos encima del lienzo, de la cabeza flotante de la segunda joven, de la trenza serpenteante, de la mirada pasiva del león.

—Dios santo —jadeó—. ¿Cómo ha llegado esto a ser propiedad de su madre?

—No lo sé.

—¿Puede preguntárselo?

Lawrie me miró.

—Ha fallecido.

—Ah. —Reede titubeó—. Entonces... ¿tiene idea de cómo pudo obtenerlo?

—Compraba muchas cosas en tiendas de segunda mano o en mercadillos callejeros, a veces en subastas, pero este cuadro lo tenía desde que yo era pequeño. Siempre estuvo colgado en la pared, en todas las casas a las que nos mudábamos.

—¿Y dónde estaba la última?

—En Surrey.

—¿Alguna vez le contó a usted algo sobre este lienzo?

—¿Por qué iba a hacerlo?

Reede levantó el cuadro con delicadeza para mirar la parte de atrás.

—No tiene marco, sólo un gancho —murmuró—. Bien —continuó, dirigiéndose a Lawrie—, si lo tenía siempre colgado, quizá significase algo especial para ella.

—Yo creo que simplemente le parecía bonito —dijo Lawrie.

—«Bonito» no es el término que yo emplearía.

—¿Y qué término emplearía usted, señor?

Reede parpadeó ante el tonillo de Lawrie.

—Tras la primera impresión, diría que es «atrevido». Y la procedencia importa, señor Scott, si uno decide exponer algo o colocarlo en el mercado. Imagino que para eso nos ha traído el cuadro.

—Entonces, ¿tiene algún valor?

Se produjo un silencio. Reede inspiró hondo, con la vista fija en la pintura.

—Señor Scott, ¿tendría la bondad de acompañarme a mi despacho, para que yo pueda examinar este lienzo más detenidamente?

—De acuerdo.

—Señorita Bastien, traiga café.

Acto seguido, Reede cogió la pintura y le indicó a Lawrie con una seña que lo siguiese. Los observé subir la escalera de caracol, Lawrie lanzándome una mirada furtiva, con una expresión de emoción en los ojos y levantando un pulgar para indicar que todo iba bien.

Fuera del Skelton, la lluvia estaba transformándose en un diluvio. Busqué la figura de Quick por la plaza, pero ya no estaba. Blandiendo su paraguas cerrado como si fuera una lanza, eché a correr por el lado izquierdo de la plaza y torcí en dirección a Piccadilly, esperando dar con ella a ciegas. Tomé de nuevo hacia la derecha y, sin pensar, me dirigí a la estación del metro. En ese momento la vi, una manzana más adelante. Los coches daban bocinazos y frenaban, y sobre mí se alzaba la estatua del dios Eros.

—¡Quick! —grité—. ¡El paraguas!

Varios transeúntes se volvieron para mirarme, pero no les presté atención. Al ver que apretaba el paso, corrí más deprisa y alargué la mano para tocarle un brazo. A la velocidad del rayo, Quick se zafó de mí y se volvió bruscamente. Su mirada estaba fija en algún punto lejano, más allá de la transitada calle, de los altos edificios con hollín incrustado y de los peatones que esquivaban a saltos los charcos. De pronto se posó en mí casi con alivio. Estaba empapada, y aunque la cara le chorreaba, no pude distinguir si se trataba de lluvia o de lágrimas.

—Se me ha olvidado una cosa —dijo—. En casa. Se me ha olvidado... Tengo que volver a buscarla.

—Tome —le dije yo—, su paraguas. Deje que pare un taxi.

Quick miró primero el paraguas y después a mí.

—Estás empapada, Odelle. ¿Por qué demonios has venido corriendo?

—Porque... bueno, porque usted ha hecho lo mismo. Y mire cómo está.

Apoyé una mano en su manga mojada y ella se quedó mirándola unos instantes. Me sorprendió lo

delgado que le noté el brazo al tocarlo.

—Trae.

Me quitó el paraguas de la mano y lo abrió para taparnos a las dos. Nos miramos bajo la tela negra, con el rumor del aguacero embistiendo la frágil estructura de varillas, rodeadas de gente que chocaba con nosotras en su afán de correr para ponerse a cubierto. Quick tenía los rizos pegados a la cabeza, se le había corrido el colorete y se veía su color de piel natural... y, extrañamente, sin el maquillaje parecía una máscara. Hizo ademán de decir algo, pero se contuvo.

—Dios santo —murmuró, al tiempo que cerraba un segundo los ojos—. Es un maldito monzón.

—¿Quiere que pare un taxi?

—Cogeré el metro. No tendrás un cigarrillo, ¿verdad?

—No —respondí desconcertada, porque a esas alturas Quick ya tenía que saber que yo no fumaba.

—Ese hombre... ¿cómo es que se ha presentado en el Skelton? —me preguntó—. ¿Lo conoces? Me ha dado la impresión de que lo conocías.

Bajé la vista. A nuestro alrededor estaban formándose unos charcos enormes. Me acordé del café que supuestamente debería estar preparando y calculé el tiempo que podía continuar ausente antes de perder mi empleo.

—Sólo lo he visto en otra ocasión: en la boda de Cynth. Y de nuevo hoy, que ha venido a verme.

—¿Que ha ido a verte, dices? Parece una actitud bastante persistente. No te estará... molestando, ¿no?

—En absoluto. No hace nada —contesté en un tono levemente defensivo.

¿Por qué estaba Quick hablando de Lawrie, cuando era ella la que actuaba de forma extraña?

—Está bien. —Pareció calmarse un poco—. Oye, Odelle... tengo que irme. Dile que no te moleste con ese cuadro.

—Ya lo ha visto el señor Reede.

—¿Qué?

—Ha llegado poco después y ha comentado que tenían ustedes una reunión a primera hora. Le ha echado una ojeada al cuadro y se lo ha llevado a su despacho.

Quick dirigió la mirada hacia el Skelton por encima de mí.

—¿Qué ha dicho el señor Reede al verlo?

—Parecía... emocionado.

Quick bajó los ojos y su expresión se volvió indescifrable. En ese momento parecía muy vieja. Me cogió la mano y me la apretó.

—Gracias, Odelle... por traerme el paraguas. Eres maravillosa, de verdad que sí. Pero llévatelo otra vez, voy a coger el metro. Vuelve a la oficina.

—Quick, espere...

Pero ella me puso el paraguas en la mano y empezó a bajar la escalera del metro. Antes de que yo pudiera llamarla de nuevo, ya había desaparecido.

Enero

1936

I

Sarah estaba inconsciente, con la cara vuelta hacia un lado, sus rizos artificiales aplastados contra la almohada y los cortes que tenía en las piernas desnudas, cubiertos de loción de calamina. Su boca desprendía un olor acre, de la última copa de la noche anterior. Sobre la mesilla de noche había un cenicero a rebosar, una pila de novelas de detectives y sus ejemplares de *Vogue* con los bordes retorcidos. Su ropa estaba tirada por el suelo polvoriento: aquí unas medias que parecían mudas de piel de serpiente, allí una blusa atrapada en el momento de escapar. El carmín de labios se había derretido en el tubo. En un rincón de la estancia, una lagartija se deslizaba por las baldosas como se deslizan las motas tras un párpado cerrado.

Olive estaba de pie en la puerta, sosteniendo en la mano la carta de la Escuela de Bellas Artes de Slade. Ésta había llegado sólo dos semanas atrás, pero ya se agitaba como un pañuelo y tenía los pliegues casi grasientos de las numerosas veces que la había doblado. Fue hasta la cama de su madre y se sentó en el borde para leerla una vez más, aunque ya se la sabía de memoria.

Tenemos el placer de invitarla a inscribirse en el curso de Bellas Artes [...]. Los tutores han quedado vivamente impresionados [...] la rica imaginación y el carácter novedoso [...] que continúe con la rigurosa pero progresista tradición de esta escuela [...] esperamos tener noticias suyas en los próximos quince días. Si por cualquier razón cambiaran sus circunstancias, tenga la bondad de informarnos.

Si la leía en voz alta, tal vez Sarah pudiera oírla en medio de aquel aire viciado y con eso bastara; Olive cumpliría su palabra y se marcharía. Tal vez la mejor manera de recibir una impresión como ésa fuera estando bajo los efectos residuales de una pastilla para dormir. Cuando le llegó la carta, en Londres, tuvo ganas de gritar a los cuatro vientos lo que había conseguido. Sus padres no tenían ni idea, ni siquiera sabían que su hija seguía pintando, y mucho menos que hubiese solicitado entrar en una escuela de bellas artes. Pero parte del problema de Olive radicaba en que siempre había sido dada al secretismo; era como se sentía cómoda, el punto de partida para empezar a crear. Era un patrón que la superstición le impedía romper, de modo que allí estaba, en aquel pueblo del sur de España.

Al contemplar a su madre dormida, le vino a la memoria el día en que le mostró a su padre un retrato que había dibujado de ella durante una clase en la escuela.

—Ay, Liv —dijo él, mientras a Olive se le aceleraba el corazón y un escalofrío de emoción le recorría la espalda—. Tienes que regalárselo a tu madre.

Eso fue todo lo que dijo sobre el asunto. «Regalárselo a tu madre.»

Su padre siempre había dicho que, por supuesto, las mujeres podían coger un pincel y pintar, pero lo cierto era que no llegaban a ser buenas artistas. Olive nunca había entendido del todo cuál era la diferencia. Desde que era pequeña y jugaba en los rincones de la galería de su padre, Harold, lo oía hablar de ese tema con sus clientes, tanto hombres como mujeres, y con frecuencia éstas se mostraban de acuerdo con él, pues preferían invertir su dinero en jóvenes varones, más que en muchachas. Asimilar por naturaleza al artista con un hombre era un prejuicio tan extendido que en ocasiones también Olive había llegado a padecerlo. A sus diecinueve años, ella aún tenía que asomar la cabeza; era la mascota intrépida

y perseverante de los aprendices. Pero en aquel momento estaban en París Amrita Sher-Gil, Méret Oppenheim y Gabriele Münter, todas trabajando, ella había visto sus obras con sus propios ojos. ¿Acaso esas mujeres no eran artistas? ¿La diferencia entre ser un pintor ordinario y ser un artista consistía simplemente en que otras personas creían en ti o en que gastaban el doble de dinero en tus obras?

Le resultó imposible explicar a sus padres la razón por la que había enviado la solicitud, el conjunto de obras que había compilado, el ensayo que había escrito sobre las figuras de fondo de los cuadros de Bellini. Pese a toda la información que había ido asimilando acerca de la desventaja de las mujeres en el mundo del arte, lo hizo de todas formas. Eso era lo que no lograba entender: de dónde había surgido aquella urgencia. Y aun así, aunque tenía una vida independiente justo al alcance de la mano, seguía sentada a los pies de la cama de su madre.

Se volvió de nuevo hacia Sarah y se planteó la posibilidad de mostrarle sus pinturas al pastel. Hubo una época en la que su madre la dejaba desfilarse con sus pieles y sus collares de perlas, o la llevaba a tomar bollos de crema al Connaught, o a escuchar a un violinista, o al recital de un poeta brillante en el Musikverein. Siempre se trataba de amigos de Sarah, y siempre, Olive lo fue comprendiendo a medida que se hacía mayor, todos enamorados de ella. En esos días, en cambio, nadie sabía lo que decía ni hacía Sarah Schloss. Se resistía a los médicos y a menudo las píldoras parecían inútiles. Olive se sentía como un poso, un desecho que flotaba en la estela de su madre. Así que la dibujaba, en secreto, en poses que Sarah seguramente no le perdonaría jamás.

Los altos ventanales estaban entreabiertos y la brisa hacía bailar las cortinas. El viento del amanecer había levantado la impresionante capa de nubes que cubría los montes de Arazuelo y había dejado un cielo del color de un huevo de pato, surcado de estrías en rosa y oro. Todavía con la carta en la mano, Olive fue de puntillas hasta el balcón y vio una extensión de campos eriales que llegaban hasta las agrestes estribaciones de la sierra. A lo lejos, en las tierras de labor salpicadas de matojos y margaritas silvestres, los milanos trazaban círculos en el cielo y los saltamontes brincaban en zigzag por los melonares vacíos, mientras los bueyes araban a fin de roturar el terreno para la siembra.

Los conejos, ajenos a todo, se desplazaban saltando por la huerta, y allá, en los montes, se veían rebaños de cabras cuyos cencerros resonaban sin tono ni ritmo, un sonido que resultaba balsámico porque era totalmente involuntario. De repente se oyó el disparo de un cazador y un grupo de pájaros alzó el vuelo en total desorden contra el telón de fondo de aquella barroca mañana de Andalucía. Sarah no se movió, pero los conejos, expertos en esconderse, se dispersaron al momento y abandonaron la superficie de la tierra que aguardaba. Olive cerró las ventanas y las cortinas se aquietaron. Probablemente su madre esperaba encontrar allí la tranquilidad que tanto tiempo llevaba buscando, pero había algo salvaje en el tañido de la campana del convento, la posibilidad de encontrar lobos en los montes. Los vanos gañidos de un perro encerrado en un granero subrayaban todos los silencios. Y, sin embargo, desde que llegó, a Olive aquel paisaje y aquella casa le habían resultado vigorizantes en un sentido que le era desconocido y del todo inesperado. Había cogido una vieja tabla de madera que había encontrado en la caseta que había al fondo de la huerta y la había subido en secreto al desván, como si fuera de contrabando. Le dio el tratamiento necesario para poder pintar encima, pero todavía estaba en blanco.

Su padre entró en la habitación y su largo pie empujó un *Vogue* bajo la cama. Olive se guardó la carta en el bolsillo del pijama y se volvió rápidamente hacia él.

—¿Cuántas? —preguntó él, señalando la figura dormida de su mujer.

—No lo sé —respondió Olive—, pero más de las habituales, me parece.

—*Sheiße*.

Harold blasfemaba en alemán en los momentos de gran estrés o de gran libertad. Se inclinó sobre

Sarah y, con suma delicadeza, le apartó un mechón de la cara. Era un gesto de otra época, y a Olive le produjo cierta aprensión.

—¿Conseguiste el tabaco? —le preguntó.

—¿Eh?

—El tabaco.

La noche anterior, su padre había mencionado que tenía que ir a Málaga a por tabaco y a visitar el estudio de un artista... con la esperanza de descubrir a otro Picasso, comentó entre risas, como si de verdad un rayo pudiera caer dos veces en el mismo sitio. Su padre siempre se escabullía de los días como aquél: se aburría enseguida, pero cuando volvía a aparecer exigía la presencia de público. Apenas llevaba allí dos días y ya estaba marchándose.

—Ah —contestó—. Sí. Lo tengo en el coche.

Antes de salir de la habitación de su mujer, Harold sirvió a su amada un vaso de agua y lo dejó en la mesilla de noche, a la distancia justa para que no pudiese alcanzarlo.

En el piso de abajo, las contraventanas seguían medio cerradas y el escueto mobiliario permanecía en penumbra. En el aire flotaba un leve olor a alcanfor, mezclado con humo de puro. Olive supuso que nadie habría vivido en aquella finca desde hacía varios años. Era una enorme catacumba por encima del nivel del suelo, cuyas estancias desconfiaban de su presencia, largos pasillos decorados con muebles coloniales, armarios de maderas oscuras vacíos de objetos hogareños. Daba la impresión de que todo seguía estando tal como en la década de 1890 y que ellos fueran personajes de otra época, rodeados por los materiales de atrezzo de una obra de teatro.

La ligera humedad del aire ya estaba evaporándose. Olive abrió las contraventanas y al momento la luz inundó la estancia; un día de sol, pero no de calor. Desde allí se veía un terreno inclinado y sin cultivar que descendía hasta la alta verja de hierro forjado y después continuaba hasta los inicios de la carretera del pueblo. Se asomó y vio arbustos raquíticos y parterres vacíos de flores, también tres naranjos sin frutos. Su padre había dicho que aquellas mansiones siempre se construían en las afueras de los pueblos, cerca de tierras fértiles y bien regadas, y en verano, afirmaba, tendrían olivos y cerezos en flor, jardines repletos de damas de noche y jacarandás, fuentes, ocio y felicidad, felicidad.

Olive aún llevaba puestos el pijama de invierno, calcetines y un jersey de punto irlandés. Las baldosas estaban tan frías como si acabara de llover encima de sus grandes formas cuadradas y lisas. «Hazlo sin más —pensó—. Dile que te han concedido una plaza y vete.» Ojalá fuera tan sencillo hacerlo como decirlo. Ojalá fuese más fácil saber cuál era la mejor manera de proceder.

En la despensa descubrió una lata de café en grano y un molinillo viejo pero que aún funcionaba. Era lo único que había para desayunar, de modo que su padre y ella decidieron tomarse una taza juntos en el porche que había en la parte trasera. Después, Harold fue a la habitación donde estaba el teléfono. Había escogido aquella finca porque era la única conectada a un generador, pero le había complacido mucho descubrir, por sorpresa, que tenía teléfono.

Murmuraba en alemán, probablemente estaría hablando con uno de sus amigos de Viena. Sonaba insistente, pero empleaba un tono de voz demasiado bajo para que Olive pudiera distinguir lo que decía. Cuando vivían en Londres y él recibía noticias de lo que estaba ocurriendo en su ciudad natal —las peleas en las calles, las frustradas reuniones para rezar— se sumía en profundos silencios. Mientras molía el café, Olive pensó en la Viena de su infancia, la antigua y la nueva, la judía y la cristiana, la culta y la curiosa, la psique y el corazón. Cuando Harold dijo que si volvían allí no estarían a salvo, Olive no fue capaz de asimilarlo. En los círculos en los que ellos se movían, la violencia parecía algo muy lejano.

Harold había finalizado su llamada y estaba ya en el porche, esperándola a ella, sentado en un ajado

sofá de color verde que alguien había dejado a la intemperie. Se había puesto encima del abrigo una bufanda larga y estrecha que le había tejido Sarah y miraba el correo con el ceño fruncido. Siempre tenía algún truco para asegurarse de que la correspondencia lo estuviera esperándolo dondequiera que aterrizase.

Olive se sentó en una vieja mecedora, titubeando por miedo a que la humedad hubiera debilitado la cola y la carcoma hubiese devorado las juntas. Su padre encendió un cigarrillo, dejó la pitillera plateada en el desconchado suelo del porche y empezó a dar caladas. Olive oyó el agradable crujido del tabaco cuando su padre aspiró para intensificar el calor de la brasa.

—¿Cuánto tiempo calculas que nos quedaremos aquí? —le preguntó, procurando adoptar un tono despreocupado.

Harold levantó la vista de las cartas. De la punta del cigarrillo se elevaba una delgada columna de humo en línea recta, pues no soplaba brisa alguna que modificara su rumbo. La ceniza fue acumulándose y curvándose hacia abajo, hasta que cayó sobre los desgastados tablones del porche.

—No me digas que ya quieres marcharte. —Enarcó sus oscuras cejas—. ¿Sientes...? —Hizo una pausa para buscar el término adecuado—. ¿Sientes nostalgia? ¿Nos hemos dejado a alguien en Londres?

Con gesto lánguido, Olive se quedó mirando la huerta, yerma porque estaban en enero, y por un instante deseó que existiera algún anodino Geoffrey, con una casa de estuco blanco en South Kensington y un empleo de subsecretario en el Foreign Office. Pero no lo había y nunca lo había habido. Cerró los ojos y casi le pareció ver el apagado brillo metálico de unos grilletes imaginarios.

—No. Es sólo que... aquí estamos en medio de la nada.

Su padre dejó la carta y la miró fijamente.

—Livvi, ¿qué se suponía que debía hacer? No podía dejarte allí sola. Tu madre...

—Podría haberme quedado sola. O con una amiga.

—Siempre me dices que no tienes amigas.

—Hay... cosas que quiero hacer.

—¿Como qué?

Olive se tocó el bolsillo del pijama.

—Nada. Nada importante.

—De todas maneras, Londres nunca te ha interesado gran cosa.

Olive no respondió, porque acababa de fijarse en dos personas que había en la huerta, esperando de pie junto a la fuente situada más allá de la franja de hierba que rodeaba la casa. Eran un hombre y una mujer y no hacían ningún esfuerzo por ocultarse. La mujer llevaba una bolsa de tela pegada al cuerpo y parecía en consonancia con aquella huerta, donde las cañas clavadas en la tierra agrietada eran lo único que quedaba de los tomates, las berenjenas y las lechugas que debían de haber crecido allí cuando alguien se preocupaba por ello.

El hombre tenía las manos metidas en los bolsillos, los hombros encorvados y la cabeza gacha, mientras que la mujer mantenía la frente alta y miraba el musculoso sátiro, que sostenía con garbo su caño vacío. Cerró los ojos y aspiró el aire. Olive también inspiró: los débiles aromas a fuego de carbón y campos de espliego, el vacío de aquel lugar, su desolación. Se preguntó si habría algún modo de conseguir que saliera agua de la fuente.

La pareja empezó a acercarse a la casa, los dos con la misma seguridad que las cabras montesas, esquivando madrigueras de conejos y piedras pequeñas en su deseo, por lo visto inexorable, de aproximarse. Tanta seguridad sorprendió a Olive. Su padre y ella contemplaron cómo iban avanzando poco a poco, sus pasos acompañados por el leve crujido de las ramitas que iban quebrándose bajo sus

pies.

La mujer era más joven de lo que a Olive le había parecido. Sus ojos eran oscuros y la abultada bolsa de tela resultaba intrigante. Tenía la nariz y la boca pequeñas y el cutis bruñido como una nuez. Llevaba un vestido negro liso, con largas mangas abotonadas en las muñecas. El cabello también era oscuro y abundante, y se lo había recogido en una trenza larga, pero, cuando se volvió para mirar a Harold, el sol matinal le arrancó destellos rojizos en varios puntos.

El hombre, de pelo casi negro y algo mayor que ella, tendría unos veintitantos años. Olive se preguntó si serían marido y mujer. No podía apartar los ojos de él. Tenía el rostro de un noble de la Toscana y un cuerpo fibroso de boxeador de peso pluma. Vestía un pantalón azul planchado y una camisa abierta con el cuello desabrochado, como las que Olive había visto que llevaban los hombres en el campo, aunque la de éste se veía inmaculada y las de los otros estaban todas deshilachadas. Era de huesos finos y su boca tenía una expresión ágil. Sus ojos, castaño oscuro, recorrieron el cuerpo de ella como una débil corriente eléctrica. ¿Estarían juntos la mujer y él? Cayó en la cuenta de que debía de estar mirándolo embobada, pero no podía evitarlo.

—Traemos pan —dijo el hombre en inglés con acento, mientras su compañera rebuscaba en la bolsa de tela y sacaba una hogaza.

Harold batió palmas, encantado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Estoy muerto de hambre. Tráigalo aquí.

La pareja caminó hacia el porche. A pesar de tener aproximadamente la misma estatura que la joven, Olive se sentía más corpulenta que los dos y eso la hizo sentir incómoda: sus brazos eran demasiado largos y su cabeza demasiado grande, movía las extremidades sin control, lo que delataba su nerviosismo. ¿Por qué demonios seguía en pijama, como una colegiala?

La joven se puso una mano en el pecho.

—Me llamo Teresa Robles —dijo en español, pronunciando todas las sílabas.

—Me llamo Isaac Robles —dijo el hombre.

—Me llamo Olive Schloss —contestó Olive, también en español.

La joven debía de ser su mujer, pensó ella, porque si no, ¿qué iban a hacer juntos a aquella hora de la mañana? Los dos se echaron a reír y ella sintió una oleada de rabia. En España, llamarse Olive podía resultar gracioso, pero no era lo mismo que llamarse Anchoa o Albaricoque. Siempre le habían tomado el pelo por tener ese nombre: primero, porque así se llamaba la mujer de Popeye; y más tarde, en la adolescencia, porque recordaba a la clásica oliva de los cócteles. Ahora, en la cúspide de la libertad, se reían de ella porque era el fruto de un árbol de España.

—Harold Schloss.

Su padre les estrechó la mano a ambos y Teresa le entregó el pan. Él lo cogió con una amplia sonrisa, como si fuera un lingote de oro y Teresa, un Rey Mago.

—Soy su padre —añadió, algo que a Olive le pareció innecesario.

Teresa se arrodilló y, con la precisión descuidada de un ilusionista, sacó de su bolsa un queso de oveja de olor intenso, envuelto en ramilletes de romero, un salchichón curado, tres membrillos pequeños y varios limones enormes. Con un floreo, fue colocando cada una de las frutas sobre los tablones del suelo, donde relucían como planetas, un sistema solar del que ella se convirtió momentáneamente en el Sol.

—¿Habéis montado un pícnic sin mí?

Sarah había aparecido en la puerta de la cocina, temblando con su pijama de seda, una de las cazadoras de aviador de Harold encima y unos calcetines gruesos. Incluso ojerosa por haber pasado mala noche y por el champán que habían comprado en París, parecía una estrella de cine en un momento de

ocio.

Olive vio la reacción, de sobra conocida: Teresa parpadeó, deslumbrada por el luminoso cabello rubio y por el halo de glamur que acompañaba a Sarah dondequiera que fuese. Isaac se arrodilló y metió las manos en la bolsa de tela. En el fondo de ésta parecía haber algo vivo, que se movió, y la bolsa empezó a agitarse como con vida propia.

—¡Dios santo! —exclamó Olive.

—No seas cobarde —le dijo Sarah.

Teresa miró a Olive y ésta se sintió furiosa al verse humillada en público. Isaac sacó una gallina y unas cuantas plumas sueltas cayeron flotando hasta el suelo, mientras sus patas cubiertas de escamas se agitaban cómicamente, sujetas por su dueño. Su ojo reptiloide giraba de un lado a otro; el pánico le hacía encoger los dedos de las patas y tensarlos para convertirlos en garras. Isaac la dejó en el suelo y, con la mano izquierda, la inmovilizó. La gallina emitía un cacareo apagado, aturdida por haber pasado mucho tiempo en la bolsa. Isaac le apoyó despacio la mano derecha en el cuello y, arrullándola en voz baja, se lo sujetó con más fuerza. Entonces, con un giro decidido, le partió el pescuezo.

La gallina se desplomó en la mano de Isaac como un calcetín relleno. Cuando él apartó las manos y dejó el animal en el suelo del porche, Olive se cercioró de que la viese contemplar aquel ojillo cada vez más vidrioso.

—Hoy comerá —dijo Teresa, dirigiéndose directamente a Olive. Ella no logró distinguir si se trataba de un ofrecimiento o de una orden.

—Jamás había visto algo así tan de cerca —comentó Sarah. Obsequió a los recién llegados con una sonrisa radiante y se presentó—: Soy Sarah Schloss. ¿Quiénes son ustedes?

—No es más que una maldita gallina —intervino Olive, y sintió una opresión en el pecho cuando Isaac Robles soltó otra carcajada.

II

Teresa vio cómo el grupo se metía dentro de la casa, mientras ella recogía del suelo del porche la comida que habían llevado. Ella se había resistido a acudir a la finca; le parecía demasiado obvio, dejaba demasiado clara su necesidad.

—Hay otro guiri rico que ha venido con su mujer y su hija —había comentado Isaac—. Deberías ver el coche y los baúles. Llevan un gramófono sujeto al techo.

—¿Quiénes son? —le había preguntado ella, pero él no lo sabía, y tampoco lo sabían en el pueblo.

Lo único que estaba claro era que, desde hacía una semana, la antigua finca de la duquesa por fin tenía inquilinos nuevos.

No era raro que acudieran extranjeros ricos a aquel rincón del sur de España llevando consigo su herencia industrial y su hastío de la vida en la ciudad. De hecho, Teresa ya había trabajado para dos familias. Llegaban a través de París o de Toulouse, Madrid o Barcelona, cargados de cajas de pinturas y novelas —y máquinas de escribir en las que tecleaban sus propias historias— y de baúles con sus iniciales, que a veces se les caían a la carretera porque eran muy torpes manejando las mulas que se usaban allí. Eran millonarios bohemios o, más comúnmente, hijos bohemios de millonarios, y llegaban de Texas, Berlín o Londres, deseosos de mojar su pincel y disolverse en la sierra igual que uno de los colores menos utilizados de sus acuarelas. Llegaban, pasaban allí una temporada y la mayoría de ellos se iba otra vez.

Teresa vio con el rabillo del ojo que Olive no había entrado en la casa. Vio que llevaba las puntas de los calcetines de lana zurcidas con mano inexperta, y le dio pena; las personas como aquella joven deberían vestir mejor. Olive fue hacia ella y se arrodilló a su lado.

—Deja que te ayude —le dijo en un español entrecortado, lo cual la sorprendió.

La joven extranjera tenía bajo las uñas restos de pintura de un vivo color verde. Su melenita corta necesitaba un repaso: la llevaba sin peinar y le cubría la cabeza como si fuese la caperuza de un gigantesco champiñón. Cuando Olive sonrió, a Teresa la impresionó ver cómo las facciones de la madre se repetían en el rostro de la hija, pero era como si hubieran perdido el ritmo y se hubieran transformado en un eco discordante.

—Estoy todavía en pijama —dijo Olive, y Teresa no supo qué responder.

Era bastante obvio, ¿no? Recogió la gallina inerte y la metió en la bolsa.

—Esto es precioso —siguió diciendo Olive, al tiempo que sopesaba uno de los limones en la palma de la mano—. Mi Baedeker dice que el norte de África no está lejos de aquí. «Los Reyes Católicos arrebataron estas tierras a los califatos árabes. Un calor abrasador en verano y un frío insoportable en invierno, y enormes cielos nocturnos durante todo el año.» Me lo he aprendido de memoria.

Se la veía nerviosa. Teresa se había fijado en ella cuando Sarah la había llamado cobarde: dio la impresión de que tenía preparada una frase para contestar, pero que había preferido callársela. Había una sensación de urgencia en su lenguaje corporal, en cómo movía las manos. Le recordaba a un animal cautivo, inquieto porque alguien se aproximaba a los barrotes de su jaula.

—Bueno —dijo Olive, otra vez en español—, ¿cuánto tiempo lleváis casados?

Teresa se quedó mirándola.

—¿Casados?

Olive frunció el ceño.

—Casados. Está bien dicho, ¿no?

Teresa se rió.

—Isaac es mi hermano —contestó ya en inglés.

Observó cómo el rubor se extendía por el rostro de Olive, que tiraba de un hilo de lana del jersey.

—Ah —dijo ésta—. Creía que...

—No. Tenemos... tuvimos madres distintas.

—Ah. —Olive pareció recuperar la compostura—. Hablas muy bien el inglés.

Teresa recuperó el limón que Olive aún sostenía en la mano y ella lo miró con gesto de sorpresa, como si no recordara haberlo cogido.

—En Esquinas vivió una americana. Estuve trabajando en su casa —explicó Teresa.

Decidió no mencionar a la familia de alemanes para los que también había trabajado, y que, antes de volverse a Berlín, hacía apenas unos meses, la instruyeron en los rudimentos del alemán. La vida le había enseñado que era más prudente no mostrar todas las cartas de una vez.

—Se llamaba señorita Banetti. No hablaba mi idioma.

En ese momento, dio la sensación de que Olive empezaba a comprender.

—¿Por eso has venido aquí, porque quieres trabajar para nosotros? ¿A qué se dedica tu hermano?

Teresa cruzó el porche y contempló por unos instantes los árboles raquíuticos que salpicaban la huerta.

—Nuestro padre es don Alfonso. Trabaja para la propietaria de estas tierras y de esta casa.

—¿Es cierto que la propietaria es una duquesa?

—Sí. Su familia viene de muy atrás.

—No debe de haber pasado mucho tiempo en esta finca. ¡Hay tanto polvo...! Pero no estoy diciendo que sea culpa tuya...

—La duquesa nunca viene —replicó Teresa—. Vive en Barcelona, París y Nueva York. En este pueblo no tiene nada que hacer.

—Estoy segura de que eso no es verdad —afirmó Olive.

—¿Usted es inglesa o americana?

—Medio inglesa. Mi padre es de Viena. Se casó con mi madre, que es inglesa, aunque ella cree haber nacido en Sunset Boulevard. Estos últimos años hemos estado viviendo en Londres.

—¿Sunset Boulevard?

—No importa... ¿Tú eres de Arazuelo?

—¿Van a quedarse mucho tiempo? —le preguntó Teresa a su vez.

—Eso depende de mi padre.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Diecinueve —contestó Olive, y al ver que Teresa fruncía el ceño, añadió—: Ya lo sé. Es una historia muy larga. Pero mi madre no se encuentra bien.

—Pues no lo parece.

—Es una apariencia engañosa.

A Teresa se le puso la carne de gallina al percibir el tonillo con el que Olive dijo esto último. Se preguntó qué problema tendría aquella mujer frágil y hermosa, que llevaba una chaqueta demasiado grande.

—Aquí va a necesitar a alguien, señorita —dijo—. Esto no es Londres. ¿Usted cocina?

—No.

—¿Limpia?

—No.

—¿Monta a caballo?

—¡No!

—Yo la ayudaré.

—¿Y cuántos años tienes tú?

—Dieciocho —mintió Teresa, porque en realidad tenía dieciséis.

Había aprendido que los extranjeros a menudo tenían una actitud romántica, infantil, respecto a la edad, y que procuraban que sus hijos siguieran siendo niños todo el tiempo posible. Un caso clarísimo era aquella joven. Teresa nunca había disfrutado de semejantes lujos; a veces se sentía tan vieja como las piedras.

—Mi hermano... —empezó, pero se interrumpió; no le apetecía hablar de Isaac más de lo necesario. Se sacó tres sobres del bolsillo—. Tomate, perejil, cebolla —dijo en español.

Para cerciorarse de que la había entendido, Olive repitió los nombres en inglés.

Teresa asintió con la cabeza. No tenía intención de regalarle aquellas semillas; de hecho, las había llevado a la finca con la esperanza de poder sembrarlas a escondidas en las tierras de la duquesa, que eran más fértiles, y después recoger la cosecha.

—Son para usted —le dijo, sin embargo, a Olive.

En sus dieciséis años de vida, Teresa nunca le había regalado nada a nadie.

Olive se volvió para mirar el interior oscuro de la casa. Dentro se oía la risa de Sarah y las voces graves de los hombres.

—Vamos a plantarlas —propuso.

—¿Ahora?

—Ahora.

En la caseta que había al fondo de la huerta, Olive encontró dos horcas oxidadas y le dio una a Teresa. A ésta la sorprendió que aquella joven se mostrara tan dispuesta a estar con ella, a remover la tierra endurecida y arrancar las malas hierbas. No quería alegrarse tanto por ello, pero no pudo evitarlo. Era muy raro que una chica como Olive prefiriese estar allí fuera en vez de dentro de la casa. Cuando le dijo que debería protegerse los calcetines con unas botas, la joven se miró los pies con gesto de sorpresa.

—Ah, no importa —dijo, agitando los dedos que asomaban entre el zurcido—. Me gusta sentir la tierra.

Teresa se dijo que sólo una guiri rica, con más pares de calcetines que sentido común, podía afirmar una cosa así. Si aquello mismo lo hubiera dicho la señorita Banetti, que también había ido a aquel pueblo en busca de la vida rústica, habría parecido una imbécil. Sin embargo, Olive tenía algo distinto, una determinación inconsciente, una aceptación tan sincera que no sólo le perdonó ese capricho, sino que además la fascinó que no se preocupara por el calzado.

Olive se remangó y llenó dos enormes regaderas en el pozo que había al fondo de la huerta, y Teresa admiró la musculatura de sus antebrazos, su concentración y su aguante, el hecho de que no se le hubiera caído ni una gota por el camino al llevarlas hacia ella. Las dos caminaron con las regaderas por la tierra recién removida y, mientras el agua iba cayendo, Teresa contempló el arco iris que formaban las gotas. Seguramente a Olive se le estaba clavando el duro suelo en la planta de los pies, pero no dijo nada.

III

Harold le pidió a Teresa que empezase por limpiar las habitaciones de la planta baja, y que quitase las telarañas que se extendían de un rincón a otro. Con la ayuda de trapos hechos con jirones de una camisa de hombre y mojados en un cuenco con vinagre y un poco de zumo de limón, fue frotando las ventanas, en cuyos marcos se habían acumulado varias capas de suciedad. Después quemó ramitas de romero y de salvia sobre las baldosas. Isaac encontró dos estufas eléctricas en un armario de la despensa y las colocó en la habitación delantera, que daba al este, para caldear las paredes encaladas cuando en ellas dejara de dar el sol. Prometió llevar leña para el fuego.

Teresa preparó un almuerzo para los Schloss con la gallina, pero no quiso comer con ellos, aunque Isaac sí aceptó la invitación. Para cuando la comida estuvo lista, a Olive le quedó claro que tenían una nueva criada. Pero ¿qué había de Isaac, con qué pretexto podían retenerlo allí?

El reloj del vestíbulo arrastró cuatro veces el péndulo.

—¡Dios! —exclamó Sarah, al tiempo que se sentaban a la mesa del comedor. Estaba de ánimo excitable, una importante mejora respecto al día anterior, pero no exenta de peligros—. ¡Qué rápido ha pasado el día! Hace mucho frío... Yo creía que en el sur de España hacía calor.

Se había puesto una chaqueta color crema de manga larga encima de un pantalón rojo de lana y una blusa de lunares escarlata a juego. En algún momento se había pintado las uñas de los pies, y Olive vio diez cuadraditos de tono bermellón sobre el suelo de terracota.

—Ya templará —afirmó Harold.

En la cocina, Teresa hacía ruido con la vajilla de latón al dejarla en el escurrerplatos, un tintineo que recordaba el interior de una armería.

—Ah, bien, en ese caso iré a buscar el traje de baño —respondió Sarah—. Señor Robles, ¿ha estado alguna vez en Londres? —preguntó, volviéndose hacia donde estaba sentado el joven, a la izquierda de ella, sirviéndose café en una tacita blanca—. ¿Usted fuma? ¿Le apetece una almendra?

—Sí, fumo. Y no, gracias.

—Por favor, coja un cigarrillo de los míos. Los ha traído Harold de Málaga. Él sólo fuma tabaco alemán, de modo que esto es todo lo que tenemos.

Sarah jugueteó con la cajetilla encima de la mesa y sacó un cigarrillo; tenía las muñecas llenas de pulseras, que entrechocaron unas con otras. Isaac cogió el cigarrillo de sus dedos y él mismo se lo encendió.

—Nunca he estado en Londres —dijo, pronunciando el nombre de la ciudad con cierto temor reverencial.

Londres en letras de caligrafía, Enrique VIII, la Torre, el Middle Temple. El Londres de Olive no era así, era más bien un paseo solitario por Saint James y el Mall hasta la National Portrait Gallery para contemplar las obras de Holbein, su artista favorito; después, un bollo de un penique en Lyon's, en Craven Street, o un paseo por Embankment Gardens. Eso era lo que echaba de menos, desde luego no el otro Londres, el asfixiante parloteo de los cócteles, la piel con exceso de colorete de las mujeres, el olor a limón que despedían los hombres mayores recién afeitados en la barbería Trumper's; el acné de los muchachos llegados de Oxford sin gran cosa que contar.

—Londres no está mal, supongo —dijo Olive, intentando que sonara en tono jocoso—. La gente puede ser espantosa. —Ese comentario le valió una mirada de su madre.

—He estado muchas veces en Barcelona —dijo Isaac—. Y en Madrid.

Olive pensó en los baúles de viaje, que estaban en la planta de arriba, con las asas de madera ya brillantes tras haber sido manoseadas por muchos botones; llenos de pegatinas de París, Buenos Aires, Marsella, Nueva York; despellejados como si fueran mudas de las que hubiera ido desprendiéndose la familia Schloss. Ella apenas se acordaba ya de todo aquello, sus diecinueve años se le antojaban noventa.

—Pero ¿ha vivido siempre en Arazuelo? —le preguntó Harold.

—Sí. Trabajo de profesor en Málaga.

—¿Y qué es lo que enseña? —quiso saber Sarah.

—Litografía —respondió—. En la Escuela de Bellas Artes de San Telmo.

Olive miró fijamente su plato.

—Harold es marchante de arte —siguió diciendo Sarah—. Kokoschka, Kirchner, Klimt, Klee... todos son suyos. Juraría que sólo vende obras de artistas cuyo apellido empiece por K.

—Yo admiro a Kokoschka —dijo Isaac, y Olive se percató de que su padre se ponía alerta.

—Herr Kokoschka pintaba abetos azules en Viena, en la guardería a la que iba Olive —comentó Sarah—. Señor Robles, habla usted un inglés excelente.

—Gracias, señora. Soy autodidacta —explicó él—. Tengo conocidos ingleses en Málaga y practico con Teresa.

—¿Usted pinta o sólo imprime? —le preguntó Harold.

Robles titubeó.

—Pinto un poco, señor.

—Debería traerme alguna de sus obras.

Por regla general, Harold era alérgico a la gente que decía que pintaba. Cada vez que algún artista esperanzado se enteraba de que era marchante, se formaba una opinión errónea. A veces se mostraban agresivos, como si él estuviera reteniendo algo a lo que ellos tenían derecho, un derecho concreto; otras veces actuaban con una humildad fingida que no engañaba a nadie. Sin embargo, ahí estaba ahora, preguntándole a aquel joven por su obra. Olive estaba acostumbrada a ver lo que sucedía cuando a su padre alguien le llamaba la atención: cómo acosaba al muchacho, lo engatusaba, lo trataba como un padre, lo que hiciera falta, con la esperanza de ser él quien descubriese al genio del año. Siempre resultaba penoso verlo.

—Lo que yo pinto no le interesaría, señor —dijo Isaac, sonriente.

Harold inclinó la jarra y se sirvió un vaso de agua.

—Deje que eso lo decida yo.

El joven se puso serio.

—Si tengo tiempo, se lo enseñaré.

—¿Si tiene tiempo? —repitió Harold.

Olive sintió un hormigueo en la piel.

—Cuando no estoy en San Telmo, estoy ocupado con el sindicato de trabajadores de Málaga. Les enseño a leer y escribir.

Se produjo una pausa.

—¿Sabe su padre que es usted un rojo? —le preguntó Sarah.

Isaac sonrió de nuevo.

—Tengo veintiséis años, señora. Hago lo que debo. He apoyado las huelgas de los trabajadores. He viajado a Asturias para ayudar a los mineros. Pero no soy un rojo.

—Lástima. Habría sido emocionante.

Olive colocó las manos por debajo de los muslos y miró fijamente a su madre. La vida entera de Sarah se basaba en la docilidad de los trabajadores que sostenían el famoso negocio de condimentos que poseía su familia. Se veía a sí misma como un espíritu libre, pero fue el trabajo de su bisabuelo, que empezó con un barril de naranjas en Covent Garden y terminó siendo un industrial con escaño en la Cámara de los Lores, lo que pagó sus viajes, el piso de Curzon Street, la casita de campo en Sussex, la casa de la Ringstrasse, los vestidos de Schiaparelli. La actividad de Harold era ciertamente lucrativa, pero lo principal provenía de la herencia de Sarah. «Tú eres quien eres gracias a las personas con las que jamás te dignarías codearte», le había gritado Harold a Sarah en una ocasión, cuando se vio obligado a llamar a la policía porque ella no había vuelto a casa después de una velada.

Sarah, que en realidad había perdido el conocimiento en el diván de su anfitrión y no había habido forma de despertarla hasta el día siguiente, le gritó a su vez que él no tenía nada que decir, porque también se beneficiaba de la Finest Cut Marmalade de la familia y que por lo tanto debía cerrar la boca, a no ser que le apeteciera buscarse un trabajo de verdad y un piso en Candem.

—Mi padre y yo no solemos estar de acuerdo —estaba diciendo Isaac—. Él trabaja para la duquesa. Todas estas tierras son de ella, tiene ochenta y cinco años y no va a morir nunca.

—A mí me ocurrirá lo mismo —dijo Sarah, y todos se echaron a reír.

—La gente que trabaja estas tierras... ¿cómo se dice en inglés? Tienen una gran hambre...

—Se mueren de hambre —aportó Olive.

Isaac la miró sorprendido y de nuevo ella sintió aquel hormigueo que le recorría el cuerpo, la emoción que le producía recibir su atención.

—Sí —dijo Isaac—. A miles. En toda esta región.

—Es terrible —susurró Sarah.

Olive deseaba que Isaac volviera a mirarla, pero él se inclinó hacia delante y se dirigió a su madre:

—Los hombres de la duquesa dan empleo si uno promete votar por su familia, para que sigan conservando el poder. Los pobres suplican trabajar en sus tierras por casi nada, porque ése es todo el trabajo que hay. Pero la duquesa no se acuerda de ellos cuando mueren sus mujeres o enferman sus madres. O ellos mismos. Sólo se deja ver en época de elecciones.

Teresa apareció en la puerta del comedor y se quedó allí de pie, cruzada de brazos. Se le había rizado el pelo por efecto del vapor de la cocina y tenía todo el delantal lleno de manchas de sangre. Isaac alzó la vista y pareció titubear. Olive observó que Teresa negaba de forma imperceptible con la cabeza y que su hermano hacía caso omiso de esa advertencia, apartaba la mirada y continuaba:

—Mi padre busca hombres que trabajen sus tierras —dijo—, pero sólo escoge a los que son jóvenes y fuertes, no a los que son mayores y tienen familia. De modo que cada vez hay más gente que se muere de hambre. Y como aquí no existe ninguna ley que regule lo que vale el trabajo, la duquesa paga una miseria. En las últimas elecciones intentamos arreglar eso, pero lo han cambiado de nuevo. Y si alguien se queja de lo poco que recibe de la cosecha o del mal estado en que se encuentra su casa, la duquesa y su gente se enteran y esa persona se queda sin trabajo.

—Pero la Iglesia debe de ayudar a esas gentes —dijo Harold.

—¿Quiere que le cuente un secreto? Dicen que nuestro sacerdote, el padre Lorenzo, tiene una amante en el pueblo de Esquinas.

Sarah se rió.

—Eso es lo que siempre han hecho los sacerdotes.

Isaac se encogió de hombros.

—Dicen que el padre Lorenzo quiere privatizar los campos que hay entre la iglesia y la casa de su

amante, para que nadie pueda verlo cuando se desplaza de un sitio al otro.

—¿Es una broma? —preguntó Sarah.

—Quién sabe, señora. El padre Lorenzo es primo de la duquesa. Le interesan más los mapas de estas tierras que los libros de oraciones. —Suspiró y tiró la ceniza de su cigarrillo en el cenicero—. Teníamos una visión. Tierra, Iglesia, Ejército, educación, trabajo... todo eso iba a cambiar. Pero estamos... ¿cómo se dice? Cogidos.

—Cogidos, sí —ratificó Olive, e Isaac volvió a mirarla. Ella se ruborizó, pero aun así añadió—: Estáis cogidos.

Al instante desvió la vista, incapaz de seguir sosteniéndole la mirada.

—El señor Robles no está «cogido» —replicó Sarah—. Él habla inglés y ha estado en Madrid.

Isaac dio una profunda calada a su cigarrillo.

—La única salida es pasar a la acción, señora. Hemos de expulsar a los tiranos.

—¿Los tiranos? —repitió Sarah—. ¿Qué tiranos?

—La mayoría de la gente que hay aquí sólo pretende plantar sus repollos y comérselos en paz —respondió él—. Pero muchos de los niños de Arazuelo ni siquiera van a la escuela porque están trabajando en el campo. Es necesario que sepan quién les está poniendo la banda en los ojos.

—La venda —lo corrigió Harold, que apenas había hablado. Todos se volvieron hacia él cuando se metió una mano en el bolsillo para sacar el mechero e inclinó la cabeza para encender el cigarro—. La palabra correcta es «venda».

—¿Está usted planeando una revolución, señor Robles? —preguntó Sarah—. Tal vez deberíamos llamarlo Lenin.

Isaac levantó las manos en ademán de rendición y de nuevo rió y miró a Olive. Ésta apenas pudo soportarlo; esa vez estaba mirándola porque quería y ella se sintió como si se le fuera a incendiar la cabeza. Era el hombre más atractivo que había visto en toda su vida.

—Ya lo verán, señores —dijo Isaac—. Ustedes son nuevos aquí, pero ya lo verán.

—¿Es usted comunista? —le preguntó Harold.

—No. Soy miembro del partido de la Unión Republicana. Y la pobreza de nuestra región salta a la vista, no es fruto de mi imaginación. Casas de adobe, diez o doce niños en cada una, hombres que duermen en el campo.

—Isaac... —empezó Teresa, pero él la interrumpió.

—Y no son sólo los pobres. Los pequeños agricultores, que viven de la tierra y la mejoran para los propietarios, de pronto han de pagar rentas muy elevadas porque han hecho que la tierra sea más productiva, y ya no pueden permitírselas. Su trabajo no vale para nada...

—Debería tener cuidado al hablar de «tiranos», señor Robles —le dijo Harold—. Si insiste en ser un revolucionario, conseguirá que las personas que poseen recursos para apoyarlo corran a echarse en brazos de los fascistas.

Isaac bajó los ojos.

—Las personas que poseen recursos para apoyarnos nunca nos apoyarán. Estoy convencido de que hay una manera de alcanzar el bienestar universal.

—La distribución coercitiva de la riqueza —dijo Harold con una mueca.

—Sí, así se alcanzará. El pueblo...

—No hay nada que destruya más el equilibrio de un país que la palabra «coercitivo», señor Robles. Pero, en fin —sonrió de oreja a oreja—, estamos estropeando el almuerzo que nos ha preparado su hermana.

Teresa miró a su hermano. Olive se acordó de los delgados espectros que habían visto en los campos

cuando llegaron, gente que interrumpía su tarea para mirar el coche, como si fuera un vehículo proveniente de un mundo de fantasía.

—El señor Robles tiene razón —dijo—. Yo he visto todo eso.

—Ay, no, Liv, ¿tú también? —exclamó Harold—. Después de todo el dinero que me he gastado enviándote a esos malditos colegios...

Olive miró a Isaac, y éste sonrió.

Aquella misma noche, una vez que Isaac y Teresa se hubieron marchado, después de prometer que regresarían al cabo de un par de días con leña, Olive subió a su habitación, situada en el desván, y cerró la puerta con llave. Sindicatos, cebollas; aquellos dos hermanos habían llegado allí con sus palabras y sus semillas, y ella nunca había visto nada igual. ¿Les habían permitido entrar sus padres, o acaso ellos se habían colado al detectar un punto débil en las fortificaciones? Nadie era así en Mayfair ni en Viena; uno dejaba tarjetas de visita, no gallinas muertas. Uno hablaba de los pobres con lástima, no con furia. Uno no araba su propia tierra.

Rebosante de energía y con la cabeza dándole vueltas por el modo en que la había mirado Isaac, Olive cogió el caballete, abrió las tres patas y las sujetó con firmeza. Fue a buscar la tabla de madera que había sacado de la caseta de la huerta y la colocó encima. Luego abrió la ventana para que entrase el resplandor de la luna, encendió las lámparas de aceite y también la luz eléctrica de la mesilla de noche. Se arrodilló frente a su baúl de viaje igual que un peregrino ante un altar y pasó los dedos por los tubos de pintura que había ocultado bajo las telas. Al sacarlos, percibió una conexión ya familiar, como si su corazón estuviera encajando en el sitio que le correspondía, un momento para respirar. Ninguno de los tubos se había reventado durante el viaje, todos los polvos se hallaban intactos, las barras pastel no se habían partido por la mitad. Siempre le habían sido leales cuando todo lo demás se desmoronaba.

Las polillas revoloteaban en torno a la lámpara mientras Olive trabajaba, pero no les prestó atención. Por primera vez en mucho tiempo, todo lo demás quedaba eclipsado por una sensación más pura de tener un objetivo y por la imagen que iba emergiendo en la tabla. Era una vista del fondo de la huerta, en colores exagerados, la casa al fondo, con su pintura roja desconchada en todas las ventanas. Estaba plantada en la tierra con firmeza, pero tenía encima un cielo enorme, semejante a un torbellino, con una pizca de gris plateado y angelical. La perspectiva de la casa la hacía parecer más pequeña en el cuadro y los árboles del primer plano estaban henchidos de frutos que no existían en la realidad.

Se podía decir que era una pintura figurativa, pero no realista. Contenía una forma nueva de surrealismo que Olive nunca había probado. A pesar de todos los colores terrosos de los campos —ocres y verde oscuro, el trazo folclórico de los surcos rojizos de la tierra y de los marrones mostaza—, en la escena había algo sobrenatural. El cielo era un cúmulo de promesas. La campiña era una cornucopia de cosechas de cereales y también de manzanas, aceitunas y naranjas. La huerta estaba tan exuberante que parecía una selva, y la fuente seca se había transformado en un manantial lleno de vida, pues por el caño del sátiro ahora corría el agua. La casa se alzaba como un lugar acogedor, la mansión de su padre, con sus muchas estancias de enormes ventanales abiertos a la mirada de ella. Las pinceladas eran fluidas y el color se imponía a la precisión técnica.

Olive se quedó dormida a las cuatro de la madrugada. Al día siguiente, en cuanto el sol se abrió paso en el cielo al otro lado de su ventana, se plantó delante de la tabla. Nunca había pensado que fuera capaz de crear una obra como aquella. Por primera vez había pintado un cuadro con tanto movimiento, exuberancia y fecundidad que se quedó casi conmocionada. Era un ideal obstinado, un paraíso en la tierra, y lo paradójico era que hubiera surgido de aquel lugar, de aquella parte solitaria de España a la que la habían arrastrado sus padres.

Con movimientos rígidos, fue hasta el baúl donde había escondido la carta de la escuela de Bellas Artes. La sacó, la leyó, la estiró, la dobló con sumo cuidado, la besó y finalmente volvió a guardarla en el baúl, al fondo de todo para que nadie la viera.

IV

—El año pasado —dijo Isaac en inglés—, mientras esperaba el tren en la estación de Barcelona, conocí a un hombre. Un periodista. Estuvimos hablando. Me dijo: «Ya se acerca, ya ha sucedido antes y volverá a suceder.»

—¿Qué es lo que ya ha sucedido antes? —le preguntó Olive.

Estaba de pie en la huerta, ayudando a recoger la leña cortada que él iba partiendo en dos con el hacha. Se volvió brevemente hacia la casa y vio una sombra moviéndose detrás de los visillos de la habitación de su madre. Al diablo con ella; ahora le tocaba a Olive pasar un rato con Isaac. Sarah siempre quería ser el centro de atención, y se le daba muy bien lograrlo, pero Olive adoraba aquellos momentos robados en compañía de Isaac.

Con el rabillo del ojo, observó cómo se le levantaba la camisa y vio un retazo de piel oscura y una línea de vello que se perdía. Experimentaba un enorme placer cuando él le entregaba la leña ya partida, como si estuviera regalándole un ramo de flores. Tras una década devorando novelas, sabía que los hombres seductores eran letales. Su historia venía contándose desde hacía siglos, inalterada a través de las páginas, una historia en la que las muchachas acababan perdidas y cargando con la culpa, o bien adornadas con guirnaldas y mudas como estatuas. *Mantente alerta y cuida tu virginidad*, así podrían haberse titulado muchas de aquellas novelas, en su mayoría escritas por hombres. Olive sabía todo eso y le daba igual. Le importaba un comino.

Isaac acudía a la casa con menor regularidad que Teresa, en parte porque lo ocupaba su trabajo en Málaga y en parte porque no tenía tantas excusas para ir. A Olive le gustaba mucho ver que los montones de leña que tenían allí seguramente eran los más altos en varios kilómetros a la redonda. Si a Isaac le apetecía hablarle de la situación de su país, ella estaba más que encantada de escucharlo.

Él no se había percatado de su nuevo peinado, de que se había aplicado la gomina de su madre para que el pelo le quedara más liso y brillante. No era la clase de detalles en los que se fijaría un hombre serio, naturalmente, supuso Olive. Y menos cuando su país estaba atravesando una etapa de profunda agitación, cuando él estaba pensando en el pueblo. Decidió que, a fin de aprovechar al máximo el tiempo que pasaban juntos, le convenía conocer mejor la situación política.

—¿Qué es lo que ha sucedido antes? Pues que se profanaron las tumbas de las capillas y se exhumaron los cadáveres de las monjas —explicó Isaac—. Se saquearon las casas como ésta. —Ambos se volvieron hacia la construcción, y la figura que espiaba tras las cortinas desapareció rápidamente—. Dicen que sacaron a un cura de su sacristía y lo colgaron de un árbol y que al día siguiente lo encontraron con las pelotas dentro de la boca.

—¡Isaac! —exclamó Olive. La palabra «pelotas» la ponía nerviosa y se sintió infantil.

—Los periódicos hacen que parezca peor de lo que es, pero nunca preguntan por qué tienen lugar esos saqueos. En fin, pues ese periodista...

—¿Sí?

—Empezó a hablarme de un oso polar.

—¿Un oso polar?

—Sí. Me dijo que había entrevistado a un duque en su casa —contó Isaac, a la vez que depositaba la

leña partida en las manos de Olive.

Ella reparó en que tenía las puntas de los dedos manchadas de rojo y es que, desde que lo había conocido, no había parado de pintar. Trabajaba con lienzos más pequeños, llenando los cuadernos de bosquejos; era como si se hubiera enchufado —pese a que no sabía con seguridad a qué— y, aunque le daba pavor que aquella racha de inspiración pudiera tocar a su fin, algo le decía que siempre que tuviera a Isaac cerca y ella estuviera dispuesta para aquello y para él, su creatividad continuaría fluyendo sin cesar.

Sabía que quedándose allí había evitado una confrontación sobre sus verdaderas intenciones, pues ya no era necesario confesarle a su padre lo de la Escuela de Bellas Artes. Y aun así se sentía más feliz que desde hacía mucho tiempo.

—Me contó que el duque tenía un oso polar en su sala de estar —continuó Isaac—. Lo había cazado con un rifle.

Olive curvó los dedos con la esperanza de que Isaac hiciera algún comentario acerca de aquel color rojo, así ella podría decir: «Ah, es que yo también pinto un poco. ¿Te gustaría ver alguna de mis obras?» Isaac iría a ver sus pinturas y diría: «Esto es extraordinario, tú eres extraordinaria. ¿Cómo es que no me había dado cuenta?» Y luego se besarían. Él le tomaría la cara con las manos y se inclinaría para rozar los labios de ella con los suyos, profundamente asombrado de lo buena artista que era. Estaba desesperada por hacerle ver lo buena artista que era.

Pero Isaac no se fijó en sus dedos, de modo que Olive pasó a visualizar mentalmente aquel anómalo oso polar, un animal del Ártico, grotesco en el calor de España; la barbarie y el gasto que debió de suponer, el frío helador en el corazón del hogar.

—¿Por qué me has contado lo de ese cura? —le preguntó, intentando reafirmarse—. ¿Pretendías asustarme?

—No. Quiero que comprenda lo que está ocurriendo aquí para que, cuando vuelva a su país, se lo cuente a otras personas.

—No voy a volver a mi país, Isaac.

Olive esperó a que él expresara su alegría, pero no lo hizo.

—Isaac, tú ya sabes que yo no soy como mis padres, ¿verdad? —le dijo.

—¿A qué se refiere?

—A que ellos tienen miedo de las cosas y yo no.

Olive deseaba transmitirle que, fuera cual fuese la idea que tenía de sus padres, ella representaba lo contrario. Ella no veía las cosas en blanco y negro, como ellos. No se les parecía en nada. Era muy importante que Isaac lo supiera.

—Allá, en la sierra, hay un campamento de gitanos —dijo él como si no la hubiera oído—. Han perdido a uno de sus hijos. Bueno, no es que se les haya perdido —se corrigió—. Un grupo de hombres le dio una paliza. Tenía doce años. Murió.

—Qué horror.

Isaac dejó un momento el hacha y fue caminando hacia un terraplén que había al fondo de la huerta.

—Venga aquí —le dijo en español.

Juntos contemplaron las tierras que se extendían ante ellos. A lo lejos vieron una pareja de águilas ratoneras que surcaban el aire en busca de alguna presa sobre la que lanzarse. El cielo era tan amplio y las montañas que se divisaban, tan sólidas... Daba la impresión de que la única violencia posible en aquel lugar fuese la del mundo natural.

—Todo saldrá bien —le susurró Olive. Imaginó que deslizaba su mano en la de Isaac y que ambos se quedaban allí de pie eternamente.

Él tenía una expresión dura en la cara.

—El pueblo lleva esta tierra en la sangre. Por eso los terratenientes lo temen. —Calló unos instantes

—. Me preocupa mi hermana.

Olive se sorprendió al oírle decir eso.

—¿Teresa? No le ocurrirá nada.

Al principio, la chica acudía cada dos días a cocinar y a limpiar; ahora iba a diario. La casa seguía teniendo sus rincones oscuros y persistía la sensación de vacío, pero le había sentado bien la presencia callada y atenta de la joven. Teresa nunca hablaba mucho, se limitaba a llevar a cabo sus tareas en las distintas habitaciones y todas las semanas cogía las pesetas que Harold le entregaba en un sobre con un breve gesto de agradecimiento.

—Teresa no está casada —dijo Isaac—. Y no es rica. No encaja en ningún lado.

—¿Qué quieres decir?

—Es hija de una gitana...

—¿Una gitana? ¡Qué romántico!

Isaac enarcó una ceja.

—Y hermana de un socialista. No sé cuál de las dos cosas es peor para ella.

—¿Por qué?

—La policía, el alcalde, los caciques. Mi propio padre. No le caigo bien a ninguno. Me he metido en peleas. Y ella está demasiado cerca...

—Isaac, no te preocupes —le dijo Olive, intentando adoptar un tono de madurez y seguridad—.

Nosotros la cuidaremos.

Él soltó una carcajada.

—Hasta que se marchen.

—Ya te lo he dicho, no vamos a marcharnos.

—¿Qué es lo que espera de esta vida, señorita?

—Pues... no lo sé exactamente. Pero sé que me gustaría quedarme aquí.

Dio la impresión de que Isaac se disponía a hablar, y Olive deseó con todo su ser que dijera lo mucho que se alegraba de que ella hubiera dicho algo así... pero lo interrumpió el crujido de la hojarasca. Al pie del terraplén apareció Teresa, con la bolsa de tela cruzada sobre el pecho y una cara inexpresiva.

—La señora te necesita —le dijo a Isaac en español.

—¿Para qué? —preguntó Olive—. ¿Para qué lo necesita mi madre?

Teresa y su hermano se miraron, hasta que por fin Isaac capituló, dejó escapar un suspiro y comenzó a bajar por el terraplén sin decir nada más.

Mientras Isaac avanzaba entre los árboles, Teresa imaginó por un instante que Olive y ella habían salido a cazar y que observaban a su presa durante unos momentos y luego la dejaban en libertad, pues preferían estar allí de pie, juntas, respirando el aire frío. Lo que buscaban no era la emoción de la caza, sino simplemente el compañerismo que surgía del hecho de que las dos tenían un objetivo común.

Isaac solía decir que Teresa sería capaz de vender a su abuela si fuera necesario, aunque lo cierto era que ni siquiera tenía una abuela a la que vender. Lo peor era que a veces sí sentía una indiferencia glacial hacia las personas que la rodeaban y que nunca la habían ayudado, dejando así bien claro que ella no merecía la pena. Paseó la mirada por los surcos que, junto con Olive, había abierto en la tierra con las horcas. Las semillas aún estaban escondidas y tardarían varios meses en mostrar brotes verdes. Se sentía aliviada por haber tenido el impulso de regalarle aquellas semillas a Olive; de algún modo, aquella joven le recordaba que todavía era capaz de sentir felicidad.

—Vamos a la galería a fumar —propuso Olive—. Le he robado tres cigarrillos a mi padre.

La única que fumó fue Olive. De arriba, desde el interior de la casa, les llegó el ruido de un portazo.

—Siéntate —le dijo a Teresa, pero ésta sólo obedeció cuando el ruido del motor del coche de Harold se perdió más allá de la verja oxidada que había al final de la pendiente—. Es mi padre, que vuelve a marcharse —añadió Olive.

—¿Nos verá tu madre? Tengo que trabajar.

—Nadie te obliga a trabajar todos los minutos del día, Tere. No van a echarte a la calle porque te sientes un rato. Y además... —Olive encendió el cigarrillo y le dio una calada inexperta— está hablando con tu hermano.

Teresa había visto los frascos de pastillas vacíos en la habitación de Sarah y la sarta indescifrable de palabras que llevaban escritas. En una ocasión la había oído sollozar, intentando enterrar el sonido bajo la almohada para que no la oyeran, y había advertido que tenía unas cicatrices de un blanco plateado y en forma de zigzag en lo alto de las piernas. Suponiendo, por lo de los cigarrillos robados, que Olive estaba de un humor un poco más temerario que la última vez que sacó el tema, aprovechó para preguntarle:

—¿Tu madre está muy enferma?

—Sufre depresión —contestó Olive sentada en la mecedora, expulsando una nube de humo azul.

—¿Depresión?

—Sonríe en los bailes y llora en el dormitorio. Está enferma de la cabeza —explicó, tocándose la sien con el dedo—. Y de aquí —añadió, señalando el corazón—. Tiene épocas en las que empeora, luego mejora. Y luego empeora otra vez.

—Eso tiene que ser duro —comentó Teresa, sorprendida por la franqueza de Olive.

Ésta se volvió hacia ella.

—¿Lo dices en serio o simplemente por decir?

—No, señorita, lo digo en serio.

Y era verdad. Pero lo que en realidad deseaba Teresa era que Olive confiara en ella para todo, y con tal de conseguirlo estaba dispuesta a decir lo que hiciera falta. Olive miró hacia la huerta. A Teresa le pareció que se sentía más cómoda consigo misma. La ropa que llevaba, masculina y poco habitual, le sentaba bien; incluso aquella mata indómita de pelo daba la sensación de adaptarse a ella de manera intrínseca. Por lo visto, estar en Arazuelo había hecho aflorar su personalidad.

—Es duro —ratificó Olive—. Mi padre dice que son «nubes de tormenta», pero es una manera amable de decir que supone una carga para todos nosotros. El médico nos ha explicado que su mente es como un panal de abejas, lleno de cámaras que se rompen y se reconstruyen de nuevo. Ella ve su dolor en colores, ¿sabes? Azul acero, amarillo hematoma, rojo rubeola. —Olive soltó una risa triste y Teresa intentó comprender aquellos términos—. Es una enfermedad que siempre ha existido en su familia. Tengo una bisabuela enterrada en una tumba sin consagrar, una tía de la que nadie habla recluida en un manicomio. También hay un primo, Johnny; odiaba el internado e intentó ahogarse en el río Ouse. La verdad es que es una desgracia, y yo soy tan egoísta que me preocupa ser la siguiente.

Teresa percibió cómo se le trababa la respiración en la garganta antes de dar otra profunda calada al cigarrillo de su padre.

—A veces siento en los huesos lo fácil que me resultaría contagiarme de mi madre. —Olive se volvió hacia Teresa—. ¿Tú crees que eso se puede contagiar, Tere?

Lo preguntó con un fugaz gesto de preocupación en la cara, en la nube de pecas que le salpicaban la nariz, en sus ojos castaño oscuro, en su boca entreabierta.

—No creo que vaya a volverse loca —dijo ella, y Olive se echó a reír y le dio un empujoncito, y el

contacto de su hombro con Teresa fue sorprendente.

—Vale, pues ya está. Si tú no crees que yo vaya a volverme loca, no me volveré loca. Sólo mi madre.

—Olive calló unos instantes—. ¿A ti te parece guapa?

—Sí.

—Por supuesto. Yo diría que es una maníaca sexual. —Olive soltó una carcajada, pero enseguida recuperó la seriedad, porque aquella descripción tenía un vago aire de afección médica y no parecía la broma que había pretendido hacer.

Ambas permanecieron un rato en silencio y se dedicaron a contemplar los milanos que evolucionaban a lo lejos. Teresa deseó que se detuviera el tiempo, que aquel paisaje y aquella paz tan extraña y tan proclive a las confidencias fueran lo único que existiera. Tener una amiga como aquella sería comerse el mundo.

—A estas alturas yo ya debería estar prometida —dijo Olive.

—¿Hay algún hombre en tu vida?

—Ah, no. No. Es que... la mayoría de las chicas que conozco en Londres... yo no las llamaría amigas... ya están «cogidas». Y yo no. Pero cada vez que veo sus anillos de compromiso me da pena. Tienen tantas ganas de escapar y cambiar de apellido... Es todo tan uniforme... Quizá les guste ser todas iguales.

Ahora Olive parecía estar hablando para sí misma, y Teresa no lograba manejar aquella botella sin tapón que era el inglés de Olive, por la que salían sin cesar palabras que daban la impresión de llevar mucho tiempo esperando en el interior.

—¡Y no hablemos ya de sus prometidos! —exclamó Olive, con un silbido—. Son de lo más periférico. ¿Sabes lo que significa «periférico»?

—No.

—Lo que queda por fuera. Lo que no es importante. Tienen nombres intercambiables, como Philip, Ernest, David. Son sólo una cara flotante, hombres sin personalidad. Cuando dije que yo no iba a casarme, una de esas chicas me contestó: «No lo entiendes, Olive. Tú has estado en París, yo no he ido más allá de Portsmouth.» ¡Imagínate qué idiota! ¡Pensar que ser una mujer casada es lo mismo que viajar!

—Quizá lo sea.

Olive se volvió hacia ella.

—Pues en París hay muchísimas mujeres casadas que son desgraciadas. Algunas de ellas son amigas de mis padres. Una es mi propia madre.

—¿Sí?

—El matrimonio es un juego de supervivencia —contestó Olive. Y sonó como si lo hubiese oído en otra parte antes de decirlo ella misma.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—En París, en una fiesta. Mi madre tenía diecisiete años y era un «auténtico incordio», así se describía ella misma. Mi padre tenía veintidós. Llamó un poco la atención que se comprometiera con un judío de Viena. Su familia tardó en aceptarlo, pero luego le tomaron mucho cariño.

Teresa asentía con la cabeza pensando que aquello era mucho simplificar. En su opinión, Harold no era una persona que se hiciera querer. Le recordaba a un escarabajo escondido entre la madera y el yeso de las paredes de aquella casa. Necesitaba que alguien sacara brillo a sus duras alas, que le limpiara las antenas con un paño suave y que le mantuviera el cuerpo lustroso y bien alimentado para que no mordiera.

—Durante la guerra estuvo detenido —siguió diciendo Olive—. Luego lo dejaron en libertad y trabajó para el gobierno británico. Nunca habla de eso. Supongo que representaba lo opuesto a la vida de mi madre. Ella se aburre con mucha facilidad y le gusta llamar la atención. Heredera de la Fábrica de

Condimentos, Reina de la Cocaína, Rebelde con Novio Alemán. Es de lo más estridente —añadió, y aunque Teresa no lo entendió todo, percibió los celos que destilaba—. Es alucinante —continuó Olive— lo fácil que le resulta hacer creer a otras personas que se encuentra perfectamente, cuando por dentro está cayendo en picado, hecha añicos como una vasija rota. A veces me pregunto si habríamos podido tener una vida estable: mi padre yendo todos los días a pie al Foreign Office, con su bombín y su club en Saint James, y mi madre en casa bordando. Lo dudo. ¿Tú no?

Teresa no supo qué responderle a aquella muchacha tan burbujeante y con aquel rostro tan abierto y de expresión lastimera. Los Schloss eran tan taquigráficos hablando unos de otros que, en general, cualquier referencia profunda a la vida que hubieran llevado anteriormente quedaba neutralizada. Eran actores disfrazados, centrados en el momento, que actuaban dentro de aquella casa como si se tratara del escenario de un teatro y Teresa fuese la única espectadora. Ansiaba ver lo que ocurriría cuando se quitaran los disfraces y se retirasen detrás de los bastidores, a los rincones oscuros donde se escondían los recuerdos. Ahora Olive había alzado un poco la cortina y había dejado ver las formas y los patrones que había al otro lado. A Teresa le preocupaba decir algo inconveniente que hiciera caer la cortina de nuevo y rompiera el hechizo de aquella actitud tan solícita.

—¿Tú piensas casarte? —le preguntó Olive, al ver que ella guardaba silencio.

—No —respondió Teresa con un sentimiento de certidumbre.

—Yo, si me caso, será por amor, y no sólo por fastidiar a mis padres, como hizo mi madre. ¿Tú crees que Isaac se casará?

—No lo sé.

Olive sonrió de oreja a oreja.

—Si se casa, te quedarás sola. Tendrás que venirte a vivir conmigo y con mi marido. Yo no querría que estuvieras sola.

—¿Su marido?

—Vamos a llamarlo... Boris. Boris Mon-Amour. —Divertida, Olive soltó una carcajada—. ¡Ay, Boris! —exclamó, abriendo los brazos hacia el cielo—. ¡Ven a mí, tómate! —Después, sin aliento, se volvió hacia Teresa y sonrió—. Hacía una eternidad que no me sentía así.

—¿Cómo? —le preguntó ella.

—Feliz.

Teresa contempló unos instantes a aquella joven, con su jersey de punto irlandés y sus viejos zapatos marrones, que no quería que se quedara sola, que tenía un amante imaginario que se llamaba Boris y que había ido hasta los confines de España para descubrir que era feliz. Pero de pronto reparó en las costras de sangre seca que tenía debajo de las uñas y se acordó del hacha y de que había estado allí con su hermano y, abrumada por una súbita oleada de pánico, la agarró de la mano.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Olive, sorprendida por aquel contacto, dejando de impulsarse en la mecedora.

—Sus dedos.

Olive se miró las uñas manchadas de rojo que Teresa sostenía en su manita.

—No me pasa nada.

—Es sangre. ¿Es que mi hermano...?

—¿Cómo dices? Teresa, no es sangre. —Titubeó un instante y añadió—: Es óleo. Huele.

—¿Duele?

—Que duele no, que lo huelas. Es óleo, pintura. No me lo he limpiado bien.

—No lo entiendo.

Olive reflexionó unos instantes.

—Teresa, si te cuento una cosa, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie?

Era una pregunta arriesgada, plagada de incógnitas, pero la alternativa era perder la confianza de Olive, y eso era una posibilidad que Teresa ni siquiera podía contemplar.

—Por supuesto —contestó.

Olive levantó en alto el meñique.

—Enlaza tu dedo con el mío. ¿Lo juras?

Teresa enlazó su dedo meñique con el de ella, sintiendo la intensidad de su mirada.

—Lo juro —susurró—. Lo juro.

A continuación, Olive alargó una mano y trazó una cruz sobre el pecho de Teresa, y ésta, como si se encontrara bajo un hechizo, levantó la mano y marcó a Olive con el mismo gesto. Al hacerlo percibió el calor que desprendía su cuerpo a través del jersey de lana.

—Muy bien —dijo Olive, al tiempo que se levantaba de la mecedora y tiraba de Teresa para ponerla de pie. En el interior de la casa se oyó reír a Sarah—. Vamos, ven conmigo.

V

Sentado con Sarah en la salita que daba al este, Isaac levantó fugazmente la mirada hacia el techo. La habitación situada justo encima era el lugar donde él, once años antes, había perdido la virginidad. Su padre acababa de obtener el empleo de administrador del patrimonio de la duquesa y en aquel momento la finca se hallaba deshabitada. Isaac robó las llaves del despacho de su padre y se coló dentro junto con un par de amigos de la escuela. En torno a las doce de la noche acudieron otros jóvenes de los pueblos de alrededor, y, por primera vez en su vida, Isaac se emborrachó como Dios manda: él solo se pimpló dos botellas del Tempranillo de su padre.

Al día siguiente se despertó en una de las camas con dosel, acompañado de una mujer —Leticia se llamaba— profundamente dormida. Cuando ella se despertó, empezaron a besarse y, con él sumido en la neblina de aquella primera resaca, aturdido y mareado, hicieron el amor. Recordó que Leticia tenía veintisiete años y él quince. En el piso de abajo se había roto un jarrón y, de pronto, su padre apareció junto a la cama con los fragmentos, echó a Leticia del dormitorio y le dio una paliza a su hijo. No por el sexo, únicamente por el jarrón. «Creía que eras mariquita —dijo—. Menos mal que no.»

Isaac se preguntó qué habría sido de Leticia. Actualmente tendría treinta y ocho años, más o menos la edad de Sarah, que en aquel momento estaba sirviendo limonada en unos vasos. Miró por la ventana hacia la cuesta que bajaba hasta el camino del pueblo. Nunca había sido capaz de ver Arazuelo en perspectiva. Nunca era el mismo pueblo y, sin embargo, siempre estaba igual. Era un lugar introspectivo, cerrado o acogedor según el momento. Él siempre estaba intentando marcharse de allí, aunque no sabía exactamente por qué. Arazuelo formaba parte de su cuerpo. Madrid era la luna, Bilbao era el espacio exterior, París, un lugar de fantasía de los que se mencionaban en la Biblia... En cambio, Arazuelo podía apoderarse de uno como ningún otro sitio.

—¿Señor Robles? —Sarah Schloss estaba hablándole, y él respondió con una sonrisa.

Oyó a su hermana y a Olive haciendo crujir primero la escalera que subía al primer piso y después la que iba al desván. Si Sarah las oyó también, no hizo ningún comentario al respecto. Estaba fumando de nuevo, siempre estaba fumando, y se había sentado en el sofá verde, con las piernas recogidas debajo del cuerpo.

—Entonces, ¿le parece buena idea? —le preguntó.

¿Se lo parecía? Sabía que aquello tenía algo de malo, que debería negarse, pero no acababa de saber qué era.

—Debe de estar sumamente ocupado —continuó Sarah al ver su silencio—. Pero es que hace años que no tengo ninguno y le daría una gran sorpresa a mi marido.

—¿A su marido le gustan las sorpresas, señora?

—Bueno —contestó Sarah—, él siempre está sorprendiéndome a mí.

Isaac reflexionó sobre la oferta. Sabía que era un buen pintor. Incluso era posible que algún día llegara a ser muy bueno. Mientras Tere y él se hacían mayores, dado que eran hijos ilegítimos de Alfonso, con frecuencia éste les daba dinero a escondidas, confiando en que el chico se iría haciendo adulto y dejaría atrás todas aquellas manías suyas de pintor y de izquierdista. Al enterarse de que su hijo estaba codeándose con líderes sindicales, anarquistas y mujeres divorciadas, se había encarado con él. Como

Isaac no tenía la menor intención de renunciar a sus tareas en la escuela de San Telmo, Alfonso le había cortado el suministro de efectivo. No se lo había contado a Teresa.

El trabajo en aquella escuela le proporcionaba muy pocos ingresos, ya que los recortes del gobierno habían limitado la capacidad de impartir clases y pagar al personal. Isaac sabía que al cabo de unos meses iba a ser muy pobre. Pero de ninguna manera podía aliarse con su padre, al que consideraba el hipócrita más grande de todo Sevilla.

—Pago muy bien —dijo Sarah—. Lo que necesites.

Aunque le escocía ver la facilidad con que Sarah Schloss creía poder comprarlo, se dijo que sería un placer pintar un rostro como el suyo.

—Gracias, señora, acepto. Pero permítame que lo haga como un regalo.

Ella cerró los ojos durante un breve instante de placer, como si en todo momento hubiera sabido que el muchacho iba a aceptar su oferta. Pese a lo mucho que le desagradó presenciarlo, Isaac admiró la fe que tenía en sí misma. Sintió que no le convenía hacerle ningún elogio respecto a su belleza; a todas luces ella ya sabía que la poseía en abundancia.

Sarah sonrió.

—Eso no puede ser. Tenemos que tratarlo como una transacción. ¿Cuántos posados vas a necesitar que haga?

—Calculo entre seis y ocho, señora.

—¿Y lo haríamos aquí o en tu casa?

—Donde le resulte a usted más cómodo.

Sarah se inclinó por encima de la bandeja para coger un vaso de limonada y pasárselo a él.

—La ha preparado tu hermana —dijo—. Es la mejor que he probado. ¿Cuál crees tú que es su secreto?

—Yo no le pregunto a mi hermana por sus secretos, señora.

Sarah sonrió.

—Muy sensato. En mi opinión, debería ser siempre así, de esa forma todo el mundo estaría más contento. Ya iré yo a tu casa. Harold entra y sale a todas horas y no quiero que sospeche.

—¿Cuándo es el cumpleaños de su marido, señora?

—¿El cumpleaños de mi marido?

—¿Acaso no es un regalo de cumpleaños?

—Ah, no —respondió Sarah—. Es únicamente una sorpresa. —Levantó su vaso—. Salud. Por mi retrato.

Olive apoyó la mano en el viejo picaporte de hierro forjado de su dormitorio y se volvió hacia Teresa.

—Acuérdate de que no debes contárselo a nadie —le dijo.

Ella asintió con un gesto. Oía las voces de su hermano y de Sarah en la planta de abajo. Olive empujó el picaporte y abrió.

Entraron en un inesperado atrio de intensa luz dorada, un espacio enorme que ocupaba como mínimo la mitad de la casa, con vigas a la vista, astilladas por el paso del tiempo, y revestimientos de yeso plagados de grietas. Teresa parpadeó para acostumbrar la vista. Olive, al andar, iba levantando partículas de polvo que se arremolinaban tras ella en los haces de luz color miel. Isaac ya había estado en aquella casa, correteando por ella como un loco, pero Teresa era por entonces demasiado joven y por eso desconocía la existencia de aquel cuarto.

Se quedó quieta junto a la puerta, lanzando miradas furtivas a su alrededor en busca de lo que Olive pudiera haber escondido allí arriba. No le llegó el olor de ningún animal, y tampoco oyó ningún quejido amortiguado; sólo vio baúles de viaje, una cama revuelta, varias prendas de vestir en una silla y unos

cuantos libros amontonados en columnas. Era la clase de habitación que soñaba para sí misma.

—Cierra la puerta, zopenca —le dijo Olive.

—¿Zopenca?

Olive se echó a reír.

—No lo he dicho en serio. Es que... no quiero que nos oigan.

Teresa se sentía incómoda. Se suponía que la que se encontraba fuera de lugar era Olive, andando por ahí en calcetines. Sin embargo, allí de pie, junto a la ventana que había al otro extremo de aquella estancia, se la veía muy diferente. Había caminado hacia la luz del sol con la espalda erguida, segura de sí misma, y ahora apoyaba con elegancia un brazo en el alféizar, ensimismada en unos pensamientos a los que ella no era capaz de llegar.

—Teresa —dijo Olive—, cierra la puerta y ven aquí. Quiero enseñarte una cosa.

Ella obedeció y Olive se arrodilló para meterse debajo de la cama, de donde sacó una tabla de madera, lisa y muy grande. Cuando la levantó y le dio la vuelta, Teresa se quedó sin aliento.

—¡Madre mía! —exclamó, y al momento se echó a reír.

—¿Por qué te ríes?

—¿Esto lo ha hecho usted?

Olive titubeó un instante.

—Pues sí. Se llama *La huerta*. ¿Qué te parece?

Era una de las pinturas más extraordinarias que Teresa había visto en toda su vida. Algunos de los cuadros de Isaac eran bastante decentes, pero aquél, aquél era como... como una persona. No fue una revelación intelectual, sino emocional. Aquella obra, con su fuerza, la había dejado abrumada.

La recorrió rápidamente con la mirada hasta que se saturó. ¿Quién había pintado aquello, una chica de diecinueve años vestida con el pijama del colegio? ¿Quién conocía aquellos colores, quién era capaz de coger la tierra a la que acababa de llegar y transformarla en algo mejor, más grande y más luminoso que el sol que iluminaba aquella habitación? Porque no cabía duda alguna de que aquello era la casa y su huerta, reimaginadas en un tumulto de colores y formas danzantes que ella podía identificar, pero trastocadas en su esencia.

De vez en cuando, Isaac le había hablado de arte, de pintores famosos y de lo que uno debía tener para destacar del resto. «Lo novedoso —decía él siempre— es lo que destaca.» Lo que los distinguía era que no se parecían a los demás. «Uno puede ser un dibujante magnífico —afirmaba—, pero eso no vale para nada si no ve el mundo de una forma distinta.» Teresa sintió que la recorría casi una oleada de dolor. Aquello no era simplemente novedoso, sino algo más, algo inexplicable, una fuerza esquiva demasiado grande para que ella la entendiera. No sabía si creía en Dios o no, pero lo que tenía claro era que aquella joven había recibido un don divino.

—No te gusta —dijo Olive apretando los labios—. Ya sabía que debería haber trabajado un poco más esos árboles frutales. Y que tal vez tendría que haber incluido figuras humanas...

—Sí me gusta —replicó Teresa. Permanecieron unos momentos en silencio, mirando el cuadro—. ¿Esto es lo que hace usted, señorita?

Olive reflexionó sobre aquella pregunta, al tiempo que depositaba la tabla sobre la cama con la misma delicadeza que si se tratara de un amante.

—Me han concedido una plaza en la Escuela de Bellas Artes —explicó—. Les envié varias obras y me han aceptado.

Teresa abrió unos ojos como platos.

—Y, sin embargo, está aquí.

—Sí, estoy aquí.

—Pero usted tiene un gran talento.

—Eso no lo sé.

—Si yo tuviera dinero, le compraría esta pintura.

—¿De veras?

—Para mí sería un orgullo tener este cuadro suyo en mi cuarto. ¿Cómo es que no está en la Escuela de Bellas Artes?

Olive desvió la mirada.

—No lo sé. Pero es curioso, justo cuando estábamos a punto de venir a España, compré este óleo verde tan vivo, un verde oscuro, también un escarlata, otro denominado índigo noche, además de un ciruela y un gris plata; son colores que nunca había usado. Los escogí sin pensar y los puse encima del mostrador. Era como si supiera de antemano que esos tonos sólo iban a cobrar vida y ayudarme aquí, que servirían para expresar plenamente mis temores y mis sueños.

Teresa no pudo disimular su confusión.

—Mira, Teresa, no es fácil de explicar. Mis padres, las chicas de Londres... Algo ha ocurrido para que de pronto todo haya encajado aquí. Es como si este cuadro hubiera estado esperando dormido dentro de mi cerebro y ahora hubiera salido a la luz. Nunca me había sentido tan conectada haciendo algo.

—Entiendo.

—Pero ahora que ya está hecho y que... me lo he sacado de dentro, no puedo evitar pensar que quizá los óleos lo hayan hecho ellos solos, que mi intervención no haya significado nada.

—No, no, lo ha hecho usted. Si los óleos los cogiera yo, no ocurriría nada interesante. Pero con usted la cosa cambia.

Olive sonrió.

—Gracias por ser tan amable.

—¿Tiene más cuadros?

—Aquí no, pero tengo esto.

Fue hasta uno de sus baúles y sacó un gran cuaderno de bosquejos para dárselo a Teresa.

Ésta abrió el bloc y vio que dentro había varios bocetos de pequeño tamaño que representaban manos y pies, ojos y botellas, gatos, árboles, flores... todo ejecutado con un estilo realista, de grabado, totalmente diferente de la pintura de la tabla. En la página siguiente había un retrato de Sarah con el título *Madre, Londres*, y otro de Sarah y Harold juntos, además de un bodegón en tonos pastel, hecho con los limones que Teresa había llevado el primer día.

—Le pregunté qué había pasado con estos limones —comentó, señalándolos—, y usted me dijo que no lo sabía.

Olive se sonrojó.

—Lo siento.

—¿Los robó?

—Si quieres decirlo así...

—¿Por qué todo esto es un secreto?

—No es un secreto. Pero es que... no se lo digo a nadie. Excepto a ti.

A Teresa se le iluminó la cara y ocultó su placer mirando las páginas del cuaderno. Aquellos dibujos eran extraordinarios, parecía que fueran a saltar del papel. Continuó ojeándolos y se detuvo al llegar a un retrato a doble página de su hermano: *Isaac cortando leña, Isaac con un café*. De repente experimentó una oleada de dolor, y Olive le arrancó el cuaderno de las manos.

—No son más que bosquejos —dijo. En ese momento se oyó abajo la risa de Sarah, tintineando como un cascabel.

—¿Qué va a hacer con este cuadro? —le preguntó Teresa.

—Qué pragmática eres —replicó Olive—. No todo debe tener una finalidad, ¿sabes?, un objetivo.

Teresa se ruborizó, porque así era exactamente como pensaba ella: de forma pragmática, como un chacal que persigue una presa. De todas formas, había detectado en las respuestas de Olive una actitud defensiva que la intrigaba. Si ella poseyera la mitad de su talento, a aquellas alturas ya estaría en Barcelona, lejos de Arazuelo.

—¿Piensa tenerlo eternamente escondido debajo de la cama para que no lo vea nadie? —le dijo.

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué no lo enseña ahora? Podría colgarlo en la pared.

Olive se puso tensa y se sentó en la cama, al lado del cuadro. El viejo colchón cedió bajo su peso y de repente Teresa pensó en lo sórdida que era aquella cama y en lo tonta que era Olive soportando vivir en un sitio como ése cuando estaba claro que podía permitirse algo mejor. Incluso podían comprarse una casa nueva en la calle Larios de Málaga; ella podría ofrecerse a acompañarla y dejarle probar un colchón tras otro hasta que diera con el que le resultara perfecto. Pero no dijo nada, los diestros trazos de lápiz con los que estaba dibujado el rostro de su hermano se reconstruyeron mentalmente en su memoria.

—No quiero colgarlo en la pared de mi cuarto —dijo Olive.

Teresa arrugó el entrecejo. Aquello parecía una protesta muy débil. Se acercó al borde de la cama con las manos en las caderas.

—Podría venderlo en Málaga, señorita —le dijo—. Podría ganar dinero.

Olive alzó la mirada.

—¿Dinero? A nosotros el dinero nos sale por las orejas.

Teresa se puso como la grana.

—Podría marcharse.

—Pero a mí me gusta estar aquí.

—París, Londres, Nueva York...

—Tere, no quiero que se sepa. ¿Lo entiendes?

—Si esa tabla la hubiera pintado yo, se la enseñaría al mundo.

Olive miró la pintura.

—Pongamos que se la enseñas al mundo pero que al mundo no le gusta. Piénsalo. Todas esas horas, todos esos días y meses, incluso años...

—Pero me gustaría a mí, de modo que no importaría.

—Entonces, ¿para qué tomarse la molestia de intentar complacer al mundo? Y puedo asegurarte que si lo pintas tú, nunca te gustará del todo.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

Olive se puso de pie, encendió un cigarrillo y se quedó con la mirada perdida al otro lado de la ventana.

—La verdad es que no lo sé. Nunca lo he sabido. Lo hago porque sí. —Se volvió hacia Teresa—. Sí, ya sé que es una respuesta muy vaga, pero es que... tengo la sensación de que dentro de mi mente existe un lugar maravilloso, una fortaleza amurallada en la que vive la perfección. Y con cada óleo y cada bosquejo me acerco un poco más a ese lugar, a esa fortaleza en la que mis pinturas serán un reflejo más nítido de la persona que soy, un reflejo distinto. Y entonces echaré a volar. —Se frotó la frente y volvió a sentarse en la cama—. ¿Por qué estamos tan atrapados por las horas y los minutos de cada día? ¿Por qué no podemos vivir la vida que siempre está fuera de nuestro alcance?

Al final se le quebró la voz y Teresa alargó una mano hacia su brazo.

—Perdona, Tere. Seguramente esté loca. Pero así he sido siempre. Sólo quería enseñarle el cuadro a

alguien y me alegra que te haya gustado.

—Me gusta mucho. Me ha encantado.

—Ven. —Olive había recuperado su ánimo resuelto y ya estaba saltando de la cama, todavía con el cigarrillo en la mano—. Voy a darte unas cosas, a lo mejor te apetece echarles un vistazo. —Cogió un libro sobre pintores renacentistas y un viejo *Vogue* y se los entregó—. La revista es de mi madre, pero no le importará.

Teresa hojeó el libro, reproducciones a color de hombres y mujeres elegantemente vestidos y de piel tersa como un huevo duro, ojos saltones, manos delicadas adornadas con sortijas y telas adamsadas sobre los hombros. Vírgenes María extrañamente alargadas, atravesadas por el rayo amarillo de la Anunciación; escenas de pesadilla de bestias míticas; hombres con cinco piernas; mujeres convertidas en granadas. Leyó en silencio los nombres de los autores: Bellini, el Bosco, Cranach. Era otro lenguaje que aprender y asimilar, que esgrimir igual que un arma.

El *Vogue* era viejo, pero a Teresa no le importó. Era suyo. Se alegró de que fuera del año anterior. Sarah arrojaba sus revistas al suelo del dormitorio tras haberles echado apenas un vistazo, y sus colores y su atractivo constituían un canto de sirena que a ella le costaba creer que su señora no pudiera oír. Pero no quería causarle problemas a Olive.

—¿Está segura de que a su madre no le importará? —dijo.

—Ni siquiera se dará cuenta. Me parece que todavía está Isaac aquí —añadió Olive, al tiempo que guardaba los bosquejos y la tabla debajo de la cama—. Deberíamos bajar a ver qué es lo que quiere mi madre de él.

Teresa empujó hacia abajo la nube que le había subido al pecho al oír mencionar a su hermano, cerró el libro de los pintores renacentistas y salió detrás de Olive.

Isaac levantó el segundo vaso de limonada y lo chocó contra el de Sarah. Estaba acostumbrado a que las mujeres fueran así con él: felinas, coquetas, en ocasiones embelesadas. Nunca las animaba a hacerlo, pero eso, por lo visto, sólo servía para que su comportamiento se acentuase todavía más. Resultaba casi cómico, aunque había aprendido a no dar por sentado lo que querían de él. Aunque daba la impresión de ser una cosa, a menudo era otra.

Pensó en lo distinta que era Olive de su madre, tan inocente, tendiendo las manos hacia él como si estuviera ahogándose, de manera más obvia de lo que seguramente ella creyese. Y aun así, esa joven lo intrigaba, y la señora Schloss no. Sarah deslumbraba de inmediato, pero, bajo la torpeza de Olive, había algo flexible e interesante. Era una superviviente del matrimonio de sus padres. Se preguntaba si acabaría resultándole perjudicial haberse quedado con ellos de forma indefinida.

De repente oyó pisadas y en la puerta apareció Olive, mirándolos alternativamente, como si estuviera intentando calcular una suma difícil. Detrás de ella asomó Teresa, con una extraña expresión de triunfo en la cara que hizo que Isaac se pusiera en guardia.

—Liv —dijo Sarah—, ¿sabes qué?

—¿Tendría que saberlo?

—El Señor Robles va a hacerme un retrato.

—¿Cómo?

—Es una sorpresa para papá —siguió diciendo Sarah—. Le he hecho un encargo al señor Robles.

—Pero si papá odia las sorpresas.

—Y yo también, Olive. Pero papá va a tener este retrato lo quiera o no.

Su hija se adelantó y tomó asiento en el sillón comido por las polillas, arrinconado junto al sofá en un ángulo descuidado.

—¿Tendrá usted tiempo para pintar ese retrato, señor Robles? —preguntó—. ¿Con todo el trabajo que tiene?

—Será un honor —replicó Isaac.

Acto seguido, Olive volvió la vista hacia la chimenea, que estaba apagada pero repleta de la leña que Isaac había amontonado allí para comodidad de los inquilinos de la casa. Teresa se quedó en la puerta, sonriéndole a su hermano con una mueca burlona, cosa que lo irritó. Ella vivía en una burbuja, no tenía ni idea de las muchas veces que él la había protegido a lo largo de los años.

—En ese retrato debo estar yo también —dijo Olive.

—Livvi —respondió su madre tras una pausa, a la vez que se enderezaba la raya del pantalón—. La sorpresa quiero dársela yo.

—Yo creo que a papá le gustaría vernos a las dos en el cuadro. Hace unos años ya posamos para otro. Deberíamos repetir.

—¿Hace unos años?

—Se te ha olvidado. Sí, posamos para un retrato. Señor Robles, ¿no le parece a usted buena idea?

Isaac sintió la presión de ambas mujeres como si fuera algo físico.

—Deben decidirlo ustedes —contestó—. Se trata de su padre y de su esposo.

Sarah se quitó una mota de polvo de la ropa.

—Señor Robles, si accedo al deseo mi hija, ¿sería necesario que posáramos juntas?

—No todo el tiempo, señora.

—Pues en ese caso —suspiró— lo decidiremos entre nosotras, ¿verdad, Olive?

Ésta asintió inclinando la cabeza en dirección a ella.

—Sí, madre —respondió—, así lo haremos.

VI

Olive y Sarah decidieron hacer inicialmente tres sesiones juntas, durante las horas en las que Isaac no tuviera que estar en Málaga dando clases. Teresa debía guardar el secreto.

—Dile a Harold que estamos en el mercado de Esquinas —fue la instrucción que le dio Sarah—. O que hemos ido al médico del pueblo. Ya se te ocurrirá algo, Teresa, eres muy lista.

Ya en la segunda sesión, mientras Isaac pintaba a las dos mujeres bajo la tenue luz de la cocina de su propia casa, Olive se percató de que algo no iba bien. Sarah, con una blusa semitransparente de color lila y una falda de seda marrón, permanecía todo el tiempo con la espalda ligeramente arqueada y un brazo caído por detrás de la silla. Estaba concentrada en ofrecer su mejor pose para el artista; sin embargo, Olive advirtió la expresión seria y adusta que mostraba éste.

Debería estar contento: su partido acababa de ganar las elecciones generales. Lo habían dicho por la radio y aparecía publicado en la primera plana de los periódicos que había traído su padre de la capital. El poder estaba en manos de una coalición de izquierdas y eso tendría que hacerlo sentir victorioso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, aprovechando que Sarah se excusó un momento.

Él levantó la vista de lo que estaba pintando con gesto de sorpresa.

—Que han matado a otro chico —respondió—. Yo lo conocía un poco.

—¿Lo han matado?

—Anoche. Era un chico del pueblo llamado Adrián, miembro del Partido Anarquista. Trabajaba en una fábrica en Málaga. Empezó atándoles cintas de color rojo a los asnos y a las bicicletas y terminó prendiendo fuego a las escrituras de propiedad de su jefe. Protestaba mucho, pero no era más que un crío. Anoche, unos cabrones le pegaron un tiro y lo ataron a la parte de atrás de un camión.

—Ay, Isaac. Eso es horrible.

—Dicen que ha sido un crimen pasional, lo cual es un chiste. Ese chico no ha tenido tiempo para el amor.

—¿Han detenido a alguien?

El gesto de Isaac se endureció.

—No hubo testigos. Se ató solo al camión, naturalmente. Para cuando terminaron con él, ya no le quedaban pies.

—Santo Dios. ¿Quién habrá sido capaz de hacer una cosa así?

—Todos y nadie. La Guardia Civil está diciendo que fue un grupo de comunistas, que lo confundieron con un niño rico. Otros les echan la culpa a los gitanos. ¿Anarquista, comunista, falangista o socialista, oligarca, gitano o qué? A lo mejor fue su padre —escupió Isaac.

Olive quería consolarlo, pero sabía que su madre regresaría de un momento a otro. Procuró conservar la calma. Aquello había sido un hecho aislado, se dijo, horrible pero esporádico. Aquel chico no era un símbolo de nada, sino tan sólo un ser humano con mala suerte que había muerto demasiado pronto. Sin embargo, le vino a la memoria lo que le había contado Isaac: el oso polar, el sacerdote colgado de un árbol, la tierra que el pueblo llevaba en las venas. Pensó en *La huerta*, que esperaba en el desván, aquel paraíso multicolor, y sintió vergüenza de su ignorancia, de su empeño, como extranjera, en no darse por enterada.

Al día siguiente, Teresa se sentó a la mesa de la cocina de la casa de Isaac, mientras su hermano despellejaba unos conejos que había cazado para cenar. Tenía ante sí el *Vogue* que le había regalado Olive y lo manejaba con tanta delicadeza como si fuera una primera edición de un libro de gran valor. La mujer que aparecía en la portada también la miraba con delicadeza. Era rubia y llevaba una larga capa de color crema bajo la que asomaba la punta de una sandalia de playa de tiras blancas y negras. Estaba apoyada en el costado de un automóvil descapotable, protegiéndose los ojos del sol, pero de todas formas miraba hacia arriba, en dirección a un punto invisible. A su espalda se veía un cielo de un azul intenso. Al pie de la imagen, en letras claras y atractivas, se leía: «VACACIONES - VIAJES - ROPA DE VERANO.»

—Estás muy callada —comentó Isaac—. ¿Te preocupa lo que vaya a hacer yo? —Al ver que su hermana seguía sin decir nada, añadió—: Teresa, por Dios, lo que debería preocuparte es que pueda ocurrirme algo.

—Será mejor que te calmes con todo esto, Isaac. Nada de lo que hagas va a devolverle la vida a Adrián. Una cosa es robar miel de los panales de la duquesa y otra muy distinta ponerte en peligro...

—Lo mismo podría decir yo de ti. —Señaló la revista con el cuchillo—. Tú también deberías comportarte.

—Pero yo no corro peligro.

—¿Estás segura? Acuérdate de la última vez, Tere. No voy a rescatarte de nuevo.

—No he robado nada. Esta revista me la ha regalado Olive.

Teresa se acordó de lo sucedido con la señorita Banetti. La soledad, la monotonía. La mujer tenía tantas cosas que ni siquiera se había dado cuenta de que empezaban a desaparecer. Fue tan tentador, tan fácil... Primero objetos pequeños, una sortija, un mechero de plata. Después, frascos de perfume vacíos, y por último un collar de esmeraldas. Había considerado esos objetos, siempre descuidados por los extranjeros ricos de los que cuidaba, un justo pago por la vida gris que llevaba. Lo enterraba todo junto al pozo, dentro de una lata, e iba a verlo de vez en cuando, aunque nunca se ponía nada, tan sólo levantaba las esmeraldas hacia el sol y contemplaba cómo le hacían guiños de complicidad. Le gustaban tanto que no experimentaba el menor sentimiento de culpa.

La familia alemana la sorprendió con las manos en la masa y la despidió. Isaac fue a hablar con ellos y les explicó que su hermana padecía problemas mentales, lo cual era mentira, pero era mejor que consentir que la *Frau* diera parte a la Guardia Civil. Les devolvió todo lo robado, pero Teresa no dijo nada de la caja con las cosas de la señorita Banetti, del collar de esmeraldas que había enterrado en el jardín; era su pequeña evasión.

—Tere —le dijo Isaac en un tono más suave, sacándola de sus ensoñaciones con el ruido que hacían las entrañas del conejo bajo el filo del cuchillo—. Olive no puede ser amiga tuya, ya lo sabes.

—Deberías seguir tus propios consejos.

—Ya sé que cuando estoy en Málaga te sientes muy sola, pero ella es una niña rica que va a todas partes con sus padres y, cuando menos te lo esperes, se habrá marchado. No quiero que tú...

—No me siento sola. Y no soy una niña. No tienes que ser tan paternalista. No quiero ser amiga de Olive.

—Bien. —Empezó a arrancarle una pata al conejo—. Ven a ayudarme. —Su hermana se apartó de la mesa y fue a donde estaba él—. Tampoco puedes decirme a mí lo que he de hacer, Tere.

—Pero puedo intentarlo.

Isaac soltó una carcajada y ella lo imitó.

—¿Acaso no he cuidado siempre de ti? —le preguntó él.

—Sí, Isaac. Pero yo nunca lo he necesitado.

Harold no parecía haberse dado demasiada cuenta de que su mujer y su hija se ausentaban. Se lo veía distraído, sentado ante su escritorio en el centro de su estudio, ensimismado en las alfombras marroquíes que le había comprado en Málaga a un vendedor, con los codos apoyados en el desgastado revestimiento de cuero, sin apenas percatarse de la presencia de Teresa, que se desplazaba por la habitación limpiando el polvo o le dejaba una copa de fino a un lado. Parecía el capitán de un barco que se hunde, que ha encontrado un tablón a la deriva y se aferra a él para no ahogarse.

El día en que las mujeres iban a tener su última sesión de posado, Teresa estaba en la casa, preparando un guiso, y sonó el teléfono. Ella esperó, pero a Harold no se lo veía por ningún lado.

—¿Señor? —llamó.

Todo estaba en silencio, salvo por el timbre del teléfono, que no dejaba de sonar con insistencia. Fue de puntillas por el corredor en dirección al estudio, se detuvo un instante para pegar el oído a la puerta y luego entró, caminó por las alfombras y, en el momento en que levantó el auricular de baquelita y se lo acercó a la oreja, supo que había cometido un error.

—*Harold, bist du es?*

Era una voz de mujer. Teresa no respondió, oyó que se hacía un silencio momentáneo y luego la mujer soltó una exclamación ahogada y colgó. Teresa levantó la vista. En la puerta estaba Harold, con el abrigo puesto y su rifle de caza en la mano.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —dijo—. Teresa, ¿qué diablos estás haciendo?

Ella miró el teléfono sin decir nada y en ese momento deseó no haber ido nunca a aquella casa, haber encontrado trabajo en otro sitio. No le había bastado con moverse entre las finas capas de la vida de los Schloss: había querido acercarse más, hasta las cicatrices, las manchas y la carne roja de sus corazones. Y ahora se acordaba del peligro que entrañaba conocer los secretos de la gente.

Harold se aproximó, al tiempo que Teresa colgaba el auricular con ademán brusco. Él puso una mano encima de las de ella, que se sorprendió del intenso calor que desprendía.

—Teresa —le dijo sonriente, ejerciendo el mínimo de presión con la mano—, ¿a quién podrías querer llamar tú?

Ella lo miró con expresión confundida y entonces lo entendió e hizo un gesto de humildad. Todavía podía oír el tono esperanzado que traslucía la voz de aquella mujer y el pánico que le cortó la respiración al darse cuenta de que no era Harold quien estaba al otro extremo de la línea.

—Lo siento, señor —dijo—. Quería hablar con mi tía de Madrid.

Ambos se miraron fijamente a los ojos, hasta que por fin Harold apartó la mano. Rodeó el escritorio, se sentó en su sillón y abrió la recámara del rifle.

—Lo único que tenías que hacer era pedírmelo, Teresa.

—Lo siento, señor —repitió ella—. No volverá a suceder.

—Está bien. No pasa nada. Puedes irte.

Teresa estaba ya saliendo por la puerta cuando Harold preguntó:

—¿Dónde está mi esposa?

Ella se volvió para mirarlo, con el estómago encogido de miedo.

—En el mercado, señor.

—¿A las seis de la tarde? —Harold le puso el seguro al rifle y retiró el sillón.

—Sí, es que después quería hacer una visita a la iglesia.

—¿La iglesia?

—Sí. La de Santa Rufina.

Harold se echó a reír.

—Teresa, tú sabes que la señora Schloss no se encuentra bien. Si continúa marchándose por ahí de esta

manera, debes comunicármelo. No le quites ojo.

—¿Que no le quite ojo?

—Que la vigiles. Espera aquí hasta que vuelva a casa y entonces le dices que tengo cosas que hacer en Málaga. Ya lo entenderá.

—Sí, señor.

—¿Ha ido Olive con ella a la iglesia?

—Sí.

—Me alegra que pasen tiempo juntas. —Dejó el rifle sobre el escritorio—. Teresa, quiero que me des tu opinión.

—¿Sí, señor?

—¿Tú crees que a la gente del pueblo le gustaría que organizásemos una fiesta?

Teresa imaginó que una fiesta de los Schloss sería lo más glamuroso que habrían visto los habitantes de aquel pueblo en toda su vida, y además ella estaría en el centro, preparándolo todo. Después de eso ya no se burlarían más, se acabarían los comentarios sobre su origen gitano o bastardo. El poder de Harold y Sarah Schloss se reflejaría en Teresa en grandioso tecnicolor.

—Yo creo que sería maravilloso, señor.

Regresó corriendo a la cocina para vigilar el guiso y oyó a Harold caminar por su dormitorio: sus pisadas avanzaban y se interrumpían cada poco, en su ir y venir del armario para probarse diversas prendas de ropa. Reapareció vestido con un bonito traje color trigo y una camisa azul, que contrastaban con su cabello castaño oscuro y le conferían un aire increíblemente refinado.

Luego se oyó el motor de su coche y, una vez que hubo desaparecido, Teresa volvió a experimentar el sentimiento de pesar que le había causado aquel *Harold, bist du es?*, el secreto que ahora los dos sabían y que él le había confiado que guardara. Había dejado un rastro de colonia, un eco penetrante y ambarino a sillones de cuero oscuro y rincones más oscuros aún.

Cuando regresó a casa, encontró a su hermano en el dormitorio, guardando los materiales de pintura. En la cocina, el cuadro estaba cubierto por una sábana, pues Isaac no permitía que lo viera nadie hasta que estuviera terminado. Sarah se había ido, pero Olive seguía sentada a la mesa. Parecía cansada, y Teresa advirtió con el rabllo del ojo que movía las manos constantemente. Le costó trabajo asociar ese nerviosismo de niña pobre con la artista majestuosa y segura de sí misma a la que había visto en el desván. Se preguntó si Olive había pintado algo nuevo y si le permitiría verlo.

—Su padre ha preguntado dónde estaba usted —dijo Teresa—. Le he dicho que había ido con su madre a la iglesia de Santa Rufina.

—¿Dónde está eso?

—En la plaza del pueblo.

—Mi madre no sabe nada de esto —dijo Olive poniéndose de pie—. Voy a tener que hablar con ella antes que mi padre.

—Él se ha marchado —informó Teresa.

Olive puso cara de consternación.

—Claro, cómo no —dijo, y volvió a sentarse.

—¿Le gusta que le estén haciendo un retrato? —le preguntó Teresa.

—No creo que yo sea muy buena modelo. A mi madre la encanta, por supuesto.

—Su padre se alegrará mucho cuando lo vea.

—Tal vez. Si es que es bueno. Isaac no quiere dejármelo ver.

—Su padre... me ha dicho que va a dar una fiesta.

Olive gimió.

—¿Ha dicho eso?

—¿Es que usted no quiere una fiesta, señorita?

—Tú no has estado en las fiestas que dan mis padres. Me parece que prefiero ir a ver esa iglesia.

Estaba bastante irritable, y Teresa se preguntó si habría surgido algún problema entre Olive y su madre durante la sesión de posado. La única conclusión a la que logró llegar fue que, mientras que Sarah había nacido para que la contemplaran, Olive era más bien una observadora.

Fue hasta la encimera, cogió una cebolla y un cuchillo y empezó a trocearla.

—¿Conoce usted la historia de santa Rufina? —le preguntó, con la esperanza de distraerla de su tristeza.

Olive volvió la mirada hacia la oscuridad del pasillo y hacia la habitación en la que estaba Isaac en ese momento.

—No.

—Es una historia que habla de dos hermanas. Eran cristianas y vivían en Sevilla, en ¿la época romana? ¿Se dice así? —preguntó, dubitativa.

—Los tiempos de la Antigua Roma —confirmó Olive.

—Eso. Fabricaban cuencos y vasijas de barro. Los romanos quisieron que hicieran vasijas para una fiesta, una fiesta pagana, pero las hermanas contestaron: «No las haremos. Nuestras vasijas son nuestras.» Y entonces rompieron la máscara de la diosa Venus.

—Cielo santo.

—Las detuvieron. A Justa la arrojaron a un pozo y a Rufina la hicieron enfrentarse a un león.

Teresa observó complacida que Olive se había quedado muy quieta escuchando su relato, al tiempo que las sombras proyectaban bailarines negros sobre las paredes y la cebolla se rehogaba en la sartén.

—Un león gigantesco —prosiguió Teresa— y hambriento. En el anfiteatro. Delante de todo el mundo. Sin embargo, el león no quiso atacar; se sentó y no se movió del sitio. Ni siquiera llegó a tocar a Rufina.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó Olive en un susurro.

—Que a Rufina le cortaron la cabeza.

—¡No!

—Y después arrojaron la cabeza al pozo, para que le hiciera compañía a la hermana.

Olive sintió un escalofrío.

—Qué horror.

Teresa se encogió de hombros.

—A mí me gusta el león. —De pronto, cruzó la mirada con Isaac, que había aparecido en la puerta—. El león sabe lo mucho que vale la paz. Y se mantiene en su sitio.

—A lo mejor era que no le gustaba el sabor de las chicas huesudas —intervino Isaac.

Olive se volvió hacia él, que cruzó los brazos y miró fijamente a su hermana.

—¿Otra vez contando historias, Tere?

—Se le da muy bien —dijo Olive—. Imagínate esperando en la oscuridad mientras tu hermana está enfrentándose a un león. Imagínate sosteniendo su cabeza en las manos y que el resto de su cuerpo haya desaparecido. ¿Qué le sucedió a Justa?

—Murió de la impresión —dijo Teresa.

—A mí me pasaría lo mismo —aseguró Olive.

—Eso no lo sabe, señorita —replicó Isaac—. A lo mejor, sería más fuerte.

—Ay, no. Me desmayaría seguro. —Se quedó pensando un momento—. ¿Sabes?, puede que vaya a ver esa iglesia.

—¿En serio, señorita?

—¿Por qué no? —dijo Olive—. Así por lo menos podríamos decir que una de nuestras mentiras era verdad.

II

PERTENECER A UN LUGAR

Agosto

1967

Lawrie y yo decidimos ir al cine en nuestra primera cita. Al final fuimos a ver *Sólo se vive dos veces*. Había tanta desnudez y tanto sadismo que me avergoncé de haberla sugerido. Nada de romance, sólo artilugios y el pecho de Sean Connery, que parecía haberlo tomado prestado de un simio. Pensándolo un poco, creo que me habría gustado más ver a Catherine Deneuve, pero me sentí feliz simplemente sentada al lado de Lawrie, aspirando su maravilloso aroma, notando el denso calor que irradiaba su cuerpo, aquella persona que, a su vez, me había escogido a mí.

A lo largo de las dos semanas siguientes nos vimos casi todos los días. Fue una locura fabulosa. Fuimos a la Wallace Collection y a la National Gallery a ver si lográbamos descubrir más cuadros que llevaran las iniciales I. R. (sin éxito). Fuimos al teatro, y todavía conservo la entrada. Era una obra de Samuel Beckett titulada *Play* y yo jamás había visto nada parecido. Recuerdo la impresión y el entusiasmo que me embargaron cuando se levantó el telón y aparecieron los tres actores —un hombre y dos mujeres que representaban respectivamente el papel de esposa y de amante— metidos hasta el cuello en unas gigantescas urnas funerarias, sin poder moverse, parlotando de forma incoherente, y a continuación empezaron a contar historias al público, intercaladas unas con otras, cada cual ajeno a sus compañeros.

Fuimos a restaurantes y bares del Soho —All Nighters, el Flamingo— y descubrimos que bailábamos muy bien juntos. No me gustó tener que gritar para hacerme oír entre tanto ruido, y pasadas las once los locales se llenaron de humo. Vimos gánsteres con sus chicas: cabello engominado, anillos de oro y cierta malevolencia en la mirada. Pero lo importante era la música en directo, que era maravillosa: ska, calipso, jazz y blues.

Yo no lo sabía, pero se había creado un vínculo, y ya se había diluido eso de quién quería una cosa o quién proponía otra, ese extraño baile de alusiones y buenos modales que distingue una primera vez. Dependíamos el uno del otro sin conocernos realmente, de la manera en que dependen las personas jóvenes cuando aún no están quemadas y nunca han sentido dolor ni rechazo, cuando lo comparten todo y cometen el error de creer que la otra persona es la solución para sus confusas sumas. Él se sentía solo y yo me sentía un caso perdido... ¿o era al revés? No nos habíamos acostado, nuestra relación aún no había llegado a eso. Era todo muy inocente a su manera.

Desde la conversación que tuvimos en Piccadilly Circus, yo apenas había visto a Quick. Al parecer, sólo Pamela y yo —junto con un par de académicos, que por lo general trabajaban en el sótano con los archivos— acudíamos diligentemente cada día. Quick se ausentaba más de lo que cabría considerar aceptable y a menudo llegaba y se quedaba apenas un par de horas. Nosotras estábamos en la parte del edificio dedicada a la investigación, no en la de la galería que había en la fachada, la que daba a Jermyn Street, de modo que gozábamos de mucha tranquilidad. Echaba de menos la atención de Quick.

En su ausencia, Pamela me invitó a comerme los sándwiches con ella en el patio, con lo que dejaba sin atender el mostrador de recepción. Dudé en aceptar, primero porque aún estaba terminando el libro de Muriel Spark, una recopilación de relatos breves y novelas radiofónicas que se había publicado hacía seis años. La segunda razón era que en realidad no me apetecía oír más aquello de «la gente como tú», una frase que Pamela colaba de manera casual en nuestras conversaciones, pero mi falta de contacto con

Cynthia y la ausencia de Quick me hacían echar de menos la compañía femenina. Y en tercer lugar: sinceramente, consideraba que alguien debía atender la recepción.

Las preguntas que me hacía Pamela durante el almuerzo acerca de la vida en Trinidad me ayudaron a descubrir lo poco que, tanto en la época en que ella iba al colegio como en la posterior, había aprendido acerca del Imperio. Sin embargo, también mostraba una curiosidad sincera: qué tiempo hacía allí, qué efecto causaban la humedad y el calor en los libros y en la ropa, qué comida me preparaba mi madre, qué música escuchaba yo, a qué gente conocía... Las preguntas de Pamela me hicieron comprender lo lejos que me encontraba en realidad de todo aquello. Me acordé de Cynth, del largo viaje que realizamos juntas, y eso me hizo recordar la estúpida pelea que habíamos tenido y me entraron ganas de echarme a llorar, así que insté a Pamela a que continuase hablando. Me contó que su madre era costurera y que su padre transportaba carne en Smithfield. Tenía cinco hermanos varones y una hermana que falleció cuando ella tenía ocho años.

—Odelle, tengo que preguntarte una cosa: ¿tienes novio? En estas últimas semanas te he notado un poco distraída.

Titubeé. Estaba deseando hablar de Lawrie y del amor, de lo que se sentía estando enamorada, de si yo podría estarlo.

—No —contesté en cambio—. No tengo novio.

Pamela entrecerró los ojos.

—Está bien. Guárdate tus secretos. Yo sí tengo. Se llama Billy y trabaja entre bastidores en All Nighters, pero no creo que tú vayas a ir a ese local.

—¿Por qué? —pregunté.

Pamela se echó a reír.

—Porque eres demasiado sensata para desperdiciar tu juventud bailando en clubes.

Yo también me eché a reír, pues en su comentario intuía un elogio: por primera vez me estaba adjudicando cierto grado de sofisticación y estatus. Pero aun así recordé lo mucho que habíamos bailado Lawrie y yo precisamente en ese club, con el sudor corriéndonos por la espalda. Sentí que aquella era otra Odelle.

Pamela lucía a Billy como si fuera una medalla, pero, al pensar en los hombres que yo había visto en el club, me pregunté si no sería más una medalla de bronce que de oro. Conforme fueron pasando los días y nuestros almuerzos a base de sándwiches continuaron, con mi libro de Spark todavía inacabado, descubrí con sorpresa que Pamela, de cuya compañía estaba empezando a disfrutar, me daba lástima.

—Billy tiene grandes sueños —me decía, pero nunca explicaba cuáles eran exactamente, y yo tuve la impresión de que en realidad no la incluían a ella.

Reede había telefoneado a Lawrie para informarle de que había tenido una «suerte inusitada» con el Museo del Prado de Madrid y rogarle que acudiera a verlo lo antes posible. La mañana en que debía presentarse en el Skelton, me lo encontré sentado en un banco en mitad de la plaza, esperándome.

—Hola —lo saludé, sentándome a su lado—. ¿Ilusionado por conocer las novedades referentes a las chicas del león?

Lawrie sonrió.

—Un poco.

Justo cuando se inclinó para besarme, pasó un individuo y chasqueó la lengua sonoramente. No lo supe con seguridad, pero me pareció que decía algo así como: «Asqueroso.» No le prestamos atención; yo en ningún caso iba a decir nada, por más que me hubiera gustado hacerlo, pero me pregunté si Lawrie respondería con algún comentario.

—Vamos —le dije, una vez que quedó claro que no se había enterado. En ningún momento supuso que dicha observación fuera dirigida a él, o bien no la consideró digna de ser tenida en consideración—. Te vas a perder la cita con el pez gordo. Pero entra tú primero; luego voy yo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que Pamela nos vea juntos.

—¿Te avergüenzas de mí? —preguntó.

Solté una carcajada.

—Pues claro que no. Es que... en fin, si se entera de que estamos saliendo, no me dejará en paz.

Ya sentada a mi mesa, después de haber despistado a Pamela, no podía dejar de pensar en lo que estaría sucediendo en el despacho de Reede, situado en la planta de arriba. Sentía mucha curiosidad por saber qué había pasado con el cuadro de Lawrie. Y aunque mi madre siempre decía que si uno escucha junto a una puerta merece que se le chamusque la oreja, sabía que Reede no iba a informarme de nada. Ese día Quick no estaba y no podía confiar en que Lawrie me contase todos los detalles.

Fui por la escalera de atrás y subí al piso de arriba, donde dudé un momento antes de pegar el ojo a la cerradura. Noté que se me aceleraba el pulso, por temor a que uno de ellos se volviera y me oyese. El cuadro de Lawrie estaba apoyado en el caballete, junto al escritorio. Era un rectángulo perfecto, lleno de colores vibrantes: bermellón, lila, añil, terracota, verde vivo. Y, para mi absoluta sorpresa, en uno de los sillones de cuero que Reede tenía en su despacho estaba sentada Quick. En una época anterior, el Skelton había sido una vivienda unifamiliar —la mayor parte del artesonado era el original—, y yo me imaginaba a damas georgianas aposentadas donde estaba ella en ese momento, jugando con una camada de perritos y pensando con qué clase de postre iban a agasajar a sus invitados.

¿Qué estaría haciendo Quick allí? Contemplaba fijamente la chimenea vacía, con los brazos alrededor del cuerpo. Parecía como si sintiera náuseas, como si estuviera esperando una explosión. Bajó la mano hacia su bolso, sacó dos cigarrillos y se entretuvo en encender uno.

—Bueno, pues Isaac Robles —estaba diciendo Reede, a la vez que sacaba una fotografía de una carpeta beige que descansaba sobre su mesa—. ¿Le suena de algo?

—No —respondió Lawrie.

—El Prado me ha enviado esta foto. Calculan que es de él y que fue tomada en Málaga hacia 1935 o 1936. No sabemos quién es la mujer, pero lo más probable es que el lugar sea su estudio y que ella sea alguien que le sirvió de modelo. Coincide con otras imágenes tomadas en Madrid en los primeros años treinta. Cuando se hizo esta fotografía, justo estaba empezando a gozar de cierta fama. Pero, naturalmente, lo que más me ha emocionado es que el cuadro inacabado que se ve en el caballete de Robles tiene todas las trazas de ser el de usted.

Se hizo el silencio. Lawrie estaba de espaldas a mí, motivo por el cual no me era posible ver su expresión por el ojo de la cerradura, pero estaba muy quieto, como si se hubiera quedado estupefacto.

—¿Cómo dice? —exclamó entonces en voz baja—. ¿Es posible?

Reede sonrió.

—Pensé que eso le gustaría. A juzgar por cómo aparece en la foto, apenas acababa de empezar a pintar el león, pero resulta bastante emblemático, ¿no cree usted?

Lawrie cogió la instantánea que le ofrecía Reede con su mano extendida. Tenía los hombros encorvados y la cabeza inclinada, en pose de concentración. Quick continuaba sentada, observándolo, dando profundas caladas a su cigarrillo.

—¿Dónde consiguió el Prado esta foto? —preguntó Lawrie.

—No lo saben a ciencia cierta. Los registros que poseen de los años treinta no están completos, por

razones obvias. Es posible que Robles la dejase al cuidado de alguien cuando estalló la guerra. Quizá esa persona no supo qué hacer con ella y se la entregó al Prado. Isaac Robles no era precisamente muy querido por las autoridades, y sus obras no eran muy de su gusto. No convenía que a uno lo pillaran con pruebas de que poseía amigos o conocidos indeseables.

—¿«Indeseables»?

—Por lo que sabemos, Robles se movía en círculos de izquierdas. Eso quiere decir que pudo ser un agitador político. Probablemente en el museo aceptaron esta fotografía y la guardaron en sus archivos. Robles no sobrevivió para situarse a la altura de Miró o de Picasso en producción y trayectoria. Pero lo que sí llegó a hacer es superlativo. Una teoría que intenta explicar su escasa producción, aparte de que le llegara la muerte a una edad temprana, es que destruyó una gran parte de su obra. Ese tipo de acciones son las que provocan que un pintor sea considerado más especial: constituyen su rareza. Bien, vayamos al grano. Estoy convencido de que el cuadro que usted posee es lo que nosotros denominamos una obra durmiente.

—¿Una obra durmiente?

—Sí, ha estado esperándonos, sin que nadie reparase en ella, durante muchos años. Estamos hablando de 1936, quizá —prosiguió Reede—. Es una lástima que no tenga marco. La calidad del marco aporta gran cantidad de información. Supongo que, si estaba apenas empezando su carrera, Robles no tendría muchas posibilidades de conseguir uno. Pero si esta obra es de él, tal como creo yo, la pintó cuando se hallaba en lo más alto de su capacidad, antes de que estallara la guerra. Observe los colores, el tema surrealista, el tono juguetón. Son de lo más inusual. Entiendo que en su época fuera tan apreciado.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Lawrie.

—La guerra, señor Scott. Existen varias teorías. Una de ellas dice que se marchó al norte, a sumar fuerzas con otros republicanos cuando las tropas de Franco comenzaron a subir poco a poco desde el sur. Nunca se encontró una tumba con su nombre, pero en aquella época eso no era tan infrecuente. Él era del sur, de Andalucía, y estuvo una temporada viviendo y trabajando en Málaga, con bastante poco éxito. Viajó a Madrid y Barcelona, donde hay un par de litografías suyas, bastante menores.

—Entiendo.

—Pero en la época en que se tomó esta fotografía, seguramente Robles no estaba tan preocupado por la guerra. Estaba trabajando bien. Había vuelto a su casa y había abandonado su estética idealista y figurativa, y por lo visto empezó a pintar de manera muy distinta. Unos meses antes de que España se dividiera, creó un cuadro que causó un auténtico revuelo. Se titula *Mujeres en el trigal*. ¿Le suena de algo?

—No.

De pronto, Reede se volvió hacia la puerta y juro que dirigió la vista hacia la cerradura. Me quedé inmóvil.

—No es una obra demasiado famosa, pero es especial —comentó Quick, y Reede se volvió hacia ella.

Poco a poco fui notando que el corazón me iba bajando de nuevo al pecho.

—¿Por qué es tan especial? —preguntó Lawrie.

—He investigado un poco —continuó Reede, antes de que Quick pudiera decir nada más—. Sabemos que Robles vendió *Mujeres en el trigal* en París, más o menos en la misma época en que se tomó esta foto. La venta la gestionó un tal Harold Schloss.

—Entiendo —dijo Lawrie. Incluso mirando a través de la cerradura, me percaté de que se sentía incómodo.

—Ese cuadro estuvo durante una temporada en Nueva York y en la actualidad se encuentra en Venecia, en el domicilio de Peggy Guggenheim. Yo mismo lo he visto personalmente —prosiguió Reed—, y posee

características similares a esta pintura de usted. En vivo resulta extraordinario. —Tocó el borde del cuadro de Lawrie—. A veces pienso que, si hubiera continuado trabajando, Robles habría llegado a ser un genio.

—¿Por qué?

—Eso no siempre resulta fácil de definir. Pero con la mayoría de los artistas ocurre que se tiene una cosa o la otra: el visionario cuyo dominio de la técnica está por debajo del nivel estándar o bien el que produce una cantidad asombrosa de obras en poco tiempo pero de una calidad menor, por un motivo u otro. Esos artistas no han estudiado composición y, por lo tanto, en su mayoría no son capaces de trastocarla. También puede darse el caso de un dibujante que cuenta con una formación excelente pero carece de imaginación, por lo que jamás pintará el mundo con una visión nueva. Lo cierto es que resulta bastante difícil encontrar a uno que lo tenga todo. Picasso, por ejemplo; debería usted ver sus primeras obras. Es una opinión subjetiva, por supuesto, pero yo creo que Robles también lo tenía. Y, a mi modo de ver, este cuadro suyo demuestra su capacidad de una forma muy superior a *Mujeres en el trigal*. Hay quienes afirman que su escasa producción es de índole política; otros dicen que son obras maestras que se evaden de la realidad. Ésa es la cualidad que poseen: perpetuamente interpretadas y, sin embargo, capaces de hacer frente a cualquier intento de repetición. Robles ha perdurado. No aburre. Uno ve en él cosas nuevas. Además, a un nivel estético básico, llenan la vista magníficamente sin llegar a ser cursis.

—Pero no puede demostrar que este cuadro sea de Robles —apuntó Quick.

Reede la miró con los ojos entornados.

—En este preciso momento no puedo, Marjorie. Pero hay formas de hacerlo. Robles pintó otros cuadros; sólo hay que buscarlos y compararlos con éste. Señor Scott, tengo entendido que su madre ha... fallecido recientemente.

—Así es.

—Dígame... ¿tenía la costumbre de guardar los recibos?

—¿Recibos?

—Sí, de las cosas que compraba. Cuadros, por ejemplo.

—No era de ese tipo de personas, señor Reede.

—Lástima. —El hombre contempló el cuadro con aire pensativo—. Cualquier cosa que tenga usted relativa a la compra sería de gran utilidad. Pregunto por el origen, no sólo para el caso de que usted deseara vender este cuadro o tal vez nosotros exponerlo...

—¿Ha dicho exponerlo? —intervino Quick.

Reede parpadeó.

—Exacto. Se lo pregunto, señor Scott, porque este cuadro podría constituir un asunto de orden jurídico.

—¿A qué se refiere? —dijo Lawrie, con un pánico palpable en el tono de voz.

Quick aplastó el cigarrillo.

—Quizá no haya necesidad de entrar ahora en eso, señor Reede. La verdad es que el Skelton no tiene por norma organizar exposiciones con una única pintura que...

—Señor Scott —la interrumpió Reede—, estará usted al tanto de lo que sucedió en Europa en los años treinta con muchas obras de arte valiosas. Desaparecieron gran cantidad de ellas. Los nazis se las llevaron de los museos, las robaron de domicilios particulares...

—Esta pintura no fue robada —afirmó Lawrie.

—Se lo ve muy seguro.

—Porque lo estoy. Mi madre no robaba.

—No estoy sugiriendo tal cosa. Pero fácilmente pudo haber adquirido un artículo robado. Robles era

español y, por lo que sabemos, trabajó única y exclusivamente en España, aunque sus pinturas se vendieron en París. ¿Su madre tenía alguna relación con España?

—No, que yo sepa.

—Bien. Existe una teoría. En aquella época, las obras de arte se movían por Europa con bastante libertad. Harold Schloss era un marchante de arte vienés bastante conocido que estaba especializado en el arte moderno de principios del siglo veinte. Si vendió *Mujeres en el trigal*, es posible que vendiera más obras de Robles. Poseía una galería en París, por lo tanto, podría ser que este cuadro estuviera allí más o menos por la misma época.

—¿Este cuadro viajó desde España hasta París?

—Posiblemente. En aquellas fechas, Robles se encontraba de nuevo en Málaga, de modo que quizá Harold Schloss fuera allí a verlo. Los marchantes se desplazan adonde huelen que hay talento.

—Todo esto no son más que conjeturas, señor Scott —murmuró Quick—. Meras suposiciones...

—Muchos de los galeristas de París eran judíos —continuó Reede—. No conozco la historia de ese Schloss, tendríamos que hacer averiguaciones, pero en 1942, cuando París llevaba más de un año ocupado por los nazis, se cerraron numerosas galerías y a los dueños los metieron en la cárcel antes de dar el siguiente paso... ya sabe, enviarlos a los campos. Muchas pinturas jamás llegaron a recuperarse. Otras permanecieron escondidas y después reaparecieron en los lugares más extraños. En tiendas de artículos de segunda mano, por ejemplo. En maletas. En antiguos túneles del tren. En mercadillos callejeros.

Se hizo un silencio. Al otro lado de la puerta, yo apenas respiraba.

—Santo cielo —dijo Lawrie.

—Cuando acabó la guerra, los nazis que fueron capturados afirmaron haberlo quemado todo. Paparruchas, naturalmente. Habían robado demasiadas obras como para destruirlas todas. Y sabían lo que hacían. Sabían que lo que estaban llevándose tenía mucho valor, aunque afirmaban que no encajaba con la nueva estética del Reich.

—¿Qué cree usted que le sucedió a Harold Schloss? —preguntó Lawrie.

Reede puso cara de fastidio.

—Como digo, tengo intención de investigarlo.

—Este cuadro no fue robado —repitió Lawrie.

—No hay modo de saberlo con certeza, al menos por el momento. La primera mitad de este siglo fue un desastre para el mercado del arte, y todavía estamos recogiendo los pedazos. El arte siempre se ha utilizado para fines que no eran el placer, ya fuera para obtener poder político o para comprar una hogaza de pan.

—Está bien. —Lawrie se pasó los dedos por el pelo.

—He hablado con un representante de la fundación Guggenheim que está siendo de gran ayuda a la hora de investigar lo que tienen, si es que tienen algo, acerca de Isaac Robles y que tal vez arroje más luz sobre las circunstancias de este cuadro.

Lawrie exhaló despacio.

—Se lo agradezco... supongo —dijo.

Acto seguido, fue a levantar la pintura del caballete, pero Reede le sujetó el brazo.

—¿No cree usted, señor Scott, que teniendo en cuenta la situación el cuadro estará más seguro con nosotros? Tenemos un vigilante nocturno y un sistema de alarma. Temo que en Surrey...

—¿La capital mundial de la delincuencia?

—¿El fallecimiento de su madre se ha anunciado en los periódicos? —intervino Quick.

—Ése es el típico suceso que atrae a los ladrones de obras de arte —dijo Reede—. Las personas cuya

esquela se publica en el periódico suelen tener cosas que merece la pena birlar. —Me sorprendió que utilizara el término «birlar», que era más propio del vocabulario de Pamela—. Ya sé que parece absurdo, señor Scott, pero, aun así, permita que lo cuidemos en su nombre. Estará más seguro.

Reede estaba llevando a cabo una actuación impecable: cortés, insistente, autoritaria y conciliadora, todo a la vez.

—De acuerdo —cedió Lawrie—. Un poco más de tiempo.

—Gracias. De verdad. Me pondré en contacto con usted en cuanto tenga noticias. Esto es muy emocionante, señor Scott. Tan sólo puedo darle las gracias por haber elegido el Skelton como base de investigación y...

—¿Puedo quedarme esta foto? —pidió Lawrie, sosteniendo en alto la manoseada instantánea.

Reede pareció desconcertado.

—¿Quedársela?

—Hasta que volvamos a vernos. Sólo quiero examinarla con más detenimiento.

—Marjorie encargará a Rudge o a Bastien que le hagan una copia.

Me estremecí al oír mi nombre, aterrorizada de que Reede me descubriera allí escondida, pero fui incapaz de moverme del sitio.

—Estoy seguro de que esa foto es original, señor Scott —prosiguió Reede—, por lo tanto, no puedo separarme de ella. Marjorie... ¿está usted bien?

Quick dio un respingo.

—¿Qué?

—He dicho que si sería usted tan amable de encargarse a una de las chicas que haga una copia de esta fotografía para el señor Scott.

Quick se recompuso y cogió la fotografía que sostenía Lawrie en la mano. Se la llevó cogida con la punta de los dedos, sin siquiera mirarla. Al momento, me aparté de la puerta y me alejé por el pasillo lo más deprisa que pude.

Pero no fue lo bastante rápido.

—¿Odelle? —llamó la voz de Quick, grave y queda. Me detuve y me volví, aliviada al ver que al salir había cerrado la puerta—. Ven aquí.

Fui hacia ella con gesto avergonzado.

—Estabas escuchando —me acusó.

Dada la leve chispa de diversión que le brillaba en los ojos, vi que no merecía la pena mentir; me había sorprendido huyendo por un pasillo en el que no había nada más.

—Lo siento —dije—. Por favor, no...

—Se supone que no debemos espiar por las cerraduras.

—Ya lo sé.

Miró la fotografía que tenía en la mano y se quedó quieta.

—¿Tú crees que este pintor tiene talento? —preguntó.

—Claro que sí. ¿Está segura de que ese cuadro es un Isaac Robles?

—Si Reede lo dice... —respondió Quick, entregándome la foto—. Quien lo sabe es él. Y, por lo visto, coincide con lo que aparece en esta imagen. Pero ¿qué opinas tú?

—Yo no soy una experta.

—No quiero a un experto, Odelle. Sólo quiero saber si el cuadro te gusta. No es un examen.

Se la notaba agotada, y reparé en que le temblaban ligeramente las manos.

—Me pone nerviosa.

—A mí también —respondió, apoyándose en la pared.

—Pero es muy hermoso.

—El tema es traicionero.

—¿A qué se refiere?

—A que es como si el cuadro tuviera una segunda capa que nosotros desconocemos. No se puede acceder a ella, pero está ahí.

Miré la foto con detenimiento. Estaba combada y un poco borrosa, y tenía una mancha de líquido en el ángulo inferior izquierdo. Era en blanco y negro y daba la impresión de haber soportado varias guerras. Aun así, la imagen se veía bastante bien: un hombre y una mujer de pie frente a un lienzo de gran tamaño y a medio terminar. Se encontraban en una especie de taller. El hombre que supuestamente era Robles no llevaba chaqueta, tenía la camisa remangada y un cigarrillo colgando de la boca. No sonreía, pero miraba al fotógrafo. Tenía una mata de pelo tupido y ligeramente ondulado, cejas oscuras, rostro delgado, pómulos bonitos, cuerpo compacto... e incluso en aquel momento congelado en el tiempo sus ojos resultaban atractivos y su mirada reflejaba determinación. Sostenía una paleta grande y cubierta de muchos colores y se había vuelto del todo hacia la cámara. Se lo notaba desafiante.

La mujer que tenía a su derecha parecía contenta. Mostraba una expresión franca; no debía de tener ni veinte años, pero en las fotos antiguas las chicas siempre parecían mujeres antes de tiempo. En realidad, estaba riendo: sus ojos, casi invisibles, estaban rodeados de arrugas. Irradiaba esa naturalidad que siempre embellece a las personas, por más anodino que sea su rostro. Tenía el cabello encrespado y lo llevaba pegado a la cabeza, al estilo de los años treinta, pero suelto, como si no le importara. Estaba señalando la pintura y en la mano sostenía un pincel.

—¿Quién es la mujer? —pregunté.

Quick cerró los ojos.

—Su musa, probablemente. O quizá sólo una modelo.

—Él es un Paul Newman italiano —comenté, y Quick se echó a reír.

Aquella foto removié algo en mi interior. Era muy potente y estaba llena de contenido. Le di la vuelta y, entre las marcas dejadas por el paso del tiempo, en el ángulo inferior izquierdo vi lo siguiente escrito a mano: «O e I.»

—Quick, ¿ha visto esto? ¿Quiénes son «O e I»? —pregunté—. ¿La «I» es de Isaac?

Pero ella ya no estaba de humor para más especulaciones.

—No se quede ahí con la boca abierta, señorita Bastien —me dijo—. No tenemos mucho tiempo. Vaya a hacer la copia para el señor Scott, haga el favor. Venga.

Tres días más tarde, Quick me invitó a su casa. Yo había mencionado de pasada que pronto iba a ser mi cumpleaños y me encontré una tarjeta pequeña que alguien había dejado sobre mi mesa, invitándome a almorzar el sábado. Me hizo mucha ilusión. No era normal que empleados y jefes se mezclaran de esa forma, pero mi curiosidad fue más fuerte que las reservas que pudiera tener. No se lo comenté a nadie.

A medida que caminaba por la acera, taconeando, la sensación de aventura iba creciendo. Estábamos al final del verano y Londres era una nube de humo de automóviles, colillas tiradas en la calle y un cielo cubierto de cirros. A esas alturas ya me había convertido en una experta observadora del desigual paisaje de casas elegantes y viviendas sórdidas que se mezclaban en la ciudad. Los códigos postales, el ladrillo, la presencia o ausencia de rosas, el felpudo, la altura de los escalones de la entrada o la carencia de los mismos, todo eso constituía un lenguaje que ya había aprendido a hablar. Era imposible vivir allí y no darse cuenta de la diferencia que había entre las calles en las que reinaba la paz y aquellas gobernadas por el caos, un perro sarnoso tumbado junto a la alcantarilla, niños harapientos, un seto bien recortado, unos visillos. En Londres había muchas maneras distintas de vivir, pero pocas de cambiar la vida que uno llevaba.

Los bombardeos de la guerra habían dejado extraños trazados en muchas calles, y en la larga avenida en la que vivía Quick se daba una familiar mezcla de estilos, empezando por un puñado de mansiones victorianas señoriales que habían sobrevivido, varias hileras de casas adosadas de estilo eduardiano y un repentino bloque de apartamentos, achaparrado, construido en los años cincuenta, con balcones de color blanco, muros de hormigón y una hiedra que alguien había plantado en un intento de aportar algo de verde, pero que apenas rebasaba la ventana del primer piso. Luego, un poco más adelante, estaba la zona donde vivía ella, junto a Wimbledon Common.

Me detuve delante de la casa. Era una vivienda georgiana de baja altura y pintada de un tono azul claro. Si entrecerraba los ojos, no me costaba imaginar moviéndose en su interior a una mujer ataviada con un vestido de muselina y una cofia de blonda. «¿Por qué trabajaré, teniendo una casa como ésta?», pensé, extrañada. Me dije que a Cynth le habría encantado verla y pensé lo improbable que era que eso sucediese. Llamé con la aldaba, una antigua mano de cobre moteada de cardenillo, y esperé. No hubo respuesta. A mi alrededor crecían matas de madreselva que enmarcaban la puerta. Dentro se oían los acordes de una pieza de música clásica, los compases sencillos de un piano que iban complicándose a medida que la melodía avanzaba.

Me pregunté si la quemazón que notaba en la espalda se debería a que había unos ojos observándome o únicamente era producto de mi imaginación inquieta. Nunca había estado en la casa de un blanco, ni siquiera en la de Lawrie. Aquélla era, digámoslo así, una calle muy blanca. De repente, el pestillo se descorrió, la puerta se abrió y Quick apareció frente a mí, dentro de un rectángulo oscuro. Su pelo corto y plateado, aquellas pupilas líquidas que se encogían bajo la luz del sol. Parecía más menuda que en el trabajo.

—Has venido —dijo.

En ningún momento se me había pasado por la cabeza no acudir. El piano se oía ahora mucho más fuerte, reverberaba por la casa a modo de obertura teatral para nuestro *pas de deux*.

Me invitó a entrar con un gesto. Era una casa profunda, que se extendía hacia atrás a lo largo de un pasillo que llegaba hasta un pequeño jardín, donde se agitaban las hojas mecidas por una ligera brisa y se distinguía la silueta de un gato solitario que parecía un jarrón estático.

—¿Vamos al jardín? —preguntó Quick, pero en realidad no fue una pregunta, porque ya estaba dirigiéndose hacia allí.

Caminaba con pasos delicados, como si no se fiara de sus pies. Volví la mirada hacia la izquierda, donde se abría la estancia que daba a la fachada, y vislumbré brevemente unos suelos de madera brillantes, grandes alfombras, macetas con plantas y un piano vertical. Dondequiera que posase la mirada —aquella salita, el pasillo—, todas las paredes estaban encaladas y sin cuadros.

Decididamente, aquella casa no parecía inglesa, no tenía los sólidos suelos de baldosas victorianas, ni el típico empapelado en relieve, ni cornisas, ni maderas macizas. En cambio, había estanterías de libros, y al instante me entraron ganas de echarles un vistazo. A la derecha arrancaba un tramo de escalera; dudé que pudiera ver adónde conducía. Cuando avanzamos por el pasillo, en dirección al cuadrado de luz, apareció otra habitación a nuestra izquierda. En ella había un escritorio y un gramófono de manivela, que era de donde provenían las ya mortecinas notas de la pieza clásica. Me pareció muy pasado de moda que Quick tuviera un gramófono.

Cuando llegamos a la cocina, junto a la puerta del jardín, que estaba abierta, mi anfitriona hizo una parada. El gato se escondió bajo la vegetación y se acomodó allí, un par de ojos amarillo pálido que me observaban entre el follaje.

—El almuerzo —anunció Quick.

Sobre la mesa de la cocina había una bandeja de gran tamaño, con una cesta de panecillos, un queso de un llamativo color amarillo, unos cuantos muslos de pollo frío, un pastel de cerdo y unos tomatitos rojos semejantes a piedras preciosas, cubiertos de gotas de humedad que resbalaban pesadamente por los costados. Todo tenía un aspecto estupendo y así lo manifesté en voz alta.

—Es muy sencillo —dijo Quick.

Me ofrecí a trasladar la bandeja hasta el jardín.

—Ni hablar —replicó, al tiempo que me apartaba, aunque después cedió—: Puedes llevar eso de ahí. —Señaló una gran jarra de barro llena de agua y dos vasos, y yo los llevé afuera siguiéndola a ella y su rígida forma de caminar—. ¿Te apetece algo más fuerte? —me preguntó sin girar la cabeza, y esta vez sí que era una pregunta.

Respondí que no.

El jardín no era grande, pero estaba lleno de árboles y arbustos, malvarrosas, más madresevas, el zumbido de las abejas y un poco de vegetación salvaje al fondo. A lo lejos se oyó el tañido de la campana de una iglesia, una austera serie de doce toques para retener el tiempo antes de que volviera a escurrirse.

El jardín se agitaba con la brisa. Quick depositó la bandeja encima de una mesa de piedra mientras se oía el motor de un coche en la calle.

—Acerca una tumbona —me dijo, a la vez que indicaba una de las tres que había.

Dos estaban viejas y hundidas y se apreciaba a todas luces que se habían usado mucho. Obedecí, impulsada por su autoridad. Ella se acomodó con sumo cuidado en una de las viejas y extendió lentamente una pierna sobre la hierba, y luego la otra. A continuación, se quitó las zapatillas de terciopelo y dejó al descubierto unos pies menudos, bronceados por el sol. Al observar los diez dedos de Quick me sentí envarada, con mis zapatos de puntera estrecha, mi sombrero de casquete y mi vestido verde liso. Ella se puso unas gafas de sol y a partir de ese momento ya no pude verle la expresión de la cara.

—Hay días, como éste —comentó—, en los que querría quedarme así eternamente. —Sirvió agua para las dos, luchando un poco con el peso de la incómoda jarra. Acto seguido, se bebió su vaso de un tirón y chasqueó los labios—. Por favor, come —me dijo.

En su propio hábitat se la veía mucho más relajada. Ya no tenía aquella expresión atemorizada que le había notado en el despacho de Reede, ni siquiera la elegante timidez que mostraba en ocasiones con Pamela y conmigo. Cogí un trozo de pastel de cerdo y empecé a comerlo acompañándolo con un panecillo. Estaba muy bueno: la masa se derretía en la boca, el frescor de la gelatina, el sabor de la carne de cerdo.

—Espero que no te estemos dando demasiado trabajo en la oficina —comentó Quick.

—Ah, no —contesté—. Es todo muy llevadero.

—Bien. ¿Cómo le va a tu amiga recién casada?

Levanté la vista hacia ella, preocupada por si podía leerme el pensamiento.

—Bien, gracias. Ella y su marido se han mudado a Queen's Park.

—¿No te sientes sola?

—No.

—¿Estás escribiendo algo?

—Un poco.

—¿Puedo leerlo?

—¿Leerlo?

—Bueno, eso es lo que suele hacer la gente con lo que se escribe, ¿no? —dijo con expresión divertida.

—Pero yo no...

—Para mí sería un honor que me lo enseñaras.

—No es muy bueno —me excusé.

Quick hizo una mueca.

—¿Tiene alguna importancia que tú consideres que no es bueno?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Pues... porque... porque tengo que mirarlo con ojo crítico, para mejorarlo.

—Bueno, de eso no cabe duda. Pero ¿no es cierto que para ti escribir es tan natural como respirar?

—En cierto sentido. Pero lo que escribo tengo que trabajarlo —expliqué, elevando el tono de voz—.

Lo hacen todos los escritores.

—Pero tú coges un bolígrafo y escribes sin demasiados preámbulos.

—Supongo que sí.

—¿Y te sientes orgullosa de respirar? ¿Sientes reverencia por tu capacidad para respirar?

—Escribir es lo que soy. Así que si lo que escribo no es bueno, yo tampoco soy buena.

Quick se quedó mirándome.

—¿Quieres decir como persona?

—Sí.

—Ah, no. No adoptes una actitud moralista, Odelle. No vas andando por ahí rodeada de un halo dorado que brilla más o menos según la fuerza que tengan las cosas que escribes. Cuando las lee otra persona, tú ya no intervienes. Es algo ajeno a ti. No permitas que tu capacidad te arrastre hacia el fondo, no te la cuelgues alrededor del cuello como una rémora. —Encendió un cigarrillo—. Cuando algo se considera «bueno», atrae a la gente, y eso a menudo tiene como resultado la destrucción del creador. Lo he visto en más de una ocasión. De modo que el hecho de que tú lo consideres bueno o no ha de ser algo totalmente ajeno al caso, si quieres continuar. Es duro, pero es así. Y, por supuesto, tampoco tiene que

importar en absoluto que yo lo considere bueno. Menos todavía. Creo que te preocupas demasiado.

Guardé silencio. Me sentía igual que si me hubieran disparado.

—¿Tú quieres publicar tu trabajo, Odelle? —siguió diciendo Quick, como si estuviéramos charlando de algo tan insustancial como un horario de trenes.

Hundí los zapatos en la hierba y clavé la vista en ellos.

—Sí.

Para mi sorpresa, mi sinceridad dio lugar a un amistoso silencio, a unos instantes de prórroga. Publicar mi obra era lo que quería; era el único objetivo que había tenido siempre, en realidad.

—¿Y esperas casarte algún día? —me preguntó—. ¿Tener hijos?

Era un viraje en la conversación, pero ya me había acostumbrado a su forma de pensar inconexa y saltarina. Con Quick, a menudo se tenía la sensación de que había otra conversación que transcurría por debajo de lo que estaba diciendo, una que tan sólo ella podía oír. La idea de convertirme en la esposa de alguien me resultaba vagamente extraña; y la de ser madre, del todo ajena. Aun así, la mente es muy elástica, de manera que me acordé de Lawrie y salté hacia el futuro.

—Algún día, tal vez —contesté.

—El único problema es que los niños se hacen mayores. O tal vez en tu caso eso sea bueno. Así ellos podrán cuidarse solos y tú podrás cuidar de tu obra.

—¿No podré cuidar de ambas cosas?

—No sabría decirte, nunca lo he intentado.

Reflexioné sobre la vivienda en la que nos encontrábamos; no había indicios de que Quick tuviera familia, hijos ni nada parecido. Intenté imaginarla a ella de pequeña y no pude. Era demasiado sofisticada y rara como para haber sido alguna vez un ser tan rudimentario.

Dejó el cigarrillo en el cenicero, se recolocó las gafas y pinchó un tomate con tal precisión que no se le escapó ni una sola semilla. A continuación, se lo metió en la boca y se lo tragó.

—Si el señor Scott trajo ese cuadro al Skelton fue por ti —continuó—. ¿No es verdad?

El estómago me dio un vuelco.

—Yo... ¿Qué?... Yo...

—No te preocupes, Odelle. No has hecho nada malo.

—No es cierto... No fue por mí, sino por la reputación del Skelton... y...

—Odelle —me cortó Quick en tono firme—. Os vi besándoos en la recepción.

—Lo siento. No deberíamos haberlo hecho... No quiero que...

—No, no te preocupes por eso. ¿Estás contenta?

Pensé un poco antes de responder.

—Sí.

—Ten cuidado con él, nada más.

Me recliné en mi asiento, abrumada.

—¿Usted... lo conoce?

Quick encendió otro cigarrillo; agarró el mechero con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—No, no lo conozco —contestó, expulsando el humo azulado—. Sólo pretendo cuidar de ti. Ése es mi trabajo. Yo te contraté, y te valoro, y quiero que estés bien. Los hombres no siempre son... en fin... tú asegúrate de no hacer nada que no quieras.

En ese momento me di cuenta de que a Quick no le gustaba ponerse en situaciones en las que se sintiera vulnerable. Comprendí que, de hecho, estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de evitarlas.

—Eso no va a suceder —afirmé.

Me dio la sensación de que Quick me estaba reprendiendo; su súbita aspereza había enfriado el cálido ambiente que reinaba en el jardín; hasta las abejas parecían haber enmudecido.

—Él no es de éstos.

Ella suspiró. Yo sentí que los huesos me pesaban como el plomo. Aun así, podría haberme levantado, haberle dado las gracias por el trozo de pastel de cerdo y el panecillo, que era todo lo que había logrado ingerir, y haberme marchado por aquel pasillo frío y vacío para regresar a la vida, a Lawrie y a Cynth, al futuro, y no volver a hablar con Quick de nada personal. Si hubiera hecho eso, tal vez las cosas habrían sido más fáciles.

—¿Te ha comentado algo acerca del cuadro? —preguntó ella.

—Sólo que le gusta que el autor pueda ser Isaac Robles —respondí yo en tono apagado.

—Sin embargo, él nunca había oído hablar de Isaac Robles hasta ahora.

—No.

Pareció pensativa.

—¿Para qué crees tú que quería una copia de esa foto?

—No lo sé —dije, haciendo lo posible por ocultar mi irritación—. Para examinarla con mayor detenimiento, supongo. Para intentar juntar todas las piezas.

—Odelle, ¿el señor Scott entiende que al señor Reede le gustaría convertir esa pintura en todo un acontecimiento, no sólo para el Skelton sino también para sí mismo? Habló de la posibilidad de exponerla. ¿Es eso lo que desea el señor Scott?

—Yo no sé lo que quiere, pero sin duda exponerla sólo puede ser positivo.

—Los hombres como Edmund Reede son directores de circo. Tienen la habilidad de crear una reputación de la nada. Cogen una cosa, le ponen un envoltorio y la convierten en una maravilla, de modo que su valor se incrementa. Lo que quiero decir, Odelle, es que procures recordarle al señor Scott qué es lo que tiene en sus manos. No permitas que Reede se lo arrebatte.

—Pero yo creía que usted estaba de acuerdo con el señor Reede en que era mejor que su pintura se quedara en el Skelton.

—Sólo hasta que el señor Scott haya tomado una decisión. —Dio una profunda calada al cigarrillo y durante unos instantes contempló las malvarrosas—. Si yo fuera el señor Scott, conservaría ese cuadro. Lo conservaría y lo disfrutaría. Está claro que su madre así lo hizo, y él debería imitarla.

—Pero, si es un cuadro importante, podría venderlo, el dinero no le vendría mal. Actualmente está atascado.

Quick se volvió hacia mí.

—De manera que sí quiere venderlo. Está preocupado por el dinero.

—Desconozco todos los detalles, pero ese cuadro podría resultarle muy útil. Si se organizara una exposición anunciando la reaparición de un cuadro desaparecido tiempo atrás, estoy segura de que tendría mucho éxito. Lawrie podría participar ayudando con la organización. Es muy inteligente. Tiene entusiasmo. Cae bien a la gente.

—Tú no eres su madre.

—Y usted no es la mía.

Se me escapó, no pude contenerme. Quick hizo una mueca de desagrado y yo me quedé horrorizada.

—Lo siento —dije—, lo siento muchísimo...

—No, tienes razón —replicó—. Tienes mucha razón. Debes de pensar que estoy entrometiéndome.

—No quería... Lo único que intento es ayudar al señor Scott.

—El señor Scott no está atascado —dijo Quick—. Estoy segura de que podría hacer muchas cosas. Su existencia no depende de esa pintura. Podría llevársela a su casa y disfrutarla como lo que es. Un cuadro

muy bueno, excelente, destinado a ser admirado en privado.

—Pero ¿no es mejor que pueda verlo más de una persona? —pregunté yo—. ¿No es ésa la función de un sitio como el Skelton, que ese tipo de obras puedan compartirse?

—Tienes razón. Pero, como dijo Reede, aún no sabemos lo suficiente acerca de esa pintura. Hemos de proceder despacio. Un cuadro como ése no aparece por casualidad, Odelle. La gente siempre tiene algo que esconder. Presta atención a lo que no dice el señor Scott.

—Lawrie es una persona honesta —protesté, elevando de nuevo la voz.

—Por supuesto —respondió Quick, también en un tono tenso por la emoción—. Por supuesto que lo es. Pero se puede ser honesto y al mismo tiempo tener algo que esconder. Y si hay algo que esconder, el Skelton podría quedar en ridículo.

Se levantó de la tumbona y, caminando despacio, entró de nuevo en la casa. Yo me quedé en mi sitio, estupefacta, incapaz de pensar con claridad. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Las abejas reanudaron su zumbido, saltando de flor en flor. El cielo se había despejado. De repente, todo parecía haber cobrado más vida y más brillo, las hojas verdes estaban volviéndose ligeramente doradas y se movían trazando dibujos psicodélicos bajo el sol.

En un instante de locura, pensé que tal vez Quick había ido a buscar un revólver, que iba a apuntarme con él y a exigirme unas respuestas que yo no podía darle. Algo había cambiado rápidamente en el breve curso de nuestro almuerzo al aire libre, se había producido una alteración en la energía semejante a la luz que incidía en las hojas, imposible de atrapar. Pero, cuando Quick regresó, llevaba en las manos un hermoso cuaderno de octavillas, encuadernado en cuero.

—Te he comprado esto —me dijo, al tiempo que me lo entregaba.

Casi podría reírme a carcajadas recordando ahora aquella escena. No, no era un arma de fuego, pero Quick sabía muy bien que era un arma.

—¿Es para mí?

—No es más que un detalle, en agradecimiento por tu excelente trabajo. Me alegra mucho haberte encontrado, Odelle. O que tú nos hayas encontrado a nosotros, mejor dicho. Feliz cumpleaños.

Cogí el cuaderno. Estaba hecho a mano y las tapas eran de cuero, con un acabado verde mate. Las páginas eran de color crema. Comparado con las endeables libretas que compraba yo en Woolworth's, era un Stradivarius del mundo de los cuadernos.

—Gracias —le dije—. Es muy amable.

De pronto, al otro lado de la verja se oyó el ruido de un cortacésped, cuyo motor arrancaba con un gemido, seguido de algo parecido al chillido de un niño.

—Bueno —dijo Quick en tono apacible—, como se suele decir, uno nunca sabe cuándo va a llegarle de golpe la inspiración.

El domingo, sentada en la cama con mi cuaderno nuevo, regalo de Quick, me puse a pensar en lo que me había dicho en el jardín de su casa. Como ocurría con la mayoría de los artistas, gran parte de mi obra guardaba relación con lo que yo era; en consecuencia, yo sufría según la acogida que ésta recibía. La idea de que alguien pudiera desligar su valor personal de su producción artística me resultaba revolucionaria. Desconocía si algo así era posible, incluso deseable. Sin duda, debía de afectar a la calidad de la obra.

Pese a todo, sabía que había ido demasiado lejos en la dirección contraria y que tenía que cambiar. Desde que aprendí por primera vez a sostener un bolígrafo, el placer ajeno establecía la medida de mi éxito, de mi capacidad de despertar el interés de los demás. Cuando empecé a recibir el reconocimiento del público por una acción llevada a cabo en privado, algo esencial se perdió. Lo que escribía pasó a ser el eje sobre el que giraban toda mi identidad y toda mi felicidad. Se convirtió en un acto proyectado hacia fuera, una representación plenamente consciente. Se me pedía que volviera a provocar ese placer ajeno una y otra vez, hasta que el facsímil de mi acción se convirtió en la acción en sí.

El poema que había compuesto para la boda de Cynth era para mí el ejemplo perfecto de cómo sentía mi escritura, constreñida por una obligación. Llevaba tanto tiempo escribiendo con el objetivo de recibir aprobación que se me había olvidado la génesis de mi impulso; la creación pura, sin estorbos, que existía al margen de los parámetros del éxito y del fracaso. Y en algún lugar del camino, lo de ser «buena» había llegado a paralizar mi convencimiento de que era capaz de escribir.

De modo que el paso de reconocer ante Quick que deseaba ver publicada mi obra no era pequeño. Hasta cierto punto, manifestaba mi creencia de merecer que me tomaran en serio. Y allí estaba ella, diciéndome: «Bueno, quizá no seas tan especial, o quizá sí... pero eso en realidad no significa nada, y, desde luego, no tiene ningún efecto sobre tu capacidad de escribir. Así que deja de preocuparte y escribe.»

Quick me había dicho que la aprobación de otras personas nunca debería ser mi objetivo; me había liberado como yo no había sabido hacerlo. Ella confiaba en mí. Me había animado a que me desprendiera de todo, y no me había resultado en absoluto difícil.

Acaricié con los dedos la tapa de cuero del cuaderno y recordé. Empecé a escribir de pequeña, porque me gustaba imaginar posibilidades paralelas. Nada más. Aquel domingo, cogí el bolígrafo por primera vez desde hacía mucho tiempo y comencé a escribir.

El lunes —el verdadero día de mi cumpleaños—, al acabar la jornada dejé encima de la mesa de Quick un cuento corto mecanografiado. No era del todo optimista —era difícil convencer a la colegiala empollona que había en mí— y no pude evitar tener una sensación de inquietud al colarme en su despacho. No añadí ninguna nota: ella sabría de quién era.

No se me escapó la ironía de que, igual que cuando estudiaba en el colegio o en la universidad, estaba dejándole a alguien algo escrito por mí para que me diera su aprobación, pero es que durante mucho tiempo me habían inculcado la idea de escribir para el público. No obstante, esa vez no iba a cifrarlo todo en la reacción de mi lector. Si a Quick no le gustaba, tal vez fuera positivo. Ahora quedaba fuera de mi control.

Cuando ya me iba, Pamela me detuvo.

—No puedes seguir ocultándolo, reconócelo —me dijo.

—¿Disculpa?

—Venga ya. Vas por ahí como si Cupido te hubiera plantado un beso en los morros. Te olvidaste de poner los sellos en esos sobres. Eso no es propio de ti.

Hice una mueca de disgusto; Pamela era más observadora de lo que yo estaba dispuesta a concederle.

—No sé a qué te refieres —respondí.

—Odelle, no voy a dejar de hacerte preguntas. Voy a ser tu Scotland Yard. Estás saliendo con ese tipo, ¿verdad? No llegó ni cinco minutos después de que tú entraras.

Sopesé mis opciones. No contárselo a Pamela y sufrir su interminable retahíla de hipótesis, que, conociéndola, iban a volverse más disparatadas y fantasiosas; o contárselo y acabar con ello de una vez.

—Es posible —contesté.

—Así que Lawrie Scott, ¿eh? ¿No es un poco estirado?

—¿Cómo es que conoces su nombre de pila?

Pamela puso cara de satisfacción.

—Porque está aquí, en el libro de citas. Escrito con tu bella mano. ¿Quieres que le dibuje un corazón alrededor?

—Cállate.

—¿Lo sabe Quick?

—Sí.

—¿Cómo?

—Nos vio besándonos en la recepción.

—¡Ajá! —exclamó Pamela con una carcajada, y yo no pude evitar sonreír; era emocionante confesarlo

—. Maldita sea, Odelle, no sabía que tuvieras esa habilidad. Debes de haberle caído muy bien, porque a la mayoría de las chicas las habría puesto de patitas en la calle.

—Pamela, cállate.

—Aaah, ese chico te gusta de verdad.

—No seas idiota.

—Vale, vale —dijo ella, al tiempo que levantaba las manos y los anillos que llevaba puestos emitían destellos bajo la luz—. Yo también estaba así cuando conocí a Billy —explicó.

Yo sospechaba que no había dos hombres más diferentes que Billy y Lawrie, pero lo dejé correr.

—Es como si no pudieras respirar —añadió.

—Yo puedo respirar perfectamente.

Pamela se rió.

—Doña Mírame Y No Me Toques. De verdad, Odelle, ¿estás segura de no ser una reina de África de incógnito?

—Soy de Trinidad.

—Pues quédate tranquila. O quizá mejor no.

—Pamela...

—Venga —susurró ella—. ¿Lo habéis hecho ya?

—Ocúpate de tus asuntos.

Sonrió con superioridad.

—Así que no lo habéis hecho. Pues no tardes, Odelle, no sabes lo que te estás perdiendo. —Seguidamente, hurgó debajo del mostrador de la recepción y me puso delante una pequeña bolsa de papel marrón—. Feliz cumpleaños —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada traviesa en sus ojos

perfilados con lápiz negro.

Miré la bolsa con suspicacia.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Eche un vistazo, señorita Bastien.

Levanté el borde del papel. Dentro había dos tiras de pastillas.

—¿Son...?

—Sí. Me sobraban unas pocas y he pensado que a lo mejor las querrías. —De pronto, Pamela reparó en la expresión de mi cara y ya no se sintió tan segura—. No es obligatorio que te las tomes...

—No, gracias. Las tomaré.

Pamela sonrió. Me resultó muy curioso ver los regalos tan distintos que hacía la gente para demostrar su amistad: en el caso de Quick fue un cuaderno, en el de Pamela, la píldora anticonceptiva. Yo llevaba semanas pasándole novelas e insistiéndole en que las leyera, algo que, en muchos sentidos, dice cuanto se necesita saber acerca de mí. El regalo de Pamela era reflejo de su sensualidad utilitaria; un enfoque pragmático de la persecución del placer. En esa época no era una nimiedad que una joven que no estaba casada pudiera hacerse con la píldora, dado que no la recetaba ningún médico.

—¿Cómo las has conseguido?

—Froté una lámpara y ya está —me contestó con un guiño.

—Venga, dime cómo lo has hecho.

—En un centro de Brook Advisory —cedió Pamela—. Oro puro.

Me las guardé en el bolso.

—Gracias, Rudge —le dije, y acto seguido empecé a bajar los escalones del Skelton antes de que ella pudiera estropear aquel momento añadiendo alguna procacidad. Aun así... Pamela era una mujer del nuevo mundo y me estaba regalando un trocito de libertad. Debería haberme sentido más agradecida.

Para mi cumpleaños, Lawrie pensaba llevarme a la casa de Surrey. Gerry estaba fuera, dijo, y deseaba enseñarme el lugar. En los casi seis años que llevaba yo en Inglaterra, aún no había visto el bucólico remanso de paz que nos habían vendido en Trinidad. Estaba preparada para encontrarme con amplios setos, monumentos antiguos coronados con cruces cubiertas de líquenes amarillos, árboles otoñales cargados de frutos, tiendecitas de pueblo en las que se vendían huevos en cajas a pie de calle. De hecho, cuando vi la casa de Lawrie descubrí que en realidad no se alejaba mucho de esa idea, lo que me hizo pensar que tal vez la única verdad que me habían transmitido mis educadores en las colonias era la que tenía que ver con la campiña inglesa.

La familia de Lawrie vivía cerca de un sitio denominado Baldock's Ridge, en una casa de labranza independiente, de ladrillo rojo y estilo victoriano. Con una simplicidad infantil, la llamaban la Casa Roja. En la parte delantera tenía un nutrido huerto de árboles frutales y ventanas con la pintura desconchada. Resultaba encantador. Sin embargo, dentro no había muchas evidencias de vida femenina, a pesar de que había transcurrido aún poco tiempo desde el fallecimiento de la madre. Yo quería ver vestidos de baile colgados envejeciendo con dignidad, sillas de comedor con aroma a tabaco, cuadros sensibleros en las paredes, viejas esterillas de pícnic con olor a pelo de perro. Pero allí no había nada de eso. O la madre había llevado una vida espartana o el cabrón de Gerry se había deshecho de todo lo que había pertenecido a su difunta esposa.

Me senté en la cocina y cerré los ojos mientras Lawrie preparaba té. «Ten cuidado con él. Una pintura como ésta no aparece por casualidad, Odelle.» Descarté las advertencias de Quick con un súbito acceso de cólera. ¿Quería arruinarme la experiencia?

—Aquí tienes —dijo Lawrie, entregándome una taza azul algo mellada—. Todavía hace bueno y el día

está precioso, ¿te apetece que nos sentemos en el jardín?

Lo seguí con la taza entre las manos por un pasillo sin enmoquetar.

El jardín de atrás era un pequeño revoltijo, al estilo Hodgson Burnett: arbustos demasiado crecidos y ciruelos de ramas nudosas, macetas de terracota rotas en las que habían nacido brotes de menta, pensamientos silvestres que prosperaban sin problemas. Al fondo del alto césped había un invernadero, cuyas ventanas estaban tan sucias de barro seco y gotas de lluvia que se hacía imposible distinguir lo que había dentro. ¿Quién se había ocupado de atender aquel jardín? Quizá Lawrie, en otra época, yendo y viniendo por los surcos.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —le pregunté.

—Toda la vida, de forma intermitente. También teníamos un piso en Londres, pero a mi madre dejó de gustarle la ciudad. Prefería este sitio.

—La comprendo. Es precioso.

Lawrie dejó escapar un suspiro.

—Tiene sus momentos.

Pasamos unos instantes sin decir nada, sentados, escuchando el canto de los mirlos en el crepúsculo.

—¿Estás nervioso por lo que pueda descubrir Reede? —le pregunté.

Él se quedó con la mirada perdida en la huerta.

—¿Qué ocurriría si el cuadro fuese robado?

—No sería culpa tuya, ni tampoco de tu madre.

—Pues... no. No, supongo que no. Imagina que valiese una fortuna. Dios, ya estoy viendo la cara que pondría Gerry. Lo único que me deja mi madre y resulta que es toda una bomba.

—Si lo vendieras, ya no te quedaría nada de ella.

Se volvió hacia mí con una expresión astuta en los ojos.

—No te pongas sensiblera. Mi madre era la persona menos sentimental que he conocido.

—Pues a mí me parece bastante sentimental que te haya dejado una pintura en su testamento.

—Tú no la conocías —replicó Lawrie—. Es más probable que sea un arma cargada.

—¿Qué quieres decir?

Paseó la mirada por la naturaleza que teníamos delante, al tiempo que tomaba un sorbo de té.

—Era un imán para los problemas. Creo que tú le habrías caído muy bien.

—¿Por qué? Yo no soy un imán para los problemas.

—Y también podía ser un grano en el culo.

—¡Eh!

Lawrie me dijo que había preparado pastel de carne con puré de patatas para comer; me dejó impresionada que supiera cocinar. Me pregunté dónde habría aprendido y tuve la sospecha de que había cuidado de sí mismo durante gran parte de su vida. Dijo que él pondría la mesa, que para algo era mi cumpleaños; así que, mientras se ocupaba de todo eso, calentar el horno y buscar los tenedores, aproveché la oportunidad para subir al piso de arriba.

Entré en una de las grandes habitaciones de la parte de atrás de la casa. El sol se colaba a raudales por las ventanas con un tono castaño intenso, el polvo flotaba en los haces de luz. Una vez más, no había alfombras ni moqueta en el suelo, ni cuadros en las paredes, tan sólo el bastidor de la cama y un armario vacío, a excepción de una hilera de perchas metálicas que entrechocaron unas con otras cuando abrí la puerta. Junto al rodapié se veía un montón de moscas muertas, patas arriba. Por todas partes había montañas de documentos y cajas de papeles, alabeados y desteñidos por el paso del tiempo.

Intenté imaginar a la madre de Lawrie en aquella casa: cómo sería físicamente, cómo sería su matrimonio con Gerry, lo que había hecho en la vida después de perder a su primer marido en la guerra. No había fotografías de ella por ningún lado, pero en el aire flotaba un levísimo rastro de perfume: sofisticado, con olor a madera, seductor. Me senté con cuidado en el borde del bastidor metálico de la cama, preguntándome si otra familia vendría a llenar de nuevo aquella casa de vida, de segundas oportunidades, de esperanzas y fracasos. Experimenté una punzada de ansiedad al recordar que Cynth ya no me hablaba. «Deberías llamarla por teléfono —pensé—. Está pasando demasiado tiempo. O escríbele, por lo menos.»

Me levanté de la cama y fui hasta la ventana para contemplar las onduladas colinas de Surrey bajo aquella luz tan extraordinaria. Apoyé los codos en otro montón de papeles viejos y de nuevo me vino a la memoria la advertencia que me había hecho Quick respecto a Lawrie. ¿Qué sería lo que la molestaba tanto? No era de su incumbencia, pero yo no conseguía quitarme de la cabeza sus comentarios.

Ausente, me puse a hojear una pila de papeles que había encima del alféizar. Eran sobre todo recibos, uno de ellos tenía fecha de 1958 y correspondía al encargo de una carnicería, otro era un vale de aparcamiento de un centro comercial de Guildford, también había varias facturas de la luz y un programa del concierto de villancicos de Baldock's Ridge del año 1949. Allí había vivido alguien que no tiraba nada, y en cambio Lawrie había dicho que su madre no guardaba recibos.

Debajo del programa del concierto de villancicos había un delgado folleto que anunciaba una exposición de jóvenes artistas británicos, con fecha de 1955. Lo abrí. La exposición se había llevado a cabo en la London Gallery de Cork Street, y la persona que había acudido a verla había ido tachando a lápiz los nombres de los artistas y sus obras uno tras otro. «Ni rastro», había escrito esa persona al final de la hoja. ¿Ni rastro de qué?, me pregunté yo. La frustración que sentía quien había escrito aquello resultaba evidente en la presión de la mina contra el papel.

Doblé el folleto por la mitad, me lo guardé en el bolsillo y regresé al piso de abajo, diciéndome que, dado el lío de papeles que había allí arriba, nadie lo echaría en falta.

Lawrie había encendido unas velas y las había encajado en los cuellos de unas cuantas botellas vacías y en un candelabro bruñido y sinuoso que tenía pinta de arma homicida. Nos sentamos en la cocina, ya menguando el día, y dimos buena cuenta de su pastel de carne con puré de patatas y de la sidra que había fabricado el vecino con las frutas del huerto.

—Feliz cumpleaños, Odelle —dijo, y levantó su vaso.

—Gracias. Tengo la sensación de que nos estamos escondiendo del mundo.

—Me gusta esa sensación.

—No parece que Gerry esté viviendo en esta casa. El piso de arriba está un poco desordenado.

—Este sitio era más de mi madre que de él. Supongo que Gerry venderá la casa.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

Lawrie sirvió más sidra en los vasos.

—Veamos. Yo tenía catorce... así que fueron dieciséis años.

—¿Cómo falleció tu madre?

Vi que se ponía a la defensiva. Su expresión se volvió hermética, percibí cómo se protegía. De inmediato me arrepentí de haberle preguntado aquello y me sentí de lo más torpe.

Dejó la botella en la mesa con delicadeza.

—Es difícil de explicar.

—No es necesario que me cuentes nada. No debería haberlo preguntado. Perdona. —Estaba entrometiéndome, igual que Quick.

—Mi madre se quitó la vida —dijo él, y esa frase quedó suspendida en el aire entre los dos. El ambiente se enrareció de repente.

Miré a Lawrie y vi que le costaba respirar.

—Perdona —repetí—. Lo siento mucho...

—No pasa nada. De verdad, no pasa nada. Te lo habría contado tarde o temprano. No te disculpes. En serio, no te sientas mal. Para serte sincero, no fue una gran sorpresa.

Intenté desesperadamente buscar algo con lo que llenar el silencio, pero aquella confesión pareció abrir en él una espita:

—Intentamos ayudarla, lo intentábamos todo el tiempo. Y ahora ni siquiera puedo mirar al maldito de Gerry, porque cada vez que nos miramos el uno al otro, sé que piensa que yo podría haber hecho más, y yo pienso exactamente lo mismo de él. Pero no es culpa suya. Es un juego horrible de culpabilizaciones.

—No puedo ni imaginármelo.

—Yo tampoco, y eso que era hijo suyo.

Estaba muy quieto, hablaba en voz muy baja, y a mí me entraron ganas de levantarme y darle un abrazo. Pero en aquel ambiente tan tenso me sentí incapaz de moverme y, de todas maneras, tampoco estaba segura de que a él le apeteciese. Me acordé de lo que había pasado en la cocina en la boda de Cynth, en lo que debía de sentir Lawrie tras lo que había vivido en las dos semanas anteriores, y también me acordé de mí misma mofándome de mi madre, siendo tan brusca cuando Lawrie intentaba decir algo amable sobre mi poema...

—En fin, sea como sea, ya ha pasado —dijo—. Pero mi madre era una mujer llena de energía. Hacía muchas cosas y disfrutaba mucho, por eso me recuerda a ti. Y ahora está el cuadro.

—Sí.

—Bueno... —Expulsó el aire bruscamente—. Ya te lo he contado. Dios. Te prometo que eso era lo peor. Ahora cuéntame algo tú.

—No tengo nada que contar.

—Todo el mundo tiene por lo menos una cosa, Delly.

Guardé silencio. Él se echó hacia atrás en su silla y se puso a buscar algo en el cajón de la cómoda que tenía a la espalda.

—Ajá. Gerry siempre se deja unos cuantos por ahí perdidos. —Sacó una caja de cigarrillos finos y alargados—. ¿Te apetece acompañarme?

Nos trasladamos a la habitación de atrás y Lawrie abrió las puertas del balcón. En el aire de la noche todavía flotaba un aroma a hierba mojada y a humo de madera, y los murciélagos sobrevolaban el jardín con su vuelo picado.

—Es como un paraíso —comenté, disfrutando incluso del olor acre del cigarro que estaba fumando Lawrie.

Me senté en el sofá y me puse a observarlo, apoyado en el marco de la ventana.

—Eso no lo sé —respondió él—, pero una cosa es cierta: que no se oye el ruido de la calle. Cuando yo era pequeño, mi libro favorito era *Peter Pan*. Fingía que este jardín era el país de Nunca Jamás.

—¿Y que Gerry era el Capitán Garfio?

—Ja. No, eso fue antes de que apareciera Gerry. En aquella época estábamos solos mi madre y yo.

—Yo también estaba sola con mi madre.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué le ocurrió a tu padre en la guerra?

Como Lawrie me había contado lo del suicidio de su madre, me sentí en la obligación de revelarle

aquello, aunque en realidad no tenía ganas.

—Pues —empecé— en el año cuarenta y uno, mi padre vendió su bicicleta y su trompeta para comprarse un pasaje a Inglaterra. Caminó hasta el Ministerio del Aire, superó las pruebas médicas y recibió doce semanas de instrucción militar. Sirvió en artillería aérea en la RAF. Luego, tres años más tarde, en Puerto España, mi madre vio su nombre escrito con tiza en el tablero de bajas.

Lawrie se acercó a mí y me apoyó una mano en el hombro; su tacto era tibio y me fijé en ella con una concentración especial.

—Lo siento, Odelle —me dijo.

—Gracias. Ya no me acuerdo de él, pero sé lo que significó no tenerlo. Mi madre sufrió mucho.

Lawrie se sentó a mi lado.

—¿Cómo lo pasasteis en la isla durante la guerra?

—La gente estaba aterrorizada de lo que pudiera ocurrir si ganaba Hitler. En Trinidad tenemos una de las refinerías de petróleo más grandes del mundo. Los submarinos ya estaban torpedeando los barcos británicos situados frente a la costa.

—No lo sabía.

—Sabíamos qué quería Hitler; conocíamos su plan de obtener una raza superior. Nosotros queríamos pelear. Y mi padre no era una excepción. —Bebí un sorbo de sidra—. Al principio, Inglaterra no tenía mucho interés en que las colonias participaran, pero cuando las cosas se pusieron feas nos pidieron ayuda.

—¿Piensas regresar algún día?

Dudé. La mayoría de los ingleses a los que había conocido me preguntaban sobre la isla con la esperanza de que yo encarnase toda la complejidad de Trinidad en mi cuerpo, para que así ellos se hicieran una idea. Ninguno de ellos había estado allí, de modo que nos consideraban especímenes curiosos, realidades surgidas de una probeta tropical que hasta hacía muy poco vivían bajo la bandera británica. La mayor parte de las veces, como ocurría con Pamela, el interés que mostraban no era malicioso (excepto cuando lo era), pero sus preguntas siempre servían para que yo me sintiera diferente, cuando me habían educado para entender las costumbres inglesas a la perfección, puesto que yo también era hija del Imperio.

Desde que nos conocimos, Lawrie no me había preguntado nada acerca de Trinidad. Yo no sabía si estaba siendo cortés o si en realidad no le interesaba, pero, fuera como fuese, en general me alegraba que no se dedicara a resaltar las diferencias entre nuestras experiencias vitales. Yo había aprendido latín y estudiado a Dickens, pero también había visto que las chicas de piel clara atraían más la atención de los chicos, de una forma que probablemente ni siquiera ellos mismos entendían. La mayoría de nuestras «diferencias» se debían a la blancura de piel de los ingleses. Y aun así, a orillas del Támesis la complejidad de nuestra isla quedaba reducida a un único fenotipo: el negro.

Prácticamente todos los ingleses, incluso los ilustrados, creían que nosotros teníamos más rasgos en común con los sudaneses que con ellos. Pero ¿qué sabía yo del Sáhara, de un camello o de un beduino? Durante toda mi infancia, mi ideal de belleza y glamur había sido la princesa Margarita. Con Lawrie había hablado de películas de James Bond, de las rarezas de mi jefa, del cuadro, del cabrón de Gerry, de progenitores fallecidos. Cosas que nos unían como individuos, que no me convertían a mí en la representante de una isla entera en la que llevaba cinco años sin poner un pie. Cuando Lawrie no me preguntaba sobre Trinidad, yo me sentía una vez más sólo una persona.

—¿Odelle?

—Déjame que te hable de Londres —dije.

—Muy bien.

—Cuando llegué aquí —empecé—, no podía creer el frío que hacía. —Lawrie soltó una carcajada—. Lo digo en serio, era como el Ártico. Cynth y yo llegamos en enero.

—Vaya mes escogisteis.

—Ya lo sé. De pequeña, una vez interpreté el papel del otoño en una función de teatro del colegio que trataba de las estaciones. Ni siquiera sabía lo que era el otoño, y mucho menos el invierno.

Me quedé callada unos instantes, recordando a aquella niña que, ataviada con un sombrero de paja y un pichi inglés, le decía a su madre que tenía que llevar unos leotardos con «hojitas rojizas» cosidas, y mi madre, que no tenía ni idea de cómo era la escarcha en la hierba, ni de lo que era un castaño de Indias, ni de lo que se sentía al respirar el aire londinense en noviembre, que es como si a uno se le clavase un témpano de hielo en los pulmones, se esforzó denodadamente por fabricar aquel disfraz inglés en medio de la humedad del Caribe.

—Recuerdo —continué, reconfortada con mis evocaciones, sintiendo que con Lawrie podía hacer aquello, que estaba a salvo— que en los primeros días, recién llegada, un tipo me dijo en la zapatería que hablaba muy bien el inglés. ¡El inglés! Yo le respondí que el inglés era un idioma de las Indias Occidentales.

—¿Y qué dijo él? —me preguntó Lawrie riendo.

Me di cuenta de que a él jamás en la vida iban a decirle lo que aquel tipo me había dicho a mí.

—Le pareció que yo era una simple. Estuve a punto de perder el trabajo. Cynth se puso furiosa. Pero es verdad: yo me sentiría como en casa con la reina Isabel y con ese griego alto que tiene por marido, tomándome una taza de té y jugando con esos perritos tan graciosos a los que tanto quiere. Como en casa. Debería haberle replicado que él no lo hablaba tan bien como yo. Que su inglés no tenía la longitud y la anchura del mío, ni el olor a carne y a humo. ¡Criticarme a mí por mi criollo, que tiene parte de congoleño y de español, de hindi, de francés y de ibo, de inglés y de bojpurí, de yoruba y de mandingo!

Lawrie soltó otra carcajada.

—Tendrías que haber visto la cara que puso —seguí diciendo yo, apurando mi vaso de sidra—. Con su anglosajón...

—¿Anglo-qué?

—Ese hombre con su casita de dos plantas, una habitación con vistas que en realidad nadie mira nunca porque creen conocer cada matorral y cada flor, el tronco de todos los árboles y el ánimo que traen todas las nubes. En cambio, hemos dejado un hueco también para su dialecto...

—Odelle —me dijo Lawrie—, sería feliz si pudiese pasar el resto de mi vida contigo.

—¿Eh?

—Tienes una luz dentro y, cuando se enciende, creo que ni siquiera eres consciente del efecto que produce.

—¿Qué luz? Estaba hablando de...

—Te quiero, Odelle. —Su expresión era de esperanza—. Tú me inspiras.

Guardamos silencio unos momentos.

—Eso se lo dirás a todas —respondí desesperada, sin saber bien qué decir.

—¿Qué?

—No hablas en serio.

Se quedó mirándome fijamente.

—Sí que hablo en serio. Tengo la sensación de que el tiempo me ha engañado, es como si ya te conociera de antes. Como si los dos nos hubiéramos cruzado cuando íbamos de pequeños en nuestro cochecito. Como si todo hubiera consistido en esperar para reunirme contigo de nuevo. Te quiero.

No dije nada, me sentía incapaz de reaccionar. Lawrie bajó la vista a la moqueta.

Nadie me había dicho nunca que me quería. ¿Por qué Lawrie había tenido que estropear la velada hablando de amor y de... cochecitos? Me entró el pánico. Por mi mente cruzaron de nuevo las advertencias de Quick, y la maldije para mis adentros. ¿Por qué tenía que ser precavida? Y, sin embargo, ¿por qué no podía soportar lo que acababa de decirme Lawrie?

Me levanté del sofá y fui hacia las ventanas.

—Seguramente querrás que me vaya —le dije.

Él permaneció sentado, inmóvil, mirándome con incredulidad.

—¿Por qué iba a querer que te marcharas, después de lo que acabo de decirte?

—¡No lo sé! Yo... mira, yo no...

—Está bien —me cortó él—. Perdona. Está bien. No debería haber...

—No... es sólo que... yo estaba... y entonces tú...

—Olvídate de lo que he dicho. Por favor, olvídalo. Si eso es lo que quieres, te llevaré a casa.

Así que Lawrie me llevó a casa en silencio por la desierta A3. Yo llevaba el bolso pegado al cuerpo y me sentía profundamente desgraciada, asiendo con fuerza el folleto que había robado y las píldoras que me había dado Pamela sólo unas horas antes. ¿Cómo podía explicarle a Lawrie que para mí aquello resultaba aterrador y que no sabía exactamente por qué? Acabábamos de empezar, él apenas me conocía. Me sentía como si me hubiera subido a un pedestal y me hubiera dejado allí, con los pies colgando, y por supuesto yo me las había arreglado para convertir eso en un trauma para los dos. Estar sola siempre era mucho más fácil.

Sólo una vez volví la mirada hacia él y vi su perfil entrando y saliendo del resplandor anaranjado, a medida que el coche iba pasando bajo las farolas. Tenía la vista fija en el asfalto y la mandíbula apretada. No sé cuál de los dos se sentía más humillado.

Cuando llegamos a mi piso, detuvo el coche.

—Me he dejado tu regalo en Surrey —dijo, con el motor aún encendido.

—Oh... Yo...

—En fin, es mejor que me vaya.

Me apeé, él pisó el acelerador y se marchó. Yo me quedé de pie en la calle, hasta que dentro de mi cabeza dejó de oírse el ruido del motor para ceder el paso a un grito silencioso.

Estaba despierta en la cama, con la luz de la lamparilla encendida a pesar de que ya eran más de las tres. En el pecho, en el estómago y en mi cabeza dolorida sentía pena por los dos. Que Lawrie me quisiera no me resultaba fácil de creer. Aunque él nunca me había hecho sentirme forastera, no podía evitar preocuparme de que sólo le gustara porque era físicamente distinta de todas las otras chicas de aquella pandilla con la que se presentó en la boda de Cynth.

Lawrie se había apresurado demasiado con su declaración de amor... pero ¿de verdad me estaba viendo a mí? No me imaginaba a mí misma sintiéndome así por nadie; la sensación de que todas las moléculas de tu cuerpo se recalibraban; la euforia, las múltiples capas de alegría al verse reconocido y adorado, y al adorar a su vez, la transición de la timidez a la confianza a medida que se iban dando pasos. Buscar al ser amado en una multitud, clavar los ojos en él y sentir que para ti no existe ningún otro lugar más auténtico... todo eso me parecía imposible. Yo era, tanto por las circunstancias como por mi naturaleza, un ave migratoria en aquel mundo, y mis experiencias vividas mucho tiempo atrás habían pasado a constituir un estado mental.

No sabía si amaba a Lawrie, y eso también me resultaba aterrador: no saber, no estar segura. «Ten cuidado con él. Una pintura como ésa no aparece por casualidad, Odelle.» Cuánto me había esforzado

por expulsar la voz de Quick de mi cerebro. Me pregunté si ella sería el motivo de que no pudiera echar mi ancla con Lawrie con la misma seguridad con la que él me había declarado su amor. Me incliné hacia delante y apagué la luz con la esperanza de poder dormir. Allí tendida, no fui capaz de distinguir qué miedos eran los míos, ahora que Quick me había inculado los suyos.

Febrero

1936

VII

El cuadro que Olive había terminado estaba apoyado en la pared. Se sentía aún más orgullosa de él que de *La huerta*, y notaba que cada vez iba acercándose un poco más a aquella fortaleza deslumbrante. La nueva pintura era una composición surrealista, colorida, inconexa a primera vista. Se trataba de un díptico: santa Justa antes y después de su detención, pintada con un fondo de cielo color añil y una luminosa campiña. Olive había decidido llamarlo *Santa Justa en el pozo*.

La mitad izquierda del cuadro era suntuosa y brillante. Olive había empleado óleos normales, pero también había experimentado con pan de oro, que relucía a la luz cuando se levantaba el lienzo. Siempre había pensado que el pan de oro era el sueño de un alquimista, un rayo de sol atrapado. Era el color de las reinas, de los sabios, de la tierra que resplandece en la plenitud del verano. Le recordaba los iconos rusos ortodoxos que siempre había querido tocar de pequeña, cuando su padre la llevaba al Museo de Historia del Arte de Viena.

En ese lado izquierdo, en medio de la lozana tierra había una mujer con el pelo del color del trigo. Llevaba un enorme cántaro pintado con dibujos de ciervos y conejos, y en el centro se veía el rostro de la diosa Venus. Tanto la expresión de la mujer como la de la diosa eran de orgullo, y ambas miraban directamente al espectador.

En el lado derecho del díptico, el campo se veía mortecino y lacio. La mujer aparecía de nuevo, sólo que esta vez estaba acurrucada en el interior de un círculo y flotando por encima del suelo. Dicho círculo tenía una perspectiva interna cuyo fin era conferirle profundidad, como si la mujer estuviera tumbada en el fondo de un pozo. Ahora tenía el pelo corto y sin brillo, y el cántaro estaba roto y hecho pedazos a su alrededor, un rompecabezas imposible de recomponer. En torno al brocal del pozo, los ciervos y los conejos, libres al romperse el cántaro, se asomaban para mirar abajo. Venus había desaparecido.

De pronto, Olive oyó unos golpes suaves en la puerta del desván y se irguió.

—¿Quién es? —preguntó con la voz medio sofocada por la esperanza de que pudiera ser él.

—Soy Teresa.

—Ah.

—Faltan pocas horas para la fiesta, señorita. ¿Puedo entrar?

Olive se levantó de un salto y escondió el cuadro debajo de la cama.

—Sí —respondió.

Últimamente, Teresa había empezado a ayudar a Olive a ordenar su habitación. Había sido un acuerdo tácito. Olive no se lo había pedido, pero le gustaba: el cuidado, los pinceles ordenados y listos para la siguiente jornada de trabajo. Su ropa siempre doblada sobre la silla o colgada en el armario, los lienzos sin acabar apoyados de cara a la pared, tal como le gustaba verlos a la hora de acostarse. Al día siguiente les daba la vuelta y se ponía a trabajar en uno u otro sin que nada la molestase.

Teresa se quedó junto a la puerta, con la bolsa de tela cruzada sobre el pecho.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Olive volvió a tumbarse en la cama.

—Quiero parecerme a la Garbo —dijo con languidez, al tiempo que se estiraba y se pasaba los dedos por el pelo—. Tere, ¿qué tal se te da hacer ondas en el pelo?

Las dos jóvenes colocaron una silla delante del espejo ovalado que Teresa había encontrado en una habitación vacía y que había colgado en la pared. El cristal estaba manchado y nebuloso en los bordes, pero el centro aún era bastante nítido. Estaban utilizando una serie de ilustraciones de uno de los *Vogue* de Sarah en un intento de recrear el estilo de Greta Garbo. Cuando la luz diurna empezó a menguar, Teresa encendió unas velas y las distribuyó por el cuarto.

—Nunca he podido llevar ondas hechas al agua —se quejó Olive—. Tengo el pelo demasiado grueso. Pero deberíamos poder hacer estos rizos.

Pasaron cinco minutos enteros sin decir nada, Olive disfrutando del efecto calmante de las atenciones de Teresa en su cabello, un movimiento repetitivo y relajante que le daba sueño.

—Supongo que el resultado de las elecciones es una buena noticia, pero no dejo de pensar en ese pobre chico al que conocía Isaac —dijo finalmente.

Teresa mantuvo la mirada baja y continuó trabajando en la nuca de Olive.

—Un día la izquierda y otro día la derecha. El gobierno cambia los nombres de las calles más que yo las sábanas de mi cama. Al final, señorita, nunca veo la diferencia.

—Bueno, menos mal que existen hombres como tu hermano, que sí se preocupan.

Teresa guardó silencio.

—¿Te gusta tu padre, Tere? —preguntó Olive.

Teresa frunció el ceño.

—No me gustan las historias.

Olive abrió los ojos.

—¿Qué historias?

Teresa iba enrollándose en un dedo pequeñas secciones de la considerable mata de pelo de Olive y las iba sujetando con las horquillas que habían sustraído del dormitorio de Sarah.

—Dicen que en cierta ocasión le cortó el miembro a un hombre y lo clavó en una puerta.

Olive giró bruscamente la cabeza, el rizo se soltó y la horquilla cayó al suelo, rebotando sobre los tablones.

—¿Qué? ¿En una puerta?

—Era su enemigo.

Se miraron durante un momento y de repente ambas se echaron a reír, eufóricas por la velada que se aproximaba y por la violencia que estaban convencidas de haber evitado; porque había tenido lugar antes de que ellas nacieran, porque ninguna de las dos tenía miembro y porque allí arriba se sentían a salvo.

—¡Teresa, eso es asqueroso! ¿Por qué hizo algo así?

—No es más que un rumor —replicó la chica, a la vez que recogía la horquilla del suelo.

—Pero ningún hombre se bajaría los pantalones para demostrarlo.

—Aun así, don Alfonso nunca lo niega.

—Teresa, por Dios. Y yo que creía que tenía problemas con mi padre...

Teresa levantó la vista.

—¿Qué problemas?

Olive dejó escapar un suspiro.

—Bah, en realidad ninguno. Es sólo que... que me siento un poco invisible, nada más. Nunca me toma en serio. Nunca sé qué hacer para que me tome en serio. Sólo piensa en sus negocios y en si mi madre se ha tomado las pastillas. Y en cuanto a mi madre, en realidad ella tampoco se ha molestado nunca en entenderme. Cuando tenga hijos no pienso ser como ella. Ojalá me viera libre de mis padres. Supongo que podría, si me lo propusiera.

—Si hubiera ido usted a esa escuela de Bellas Artes sería libre.

—Eso no es seguro. Además, me siento más libre pintando aquí. —Olive se puso seria—. Aunque aquí estoy aprendiendo algo más.

—¿Qué?

—Que si uno de verdad quiere ver terminada su obra, ha de desearlo más que nada. Tiene que luchar por ello, luchar contra sí mismo. Y no es fácil.

Teresa sonrió y continuó trabajando la mata de pelo de Olive con unas atenciones que ésta deseó que no se acabasen jamás. Nunca había tenido una amiga así, en su propia habitación, que le arreglase el pelo, la escuchase, hablase con ella de menudencias y de lo inútiles que eran los padres, de lo perfecto que parecía el futuro porque aún no lo habían vivido.

—Las horas que preceden a una fiesta siempre me parecen las mejores —comentó Olive—. Aún no ha habido ocasión de que nada salga mal. —De pronto, Teresa le retiró las manos de la cabeza—. ¿Por qué paras? —le preguntó, mientras la otra joven se dirigía hacia su bolsa de tela.

Teresa sacó un paquete pequeño envuelto en papel de seda y se lo tendió con ademán nervioso.

—Es para usted —le dijo.

Ella lo cogió.

—¿Para mí? Dios santo. ¿Quieres que lo abra ahora?

Teresa afirmó con la cabeza y Olive lanzó una exclamación ahogada al ver un destello de color verde entre el papel, una esmeralda unida a otra, todas emergiendo, semejantes a una serpiente de piedras, un collar de una intensidad y una belleza que no había visto en toda su vida.

—Dios mío. ¿De dónde has sacado esto?

—Era de mi madre —contestó Teresa—. Ahora es de usted.

Olive se quedó petrificada en la silla, con el collar colgando del puño. Nunca nadie le había regalado nada igual. Seguramente aquello era todo lo que Teresa poseía de su madre, aceptarlo sería un acto egoísta.

—No —dijo—. No podría...

—Es para usted.

—Teresa, esto es demasiado...

Al final, fue Teresa la que tomó la decisión por ella: le quitó el collar de la mano, se lo puso alrededor del cuello y se lo abrochó.

—Es para usted —repitió—. Para mi amiga.

Olive se volvió hacia el espejo. Las esmeraldas parecían hojas de color verde brillando sobre su pálida piel y aumentando de tamaño en dirección a la clavícula. Piedras procedentes de Brasil, verdes como el mar, verdes como el bosque que su padre le había prometido que hallarían en el sur de España. Aquello no eran joyas, sino ojos, ojos que le hacían guiños a la luz de las velas, ojos que observaban a aquellas dos jóvenes que se miraban.

VIII

Cuando anocheció, Harold ya había regresado de Málaga con suministros para la fiesta. Recorría la casa a grandes zancadas, con un puro entre los dientes, pidiendo más discos para el gramófono. Isaac ayudaba llevando más sillas y mesas, prestadas por los aldeanos.

—Olive —le dijo Isaac—, el cuadro ya está terminado.

—Ah —contestó ella.

—¿No estás contenta? Pensaba que no te gustaba que te pintaran.

Olive no supo qué decir; que Isaac hubiera terminado el cuadro significaba que a partir de entonces iba a tener menos oportunidades de verlo.

En ese momento apareció Sarah, ataviada con un vestido largo de color ciruela. En Londres, cuando daban una fiesta, era frecuente que se disfrazara de algún personaje: la Sirenita, Blancanieves, y hasta se caracterizó de Rapunzel en una ocasión memorable, porque la falsa trenza se le prendió fuego y tuvieron que apagarle las llamas con champán. Sin embargo, esa noche lucía un modelo de Schiaparelli verdaderamente sofisticado, como lo habrían descrito las chicas del colegio, con dos rostros de mujer bordados en la espalda con lentejuelas, cuyos labios rojos destellaban al reflejar el brillo de los centenares de velas que Harold había llevado de la ciudad y que le habían pedido a Teresa que encendiera. Aquel vestido era uno de los favoritos de Olive; siempre la habían fascinado esas dos caras bordadas.

De pronto, Sarah se fijó en las esmeraldas que llevaba su hija alrededor del cuello.

—¿Quién te ha regalado ese collar? —preguntó, justo cuando Harold descorchaba una botella de Veuve Clicquot.

Olive se dio cuenta de que, durante toda su vida, cada vez que vivía una escena traumática se oía el tintineo de unas copas. Molesta al ver que su madre ni siquiera se había percatado de su nuevo peinado, alzó la barbilla y se acarició las esmeraldas.

—Isaac —contestó.

Fue una velada enloquecida. Alrededor de las ocho empezaron a llegar los invitados por el camino que subía hasta la finca, y Olive y sus padres salieron a la puerta a recibirlos. Uno de los primeros en aparecer fue un individuo con un carísimo traje de color crema y una corbata de gran tamaño, como si fuera la hora del cóctel a bordo de un transatlántico. Lucía un enorme bigote negro con las puntas engrasadas. Detrás de él iban otros dos hombres algo más jóvenes, también trajeados. Olive se preguntó quiénes serían; ¿sus hijos, tal vez? Más que nada, parecían guardaespaldas contratados.

El caballero tendió la mano.

—Señor Schloss —dijo—. Soy don Alfonso Robles Hernández. Me encontraba fuera, ocupado en los negocios de la duquesa.

—Don Alfonso —dijo Harold, ofreciéndole la mano a su vez—. Por fin nos conocemos.

Hablaba bien el inglés y Olive detectó en su rostro rasgos parecidos a los de Isaac; sin embargo, en él había algo inherentemente teatral que no tenía su hijo. A pesar de su ostentidad, en sus ojillos brillaba la inteligencia: cálculo y humor negro. Le vino a la memoria la historia que le había contado Teresa y se

esforzó por disimular los nervios.

—Gregorio, entrégale nuestros presentes a la señora. —Al instante, uno de los jóvenes se adelantó—. Tarta de almendras y una botella de buen oporto —dijo Alfonso.

Sarah aceptó los regalos.

—Gracias —dijo.

—¿Están bien instalados?

—Muy bien.

Alfonso escudriñó las sombras del zaguán que se abría detrás de Harold.

—¡Dios mío, el gato se ha puesto enorme! —exclamó, y acto seguido hizo entrechocar los tacones de las botas en un gesto militar.

Ese taconeo, sumado al crujido del charol, hizo que a Olive se le pusiera la carne de gallina. Se volvió y vio a Teresa en la oscuridad, observando la escena con el ceño fruncido.

—¿Todavía me tienes miedo, Tere? —le dijo Alfonso en español—. Pues no sé por qué. Me han contado que tienes las uñas afiladas. —Los dos varones jóvenes soltaron una carcajada—. Espero que no les esté causando problemas.

Harold miró un momento a Teresa, que le devolvió la mirada con unos ojos redondos y negros.

—Ninguno en absoluto —contestó.

—Bien, en caso contrario, hágamelo saber. —Alfonso levantó la vista hacia las numerosas ventanas de la casa, todas ellas iluminadas con velitas que parpadeaban—. Señor Schloss, espero que no acabemos quemándonos vivos. Tenía entendido que esta casa ya contaba con electricidad.

—Hemos querido crear un ambiente especial para esta noche, don Alfonso. Entre, tenga la bondad.

—Traigo conmigo a Gregorio y a Jorge, si no le importa que pasen también.

—En absoluto. Todo el mundo es bienvenido.

Los tres hombres pasaron junto a Olive y su madre; los ojos de Jorge se posaron en Sarah durante unos segundos de más.

—¿Anda por aquí ese hermano tuyo? —le preguntó Jorge a Teresa.

—Quizá —respondió ella—. Pero no hablará contigo.

En total, acudieron a la fiesta sesenta y siete habitantes de Arazuelo. La presencia de aquella pequeña familia procedente de Londres y Viena infundió en los aldeanos un estado de ánimo festivo y alocado. En el aire flotaba cierta permisividad, como si se hubiera roto un tabú y su aroma estuviera inundándolos a todos. Don Alfonso se quedó todo el tiempo en un rincón; unas pocas personas se acercaron a hablar con él, pero por lo general lo dejaron solo.

Los invitados escribieron su nombre en un libro que ofreció Harold. Algunos estamparon su firma con avidez, felices de verse incluidos en aquel acontecimiento tan cosmopolita, con sus luces danzantes y su música de jazz, con aquel perfume de adelfas que llenaba todas las habitaciones. Redactaron breves mensajes de elogio o de buenos deseos, tales como «Buen vino» o «Dios lo bendiga»; otros fueron más prudentes y parecían preocupados ante la perspectiva de ver su nombre inscrito de forma permanente en el libro de un extranjero, como si tal gesto pudiera resultar controvertido en un sentido político. Olive se acordó de Adrián, el chico asesinado en Málaga, y también de las preocupaciones que albergaba Isaac acerca de lo que iba a ocurrir en el campo, y se preguntó si no tendrían un ápice de razón al no firmar. Fuera como fuese, ella escribió su nombre justo debajo de los de Teresa e Isaac.

Después de tres copas de champán, Olive percibía la presencia del fantasma de aquel chico moviéndose por las habitaciones. Se sentó en la mecedora de mimbre y vio su cuerpo ensangrentado arrastrándose entre los huéspedes. Le pareció que había una determinación especial en la manera de

beber y de bailar de éstos, en cómo voceaban y aplaudían, como si pretendieran empujar de nuevo al joven hacia el mundo de los muertos y reclamar aquella casa para los vivos.

Había una mujer con un vestido largo de satén, del color de una seta recién salida de la tierra. La llama de las velas arrancó un destello a unos gemelos de latón que se alzaban para levantar una copa de cristal. Teresa iba de un sitio a otro, siempre llevando una bandeja con bebidas, o con fiambres y quesos, o con porciones de tarta. Evitaba a su padre deliberadamente. La estancia rebosaba de voces, la música retumbaba desde el gramófono del rincón... y allí estaba Sarah, con su vestido morado con las dos caras de mujer, moviéndose entre los grupos. Posó una mano en el brazo de Isaac y lo hizo reír. La gente se volvía hacia ella como si fuera un faro luminoso.

Olive seguía con la mirada a Isaac dondequiera que éste fuese, notando que la atracción que sentía por él se elevaba hacia las vigas de madera del techo y volvía a bajar hasta el champán que se agitaba en su copa. Sus rizos habían empezado a deshacerse y se los toqueteaba con nerviosismo, preocupada por si iba por ahí medio despeinada. Isaac estaba enfrascado en una conversación con el médico local y escuchaba con gesto serio lo que éste le decía. Él tampoco había hablado con su padre. Llevaba aquel pantalón azul oscuro que le quedaba perfecto, ceñido a la línea del cuerpo; una chaqueta oscura de lino y una camisa azul. Olive imaginó de qué color sería la piel que había debajo. ¿Cuándo iba a volverse y a fijarse en ella? Se tocó las esmeraldas que llevaba al cuello y se bebió una cuarta copa de champán. La niña insegura que había sido durante toda la vida estaba a punto de convertirse en un espectro; una copa más y se esfumaría para siempre.

Dos de los invitados habían llevado guitarras, y de sus dedos se derramó con aplomo una cascada de duetos, perfectos en todas sus notas, que recorrían sin descanso el diapason. Los presentes lanzaron vítores al oírlos y alguien levantó la aguja del gramófono, arañando el disco. Hubo un momento de inquieto silencio, pero Harold, que a aquellas alturas ya estaba muy borracho, gruñó con aprobación y gritó:

—¡Que toquen! ¡Quiero escuchar esa magia! ¡Quiero oír el duende! —añadió en español.

A partir de ahí pareció que la fiesta arrancase de golpe. El padre y el hijo que habían llevado las guitarras conocían piezas de flamenco y también canciones populares, y tocaron unas cuantas, rodeados por un amplio círculo de personas. Una mujer de sesenta y tantos años se adelantó y empezó a cantar; de su boca salía un agudo quejido que transmitía dolor y libertad. Por segunda vez aquella noche, Olive sintió que se le ponía la carne de gallina. Aquella mujer tenía a todos los presentes completamente bajo control. Cantaba a la vez que daba palmas a un ritmo rápido y sonoro, acompañada de gritos de «¡Vamos!» que surgían de manera espontánea aquí y allá y de los taconeos y las exclamaciones de admiración de todos.

Gregorio bailaba con dos niñas que daban vueltas por el salón y soltaban gritos de alegría a medida que las guitarras y el canto iban aumentando de intensidad. La voz de la mujer era como un sonido antiguo que hubiera cobrado vida, y Olive se puso de pie y se bebió una quinta copa... sólo que esta vez no era de champán, sino de un licor de otra clase, un aguardiente que le prendió fuego a las entrañas. La voz de la mujer sonaba áspera, lastimera y perfecta, y fuera de la casa iba cayendo la noche y empezaron a aparecer polillas que venían a morir en los farolillos. Olive nunca se había sentido tan en casa como en aquella habitación repleta de desconocidos.

Su padre estaba diciendo que había llegado el momento de los fuegos artificiales.

—¡Fuegos artificiales! —bramó en español, con un acento terrible, y al instante Olive recorrió la estancia con la mirada en busca de Isaac.

Lo descubrió escabulléndose por la puerta. Los presentes empezaron a desplazarse hacia la parte

trasera de la casa para salir al porche y ver los fuegos artificiales explotando en lo alto de la huerta. Olive se detuvo, mareada ante la riada de gente que abarrotaba el pasillo. Entonces vio a Isaac ir en la otra dirección, cruzar el vestíbulo y salir por la puerta principal. Estaba intrigada; ¿por qué huía del centro del mundo?

Empezó a seguirlo, se tambaleó por la casa, dejó atrás las luces y se internó en la oscuridad de aquella noche de febrero. Allá en lo alto, el cielo se veía cuajado de estrellas. Brillaba la luna, pero aun así perdió de vista a Isaac, y además se estaba congelando. No obstante, siguió adelante, salió por la verja oxidada de la finca y tomó el camino sin asfaltar que llevaba al pueblo, tropezando con las piedras y maldiciéndose por la idiotez de salir con los zapatos de tacón.

De pronto, una mano le tapó la boca. Un brazo se cerró en torno a su cuello y la arrastró hacia un lado del camino. Ella forcejeó y pataleó, pero su asaltante la tenía fuertemente sujeta. Consiguió levantar las manos y empezó a tirar; abrió la boca y dio un fuerte mordisco a aquellos dedos que le impedían respirar.

—¡Mierda! —exclamó una voz en español, y para Olive supuso un alivio reconocerla.

—¿Isaac?

Se quedaron los dos jadeando, encorvados hacia delante, incrédulos.

—Señorita... pensaba que me estaba siguiendo alguien.

—Y así era. Te seguía yo. ¡Por el amor de Dios!

—¿Está herida?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Por favor, no se lo diga a su padre...

Olive se frotó el cuello.

—¿Por qué iba a decírselo? ¿Es que tienes la costumbre de saltar así sobre la gente?

—Regrese a la fiesta. Por favor.

Olive advirtió que Isaac estaba agitado.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A ninguna parte.

—Eso es mentira.

—Regrese. Es peligroso para usted.

—No tengo miedo, Isaac. Quiero ayudar. ¿Adónde vas?

No lograba distinguir su cara en la oscuridad, pero sí percibió su titubeo, y eso hizo que el corazón empezara a latirle con más fuerza.

—Voy a la iglesia —dijo él.

Olive rió.

—¿A confesar tus pecados?

—Algo así.

Olive alargó una mano y buscó a tientas la de él.

—Te sigo —le dijo.

Más tarde, cuando Olive, despierta en su cama, recordaba lo que había pasado, supuso que había sido culpa del alcohol. Cuando Isaac la pintaba, ella no podía soportarlo; le parecía que no era buena como modelo y que nunca podría estar a la altura de su madre. En cambio, allí Isaac y ella eran iguales, dejaban de ser el observador y la observada. En la oscuridad podía ser ella misma, una mujer capaz de tomar a un hombre de la mano y obligarlo a echar a andar, camino adelante.

—Debes de tener frío —dijo él, y Olive advirtió que también estaba bastante borracho.

Cuando se quitó la chaqueta y se la puso a ella sobre los hombros, Olive sintió que la piel le ardía y un intenso placer le recorrió todo el cuerpo ante tanta solicitud y preocupación por su parte.

Al cabo de diez minutos habían llegado a la iglesia de Santa Rufina, que se levantaba en la plaza principal del pueblo. Los alrededores se hallaban desiertos, dado que la mayoría de los vecinos se encontraban en la fiesta, disfrutando de la música y de la manzanilla que habían llevado en barriles a modo de regalo para su anfitrión. Olive e Isaac se volvieron y vieron los fuegos artificiales que acababan de empezar: rojos, verdes y anaranjados, erizos de mar gigantescos y fuentes que se derramaban. Isaac empujó la puerta de la iglesia y se coló y Olive fue tras él, de repente un tanto asustada y asfixiada por el olor a incienso rancio. Por una ventana se filtraba la luna hasta los bancos encerados y los santos de mirada torva colocados en la pared. Sintió que la mano de Isaac se soltaba de la suya y oyó sus pisadas alejándose por la nave.

—Isaac...

El disparo partió de donde estaba ella y reverberó más allá de los bancos, luego se oyó otra vez y otra más. Olive estaba demasiado aterrorizada para chillar. Fuera de los muros de la iglesia continuaban los fuegos artificiales. Ella seguía paralizada, encogida de miedo. De pronto, Isaac apareció a su lado y la agarró del brazo.

—Vamos —le dijo—, tenemos que marcharnos.

La cogió de la mano y salieron los dos.

—¿Qué has hecho? —siseó Olive—. ¿Estaba el cura...? Isaac, ¿qué diablos has hecho?

Regresaron a la finca corriendo sin detenerse. Olive tuvo que quitarse los zapatos y continuar descalza, y se hizo algún que otro rasguño con las piedras del camino. Al llegar a la verja hicieron un alto, sin resuello. Los fuegos artificiales aún no habían terminado y se notaba el olor punzante y azufrado de la pólvora.

Olive se dejó caer contra la verja.

—¿He sido cómplice de un asesinato? —susurró—. No lo digo en broma.

Isaac le acarició la cara.

—Ha sido por Adrián —le dijo.

—¿A qué te refieres?

De improviso, Isaac empezó a besarla, cogiéndole la cara entre las manos y ciñéndola por la cintura. Olive sintió que él estaba orgulloso de ella por su manera de agarrarle el cabello y recorrer su cuello con la boca hasta llegar al pecho, por debajo del collar de esmeraldas, tibio tras el contacto con su piel. Por fin le había demostrado su valía.

Isaac acarició las esmeraldas con los dedos.

—¿De dónde has sacado este collar?

—Es un regalo.

Lo besó en la boca para que no siguiera preguntando. No tenía ni idea de que su cuerpo fuera capaz de sentirse de ese modo, ni de que pudiera inspirar a un hombre a hacerle aquellas cosas.

Isaac volvió a besarla, y Olive abrió los labios y le recorrió el pelo con las manos, notando cómo se le clavaban en la espalda los hierros oxidados de la verja. Se empujaron el uno contra el otro y se besaron, se besaron sin descanso, mientras en la finca la mujer volvía a cantar con aquel quejido lastimero, y una figura, cuya silueta se recortaba en la puerta, los observaba con atención.

IX

Olive intentó incorporarse, pero sintió una punzada de dolor, como un hierro candente, que le atravesaba el cráneo. Su boca era un desierto, su garganta, de plomo. Tendida entre las sábanas arrugadas, con las tripas revueltas y el pelo impregnado del olor de mil cigarrillos, de repente se llevó las manos al cuerpo. Estaba completamente desnuda. Dios, ¿dónde estaba su ropa? Miró hacia la izquierda e hizo una mueca: alguien había doblado su vestido con cuidado y lo había dejado sobre una silla; sus medias estaban llenas de carreras y con manchas de sangre en los talones, la estola de zorro colgaba de un brazo. Parecía un trofeo de caza, despellejado y abierto en canal, con un ojo de vidrio y aquellos horribles dientes sujetos con pegamento. Se tocó el cuello. Aún llevaba puesto el collar de esmeraldas, como una serpiente enroscada a su garganta.

Oyó otra vez el disparo —la iglesia, la oscuridad, los fuegos artificiales, una verja oxidada—; ¿lo habría soñado? Habían sido muchas cosas en un solo día. A lo lejos oyó el timbre del teléfono. ¿Y si allí fuera estaba la Guardia Civil esperando, dispuesta a llevársela?

Isaac. El beso... Isaac había tirado de ella en la oscuridad, había disparado una pistola en el interior de una iglesia y después la había besado. Deseaba otro beso suyo más que respirar.

Se sentía aumentada, como si dentro de su ser se hubiera abierto una puerta que llevaba mucho tiempo oculta y hubiera dado paso a un sinuoso pasillo por el que corría ella misma. Desde el instante en que lo conoció, aquel hombre se había adherido a su imaginación. La había hecho sentirse enorme, la profundidad de sus horizontes se había duplicado. Por una vez en su vida, alguien había conseguido que Olive se sintiera descomunal. El nerviosismo por lo que pudiera suceder a continuación iba de la mano de un deseo tan intenso hacia Isaac que llegó a preguntarse si incluso ser poseída por él lograría calmarlo.

No se había percatado de la presencia de Teresa a los pies de la cama; la joven estaba recorriendo con la mirada las arrugas de la sábana.

—Le he preparado un baño —dijo, y enseguida apartó la vista ante la desnudez de Olive.

—¿Quién ha llamado por teléfono?

—Nadie.

—¿Nadie?

Olive vio que Teresa titubeaba.

—No lo sé.

—¿Ha venido la policía?

—No, señorita.

—No pienso volver a beber.

—En la mesilla tiene un vaso de leche.

—No puedo.

—Al lado tiene un cubo.

Olive se inclinó y lo miró. En el fondo había restos de tierra de la huerta. Vomitó dentro, deseando

expulsar la sensación de náusea, con los ojos duros como piedras.

—Señorita —dijo Teresa—, mi hermano va a enseñar hoy el cuadro.

—¿Cómo? —gimió Olive, volviendo a dejarse caer en la cama—. Tere... ¿Hubo... ha habido alguna noticia del pueblo?

—Anoche entraron en la iglesia y dispararon a la estatua de la Virgen María.

—¿Qué?

—El padre Lorenzo está como loco —siguió contando Teresa—. Se la ha llevado al centro de la plaza y está dando voces.

Olive intentó pensar más deprisa.

—¿A quién se ha llevado?

—A la Virgen —repitió Teresa en español—. Era de una madera muy antigua, muy cara. Le dispararon tres veces. Se la han llevado a la consulta del doctor Morales, como si él pudiera resucitarla —añadió Teresa con una ligera burla—. ¿Sabe lo que preguntan los vecinos, señorita? Andan preguntando qué clase de hombre es capaz de meterle una bala en la teta a Nuestra Señora.

Olive no dijo nada y cerró los ojos.

—Hoy mi hermano está peor que usted —comentó Teresa.

—Ya, fue una fiesta estupenda.

—Ya lo sé. Llevo cuatro horas recogiendo. Vamos, métase en la bañera antes de que se enfríe el agua.

La chica se puso a un costado de la cama y extendió una enorme toalla de baño. Olive obedeció; Teresa la envolvió en ella y la acompañó despacio hasta la puerta.

Las semillas que había llevado Teresa estaban creciendo bien; ya habían brotado unas hojitas de los surcos fertilizados en los que tanto se habían afanado Olive y ella el pasado mes de enero. Los alcornoques y los castaños se habían vuelto de un verde más oscuro, y el sol calentaba un poco más. Aunque aún no habían salido flores y el aire todavía era fresco, Teresa ya notaba la despedida del invierno, la inexplicable percepción que tiene el cuerpo del cambio inminente hacia la estación del año que alberga más esperanzas.

Sentada en el raído sofá verde de la salita orientada al este, oyó a Olive en el piso de arriba, vaciando la bañera. Se acordó de Adrián y se dijo que resultaba inconcebible que alguien tan joven pudiera estar muerto. Pensó en la alocada fiesta de los Schloss, en la furia de Isaac, en el carácter desabrido del padre de ambos, en los disparos a la Virgen. Todo aquello generaba mucha incertidumbre. Y, sin embargo, ella no se había sentido tan segura en la vida. El día anterior le había preguntado a su hermano si iba a echar de menos pintar a Sarah y a Olive, pero él no le había hecho caso y se había ido andando por el camino, a buscar la mesa y las sillas que el doctor Morales se había ofrecido a prestarles para la fiesta.

Aquella mañana, en su casa, Teresa se había asomado a la habitación de su hermano y le había dicho que, si él estaba conforme, llevaría el cuadro a la finca y lo prepararía para una gran inauguración.

—Lo pondré en la salita que da al este, encima de un caballete.

Isaac, tendido en la oscuridad de su dormitorio, había levantado un momento la sábana que le cubría la cara para mirar a su hermana y responder:

—De acuerdo. Me alegro de que esté terminado. Pero espérate a que llegue yo para enseñárselo a los demás.

Teresa había dejado toda la noche en el porche las botellas de Clicquot que habían sobrado, para que estuvieran frías. Había abierto todas las ventanas de la casa para que entrase aire fresco y llegase hasta el último rincón donde todavía quedaba humo de tabaco. Las persistentes manchas de coñac derramado

atraían columnas de hormigas. Teresa las aplastó con el pie, colocó el sofá y los otros sillones en semicírculo alrededor del caballete y cubrió la pintura con una sábana blanca. A continuación, metió el champán en una cubitera metálica y se fue a la cocina. Nunca había estado mentalmente tan despejada, ni tampoco se había sentido tan resuelta. La emoción que le causaba todo aquello casi le provocaba náuseas.

Treinta minutos después, ya se había congregado todo el mundo. Harold, el miembro de la familia que mejor se había recuperado, apareció vestido con un traje impecable. A Sarah se la veía frágil, le temblaban los dedos cuando le pasó una copa de champán a su hija, que se puso verde nada más verla. Isaac estaba sentado en el borde del sofá, dando profundas caladas a un cigarrillo y moviendo un pie con gesto nervioso. Aquél era su momento de gloria, allí, en presencia del gran marchante de arte Harold Schloss. Teresa vio que su mirada se cruzaba con la de Olive y que ésta esbozaba una amplia sonrisa de placer. Harold estaba mirando a su esposa con desconcierto, como si se preguntara qué era todo aquello.

Teresa se dijo que Harold habría contestado al teléfono aquella mañana, porque ella se había jurado no volver a atenderlo.

Sarah se puso en pie.

—Harold querido —comenzó—, todos te felicitamos por la espléndida fiesta de anoche. Por lo visto, incluso en este lugar en los confines de la civilización conservas tu toque.

Todo el mundo se echó a reír, y Harold levantó su copa.

—Bien, como ya sabéis, últimamente hemos vivido algunos altibajos —prosiguió Sarah—, pero nos gusta estar aquí, ¿no es cierto, querido? Y nos va bien. Y yo... bueno, nosotras, queríamos hacerte un pequeño regalo a modo de agradecimiento. Somos Liv y yo, querido —explicó, al tiempo que retiraba la sábana del cuadro—. El señor Robles nos ha retratado para ti.

Teresa tragó el champán que le habían ofrecido y al momento sintió que la recorría una oleada de pánico irresistible y mareante. Las burbujas le llenaron la boca y la efervescencia metálica le agitó la sangre. Isaac se pasó los dedos por el pelo. Cuando la sábana cayó como una cascada sobre las baldosas, a Olive se le pusieron los nudillos blancos de tanto aferrarse a los brazos de su sillón. Se produjo una exclamación colectiva.

Olive experimentó una profunda disociación. Le costó trabajo entender lo que estaba viendo. El retrato, en sus dos terceras partes, era de un azul añil, con un destello de trigo dorado y dos mujeres: una cargando con su cántaro en alto, en medio de un campo resplandeciente, y la otra acurrucada en actitud de semiderrota, rodeada por los fragmentos del cántaro roto.

Aquella era su pintura. Era *Santa Justa en el pozo*. Se volvió hacia Isaac y descubrió que él también miraba el cuadro sin comprender. ¿Qué estaba haciendo allí abajo? ¿Por qué no estaba en el piso de arriba, escondido en su habitación? Miró a Teresa y vio su adusta expresión triunfal.

Se oyó un aplauso. Su padre estaba mirando el cuadro y aplaudiendo.

—Bravo, Isaac —decía—. Bravo. ¡Lo has conseguido!

Sarah frunció el ceño, con las manos en las caderas.

—Bueno, no es precisamente lo que... yo esperaba, pero me gusta. ¿Quién es quién, señor Robles? Harold, ¿a ti qué te parece?

—Llevaba mucho tiempo sin ver nada igual —respondió él—. Liv, por la cara que pones se diría que has visto un fantasma. ¿No te habrá molestado que el señor Robles no te haya retratado como una flor de sociedad?

Olive no podía hablar. Lo único que podía hacer era mirar su propia obra mientras su padre caminaba en torno a ella.

—Esto es maravilloso —siguió elogiando—. Ya sabía yo que usted tenía algo, señor Robles. ¿Litografías? ¡Y una porra!

Harold hablaba con voz intensa y cálida; hacía lo mismo cada vez que un cuadro nuevo le decía algo. Era una conversación muda; el cuadro lo iba calentando poco a poco, iba penetrando en su mente, y él lo manejaba igual que haría un niño con un dulce: probaba sus distintos sabores, recortaba las esquinas, avanzaba inexorablemente en dirección al núcleo.

Olive también tenía la sensación de estar siendo recortada poco a poco y de que no tardaría en derrumbarse y desaparecer.

—Es muy bueno —decía su padre, y a ella le parecía estar oyéndolo desde el fondo de un pozo—. Fijaos en el cántaro... y en los ciervos. ¡Es buenísimo! Es excelente.

Isaac miraba fijamente la pintura. Sus ojos empezaron a recorrerla de arriba abajo, como si los colores, la composición y el trazo pudieran hablarle también a él. ¿Estaba enfadado? Olive no supo distinguirlo; guardaba silencio, igual que ella. Le gustaría saber dónde estaba el cuadro que había pintado él y si pensaba decir algo al respecto. Giró la cabeza y vio que Teresa estaba taladrándola con la mirada y que su expresión de triunfo había sido reemplazada por otra de urgencia.

—Señor Robles, es usted una estrella —dijo Sarah, apoyándole una mano en el hombro—. Bien hecho.

Con los ojos muy abiertos, Teresa le hizo un gesto con la cabeza a Olive, y en aquel momento ésta lo entendió. De repente supo qué era lo que la chica quería que dijera: «Este cuadro es mío, ha habido un error.» Aunque no lograba entender el deseo de Teresa. Notó que la boca se le abría sola y que estaba a punto de pronunciar esas palabras, pero su padre volvió a hablar.

—Deberíamos llevar este cuadro a París —dijo—. En mi opinión, es muy posible que despierte el interés de unos cuantos coleccionistas. Me gustaría ser tu representante, Isaac. Te conseguiré un precio mejor.

—¿París? —dijo Olive, y acto seguido cerró la boca.

—¿Cómo se titula? —preguntó Harold.

—No tiene título —contestó él.

Harold observó fijamente el lienzo.

—Yo creo que deberíamos evitar mencionar a Liv y Sarah, por si acabo vendiéndolo. ¿Qué tal *Muchachas en el trigal*?

—Harold —dijo Sarah—, era un regalo para ti. No puedes venderlo sin más.

Pero su marido no estaba escuchándola.

—Quizá sea mejor *Mujeres en el trigal*.

—Pobre Liv, que la hayan pintado acurrucada de esa manera —dijo Sarah, a la vez que apuraba su copa de champán y se servía otra—. Señor Robles, la verdad es que es usted terrible.

Isaac miró a Olive y a Teresa.

—Sí —contestó—, lo soy.

Se levantó del sofá. Aquel cuadro había causado en él una transformación casi alquímica. El nuevo Isaac estaba materializándose, como el humo que se vuelve oro, ante la mirada de los presentes. Era un artista de verdad, algo que todos podían percibir pero no tocar, por más que lo desearan.

—Teresa —dijo, y Olive advirtió cómo le temblaba la voz, cosa muy poco propia de él—. Ven a ayudarme en la cocina. He traído el nabo que me pediste para la sopa.

X

—¿Se puede saber qué coño has hecho? —siseó Isaac. Empujó a su hermana al interior de la cocina, con una mano entre sus omoplatos.

—Yo no he hecho nada —protestó Teresa—. No puedo creer que hayas dicho eso del nabo...

—Cállate. Algo tenía que inventarme. —Cerró la puerta—. ¿De quién es ese cuadro?

Teresa alzó la barbilla.

—De Olive —respondió—. Lo ha pintado ella y es mejor que el tuyo.

—¿Olive?

—Pinta todos los días. Ha conseguido una plaza en la Escuela de Bellas Artes, y sin embargo se ha quedado aquí. Eso no se lo preguntaste cuando le metiste la lengua hasta la garganta, ¿verdad?

Isaac se dejó caer en la mesa de la cocina y ocultó la cara entre las manos.

—Ay, Dios, ha colocado ahí un cuadro suyo.

Teresa se sonrojó.

—No ha sido ella, he sido yo.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Porque vas a romperle el corazón.

—Jesús, ¿todo esto porque la besé?

—Te colaste en esta casa...

—¿Y qué hiciste tú, sino presentarte en la huerta con esa gallina a modo de ofrenda, igual que un indio ante Colón...?

—Yo los ayudo todos los días. Sin mí estarían perdidos.

—Cualquiera podría hacer lo que tú haces, Teresa. No eres más que la criada.

—Y tú sólo causas problemas.

—Sarah Schloss me pidió que la pintase, y eso hice. Ya da igual, te diré por qué. Alfonso ha dejado de darme dinero.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No le gusta el «cariz de mis ideas políticas». Por eso, el dinero de Sarah iba a servirnos para ir tirando. Yo quería que esto fuera sólo una relación profesional, Teresa...

—¿Y esperas que me lo crea?

—Tengo cosas más importantes que hacer que preocuparme de unos guiris a los que les gustan las fiestas...

—¿Como cuáles? ¿Como pegar tiros dentro de la iglesia y levantarle las faldas a Olive?

—No eres más que una espía. Una provocadora. —Se incorporó y siguió hablándole en un tono grave y rabioso—. Tú te acercaste a esta familia porque sabías cómo te estaban yendo las cosas. Lo haces desde que eras pequeña. Teniendo un padre como el nuestro y una madre gitana como la tuya, no pretendas hacerme creer que eres una santa. Y no pienses que no sé de dónde ha salido el collar que llevaba Olive. Estoy al tanto de esa cajita que tienes enterrada en la huerta. ¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que debemos hacer?

—Tú vas a reconocer que ese cuadro no es tuyo —le dijo Teresa, conmovida y con el rostro

congestionado— y vas a darle a Olive el mérito que le corresponde.

—Nada de eso —dijo una voz desde la puerta—. No hará tal cosa en absoluto.

Olive había abierto la puerta de la cocina sin hacer ruido y había escuchado la conversación. Su expresión no era fácil de interpretar. Estaba encendida, pero ni Isaac ni Teresa supieron distinguir si era a causa de la rabia, de la tristeza o de la emoción. Ambos se quedaron inmóviles, esperando a que volviera a hablar. Olive entró en la cocina y cerró la puerta.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó a Teresa.

A ésta se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quería...

—Quería castigarme a mí —la interrumpió Isaac—. Anoche nos vio en la verja. Ésta es su pequeña venganza.

—No es venganza, señorita —se defendió la chica—. Su padre tiene que ver la gran artista que es usted y...

—Eso no es responsabilidad tuya —replicó Olive—. Tere, yo confiaba en ti. Pensaba que éramos amigas.

—Y puede confiar en mí.

—¿Cómo?

—Lo siento, yo no...

—Ya es demasiado tarde —dijo Olive, suspirando—. No podemos quedarnos todos aquí, como si esto fuera una reunión de comadres. Los demás estarán preguntándose qué ocurre.

—Les diré que el cuadro no lo he pintado yo, señorita —dijo Isaac—. No es justo que Teresa engañe a sus padres, se han portado muy bien con ella. Además, mi cuadro ya está terminado, mi hermana lo ha traído esta mañana.

Olive se quedó pensativa.

—Teresa, ¿dónde está el cuadro de Isaac? Ve a buscarlo.

La chica entró en la despensa. La oyeron arrastrar barriles por el suelo y poco después salió cargada con el enorme lienzo, que apoyó contra la pared antes de retirar la tela que lo protegía.

Olive lo contempló en silencio. Su madre y ella resultaban reconocibles, pero las dos tenían la mirada borrosa, y los labios habían sido pintados con un rojo genérico. Detrás de la cabeza de ambas se veían unas extrañas nubes de luz y, más allá, un fondo de color verde liso. No había humor, ni alma, ni fuerza, no se apreciaba un uso interesante del color ni de la pincelada, faltaba originalidad y magia intangible. No se insinuaba ningún secreto, el cuadro carecía de argumento y de historia. No era terrible. Eran dos mujeres pintadas en una tarjeta de Navidad.

Olive se volvió hacia Isaac. Éste estaba contemplando su obra con los brazos cruzados y el ceño fruncido en actitud de concentración, evaluando su trabajo. ¿Qué estaría pensando? ¿Estaba satisfecho? ¿Creía que aquel cuadro era bueno? No había nada de malo en el tipo de arte de Isaac; al fin y al cabo, ¿por qué todo iba a tener que ser un desafío intelectual? Resultaba agradable a la vista, pero era juvenil. Su padre lo odiaría.

En ese instante, Olive cayó en la cuenta de que, a pesar de lo incómodo que le había resultado posar para un retrato, una parte de ella había deseado que Isaac fuera verdaderamente bueno. Habría sido más fácil que si no tuviera ningún talento en absoluto. Quizá ella fuera más hija de sus padres de lo que creía. Siempre resultaba más fácil admirar a alguien que poseía talento, y la lástima era el camino que llevaba a la indiferencia. Cerró los ojos para oponer resistencia al daño que podía hacerle a su corazón aquel cuadro o la falta de talento de Isaac. Se dijo que él no merecía presenciar el desdén de su padre. Cuando

volvió a abrir los ojos, Isaac estaba mirándola y ella le ofreció una sonrisa radiante.

—Isaac, ya has oído lo que ha dicho mi padre. Quiere llevar el cuadro a París. Quiere venderlo.

—Verá, señorita —terció Teresa—, ya sé que usted dijo que no le importaba tener el reconocimiento del público, pero mire lo que ha pasado. Me alegro de haberme arriesgado por usted...

Olive se volvió hacia ella.

—Yo no quería que lo hicieras.

La chica apretó la mandíbula.

—¿Está segura?

—Tere, ya basta —ordenó Isaac.

—Pero... debemos decírselo ahora mismo al señor Schloss —insistió Teresa.

—Mi padre cree que *Santa Justa en el pozo*, o *Mujeres en el trigal*, lo ha pintado Isaac. Lo que quiere llevarse a París es su cuadro, no uno mío.

—Pero lo único que tiene que hacer es decirle que la autora es usted.

—¿Y sería entonces el mismo cuadro? —le preguntó Olive.

Teresa frunció el ceño.

—No lo entiendo.

A través de la puerta de la cocina se oían las exclamaciones y los murmullos provenientes de la sala.

—No creo que mi padre mostrara el mismo entusiasmo si supiera que lo he pintado yo —explicó Olive.

—No —dijo Isaac—, eso no es cierto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —replicó Olive—. Yo deseo que mi padre vaya a París. Quiero que lleve ese cuadro. Quizá sea divertido. Simplemente quiero verlo.

—Esto no está bien —protestó Teresa—. Cuando usted se lo diga, su padre se llevará una sorpresa, sí, pero luego verá sus otras pinturas y...

—No.

Olive levantó una mano para imponer silencio, pero Teresa la ignoró.

—Usted no entiende a su padre. Él...

—Ya lo creo que lo entiendo, gracias —dijo Olive en tono duro—. Y también a mi madre. Están convencidos de que ese cuadro es de Isaac, y lo que cree la gente es lo único que cuenta, ¿no? Poco importa cuál sea la verdad; lo que los demás creen se convierte en la verdad. Podría haberlo pintado Isaac, ¿por qué no?

—Él nunca habría podido pintar eso —replicó Teresa, dando un pisotón en el suelo.

Olive suspiró frustrada.

—La culpa de esto es tuya, así que será mejor que te calles.

—Pero yo no quería que usted...

—Esto es una locura —dijo Isaac—. Mi cuadro está aquí mismo.

—Isaac, no es más que un poco de diversión.

—Esto no es un juego —advirtió él—. Tengo mi cuadro aquí...

—Isaac, por favor. Mira, es posible que mi padre no venda *Mujeres en el trigal* y que la pintura se quede en la familia, al fin y al cabo. Todo esto quedará olvidado. Y entonces podrás entregarle tu retrato.

—Pero ¿qué pasa si vende el de usted? ¿Qué pasa si vende un Isaac Robles que no ha sido pintado por Isaac Robles?

—Si lo vende... en fin, yo no quiero el dinero, pero tú lo necesitas. He oído lo que has dicho acerca de vuestro padre. Si el mío vende el cuadro, podrás gastar ese dinero en lo que se te antoje. Libros de texto nuevos, viajes, comida, material para tus alumnos y para los obreros. —Olive calló unos instantes—.

«¿Qué es lo que espera de esta vida?» ¿No es eso lo que me preguntaste, Isaac? Pues quiero ser útil.

—El arte no es útil.

—No estoy de acuerdo. El arte puede cambiar las cosas, puede contribuir a vuestra causa.

—No puedo hacer esto.

—Isaac, reconoce la autoría del cuadro que hay en esa sala. Para mí no significa nada.

—Eso no me lo creo, Olive.

—Déjame hacer algo útil, déjame convertirme en alguien necesario. Nunca he hecho nada provechoso en toda mi vida.

—Pero...

—Isaac, no voy a reconocer que ese cuadro lo he pintado yo. Al menos ante mi padre. Y en este caso, él es la única persona que cuenta.

—Pero él lo ha elogiado. Teresa tiene razón. No lo entiendo...

Olive se irguió con la cara pálida.

—Escuchad, os aseguro que mi padre ha tenido esta reacción en muy raras ocasiones, así que no la estropeemos. Isaac, sé el Isaac Robles que está ahí fuera. Un solo cuadro.

Él no dijo nada durante un minuto entero. Su expresión era de derrota, su boca mostraba un gesto de abatimiento. Teresa, a su lado, se tiraba de la chaqueta de punto con ademán nervioso.

—Pero es que no es suyo —susurró.

—Lo será si yo se lo regalo —replicó Olive.

—Usted se volverá invisible, señorita. Se está traicionando a sí misma...

—Estoy haciendo justo lo contrario. En lo que a mí respecta, voy a ser muy visible. Si el cuadro se vende, estaré en París, colgada en una pared. En todo caso, estoy siendo egoísta. Es perfecto: toda la libertad para crear, pero sin tener que sufrir el alboroto.

Isaac miraba alternativamente su cuadro y la puerta de la cocina, más allá de la cual, pasillo adelante, estaba *Mujeres en el trigal* aguardando en su caballete, entre las exclamaciones de Harold, que aún se oían. La botella de champán que había preparado Teresa se abrió con un sonoro estampido y Sarah se echó a reír. Los ojos del joven iban y venían entre dos posibles Isaacs.

—No lo hagas —le rogó su hermana—. Señorita, vaya allí y dígalas que el cuadro es suyo.

—Isaac, ésta podría ser tu oportunidad de hacer algo extraordinario.

De improviso, él empujó la puerta de la cocina y salió al pasillo. Cuando se perdió de vista, Olive se volvió hacia Teresa con los ojos relampagueantes.

—Sube esta pintura a mi habitación. Y no refunfuñes. Todo va a salir bien. Escóndela debajo de la cama. —Observó la mediocre versión que había hecho Isaac de su rostro—. ¿Así es como me ve tu hermano?

—No lo sé —respondió Teresa—. No es más que un cuadro.

—Sé que en realidad tú no opinas eso —replicó Olive con una sonrisa.

Si aquella sonrisa pretendía ser un gesto de perdón por lo que había hecho, desde luego no sirvió para levantarle el ánimo. Teresa observó cómo Olive salía al pasillo, igual que había hecho Isaac, y cómo se abría de nuevo la puerta de la salita. Ya a solas en la cocina, oyó risas y el repetido tintineo de copas.

XI

Isaac regresó confuso a su casa. Estaba muy cansado y resacoso. Harold había hablado del cuadro por teléfono con una mujer; ella había expresado interés y, al día siguiente, él partiría hacia París. Los Schloss le habían implorado que se quedase a cenar para celebrar la ocasión, pero Isaac no tuvo fuerzas. Se sentía medio hombre. Casi tenía la esperanza de que el cuadro no se vendiera, de que la venganza de Olive contra sus padres fuera un capricho adolescente que pronto quedase olvidado, algo que recordaran más adelante con una sonrisa. La gente. Olive deseaba ayudar a la gente, decía. Lo que deseaba era ayudarse a sí misma, y él sabía que se lo había posibilitado.

Se palpó los bolsillos buscando un cigarrillo, lo encendió, le dio una profunda calada y expulsó el humo con un suspiro. ¿Qué estaba haciendo? Al empezar a subir la cuesta que llevaba a su casa, vio los milanos trazando círculos en el cielo. Empujó la puerta y de nuevo le vino a la memoria la fiesta y el beso contra la verja de la finca. Tenía la sensación de que había transcurrido un año desde aquello. La insistencia de Olive en acompañarlo a la iglesia había revelado que poseía una espontaneidad y una rebeldía que él admiraba. No se había percatado de cuán profundos eran aquellos rasgos de su personalidad.

Simplemente debería haberse abstenido de acercarse a la finca. Debería haber rechazado el encargo de pintar el cuadro, debería haberle dicho a Teresa que buscara trabajo en otra parte, no debería haber abordado a Olive en mitad de la oscuridad, con su vestido de noche y el cabello al viento. Debería haber ido derecho a la salita con su propio cuadro. No era su intención engañar a nadie y no quería hacerlo.

El sonido de unas pisadas sobre la grava lo hizo volverse. Era Olive, que corría por la cuesta hacia él. Se paró para recuperar el resuello, e Isaac, inmediatamente alerta, la esperó.

—Sólo quería decirte que lo siento. Todo va a salir bien, te lo prometo. Si mi padre vende el cuadro, el dinero será para ti. Ya está. Se acabó.

—¿No habrá más?

—Te lo prometo, Isaac. Será sólo ese cuadro.

—Está bien. —Hizo ademán de marcharse.

—¿Y también fue sólo un beso? —preguntó Olive.

Isaac se volvió de nuevo y ella se acercó un poco más, hasta quedar justo fuera del alcance de su brazo. Se miraron fijamente.

Isaac no quería oírla más y estaba cansado de sí mismo. La tomó por la cintura y la atrajo hacia él para besarla apasionadamente en la boca. Con ese beso Olive sintió que cobraba vida, e Isaac notó la fuerza con la que respondía su cuerpo devolviéndole el beso, pero se obligó a apartarse.

—He deseado esto desde el día en que nos conocimos —le dijo Olive.

Isaac dejó escapar una risa áspera.

—¿Cómo dices?

Ella dio un paso atrás.

—Me has dado esta oportunidad, Isaac. Y me preguntaba por qué... y pensaba que... bueno, pensaba...

—Esta oportunidad no te la he dado yo. La has tomado tú.

—Me parece que los dos somos capaces de ver esto con bastante claridad.

—¿Estás segura? Lo que hemos hecho es exactamente lo que haría un niño. Los tres, cuchicheando en la cocina. Es una fantasía. Sólo mi hermana ha intentado inyectar un poco de sinceridad en el asunto.

—No estaba hablando del cuadro, Isaac. —Él guardó silencio. Por el semblante de Olive cruzó una expresión de miedo—. Así que no me deseas —dijo.

Isaac sintió que algo se derrumbaba en su interior. Se volvió hacia su casa y oyó que Olive iba detrás de él.

—Yo sólo... Lo único que quiero es estar contigo.

Isaac siguió andando y oyó los pasos de la joven.

Cerró la puerta y ambos se quedaron mirándose de frente. Aunque había poca luz, vio que ella se llevaba una mano a la blusa y se desabrochaba el primer botón. Y que después continuaba, metódica como un sargento, un botón tras otro, hasta que la blusa le resbaló de los hombros y vio que no llevaba sujetador.

Se quedó frente a él, mostrando su torso perfecto y la falda como una tela inmóvil que ocultaba la forma de sus muslos. Olive debía de creer que Isaac estaba pensando en ella, pero no era así; estaba pensando en aquella mujer que había perdido tiempo atrás, Leticia, ella con veintisiete años y él con quince, y en lo agradecido que se sintió al día siguiente por su generosidad, por el hecho de que en ningún momento se hubiera reído de él, por el detalle de tratarlo como si fuera el hombre que tan desesperadamente deseaba ser.

Dio un paso hacia Olive y le rodeó la cintura con los brazos. Ella dejó escapar una exclamación ahogada cuando él la subió a la mesa; sus pies apenas rozaban el suelo. Se puso rígida mientras le pasaba un dedo desde el cuello, entre los senos, hasta la cinturilla de la falda. Se estremeció, arqueó la espalda y levantó las caderas, y en ese momento Isaac se dijo: «¿Por qué no?» Acercó la boca a sus pechos y empezó a besárselos sin cesar. Oyó la profunda inhalación de ella cuando su dedo le acarició la cara interna de un muslo y se deslizó dentro de sus bragas. Olive tensó las piernas.

—¿Más? —murmuró él.

Hubo una pausa.

—Más —contestó ella.

Entonces le levantó la falda hasta la cintura, se arrodilló y le separó los muslos. Cuando pasó la lengua por la tela de las bragas y oyó que Olive lanzaba otra exclamación ahogada, se detuvo.

—¿Más? —preguntó.

—Sí —respondió ella.

De modo que apartó la tela a un lado, introdujo la lengua y empezó a besarla y a lamerla con toda la boca.

—¿Esto es real? —dijo Olive en un susurro, pero un momento después no pudo seguir hablando.

Isaac continuó y ella no tardó en empujar las caderas hacia él, sus grititos ahogados fueron aumentando de intensidad hasta convertirse en un fuerte gemido. Se echó a temblar encima de la mesa, con los brazos estirados en la madera rugosa. Isaac, sujetándole las piernas con las manos, se incorporó para contemplarla: la espalda que un momento antes se arqueaba ahora estaba relajada, y en la cara, vuelta hacia un costado, no se veía nada más que una sonrisa, expresión inequívoca de triunfo y felicidad.

—¿Más? —preguntó.

Olive abrió los ojos, separó un poco más las piernas y lo miró.

—Más —respondió.

III

LAS CHICAS DEL LEÓN

Octubre

1967

El primer relato que publiqué en Inglaterra apareció entre las páginas 74 y 77 de la *London Review* del mes de octubre de 1967. Se titulaba «La mujer sin dedos en los pies» y hasta le pagaron a alguien para que dibujara una ilustración de acompañamiento. Se les pasó poner la «e» final de mi nombre de pila, de modo que parecía que el cuento lo hubiese escrito mi padre. Todavía conservo dos ejemplares de esa edición en particular: el que compré para mí y el que le envié por correo a Puerto España a mi madre, que me fue devuelto años más tarde, después de que ella falleciera.

Mi madre había escrito en su ejemplar un comentario: «¡Mi chica!», y observé divertida que había añadido con bolígrafo la «e» que faltaba. Años más tarde, en su funeral, mi prima segunda, Louisa, me contó que la señora Bastien había prestado ese ejemplar del *Review* a todas sus amigas, como si fuera una biblioteca constituida por una única mujer, y que había insistido muy firmemente en que tan sólo podían tenerlo una tarde cada una. Creo que mi cuento lo leyó más gente en Puerto España que en los sectores literarios de Londres. Lo que nunca sabré es qué opinaban de él.

Fue a Quick, por supuesto, a quien hubo que reprocharle —o agradecerle— que el relato llegara a manos del director. Creo que le encantó la simetría de que yo hubiera dejado el escrito sobre su mesa, y ella sobre la mía un ejemplar de la revista en la que se publicó. Me resultó curioso que aquel día, sentada en su jardín, me hubiera exhortado a no tener en cuenta la opinión de los demás y en cambio ahora sometiera un escrito mío a la aprobación de las masas.

—Mira en la página setenta y cuatro —me dijo, a la vez que se rascaba con furia la base del cuello.

Lo hice, sentada en aquel despacho sin vistas del Skelton, deseando que se marchara para poder quedarme sola y estudiar aquella visión de mi casi-nombre impreso en la página. Pero Quick no se movió de ahí y yo tuve que reprimir el tsunami sonoro que deseaba soltar a lo largo y ancho de la plaza, un grito de satisfacción tan potente que habría volado por encima de los tejados y llegado hasta el condado de Kent. El nombre de mi padre, Odell Bastien, y, a continuación, lo escrito por su hija. Juré que la próxima vez no faltaría ninguna «e», pero por el momento serviría tal como estaba. Por lo menos, el contenido era mío.

Quick sonrió, y el efecto que tuvo dicho gesto en su semblante adusto fue transformador: jubiloso, juvenil, brevemente iluminado por una sensación de placer. Ese día llevaba unos pantalones verde oscuro, un poco acampanados, y una blusa de seda con lazo, estampada con un dibujo repetitivo de hojas marrones, muy propio de la temporada. Reparé en que la tela de los pantalones le formaba ligeras bolsas en los muslos; estaba claro que había adelgazado.

—Era un cuento excelente —me dijo—, por eso lo envié. Incluso te he conseguido un dinero por él. Treinta libras.

—¿Treinta libras?

—Espero que te parezca bien. No te importará que lo haya hecho...

—No sé cómo darle las gracias. Gracias.

Quick se rió, sentada justo frente a mí, mientras tanteaba el bolsillo del pantalón para sacar un cigarrillo. Lo encendió y le dio una profunda calada.

—No me lo agradezcas —me dijo—. Es un relato maravilloso. ¿Te basaste en algo que sucedió en

Dolcis?

—Más o menos.

Quick me miró sin parpadear.

—¿Qué se siente al ser una autora publicada?

Volví la mirada hacia la página, aquella tinta que no se podía borrar, la engañosa permanencia del papel. Me sentía exaltada, mi mente era una catedral y había un grupo de fieles deseosos de visitar mi altar.

—Es increíble —contesté.

—Será mejor que escribas más —dijo Quick—. No lo dejes. Por lo visto, funciona.

—Así lo haré. Gracias, gracias otra vez.

Fue hasta la ventana, con el cigarrillo en la mano, y contempló el callejón en el que estaban congregados los fumadores. Yo no me la imaginaba mezclándose con ellos, un ave del paraíso entre los canarios.

—¿Me habrías dejado echarle un vistazo si hubieras sabido lo que iba a hacer? —me preguntó.

—No lo sé —respondí. Era una buena pregunta.

—Me picaba la curiosidad. En fin, aquí tienes unas vistas horribles. ¿Este despacho lo eligió Pamela? Podemos conseguirte uno mejor.

—Aquí estoy bien, gracias. Si tuviera buenas vistas, seguramente me distraería del trabajo.

Quick enarcó una ceja.

—Qué puritana.

Podía burlarse cuanto quisiera, a mí me daba lo mismo. Había publicado algo. Quick se quedó en la ventana, de nuevo dándome la espalda.

—¿Qué tal si te cuento las últimas noticias de Reede sobre el cuadro del señor Scott? Se lo ve muy orgulloso de sí mismo. Al parecer, vamos a organizar una exposición. Quiere titularla «El siglo devorado», pero no podemos hacerlo con una única pintura.

Percibí un tono de desdén en su voz. Además, tenía el cuerpo ligeramente encorvado, como si acogiera en su seno una bola de dolor.

—No lo sabía —dije.

Quick se volvió hacia mí.

—¿No? ¿Va todo bien entre el señor Scott y tú?

—Sí. No. Sólo ha habido un malentendido.

—Comprendo. —Se enderezó y apoyó la espalda en la pared—. ¿Quieres hablar de ello?

—No hay gran cosa que contar. —Quick me traspasó con la mirada, de modo que, de mala gana, tuve que continuar hablando—. Estuve en Surrey, en casa de su madre.

—¿Fue agradable?

—Sí. Estuvimos cenando y después Lawrie me dijo que me quería. Pero yo no se lo dije a él. Y a partir de ahí se estropeó todo. Llevamos tres semanas sin hablarnos.

Quick dio una profunda calada a su cigarrillo.

—No es definitivo. He visto cómo te miraba, lo tienes en la palma de la mano.

—Yo creo que no. No fui muy amable.

—Odelle, no tienes por qué hacer, o decir, nada que no quieras. No creo que él te quiera por tu amabilidad.

—Pero no me ha llamado. No lo he visto.

—¿Y eso te molesta?

Me quedé atónita cuando noté el escozor de las lágrimas.

—Sí.

—Pues entonces se arreglará. No le des más vueltas. Según mi experiencia, no sirve de nada. ¿Pasaste mucho tiempo en la casa?

—Unas horas.

—¿Era grande?

—Bastante. No llegué a ver gran cosa.

Contemplé la posibilidad de contarle a Quick lo del folleto que había robado y guardado en mi bolso, pero algo me lo impidió. Tal vez fue mi renuencia a parecer una ladrona, pero puede que el modo en que ella gravitaba constantemente hacia el tema de Lawrie y el cuadro también me empujara a obrar con cautela. Dada su actitud con él, era posible que se abalanzase sobre cualquier cosa con tal de perjudicarlo, aunque no entendía qué importancia podía tener en todo aquello un folleto olvidado hacía tanto tiempo. Tal vez Lawrie y yo estuviéramos enfadados, pero no quería que Quick lo dejara aún más indefenso ante cualquier ataque.

—Ven a cenar conmigo esta noche —me dijo—. Tomaremos champán.

—¿Champán?

—Me siento victoriosa. Tengo un par de chuletas de cordero que es urgente consumir. Y tú necesitas que alguien te dé una palmadita en la espalda.

Dudé un momento. Estar a solas con Marjorie Quick era siempre una experiencia muy intensa, y después de la última vez, la del jardín, no sabía si me apetecía repetir. Pero luego pensé que me esperaba otra noche en aquel piso vacío, con la única compañía del crepitar de la radio y unos libros que ya había releído varias veces, y de repente decidí que no me apetecía estar sola.

—Gracias —respondí—. ¿Invitamos a Pamela?

—Ella no querría venir. Y, además, sólo tengo dos chuletas.

Sentí que no podía insistir, porque no era mi casa ni mi cena ni mi champán. Pero sí recuerdo que pensé que no sería ningún problema acercarse a la carnicería y comprar una chuleta más para Pamela. Quick parecía empeñada en que fuese yo sola.

—Bien —dijo, tomando mi silencio como un sí—. Pues ya está. Hasta luego, Odelle. Podemos irnos juntas en taxi. Y de nuevo, bien hecho. Me siento muy orgullosa.

Cuando al finalizar la jornada fui a buscar a Quick a su despacho, encontré la puerta cerrada. A través de la madera se oían voces: la suya y la de Edmund Reede, más airado que nunca.

—Deberíamos convertir esas discrepancias en oportunidades —estaba diciendo—. ¿Por qué me desautorizas, Marjorie?

—Edmund... —empezó Quick, pero él la interrumpió.

—En el pasado te he tolerado muchas cosas, pero tu obstinación en este caso resulta absurda. —Siguió un silencio y después Reede suspiró—. Ya has visto las cuentas, has visto lo que está pasando. No consigo entender tu renuencia. Es un cuadro asombroso, posee una historia, tiene un hombre atractivo detrás; de hecho, dos, si contamos al pintor además del propietario. Acudirá mucha gente, incluso es posible que vendamos algo. Los del Guggenheim van a enviarme lo que tienen, pero ya hay mucho aquí. El misterio de ese Robles... ¿cómo murió? ¿Quién ordenó su muerte y por qué?

—Eso no tiene nada que ver con el cuadro, Edmund —respondió Quick.

—No estoy de acuerdo. Su historia personal es un reflejo de la escena internacional. Prefigura en menos de una década la desaparición de centenares de obras de arte en época de los nazis y, en muchos casos, de sus creadores y sus familias.

—Pero el arte es lo primero, ¿eh, Edmund?

Reede ignoró ese reproche.

—Robles es universal. Cuando contemos la historia de este artista, estaremos contando la historia de la guerra.

Oí el chasquido del encendedor de Quick.

—Me sorprende que precisamente tú quieras contar la historia de la guerra —dijo—. Yo no veo ninguna intención política en ese cuadro.

—A ver, Marjorie, ¿cuál es el problema? Siempre hemos sido francos el uno con el otro.

—¿De veras?

—Ya me entiendes. Tan francos como era posible.

Quick guardó silencio durante un rato que pareció muy largo.

—No hay problema —dijo—. Lo que sucede es que su intención política no es la que tú estás imaginando. No trata de la guerra tal como tú la ves, Edmund. No trata del artista como hombre, sino del lienzo. Dos muchachas frente a un león.

Me asombró que hablaran de esa manera tan fluida e íntima. Pamela había dicho que se conocían desde hacía años, y se notaba. Tenían un trato casi fraternal, y Reede se dirigía a Quick como si estuviera charlando con uno de sus amigos del club.

—Aceptaremos nuestras discrepancias, Marjorie, tal como llevamos haciendo desde siempre, que yo recuerde —dijo Reede.

Oí que él se acercaba hacia la puerta, así que volví corriendo por el pasillo a mi despacho y esperé a que fuera Quick la que viniera a buscarme. Por lo visto, Quick había capitulado, aunque yo no sabía con seguridad en qué asunto. Se resistía a la idea de organizar una exposición, pero yo seguía sin ver claro cuál era el verdadero motivo de su rechazo, de aquel menosprecio intermitente y de aquel miedo. Al

parecer, se oponía a cualquier comentario filosófico de Reede acerca del cuadro, más todavía que a la idea de exhibirlo en público.

Y, efectivamente, al rato apareció Quick junto a mi escritorio, ojerosa y alterada.

—¿Lista? —me preguntó—. Hay un taxi abajo.

Fuimos juntas hasta la salida. Al pasar ante el mostrador de recepción miré a Pamela y vi confusión en su rostro. Me sorprendió sentir que estaba traicionándola al marcharme así con Quick, cuando ella trabajaba con tanto ahínco como yo y llevaba allí más tiempo. Pero no podía echarme atrás, estaba demasiado intrigada con el enigma de Quick, demasiado empeñada en averiguar qué estaba ocurriendo en realidad.

Acabada la cena, Quick me invitó a pasar a la salita que había en la parte delantera de la casa. Ella se acomodó en un elegante sillón de color gris, con unos brazos de madera que parecían las cuerdas de un arpa. Todo lo que poseía, aparte del gramófono, era estiloso y moderno.

—Aquí estás, haciendo compañía a una vieja —comentó—. Me siento culpable.

—No tan vieja —repliqué—. He venido encantada.

No habíamos hablado mucho durante la cena; un poco acerca de Pamela, Reede y los donantes a los que éste tenía que cortejar, de lo mucho que odiaba coquetear con ancianas marquesas que vivían recluidas en húmedos castillos en los que aguardaban a saber qué tesoros pudriéndose en los desvanes.

—¿Hace mucho que conoce a Reed? —pregunté.

—Mucho. Es una buena persona —añadió Quick, como si yo hubiera dicho lo contrario.

Estábamos bebiendo coñac, y sonaba un tranquilo concierto para piano en el gramófono en la habitación contigua. Quick cerró los ojos y se quedó tan quieta, las dos en total silencio, que pensé que se había dormido. El resplandor de la lámpara de la mesita que tenía al lado le teñía la cara de un tono naranja. No me pareció que fuera de esas personas que llevan a un invitado a casa y luego se quedan dormidas en medio de una conversación. Tenía cincuenta y tantos años, no noventa, pero resultaba muy apacible verla reposar, y no quise molestarla. Me pregunté por qué mostraba tanto interés por mí: el envío de mi relato a la revista, las invitaciones a comer, las solícitas preguntas acerca de Lawrie y de mi futuro.

Aunque el tiempo aquel mes de octubre era muy suave, la chimenea eléctrica estaba encendida. Quick incluso se había echado un chal por los hombros. Noté que el coñac me había calentado el cuerpo y pensé en la posibilidad de marcharme. Ya estaba a punto de levantarme de la silla cuando de repente Quick, todavía con los ojos cerrados, me preguntó:

—¿Has hablado alguna vez con Lawrie acerca de su madre?

Volví a sentarme.

—¿De su madre?

Abrió los ojos de golpe, y advertí en ellos una resolución leonina.

—Sí, de su madre.

Me vino a la memoria el suicidio y caí en la cuenta de que debió de ocurrir en una de las habitaciones por las que yo había estado deambulando. De repente, eché de menos a Lawrie y deseé que empezáramos de nuevo: una salida al cine, un paseo por el parque, pero no tenía la menor idea de qué hacer para conseguirlo. No podía permitir que él se fuera distanciando lentamente, como había sucedido con Cynth.

—Nunca me hablaba de ella —mentí.

—Entonces debe de ser que piensa muchísimo en ella. Si fuese dada a las apuestas, me jugaría dinero. Si no se le pone remedio, el dolor es una olla a presión. Llegará un día en el que simplemente explota.

—¿Usted cree?

Apuró su copa de coñac.

—Las cosas se derrumban. Poco a poco. Se remueven sin que te des cuenta. Hasta que te das cuenta.

Dios, tengo las piernas rotas, y eso que no he movido los pies. Y durante todo ese tiempo se te estaba echando encima, Odelle, todo orquestado por un desconocido, o por un Dios al que nunca conocerás. De pronto, un día, alguien lanza una piedra y, ya sea por casualidad o por cálculo, esa piedra choca contra la ventanilla del coche de un idiota poderoso que busca vengarse, o que quiere impresionar a su querida, y ¡zas!, los soldados entran en acción. Al día siguiente, tu pueblo desaparece en un incendio y, por culpa de la estupidez, por culpa del sexo, tu cama se convierte en un ataúd.

No se me ocurrió ninguna forma de responder a aquella perorata. Sexo, muerte, ataúdes... ¿Cuántas copas se había tomado? No vi qué relación guardaba todo eso con Lawrie. Me quedé mirando el calefactor.

Quick se inclinó hacia delante, y los brazos del sillón crujieron.

—Odelle, ¿tú confías en mí?

—¿Respecto a qué?

Volvió a reclinarsse, a todas luces frustrada.

—Entonces es que no. Si confiaras, simplemente habrías dicho que sí.

—Soy una persona precavida, eso es todo.

—Yo sí confío en ti, ¿sabes? Sé que eres una persona de la que puedo fiarme.

Creo que esperaba que me mostrara agradecida, pero en vez de eso sentí una profunda incomodidad.

El calefactor me estaba dando más y más calor, estaba cansada y veía a Quick de un humor extraño.

Dejó escapar un suspiro.

—Es culpa mía. A pesar de todas las conversaciones que he tenido contigo, seguramente soy aún más reservada que tú.

Como no podía estar más de acuerdo, no intenté persuadirla de lo contrario.

—No estoy bien —confesó—. No estoy bien en absoluto.

Era cáncer, dijo. En fase terminal. Cáncer de páncreas con un desenlace inevitable. Mi cuerpo se resintió al oírle decir eso, lo cual era egoísta, pero muy previsible. Supuse que la atroz circunstancia de sufrir ese cáncer había hecho que Quick quisiera tener a alguien en casa con ella, un deseo que posiblemente la había sorprendido y la había vuelto aún más brusca. Quick, que llevaba tantos años a solas con sus secretos, ya no quería seguir estándolo. Tal vez el hecho de haber conseguido que publicaran mi cuento, y por lo tanto de haberme dejado en deuda con ella, fuese un retorcido plan para satisfacer su simple necesidad de compañía. Cuando a uno se le está agotando la vida, puede que esas decisiones no parezcan tan invasivas ni tan dramáticas, y que por consiguiente uno las tome voluntariamente. Por eso le había hablado a Edmund Reede sin miedo a las represalias: porque sabía que no iba a tardar mucho en sufrir la más radical de todas.

Al mirar atrás, pienso, en efecto, que Quick quizá me viese como la hija que no había tenido, como la persona que perpetuaría su esencia después de que ella muriera. En nuestro primer encuentro me había dicho que yo le recordaba a alguien a quien había conocido. Sospecho que dicha persona fue la compañera más cercana que había tenido en su vida. Nunca lo sabré con seguridad, y ella no llegó a mencionar ningún nombre, pero la expresión que vi en su rostro cuando lo dijo me hace pensar que así era. Me miraba con una ternura mezclada con pánico, como si al aproximarse demasiado fuera a perder de nuevo lo que ya había perdido una vez.

Sentada en aquella habitación demasiado caldeada, me di cuenta de lo pequeña que era Quick y de lo

cansada que estaba. Y aunque me pareció injusto que alguien tuviera que sufrir algo así en soledad, creo que no lloré. Quick no era de esas personas ante las cuales uno se echa a llorar a no ser que el llanto sea absolutamente irrefrenable, y como lo que estaba en juego era su propio dolor y su propia pérdida, me habría sentido como un monstruo si me hubiese puesto a sollozar cuando ella permanecía con los ojos secos y fumando aquellos cigarrillos que contribuían a acelerar su fin. Quick era una curiosidad, un ser de otra época, ajena a las emociones típicas; en su presencia hacías lo mismo que ella.

—Bueno, di algo —me instó.

—¿Lo sabe el señor Reede? —pregunté.

Quick soltó un bufido.

—No, por Dios. Y no debe enterarse.

—¿Lo sabe alguien más?

—Nadie. Pero no te preocupes, no te lo he contado a ti porque quiera que seas mi enfermera.

—¿Por qué me lo ha contado?

Quick cogió la botella de coñac y rellenó su copa.

—¿Sabes qué? Me diagnosticaron el cáncer el día que tú empezaste a trabajar en el Skelton.

—¡Madre mía! —exclamé.

Recordé el momento en que vino a mi mesa aquel primer día, su rostro arrebolado, su manera de defenderse de las preguntas que le hacía el viejo camarero sobre su ausencia del trabajo.

—Así es —dijo—. Fue un día de altibajos. Muerte inminente seguida por Odelle Bastien.

—No imagino por qué iba yo a resultar tonificante.

Quick encendió otro cigarro, el último de la cajetilla.

—No tienes ni idea.

No pude evitar pensar en cuánto tiempo le quedaría de vida, pero no quise preguntarle si lo sabía, y tampoco interesarme por la medicación que debía de estar tomando ni por nada de carácter práctico. Me pareció demasiado brutal, como si estuviera preguntándole por su fecha de caducidad. Todavía estaba allí, llena de energía y vitalidad.

En el silencio que se hizo a continuación entre nosotras, cogí mi bolso y saqué el folleto de la galería de arte. Todavía me pregunto por qué lo hice, porque tuve la sensación de estar traicionando a Lawrie. Creo que se debió al orgullo que me produjo saber que Quick confiaba en mí. Era el consuelo que podía ofrecerle, aunque ignoraba si iba a servirle de algo.

Quick cogió el folleto casi como si estuviera esperándolo.

—Esto estaba en casa de Lawrie —dijo.

—¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Porque desde el momento en que he mencionado tu visita a esa casa, ardías en deseos de contarme algo.

—No sabía que fuera tan transparente —me lamenté.

Quick sonrió.

—No eres tan transparente. Es que tengo mucha práctica. —Desplegó el folleto, se lo puso con delicadeza sobre las rodillas y fue siguiendo con el dedo el mensaje escrito a lápiz. «Ni rastro»—. ¿Había alguna otra cosa junto a esto? —me preguntó.

—No. Sólo un montón de papeles encima del alféizar de la ventana. Facturas de la carnicería, programas de actos de la iglesia.

—¿Programas de actos de la iglesia? —repitió ella alzando las cejas.

—Un concierto de villancicos, concretamente.

—Entiendo.

—¿Qué cree usted que significa eso de «Ni rastro»? ¿Puede ser el título de un cuadro?

—Imagino que será algo más simple. Alguien estaba buscando algo y no lo encontró.

—Usted sabe lo que estaban buscando, ¿verdad, Quick?

Levantó la vista y vi que el fuego de la chimenea confería un tono avellana a sus pupilas.

—¿Ah, sí?

—Bueno —dije—, es que... muestra mucho interés por la madre de Lawrie. Y por el cuadro.

—«Interés» no es el término que emplearía yo.

«¿Obsesión? ¿Miedo? —pensé—. No voy a pronunciar estas palabras.»

—Bueno —balbucí, notando que Quick se ponía tensa—, parece reacia a la idea de que el cuadro se exponga al público.

—No soy reacia a que ese cuadro se exponga, más bien pienso que debería verlo todo el mundo.

—De acuerdo —contesté—, pero eso no es lo que dijo la vez pasada. Dijo que Lawrie debería llevarse a su casa.

Quick respiró hondo.

—No estoy muy contenta con la forma en que Reede planea usar esa pintura. Hasta que recibamos más información de la institución Guggenheim, seguiré teniendo mis dudas.

—¿Y qué dudas son esas?

El semblante de Quick adoptó una expresión angustiada. Ya se la había visto antes, a través del ojo de la cerradura, cuando Lawrie regresó al Skelton para seguir hablando con Reede. La mirada de Quick iba y venía, recorriendo la alfombra que nos separaba. Continuaba respirando como si fuera a hablar, pero no decía nada. Era frustrante, pero yo sabía que si abría la boca echaría a perder la pequeña posibilidad de que por fin revelase algo.

—Ese cuadro no lo pintó Isaac Robles, Odelle —dijo finalmente, asiendo con fuerza el folleto.

Mi corazón empezó a latir más deprisa.

—Pero en la fotografía aparece de pie delante del lienzo.

—¿Y? Yo podría ponerme delante de muchas obras de arte y salir en una fotografía. Eso no quiere decir que sea la autora.

—La tomaron en su estudio...

—Odelle, no es que crea que no lo pintó él, es que lo sé con seguridad.

Esa última frase atravesó el espacio que nos separaba y me alcanzó en el estómago. Algo me hizo estremecer y me puso la carne de gallina, como ocurre cuando escuchamos una verdad y la sentimos en todo el cuerpo.

Debí de parecer idiota.

—No lo pintó él, Odelle —repitió Quick con los hombros caídos—. No fue él.

—Entonces, ¿quién fue?

Mi pregunta lo estropeó todo. El gesto de Quick se tornó afligido, envejecido, raro. Al mirarla, yo misma experimenté un ligero malestar y cierto miedo, porque se la veía aterrorizada.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté—. ¿Quiere que llame a un médico?

—No. Es tarde. Estoy bien. —Pero noté que le faltaba el aliento—. Deberías llamar a un taxi. Tengo el número de teléfono en el vestíbulo. No te preocupes, lo pago yo.

Me levanté y, con paso inseguro, dejé la salita y salí al vestíbulo, frío y oscuro, y una vez allí encendí la luz de la mesa donde estaba el teléfono. No había ningún número a la vista. Detrás de mí, la casa estaba en silencio. De pronto percibí una presencia en las sombras y sentí un hormigueo en la espalda. Me volví y vi algo en la escalera que se acercaba a mí. Me agarré al borde de la mesa. El gato de Quick

entró en el círculo iluminado por la luz amarilla y se sentó muy quieto delante de mí, mirándome con sus ojos verdes. Nos contemplamos unos instantes y tan sólo el débil movimiento de su caja torácica me convenció de que no era un animal disecado.

—Mira en el cajón —me dijo Quick con la voz quebrada, haciéndome dar un respingo—. Dentro hay una agenda. Busca en la «T» de taxi.

Me volví de nuevo hacia la lámpara sintiéndome idiota y rezando para que en las sombras no me esperase nada más que aquel minino.

Todavía no sé si lo que sucedió a continuación fue otro de los planes urdidos por Quick para confundirme aún más o si, por su enfermedad y por la gran cantidad de medicación que tomaba, simplemente no era consciente de lo que yo iba a encontrar.

Saqué la agenda del cajón, donde estaba sepultada entre mapas viejos, rollos de cuerda y ratoneras sin abrir. Busqué la «T» de taxi y vi dos cosas. La primera: en la «S», con la tinta negra característica de Quick, se veía escrito lo siguiente:

*Scott. La Casa Roja
Baldock's Ridge
Surrey HAS-6735*

Y la segunda: un papel, pequeño y blanco, doblado en dos y embutido entre las páginas de la agenda.

—¿Va todo bien? —preguntó Quick.

—¡Perfecto! —Me tembló la voz—. Estoy en ello.

Miré la dirección de Scott sin comprender. Aquello podía haberse escrito hacía poco, desde luego. Quick debía de haber investigado por su cuenta a Lawrie y al cuadro, y bien sabe Dios que eso no me sorprendía lo más mínimo. Que Quick pudiera conocer a la familia Scott era inverosímil. Y Lawrie tampoco había dado muestras de conocerla a ella de antemano. Por lo menos, resultó muy convincente el gesto de perplejidad que hizo cuando se encontró con ella, demasiado como para estar ocultando que ya la conociera. Y, sin embargo, allí estaba la dirección de su familia. Nada tenía sentido.

Desdoblé el papel, que resultó ser una carta, a toda prisa, consciente de que no disponía de mucho tiempo. Una fina hoja cayó revoloteando hasta el suelo. Me arrodillé para recogerla y, encorvada en la semioscuridad, la leí, todavía bajo la mirada atenta del gato de Quick. Era un telegrama y los ojos se me abrieron como platos al ver lo que decía: «QUERIDO SCHLOSS STOP FOTOGRAFÍA EMOCIONANTE STOP DEBEMOS LLEVAR A R A PARÍS-LONDRES-NY STOP BESOS PEG.» Y estaba fechado: «PARÍS-MÁLAGA 2 JULIO 1936.»

Todavía puedo verme a mí misma en el vestíbulo de Quick, arrodillada como una pecadora, sintiendo en la piel el hormigueo de unos hilos que se conectaban entre sí y de una verdad que no acababa de alcanzar. Schloss. ¿Se refería a Harold Schloss? Era el marchante que había mencionado Reede. ¿Qué demonios hacía aquel telegrama allí, en Wimbledon, en la libreta de teléfonos de Quick? Ésta se encontraba en su salita, a unos pocos pasos de donde estaba yo, pero bien podría hallarse a mil kilómetros de distancia.

Me senté sobre los talones con la esperanza de que el tiempo se detuviera para que yo pudiese pensar. «Peg.» podía ser Peggy Guggenheim, y «R» podía ser Robles. La fecha encajaba y el telegrama se había enviado a Málaga, donde, según había dicho Reede, residía Robles. Si era auténtico —y lo parecía—, era una correspondencia por la que Reede estaría dispuesto a matar. Y ahí estaba, fuera del cajón de Quick y en la palma de mi mano.

—¿Odelle? —me llamó ella, y en su tono de voz capté una nota de pánico—. ¿Estás llamando al taxi en código morse?

—Comunica. Estoy esperando —contesté.

Dejé el telegrama encima de la mesa y cogí la carta. La fecha era 27 de diciembre de 1935. Aspiré el aroma de aquel papel delgado y viejo. Tenía algo que me resultó familiar, pero no supe identificar qué era. Iba dirigida a una tal miss Olive Schloss y a un piso de Curzon Street, y decía así:

Tras su solicitud para la Escuela de Bellas Artes de Slade, tenemos el placer de invitarla a inscribirse en el curso de Bellas Artes que comenzará el 14 de septiembre del año próximo. Los tutores han quedado vivamente impresionados por la rica imaginación y el carácter novedoso que muestran sus pinturas y sus bocetos. Para nosotros será una satisfacción contar con una alumna como usted, que continúe con la rigurosa pero progresista tradición de esta escuela [...]

—¡Odelle! —Esta vez el tono de Quick fue tajante.

—Ya voy —respondí—. No me contestan.

Empecé a plegar de nuevo la carta a toda prisa y metí el telegrama dentro. Estaba a punto de coger la olvidada agenda de teléfonos, abierta por el nombre de Scott, cuando de improviso apareció Quick en el vestíbulo. Me quedé petrificada, aún con la carta en la mano. Mi cara debía de ser el vivo retrato de la culpabilidad. La luz que llegaba de la salita transparentaba la tela de la blusa de Quick. Parecía muy menuda, el contorno de su torso era demasiado estrecho.

Me clavó una mirada profunda en los ojos. Acto seguido, alargó una mano, me quitó la carta y el telegrama, los guardó dentro de la agenda y la cerró. Y entonces lo entendí todo, y en el rostro de Quick vi a una mujer más joven y sonriente, una mujer en una fotografía, un instante de felicidad mientras sostenía un pincel entre los dedos. La leyenda «O e I». «O», un círculo perfecto. La «O» de Olive Schloss.

—Usted lo conoció —susurré, y ella cerró los ojos—. Usted conoció a Isaac Robles.

El gato me rozó las piernas.

—Mataría por un cigarrillo —dijo ella.

Señalé la agenda telefónica.

—¿Quién es Olive Schloss?

—Odelle, ¿te importaría bajar a comprarme tabaco?

—Usted estuvo allí, ¿verdad?

—Se me han acabado, Odelle, ¿te importa? —Hurgaba de forma poco elegante en el interior de su bolsillo, hasta que por fin sacó un billete de una libra.

—Quick...

—Ve —me ordenó—. Hay un estanco a la vuelta de la esquina. Ve.

De modo que fui a comprarle tabaco. Atontada, entré flotando en Wimbledon Village para comprar una cajetilla y salí flotando otra vez. Y al regresar encontré la casa sumida en una oscuridad total y las cortinas corridas. El folleto que me había llevado de casa de Scott estaba en el escalón de la entrada, sujeto bajo una piedra. Me lo guardé de nuevo en el bolso y golpeé la puerta con los nudillos, varias veces, y también llamé a Quick por la ranura del correo.

—Quick, Quick, ábrame —rogué—. Ha dicho que se fiaba de mí. ¿Qué ha pasado? Quick, ¿quién es Olive Schloss?

Sólo había silencio.

Finalmente, tuve que meter el paquete de tabaco por la ranura para el correo y aterrizó sobre el felpudo que había al otro lado. También metí las monedas que me habían sobrado, como si estuviera arrojando dinero a un pozo de los deseos que jamás iba a cumplir su función. Pero seguía sin apreciarse

ningún movimiento. Me senté delante de la puerta y permanecí así media hora, con los músculos cada vez más agarrotados. Esperé a oír las pisadas de Quick, segura de que terminaría capitulando ante la necesidad de nicotina y que iría a buscar los cigarrillos.

¿Cuál era la verdad y qué era lo que yo ya estaba empezando a maquinara? Para mí tenía mucha importancia saber si Quick había querido que yo encontrara aquellas pistas en la agenda telefónica o si había sido un error. Daba la impresión de que lo había hecho a propósito; de lo contrario, ¿por qué me había invitado a su casa y me había interrogado acerca de Lawrie y del cuadro? ¿Por qué me había dicho que buscara en la «T» de taxi? Claro que también podía haber sido un error y yo había topado con sus secretos... y ahora mi castigo era aquella puerta muda y cerrada con llave.

Oí que en la calle se cerraban puertas de coche de manera arrítmica y vi que empezaban a cobrar vida las farolas. No quería que un policía me sorprendiera allí sentada, así que me levanté y me fui andando hasta la calle principal del pueblo para coger un autobús.

Fuera cual fuese la verdad, para mí ahora Quick estaba fragmentada. La fantasía de su persona perfecta y glamurosa se había hecho pedazos aquella noche. Pese a que me había confesado su problema de salud, me di cuenta de que era muy poco lo que sabía de ella. Sentí deseos de reconstruirla, de subirla de nuevo al pedestal en el que yo misma la había colocado, pero tras nuestro reciente encuentro iba a resultar imposible. A partir de esa velada, cada vez que me acordaba de Quick, no podía dejar de pensar en Olive Schloss.

Yo tenía una imaginación extravagante, y estaba convencida de que podía controlar el fantasma de Olive Schloss. Pero, si aquella noche hubiera vuelto la vista atrás y hubiera mirado hacia la ventana de Quick, habría visto una silueta orquestando mi retirada.

Abril

1936

XII

Mujeres en el trigal se vendió, y lo compró una mujer. Harold envió un telegrama a la oficina de correos de Arazuelo tres días después de partir hacia París y Olive fue a buscarlo. La compradora se llamaba Peggy Guggenheim; según Harold, era una amiga millonaria de Marcel Duchamp y estaba considerando hacer sus pinitos en el mercado del arte.

—No es una coleccionista de verdad —dijo Isaac.

—Pero tiene dinero —replicó Olive.

Guggenheim adquirió la pintura de Robles a un precio bastante elevado para tratarse de un autor desconocido: cuatrocientos francos franceses. Para Olive, el hecho de que el cuadro se hubiera vendido era algo glorioso, delirante. No tenía lógica y, sin embargo, había sucedido. Era como si *Mujeres en el trigal* fuera una obra completamente distinta de *Santa Justa en el pozo* y al mismo tiempo continuara siendo la misma. La imagen era idéntica, sólo que tenía un título diferente y había sido pintada por un artista diferente. El nombre de Olive no se conocía y aun así lo que había salido de ella era valorado. Podía crear de forma pura y también ser testigo del lado sucio pero embriagador: la venta de sus obras.

Tras lograr que su padre, sin saberlo, vendiera uno de sus cuadros, Olive pudo reconocer en su fuero interno que, en parte, su plan de asistir a la Escuela Slade había tenido como fin única y exclusivamente fastidiarlo, mostrarle que la había subestimado. Pero la compra de Guggenheim había eclipsado ese deseo: constituía a la vez un mayor reconocimiento personal para ella y una broma mucho mejor para él.

Poco después de que llegara el telegrama de Harold con la noticia, Teresa empezó a tener un sueño que resultaba extraño para alguien que siempre había vivido en una zona tan seca. El sol se encontraba en el ocaso y ella estaba en la galería; en la huerta yacía el cuerpo de Adrián, el chico asesinado. No alcanzaba a ver mucho más allá de las lamparillas que había colocado en el suelo, tan sólo el resplandor fantasmal del cadáver. De pronto, él, con su carne hecha jirones, se incorporaba y se dirigía hacia ella... Teresa no podía huir, o no quería, pese a saber que quedarse supondría su fin.

Más allá del cadáver percibía la presencia del mar, un mar ancho, negro y agitado, y se percataba de una cosa que el chico no veía: que se acercaba una ola gigantesca, una verdadera pared de agua de magnitudes bíblicas, que iba a segar su vida por segunda vez y a llevarse también la de ella. Casi le parecía notar el sabor a sal en el aire. Olive estaba chillando en alguna parte y Teresa le preguntaba: «¿Tienes miedo?» Y la voz de Olive volaba hacia ella por encima de los árboles: «No tengo miedo. Es que no me gustan las ratas.»

En ese punto del sueño se despertaba, justo en el momento en que la ola se llevaba el cuerpo de Adrián. Había soñado lo mismo tres veces, y no sólo le preocupaba el contenido, sino también que, por regla general, ella nunca se acordaba de lo que había soñado; en cambio, esa pesadilla le resultaba muy fácil de recordar. Una vez pensó contársela a Isaac, para poder reírse con él de las jugarretas de su imaginación, pero últimamente no le apetecía mucho hablar con él de sus cosas.

Desde finales de febrero hasta principios de marzo, Harold estuvo en París ocupado con el trabajo, de modo que las mujeres de la casa se quedaron solas. Teresa empezó a anhelar que regresara Harold, aunque sólo fuera para llenar la casa con ruido, con su fuerte acento cuando hablaba en inglés e incluso

con sus susurros en alemán. Estaban sucediendo demasiadas cosas en todas partes y ella no podía controlarlas. Tenía la sensación de que ella y Olive estaban orbitando una alrededor de la otra, como dos lunas opuestas. Olive solía irse al piso de arriba alegando que le dolía la cabeza o que sufría molestias femeninas. Teresa albergaba la esperanza de que estuviera pintando, pero a menudo costaba encontrarla en la casa a horas que normalmente coincidían con la vuelta de Isaac de su trabajo en Málaga.

Si Sarah se extrañaba de la repentina falta de salud de su hija y de aquellas ausencias, desde luego no lo comentaba. Pero Teresa había percibido un cambio en la actitud de Olive: desde que se había vendido el cuadro se la notaba más segura de sí misma. Estaba rebosante de energía y el efecto era muy evidente. La idea de que estuviera sufriendo dolores de cabeza era una idiotez. Teresa la veía estirándose para aspirar el aroma del jacarandá en flor, de la madreSelva y de las rosas que habían salido con la primavera temprana, agarrando los tallos con tanta fuerza que temió que acabara partiéndolos. Olive, por su parte, se comportaba en su presencia como si Teresa fuera un espectro.

Por lo que podía ver y deducir, Olive estaba volcándose totalmente en Isaac. Se preguntó si creería que al utilizar su identidad ganaba poder. Le entraron ganas de zarandearla y decirle: «Despierte, ¿qué está haciendo?» Pero era ella, no Olive, la que soñaba por la noche y sufría por el día. Empezó a arrepentirse de haber cambiado los lienzos. Se había arriesgado y había perdido, había sacrificado la única amistad que había tenido en la vida.

Teresa nunca había echado de menos a nadie. La situación revelaba una dependencia que la indignaba. El hecho de que Olive tuviera la atención puesta en otra parte era una herida abierta, una forma peculiar de tortura; la soledad resultaba difícil de cuantificar cuando su fuente estaba delante de ella, subiendo y bajando la escalera, paseando por la huerta o saliendo por la puerta principal hasta perderse de vista. Nunca sabía cuándo iba a experimentar la siguiente punzada de dolor. Y cuando la experimentaba era como si se hubiera abierto el suelo, el corazón se le subía a la boca y le impedía respirar... y no había nadie que la abrazara cuando se dejaba caer en un rincón escondido de la finca para llorar. ¿Qué le había sucedido?

Aquella noche, sola en su casa, se incorporó en la cama y ojeó las páginas del viejo *Vogue* igual que haría un niño con un libro de cuentos, saboreando cada foto y cada párrafo, subrayando con la uña las palabras que no entendía. Por último, recorrió con el dedo el rostro de la modelo y a continuación metió la revista debajo de la almohada, un mensaje de amor perpetuo dirigido únicamente a sí misma.

Desde la venta del cuadro, también Sarah estaba melancólica. Se quedaba tendida en la cama, sin hablar, contemplando cómo desaparecía hacia el techo el humo azulado de los cigarrillos de su marido. El teléfono no hacía más que sonar y sonar, pero ella nunca contestaba, y tampoco dejaba que lo hiciera Teresa. A ésta le parecía raro que Sarah ni siquiera levantara el auricular para ver si el que llamaba era su esposo. Y entonces pensaba que a lo mejor sabía demasiado bien que iba a encontrarse con una voz muy distinta a la de él, una voz de mujer que susurraba tímidamente en alemán.

Teresa se percató de las señales de alarma: el teléfono sin atender, las botellas de champán vacías a las tres de la tarde, los lomos intactos de libros dejados de lado, las raíces oscuras que le estaban creciendo en el pelo rubio. Dejó de decirse que aquéllos eran problemas de la gente rica y, para su sorpresa, y a pesar del lamentable estado en que ella misma se encontraba, empezó a sentir lástima por Sarah. La vida era una serie de oportunidades de sobrevivir y para ello era necesario mentir, constantemente, tanto a los demás como a uno mismo. Harold tenía el coche, el negocio, los contactos, las ciudades y los espacios que habitaba, múltiples y variados. Sarah, a pesar de su obvia riqueza, sólo tenía aquel dormitorio y su belleza, una máscara rígida que estaba abocándola a una putrefacción existencial.

—Yo fui quien lo descubrió —le dijo Sarah a Teresa.

Era de noche, ya tarde, y Olive estaba en el piso de arriba; la oían moverse de acá para allá. Teresa anhelaba subir, llamar a la puerta, que Olive la dejara entrar y ver qué estaba pintando. Pero se obligó a quedarse donde estaba y recogió otra camisola del suelo.

—Fui yo quien le sugirió a Isaac que nos hiciera un retrato —siguió diciendo Sarah—. Y nadie me ha dado las gracias. Harold, como de costumbre, toma las riendas y se va cabalgando hacia el crepúsculo. Ni siquiera puedo quedarme con el retrato, porque, cómo no, tiene que llevárselo para venderlo. Él mismo lo dijo: «¿Para qué dejarlo aquí, donde sólo pueden verlo las gallinas?» Pues porque era un retrato mío que le había regalado a él, por el amor de Dios.

Fuera, las cigarras habían empezado un concierto y su canto era tan agresivo que parecía que la hierba estuviera vibrando. Teresa se maravilló de que Sarah se las hubiera ingeniado para verse a sí misma en las imágenes de *Santa Justa en el pozo*. ¿Es que ninguno de ellos había visto que en el cuadro de Olive aparecía una sola mujer representada dos veces, una en todo su esplendor y otra en su desesperación? Quizá, supuso, si alguien estaba empeñado en verse de determinada manera, acababa consiguiéndolo, por más que las pruebas demostraran lo contrario.

—Ese cuadro debería haberse quedado aquí, con nosotros —dijo Sarah—. Todo esto es maravilloso para tu hermano, por supuesto, pero es una cuestión de principios. Esa pintura la hizo para nosotros. Y Harold va y se la vende al mejor postor.

—¿Ha aceptado Isaac su dinero, señora?

—No —respondió Sarah—. Y eso que lo intenté. Espero que se quede satisfecho con el de Peggy Guggenheim, es lo único que puedo decir.

Teresa sabía que Isaac había ido a Málaga a recoger el dinero que le habían enviado de París, y que acto seguido se había dirigido directamente a la sede de la Unión General de Trabajadores y había donado dos terceras partes para costear panfletos de propaganda, ropa, un fondo de emergencia para los obreros despedidos y alimentos. En cierto sentido, había que admirar la eficacia del plan de Olive, que había transformado su cuadro en una causa política y había convertido a su padre en un intermediario sin que él lo supiera. Isaac se había quedado con un tercio del dinero, un gesto que indignó a Teresa. Le dijo que se lo diera a Olive, pero Isaac replicó que Olive quería que lo tuviera él. «Tengo que comer —se justificó—. Los dos tenemos que comer. ¿O es que te apetece que este año nos alimentemos de ratas?»

Ratas. ¿Por eso había estado soñando con ratas?

—Teresa, ¿me estás escuchando?

—Sí, señora —respondió, a la vez que doblaba la última de las camisolas y las guardaba todas en un cajón del armario.

—Yo fui su inspiración.

—Estoy segura de que le está muy agradecido.

—¿Tú crees? Ay, Teresa. Ojalá sucediera algo. Estoy empezando a echar de menos Londres.

Teresa hundió las manos en el cajón de la lencería de Sarah y, sin que ésta la viera, apretó los puños. «Pues vete y llévame contigo», gritó para sus adentros, aunque sabía que era imposible. A pesar de toda la piedad que demostraba por Sarah Schloss, ésta jamás haría algo así a cambio.

XIII

La ausencia de su padre hacía que a Olive le fuera más fácil ir a ver a Isaac. Se encontraban varias veces por semana, normalmente en casa de él, mientras Teresa trabajaba en la finca y Sarah dormía la siesta. Durante los días siguientes, Olive tenía un recuerdo casi físico de sus encuentros con Isaac, del modo en que entraba en ella, de aquella sensación indescriptible de hacerle hueco, al tiempo que él empujaba cada vez más hondo, y del momento en que Isaac parecía alcanzar el puro éxtasis, a la par que ella.

Y, sin embargo, nunca se sentía saciada. Su apetito era irrefrenable, una revelación. Y le proporcionaba una gran felicidad disponer de algo que podía rememorar cada vez que se le antojase sin que se agotara nunca. Sentía que Isaac la había hecho mejor persona, que la había convertido en la mujer que estaba destinada a ser. Y después, por la noche, se encerraba en su habitación del desván y pintaba. Iba ganando seguridad en sí misma y consideraba a Isaac la clave de ello. Eso era algo que Teresa no entendería nunca, que su hermano fuera una pieza esencial para su desarrollo como artista. No podía soportar la cara de tristeza, el ceño levemente fruncido de la chica. Era la energía contraria a la de él.

Los olivos, que bajaban por las laderas del cerro en hileras apretadas, ya estaban verdeando. A lo largo de la carretera, los naranjos empezaban a dar frutos. Olive arañó con las uñas la dura cáscara de una naranja y le dejó una cicatriz. Era nueva, perfecta, el mundo era un lugar nuevo y perfecto. ¿Qué podía pintar a continuación? ¿Qué podía hacer? Todo era posible. Ahora era la Olive Schloss que siempre había esperado ser.

Cuando llegó a casa de Isaac, lo encontró leyendo una carta junto a la lumbre de leña. Se acercó para darle un beso, pero él la detuvo levantando la carta.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Es una carta de Peggy Guggenheim. Léela tú misma.

Desconcertada, Olive cogió la carta, se sentó a la mesa y leyó.

Estimado señor Robles:

Harold Schloss me ha facilitado su dirección. Perdone mi atrevimiento, pero creo que en estos asuntos es muy importante expresarse con total sinceridad. Espero que usted, al ser un artista relativamente neófito en estas transacciones, esté de acuerdo conmigo. Porque no tengo la menor intención de ser un «comprador» sin rostro; su cuadro ha dado vida a una pared de mi casa y me tiene fascinada.

Con el cerebro funcionando a toda velocidad, Olive levantó la vista y miró a Isaac.

—Oh, Isaac, es maravilloso que...

—Sigue leyendo —la interrumpió él.

Cuando Schloss me dijo que tenía una cosa especial que mostrarme, dudé. Es algo que me dicen muy a menudo los marchantes de arte, y estoy aprendiendo muy deprisa a mantener la sangre fría frente a semejantes declaraciones. Pero Schloss insistió mucho; de hecho, incluso vino a París para mostrarme el cuadro. Me dijo que era usted del país de los moros y de las noches estrelladas, de los palacios árabes y de las fortalezas católicas, de ese lugar donde el suelo está

empapado de sangre y el sol cae a plomo sobre la sierra. Señor Robles, tal vez su marchante hablara como un vienés de lo más teatral, pero he llegado a fiarme totalmente de su opinión.

Estoy encantada de haber accedido a verlo. El efecto enriquecedor que ejerce en mí este cuadro suyo va cambiando de día en día. Mis amigos, que son más entendidos que yo, afirman que su obra es una quimera, un camaleón, un placer estético y una alegría metafísica. Yo diría más bien que *Mujeres en el trigal* no es una pintura fácil de encajar en una categoría determinada, y eso es bueno. Aunque admiro que se obstine en hacer pintura figurativa en esta época de arte abstracto, eso no quiere decir que considere que usted pertenezca a una ola reaccionaria o regresiva, ni mucho menos. Usted es el principio de algo nuevo.

Los colores... ¿por dónde empezar con los colores? Bromeando con Herr Schloss, le comenté: «A lo mejor, si abrimos al señor Robles en canal, encontramos dentro un arco iris.» Pero no se apure, señor Robles, sé que tan sólo descubriremos ese arco iris a través de sus siguientes pinturas.

El espíritu general de *Mujeres* me parece mítico y desenfrenado. Sin embargo, los animales están pintados de manera escrupulosa, como si sus contornos hubieran sido dibujados por un maestro del Renacimiento con un toque de realismo, y el hecho de que usted haya elegido pintar con óleo sobre madera contribuye a esa apariencia de tradición. Es a la vez un sueño y una pesadilla, irreverente, aunque ansía encontrar alguna fe. Sin embargo, los colores de las mujeres —sus expresiones, la extensión del cielo— parecen haber brotado de un alma más moderna.

Esto es sólo mi opinión. Usted ha de hacer lo mismo que otros grandes artistas e ignorar todas las «opiniones». En cualquier caso, señor Robles, a mí me ha encantado; acéptelo o rechácelo, como prefiera.

Seguramente Schloss le habrá dicho que estoy pensando en abrir una galería en Londres el año que viene, y es mi intención que su cuadro forme parte de la exposición inaugural. No sé si seré capaz de separarme de él para ofrecerlo al consumo del público, porque no deseo compartirlo, y por el momento lo tengo colgado en la pared de mi dormitorio. Hay en él algo que llama a la intimidad, una lucha y un desafío personales que parecen tan propios de la esencia del ser humano —de la esencia de la mujer, me atrevo a decir— que ha empezado a latir dentro de mí como un segundo corazón.

Pero quiero ser una buena coleccionista, ¿sabe?, y los buenos coleccionistas siempre comparten sus posesiones. Me encantaría que usted viera su cuadro expuesto al público.

Nunca obligaré a un artista a explicarse ante mí, a no ser que él mismo lo desee, de modo que no formularé en esta carta ninguna pregunta acerca de impulsos, procesos ni deseos para el futuro. Pero sí quiero transmitirle una única petición. Schloss me ha asegurado que habrá oportunidades de ver más obras suyas, y lo único que le pido es que me considere una seguidora. Es decir, cuando le llegue el momento de mostrarse ante el mundo, me encantaría ser yo el primer puerto en el que recalase. A menudo, el primero de cualquier cosa es el más infatigable.

Su fiel admiradora,

Peggy Guggenheim

Olive se echó a reír. Era una risa atolondrada, la de alguien cuyo boleto acaba de salir premiado en la lotería. Su mente triunfadora ya estaba empezando a pensar en las transformaciones que iba a sufrir su vida a partir de ese momento.

—¡Ay, Isaac! —exclamó—, has hecho una nueva amiga. El cuadro le encanta.

—No es mi amiga.

—Venga, Isaac. No hay nada de lo que preocuparse, de verdad.

Él se quedó muy quieto.

—¿Es cierto que tu padre le ha dicho que tengo más pinturas?

Olive dejó la carta sobre la mesa muy despacio.

—No lo sé, la verdad. Pero era inevitable que se lo dijera, siendo marchante. Eso constituye la mitad de su trabajo. Había pescado a la Guggenheim, la tenía en el bolsillo y no estaba dispuesto a dejar que se le escapase, de modo que le ofreció un cebo.

Isaac se pasó la mano por la cara.

—¿Tú sabías que iba a pasar esto, Olive?

—No.

—¿Y suponías que iba a pasar?

—No lo pensé.

—No lo pensaste.

—Yo... lo único que sabía era que no podía decirle a mi padre que el cuadro era mío.

—Pero ¿por qué no? —Isaac puso un dedo sobre la carta y Olive vio que se le ponía blanco—. ¿No sería más fácil que todo esto?

—Teresa me puso en un brete. Interfirió y...

—Pues el señor Robles no tiene más pinturas —dijo Isaac, cruzando los brazos—. Ésa era la única que tenía y ahora se ha vendido. Ya no hay más.

—Sí, pero...

—Así que voy a decirle a tu padre, el marchante, que no tengo tiempo para pintar, que mi trabajo en Málaga no me lo permite.

—Te ha comprado Peggy Guggenheim, Isaac. Su tío es...

Él lanzó un bufido de fastidio.

—Escucha lo que dices. «Te ha comprado Peggy.»

—Nos ha comprado a los dos. ¿Es que no lo ves? Somos un equipo. Por un lado, tu nombre y tu cara; por otro, mi trabajo.

—Olive, esto es muy serio. No hay equilibrio entre lo uno y lo otro.

—Sólo una pintura más. Una más.

—Esto no me gusta nada. Accedí como un necio. Estaba cansado y fui idiota. Y ahora tú te comportas como un borracho que busca la botella que tiene escondida.

—Échale la culpa a tu hermana, no a mí. Yo en ningún momento deseé esta situación, pero es lo que hay.

—Podrías haberlo impedido, pero no quisiste.

—¿Entregaste el dinero a los obreros?

—Sí.

—¿Y no tuviste la sensación de estar haciendo algo? ¿No se supone que todos hemos de sacrificarnos? ¿No es ése el credo del que has estado hablándome desde el día que nos conocimos?

—¿Y qué sacrificios estás haciendo tú, Olive? Porque, a mi modo de ver, para ti todo esto no es más que una gran broma.

—No lo es —protestó ella, al tiempo que empujaba su silla hacia atrás y se encaraba con Isaac.

—Pues te comportas como si lo fuera.

—¿Por qué tu hermana y tú pensáis que soy tonta? ¿Sabes a cuántos artistas lleva mi padre? La última vez que los conté eran veintiséis. ¿Sabes cuántos son mujeres, Isaac? Ninguno. Cero. Las mujeres no son capaces, claro. No tienen la «visión», aunque la última vez que lo comprobé tenían ojos, manos, corazón

y alma. Yo habría perdido la batalla sin tener siquiera una oportunidad.

—Pero ese cuadro lo pintaste tú...

—¿Y qué? Mi padre no habría tomado un avión para irse a París con un cuadro sabiendo que lo había pintado yo. Hace ya muchos años que me di cuenta de eso, Isaac, muchos, desde antes de que tú me conocieras. Cuando llegué aquí, no sabía lo que iba a hacer con mi vida, me sentía perdida. Y entonces te conocí a ti. Y de pronto tu hermana, tu entrometida hermana pequeña, que quizá me haya hecho el favor más grande de la historia, aunque el secreto esté matándola, intervino y lo cambió todo. Y me gusta así, Isaac, y no quiero que cambie. Puede que algún día le diga la verdad a mi padre, sólo por ver la cara que pone. Es posible que eso sí sea una broma, pero lo de ahora no lo es. Ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde... para qué? Y, por favor, no digas que quieres seguir ayudando al trabajador español, no creo que pueda soportarlo.

—Pues bien contento que te pusiste al coger mi dinero.

—Era de Peggy Guggenheim...

—Que, probablemente, fuese el doble de lo que ganas tú en un año. ¿De verdad crees que no me importa lo que está sucediendo aquí?

—Puede que te importe, pero de manera superficial. No lo entiendes a fondo.

—Sin embargo, soy yo la que puede aportar dinero a la causa, no tú. Además, ¿quién dice que tú seas un experto? —Levantó las manos—. De acuerdo, Isaac. Voy a decirte por qué quiero continuar: por mí misma. Pero de paso puedo ayudar a otras personas. Quiero que mis cuadros sean tan valiosos e importantes que nadie pueda retirarlos del mercado y ocultarlos porque, Dios nos asista, han sido pintados por una mujer. Y no es sólo eso. He visto el efecto que ejerce el éxito en las personas, Isaac, cómo las aparta de su impulso creador, cómo las paraliza. No son capaces de crear nada que no sea una horrible réplica de lo que han hecho anteriormente, porque todo el mundo tiene su propia opinión acerca de quiénes son y cómo deberían ser.

—Me alegra que seas sincera. Pero seguiría siendo el mismo cuadro si estuviera firmado por ti —replicó él—. Podrías haber cambiado el mundo.

—Ay, por favor, me entran ganas de retorcerte el cuello. Pero qué ingenuo eres. De ninguna manera habría funcionado igual. No habría ningún coqueteo por parte de Peggy Guggenheim, ni ninguna exposición en su nueva galería basada en una única obra, ni nada de eso. Y «cambiar el mundo», como dices tú, me robaría toda mi energía y no me dejaría nada para pintar, que es precisamente de lo que se trata. La energía que un hombre podría emplear en... no sé, en crear obras de calidad, tú quieres que la emplee en «cambiar el mundo». Tú no lo entiendes porque has vivido tu vida de manera individual, Isaac, y, sin embargo, todo lo que haces como hombre es universal. Así que disfruta de la gloria, y también del dinero, y hazlo por mí, porque está claro que a mí no me habrían permitido hacer tal cosa.

—Un cheque de Peggy Guggenheim no va a cambiar la situación política que estamos viviendo aquí —dijo Isaac—. La ingenua eres tú.

—Pues prefiero ser ingenua que aburrida. ¿Qué os pasa? ¡Te he hecho un regalo! Teresa y tú sois igual de malos.

—Mi hermana está enfadada conmigo —dijo Isaac—. Y con razón.

—También conmigo. Ya prácticamente no somos amigas. Es un desastre. Pero dime, ¿cuándo no está enfadada Teresa?

Siguió un breve momento de unidad, de ligereza, mientras ambos pensaban en Teresa y en su ceño fruncido, en su actitud desafiante, en su sentido de lo que era correcto y en su manera poco ortodoxa de actuar para que la justicia prevaleciera.

—No creo que ella imaginara todo esto cuando puso mi cuadro en el caballete —dijo Olive—. Teresa

no me conoce en absoluto.

Isaac se reclinó en su silla y suspiró, poniendo fin así a aquella tregua.

—No. Las cosas no han salido según su plan. Pero sigues siendo su ídolo. Y yo diría que te conoce mejor de lo que te conoces tú misma.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quizá, Olive, al fin y al cabo no quisieras que tu cuadro fuese tan secreto.

Ella lo miró de hito en hito.

—¿Qué?

—Tú llevaste a Teresa a tu habitación y le mostraste tus pinturas. ¿Nunca se te ocurrió pensar que a lo mejor mi hermana iba unos cuantos pasos por delante de ti?

—Le mostré mis pinturas como amiga.

—Teresa no ha hecho esto empujada por un sentimiento de rencor. Deja de fingir que te ha causado un perjuicio.

Olive se derrumbó sobre la mesa.

—Si tanto te preocupan sus sentimientos, no deberías haberme tocado. Eso es lo que la molesta en realidad. Y no sé por qué.

—Olive, tú viniste a mí, tú querías... Está bien. ¿Qué tal si lo dejamos?

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres dejar?

—Esta... mentira. Tengo la sensación de estar engañando a tu padre y...

—Mi padre no importa. Está feliz. Encantado. Ha vendido una obra de arte y está cultivando la reputación de un artista muy prometedor que...

—Que no existe.

—Pero el Isaac Robles que hemos creado sí existe.

—Estamos dando vueltas en círculo.

—Sólo un cuadro más. Sólo uno.

—Qué manipuladora eres, Olive. No te importan los sentimientos de los demás.

—No me digas. ¿Y a ti sí? Ni siquiera has querido darme un beso al llegar. —Se miraron en silencio—. Por favor, Isaac. Ya sé que es mucho pedir. Pero tengo un cuadro titulado *La huerta* que podríamos entregarle a Peggy Guggenheim.

—Cuanto más alarguemos este juego, más peligroso se volverá.

—No va a ocurrir nada malo. —Olive se puso de rodillas al lado de Isaac y se apoyó en él juntando las manos en actitud de súplica—. Nadie va a enterarse jamás. Por favor, Isaac. Por favor.

Él se pasó las manos por el pelo con ademán nervioso.

—¿Y si Peggy Guggenheim quiere conocerme?

—No va a venir aquí.

—¿Y si me invita a mí a París? Ya ha mencionado Londres.

—Pues en ese caso rechazas su invitación. Hazte el artista esquivo.

Isaac entornó los ojos.

—No es momento para la ironía británica.

—No, lo digo en serio. Isaac, por favor.

—¿Qué harás tú por mí?

—Lo que quieras.

Él cerró los ojos y de nuevo se pasó la mano por la cara, como si pretendiera borrar sus pensamientos. A continuación, alzó a Olive del suelo, se levantó de la silla y la sacó de la cocina en dirección al

dormitorio.

—Sólo una pintura, Olive —le dijo—. Y después ninguna más.

XIV

Isaac quiso ver *La huerta* antes de que la enviaran a la oficina de Harold en París, «para saber al menos a qué le estoy poniendo mi nombre». Teresa sugirió que quizá también deberían enseñárselo a Sarah, porque sería útil que viera a Isaac con *La huerta*; reforzaría la creencia general de que el cuadro era suyo, por si acaso le mencionaba alguna vez a su marido que lo había visto.

A Olive la sorprendió su sugerencia.

—Supongo que es buena idea —le dijo—, pero creía que tú no querías tener nada que ver con esto.

Teresa se limitó a encogerse de hombros.

—Oh, es maravilloso —dijo Sarah aquella tarde, de pie ante la pintura, en la salita orientada al este.

Olive decidió apartarse, como un cangrejo, pensó Teresa, que huye de una ola enorme y no es capaz de sacar la cabeza de su caparazón. Su actitud de seguridad se había evaporado, y se sentó en el sillón de su padre a contemplar a su madre. Teresa repasó con la mirada a Sarah, con su pantalón rojo de lana, un color sangre que contrastaba con el blanco de su piel de nata. Se notaba que se había recuperado mucho.

—Es igual que nuestra huerta —dijo—, pero... diferente.

—Gracias, señora —respondió Isaac con visible incomodidad.

—¿A que es muy bueno, Liv?

—Sí —contestó su hija, sin poder mirar a Isaac a los ojos.

Sarah insistió en que Teresa fuera a buscar té y polvorones para él.

—Estamos muy contentos de tener aquí a su hermana. Sin ella, esto sería un desastre. Y también me siento muy orgullosa de haberlo descubierto a usted, señor Robles —añadió, reclinándose contra el respaldo del sofá en el que estaba sentado él. Su actitud era cálida y conciliadora—. ¿Qué se siente al ser la estrella de París? —le preguntó.

—¿Soy una estrella?

—Es el nuevo favorito. Mi marido va a ponerse como loco cuando vea esto —dijo, señalando *La huerta* con la mano—. Sinceramente, señor Robles, me alegro mucho de haberle hecho el primer encargo, aunque me cuesta compartirlo a usted con otras personas. Es una lástima que mi retrato esté colgado en la pared de otra mujer.

—Sí —contestó Isaac.

—En fin —suspiró Sarah, y sonó como si hubiera concentrado veinte palabras en dos—. Mi marido no tardará en volver a casa.

Esto último lo dijo como si Isaac no tuviera ni idea de quién era Harold.

—Me alegraré de verlo —respondió él.

Sarah sonrió y salió de la salita y, al oír cómo se perdían sus pasos por la escalera principal, Teresa tuvo la sensación de que la luminosidad del día se atenuaba considerablemente. Olive se apresuró hacia la puerta para cerrarla.

—¿Y bien, Isaac? —dijo volviéndose hacia él—. ¿Te gusta?

Todos observaron fijamente la pintura, los campos ondulados, la intensidad surrealista del color, aquella casa blanca por la que antes Isaac se paseaba a voluntad y que ahora era el hogar de otras

personas.

—¿Tiene alguna importancia que me guste o no? —preguntó.

Olive puso cara de preocupación.

—No te gusta.

—Veo el mérito que tiene, pero no es lo que yo habría pintado —comentó.

—No le gusta —añadió Teresa.

—No es tan sencillo —protestó Isaac.

Olive se plantó delante del cuadro.

—Yo creo que, en realidad, sí es tan sencillo. ¿Qué es lo que no te gusta?

—¡Por Dios! —exclamó él—. ¿Por qué tiene que gustarme? ¿No es ya bastante malo que finja haberlo pintado yo?

—No levantes la voz.

—Incluso has incluido mis iniciales.

—Era un detalle necesario.

Isaac se puso de pie.

—Lo odio —dijo con agresividad—. Y espero que tu padre también.

—Isaac...

—Que tengan un buen día, señoritas.

Olive se sentía igual que si la hubiera abofeteado. Una vez que él hubo salido de la habitación, corrió a la ventana, desde donde vio desaparecer su figura por la cuesta, en dirección a la verja oxidada de la entrada. La abrió con gesto brusco, sin volver la vista ni una sola vez.

—No se sienta mal, señorita —le dijo Teresa, dando un paso hacia ella—. ¿Qué importa que a mi hermano no le guste el cuadro?

Olive dejó escapar un gemido de frustración.

—Él puede odiar lo que yo pinto, pero yo no puedo pintar si él está enfadado conmigo. No puedo.

—Pero ¿por qué no? Usted ya pintaba antes de conocerlo.

Olive señaló *La huerta* con un gesto.

—¡Así no, así no! —Apoyó la frente en la madera ajada de la contraventana—. Y si no le gusta a él, ¿cómo podemos estar seguros de que le gustará a mi padre? Es necesario hacérselo llegar pronto, de lo contrario, perderemos el impulso con la Guggenheim.

—Estoy segura de que esperará al genio.

Olive arrugó la nariz.

—Esa palabra se utiliza demasiado. Yo no soy un genio, simplemente trabajo mucho.

—Bueno, pues la mujer esperará. Y si mi hermano no quiere, yo misma llevaré el cuadro hasta el puerto.

—¿Tú?

—Puede confiar en mí.

Olive mantenía el rostro oculto, todavía con la frente apoyada en la contraventana.

—Traicionaste mi confianza cuando pusiste mi cuadro en el caballete. Ya no sé si eres mi amiga o no.

Teresa guardó silencio unos instantes. No fue capaz de disimular que se sentía dolida. A veces, Olive era tan frívola como su madre, pese a lo mucho que se empeñaba en ser distinta.

—¿Es que no lo ve? Podría confiarme su vida.

Olive levantó la cabeza.

—Por mi vida no te preocupes, Tere. ¿Lo del cuadro lo has dicho en serio? ¿Estás dispuesta a llevarlo al puerto?

—Sí.

Olive contempló de nuevo la pendiente que bajaba hacia la verja por la que había desaparecido Isaac hacía ya un buen rato.

—Nunca he tenido una amiga de verdad.

—Yo tampoco.

—¿Alguna vez te has enamorado? ¿Alguna vez has estado con un hombre?

—Nunca.

—¿Nunca has estado con un hombre o nunca te has enamorado?

—Nunca he estado con un hombre.

Olive se volvió hacia ella.

—Pero sí te has enamorado.

Teresa sintió que se le encendían las mejillas.

—No. Me parece que no. No lo sé.

Aquella noche, Teresa no regresó a su casa. Se le permitió instalarse en un rincón del desván de Olive y ordenar los pinceles y la ropa de la artista, en un breve período de felicidad que siguió a la tregua. Olive le había revelado que iba a pintar un retrato de Isaac. Le estaba llevando mucho tiempo, pensó Teresa, teniendo en cuenta la rapidez con la que era capaz de trabajar normalmente. Los cuadernos de bocetos estaban llenos de dibujos del rostro de su hermano realizados a lápiz.

Al mirar a Olive junto al caballete y observar cómo iban tomando forma las facciones de Isaac, Teresa pensó que era un comienzo increíble. Isaac tenía la piel verdosa y una mirada agitada y claustrofóbica en los ojos; pero su cabeza era una llamarada de color: mechones de un verde hoja y amarillo canario subían hasta el borde del lienzo, donde se veía un mar de puntos de color rojo, salpicados como si fueran la estela de peligrosos pensamientos. Era un retrato lleno de furia y Olive daba la sensación de estar en trance. Teresa sabía que no había un buen equilibrio entre su hermano y aquella joven, pero dudaba de que Olive fuera consciente de esas capas de deseo y miedo que se manifestaban por su propia mano.

Olive terminó su primera tentativa de retratar a Isaac de madrugada. A las tres, exhausta, se tumbó en la cama y se quedó mirando las vigas del techo y el yeso desconchado y despegado en los rincones, iluminado por el débil resplandor de la lamparilla de noche. A lo lejos, en la sierra, se oyó aullar un lobo.

—Ven y échate aquí a dormir —le dijo a Teresa.

Ésta, que había estado en el rincón leyendo uno de los libros de Olive, lo dejó y obedeció: se subió a la vieja cama, se metió debajo de la manta color rosa oscuro y se tendió con rigidez al lado de Olive, sin atreverse a hacer ningún movimiento, no fuera a estropear aquel momento mágico.

Se quedaron las dos tumbadas, la una al lado de la otra, mirando juntas el techo, a medida que el ambiente de la habitación iba aligerándose y la energía generada por el trabajo y la concentración de Olive se disipaba en el aire, hasta que lo único que quedó fue el resplandor verdoso de la cara de Isaac sobre el caballete. Al otro lado de la ventana, ningún gallo ni perro ni ser humano rompió el silencio mientras a ellas, completamente vestidas, las iba venciendo el sueño.

Dos días después, Olive decidió ir a Málaga con Teresa. «A pasar el día —dijo—, ¿por qué no?»

—Pero ¿cuánto tiempo vais a estar? —preguntó Sarah.

Teresa supuso que se sentía inquieta porque por primera vez en muchos meses iba a quedarse sola.

—Vamos a la oficina de fletes para lo del señor Robles y después se me ha ocurrido que podríamos tomarnos una limonada en la calle Larios —dijo Olive.

—Bueno, pues asegúrate de que ese campesino os traiga de vuelta antes de que se haga de noche.

—Te lo prometo.

—No será un rojo, ¿verdad?

—Madre...

La huerta era un cuadro de gran tamaño, por lo que las jóvenes tuvieron que llevarlo entre las dos por el camino de la finca, como si fuera una camilla en la que faltara el cuerpo. Teresa se volvió hacia la casa y descubrió a Sarah junto a la ventana, mirándolas, hasta que llegaron al final de la pendiente y desapareció de su vista. El hombre de la mula estaba esperándolas en la plaza del pueblo. Teresa procuró ignorar la sensación de incomodidad que notó en el estómago cuando se imaginó a Sarah sola en la casa. Como no sabía concretar a qué se debía esa preocupación, se concentró en el placer del día que tenía por delante. Se había puesto su mejor vestido azul, se había lavado el pelo y se había perfumado con la colonia de naranja destilada que Rosa Morales, la hija del médico, fabricaba en su cocina y luego vendía. Parecía un día de feria, a juzgar por la sensación de asueto que experimentaba Teresa.

Sentada en aquel carro tirado por una mula, con *La huerta* empaquetado y apoyado contra el cuerpo, a lo largo de los treinta kilómetros que había hasta Málaga se sorprendió de lo mucho que abultaba el cuadro bajo la cuerda y el papel. No lo cuestionó, simplemente porque se sentía feliz de volver a estar en buenos términos con Olive, y hacía todo lo que ella le ordenara. Olive llevaba el pelo suelto y sus gafas de sol de montura blanca la hacían parecer tan glamurosa como su madre. ¿Para qué iba a querer estropear un día tan maravilloso?

La mula avanzaba por la carretera cubierta de polvo blanco y Olive señaló unas cintas rojas que aparecían atadas al tronco de los alcornocales. Resultaba una escena un tanto inquietante, porque parecían hilos de sangre agitándose en la brisa.

—¿Qué es eso? —preguntó en español.

El mulero giró la cabeza hacia atrás para contestar.

—Problemas.

Teresa las consideró un presagio de la violencia que podía abatirse sobre aquel país, tal como había sucedido en numerosas ocasiones a lo largo de los siglos. Nadie había visto quién había atado esas cintas —Adrián, entre otros—, pero el hecho de que hubiera personas empeñadas en adornar los árboles sugería la existencia de una actitud desafiante, un deseo de ponerlo todo patas arriba. Teresa no quería que nada se pusiera patas arriba, justo acababa de conseguir hacer aquella excursión.

Rebosando seguridad y felicidad, llegaron a la oficina de fletes y acordaron con el mulero la hora a la que debía volver a buscarlas. Consiguieron llegar justo antes de que cerraran para el almuerzo y pudieron embarcar el paquete en el buque que zarpaba aquel mismo día en dirección a Francia. *La huerta* iba ya camino de la Galerie Schloss, sita en la rue de la Paix de París.

Después, las dos jóvenes recorrieron a pie las amplias avenidas, admirando las farolas de hierro forjado adornadas con cestas de las que colgaban petunias y geranios de vivos colores rosa y escarlata. Miraron los escaparates de las tiendas y fueron señalando a las personas mejor vestidas de la alta sociedad de Málaga. Luego se internaron en las callejuelas estrechas y empedradas, en las que todas las persianas estaban cerradas para que no entrase el calor del mediodía. El ambiente era el de una metrópoli, muy distinto de aquel escondrijo rural de los cerros de Arazuelo. A Teresa le gustó ver lo impresionada que se quedaba Olive ante su ciudad natal. Tal vez no fuera Londres, pero era al mismo tiempo señorial e intemporal, según el sol cayera a plomo sobre la piedra o se reflejara en los cuidados escaparates y los ornamentados marcos de madera de las tiendas y las farmacias.

Fueron andando hasta el puerto y se sentaron a disfrutar de una limonada, mientras elucubraban sobre cuál de los enormes barcos que entraban y salían constantemente llevaría a bordo su engañoso cargamento.

—Isaac sabía que el cuadro se mandaría —dijo Olive—. Pero no quería ser él quien lo enviara. ¿Crees que estoy portándome mal con él?

—¿Lo que me está preguntando es si mi hermano seguirá haciendo esto eternamente?

Olive la miró sorprendida.

—Sí, supongo que sí.

Teresa contempló el mar.

—Para él, el dinero nunca va a ser motivo suficiente.

Estaba diciendo la verdad; nunca había sido suficiente para ninguno de los dos. Aunque Isaac se había quedado con una parte del importe de la venta de *Mujeres en el trigal*, ambos habían deseado siempre cosas que no se podían comprar con dinero: legitimidad, amor. Teresa no pensaba que Olive estuviera siendo desconsiderada, pero servirse de su hermano como fachada para sus obras no era algo que él fuese a tolerar de forma indefinida. Y en cuanto a ella misma, siempre que Olive así lo deseara, la ayudaría con mucho gusto.

Olive frunció el ceño.

—Eso ha sonado a amenaza.

—No, no —dijo Teresa—. Pero... es que es un hombre, ya sabe usted.

—¿A qué te refieres?

Teresa no supo contestar en inglés con la precisión que le hubiese gustado y, aunque le preocupaba que las acciones de Olive estuvieran acercándola a un peligro latente y aún sin definir, que se hallaba cada vez más próximo, un peligro cuya forma desconocía pero cuyo sabor ya casi podía paladear, se sentía tan feliz de estar allí, junto al mar, tomando una limonada, que no quiso que la actitud irreflexiva de Olive se interrumpiera.

—Mi hermano puede hablar por sí mismo —dijo, soslayando el asunto.

Y Olive, que no deseaba profundizar más en los elementos desagradables de aquel complot que habían urdido entre todos, volvió la cabeza y se dedicó a contemplar cómo salían del puerto los gigantescos buques en dirección al mar.

Regresaron a la finca al anochecer, cansadas y felices.

—Teresa —dijo Olive cuando llegaron a la puerta de la casa.

—¿Sí?

—No voy a permitir que te suceda nada. Puedes confiar en mí, te lo prometo.

Teresa sonrió, asombrada al oír sus mismas palabras dichas por otra persona, la segunda mitad del mismo hechizo. Una vez dentro de la casa, no vieron a Sarah por ninguna parte.

—¿Dónde estará? —dijo Olive.

El pánico que traslucía su tono de voz era infantil, muy fácil de reconocer.

—Lo más seguro es que haya salido a dar un paseo —respondió Teresa.

—Mi madre no pasea.

Olive salió corriendo a la huerta, y Teresa, con el pretexto de buscar a Sarah en las habitaciones del piso de arriba, aprovechó la oportunidad para colarse en el desván y confirmar sus sospechas. Era lo que pensaba. El retrato de cara verdosa de Isaac no estaba por ningún lado. A aquellas alturas, ya debía de encontrarse en las entrañas de un carguero, rumbo a Peggy Guggenheim.

XV

Sarah empezó a dar frecuentes paseos por la finca, un gesto sin precedentes para una persona que normalmente prefería sentarse a fumar en un sofá. Comenzó a arrancar las hortalizas ya maduras de la parcela alquilada y a meterlas, todavía con tierra adherida a las raíces, en una ancha cesta de mimbre. Anunció que iría hasta el pueblo a comprar alcachofas, y no tardó en haber una montaña de ellas en la cocina. Las flores silvestres que cogía se habían multiplicado de tal manera que Teresa se estaba quedando sin recipientes.

Diez días después de la excursión a Málaga, llegó un telegrama de Harold. Teresa bajó a recogerlo, regresó a la finca a la carrera y se lo entregó a Olive, que estaba desgranando guisantes con su madre en la mesa de la cocina.

—«GENIO DE CARA VERDE LLEGA A GUG STOP TAMBIÉN COMPRA MAGNÍFICO HUERTA STOP REGRESO FIN SEMANA STOP» —leyó Olive en voz alta—. Peggy Guggenheim ha comprado los dos cuadros —añadió jadeando—. Isaac va a alegrarse mucho.

—No sabía que fueran dos —dijo Sarah, al tiempo que introducía la uña en una vaina de guisantes para vaciarla.

Teresa reparó en que el esmalte de uñas se le había saltado un poco y que no había hecho nada para remediarlo.

—Era *La huerta*, pero Isaac tenía otro cuadro, un autorretrato.

—¿Tú lo has visto? —le preguntó Sarah.

—Sólo un momento. Por lo visto, papá va a volver ya.

—Justo cuando por fin había dejado de sonar el teléfono —suspiró Sarah.

Teresa fue al fregadero a lavar los platos. Sarah dejó la vaina de guisantes, ya vacía.

—Querida —dijo—, ¿te gusta estar aquí?

—Me he acostumbrado. Ahora me gusta mucho. ¿A ti no?

Sarah miró por la ventana de la cocina. El jardín y la huerta se veían rebosantes de frutos y de flores, de madreselva, dama de noche y todas las naranjas y aceitunas que Harold les había prometido en enero, cuando llegaron allí sin conocer a nadie, congelados, desaliñados y arrastrando todavía los efectos de uno de los nubarrones de tormenta de Sarah.

—No sé si diría que me gusta. Tengo la sensación de llevar aquí diez años. Un sitio como éste llega a... saturar. Como si fuera la personificación de los campos que pinta Isaac. —Se volvió hacia su hija—. Es extraordinario cómo los captura, ¿no te parece?

—Sí.

—¿Cómo crees tú que lo hace?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Es un genio.

Olive suspiró.

—Nadie es un genio, madre. Eso es pereza mental. La clave está en la práctica.

—Ah, la práctica. Pues yo podría practicar toda la vida y no llegar a pintar nunca nada que fuera igual de bueno.

—Te veo mejor, mamá —le dijo Olive.

—Sí, me siento mucho más fuerte. Tu padre me trajo de Málaga esa última tanda de pastillas y no las he tocado.

—¿En serio? ¿Tú crees que es buena idea? Nos diste un buen susto a Tere y a mí cuando volvimos de Málaga y no te vimos por la casa. Me preocupó que pudieras haber...

—Yo no haría una cosa así, Livvi. Eso es imposible.

Continuaron desgranando guisantes en silencio. A su madre le había dado el sol y se la veía tranquila, controlada. Una vez más, a Olive le resultó doloroso ver lo atractiva que era y lo poco consciente que era de serlo: llevaba el cabello enmarañado y el vestido de verano arrugado, como si acabara de sacarlo de un baúl. Las raíces del pelo le habían crecido mucho, pero no parecía dar importancia a ese detalle. Su rubio oscuro natural formaba un vivo contraste, extrañamente agradable a la vista, con las puntas teñidas de un tono más claro. Olive sintió deseos de pintarla, de capturar aquella actitud calmada, con la esperanza de poder absorber una parte para sí.

—Ya casi estamos en verano —comentó Sarah, interrumpiendo los pensamientos de su hija—. Va a hacer mucho calor.

—Cuando hacía frío, te quejabas.

Sarah se rió de sí misma. Aquello también era raro en ella.

—La idea de tu padre de venir aquí no fue tan desacertada. Nada desacertada. —Alargó el brazo y cogió la mano de su hija—. Te quiero mucho, ¿sabes, Liv? Mucho.

—Dios santo. ¿Qué demonios te pasa?

—Nada. Nada. Sólo quiero que lo sepas.

Sarah salió a la galería con su cajetilla de tabaco y con el último *Christie*, enviado por una amiga suya desde Londres, y Teresa empezó a fregar las baldosas del vestíbulo. Olive fue detrás de ella y se detuvo en la zona seca a la que Teresa aún no había llegado.

—Teresa, ¿querrías posar para mi próximo cuadro? —le pidió en voz baja—. Me encantaría que me sirvieras de modelo.

La chica se puso en tensión y apretó los puños en torno al mango de madera.

—No me dijo usted nada del segundo cuadro que llevamos a Málaga —replicó.

—No deseaba causarte más problemas.

—¿Problemas?

—Mira, ya sé que tú piensas que todo esto me degrada como artista.

—¿Qué quiere decir esa palabra?

—Que me hace de menos. Tú piensas que Isaac está recibiendo más importancia de la que se merece, pero es lo que yo deseo. Yo deseo libertad. Tú eres amiga mía, Tere. Déjame que te haga un retrato.

Teresa se incorporó y, con gesto pensativo, hundió el paño en el cubo de agua sucia. En cierto modo, reconoció que había deseado que llegara ese momento desde que había visto a Isaac en el cuaderno de bocetos. Y la decisión de ayudar a Olive a continuar con su engaño: llevar los cuadros a Málaga, asegurarse de que Sarah todavía creyera que el autor era Isaac, ocuparse de la limpieza del desván, todo eso tenía como finalidad algo no tan noble: deseaba que le hicieran un retrato. Deseaba que Olive quisiera retratarla.

Subió al desván detrás de ella, consciente de que se había apartado del papel que tenía asignado. Una sola vez volvió la cabeza para mirar el suelo, sólo brillante a medias, y el cubo abandonado, acusatorio. Ya había dejado de ser la criada que quitaba la suciedad de la casa: ahora iba a dejar una huella tan permanente que nadie la olvidaría jamás.

Iba a ser una representación de santa Rufina, le dijo Olive, al tiempo que echaba la llave de la puerta del desván.

—Ya he pintado *Santa Justa en el pozo* y ahora tú serás mi santa Rufina. Al fin y al cabo, fuiste tú quien me contó la historia.

Teresa asintió con la cabeza, pues no se atrevía a hablar. ¿Qué diría Isaac cuando descubriera que Olive lo había pintado con la cara verde y se lo había enviado a Peggy Guggenheim haciéndolo pasar por un autorretrato? ¿Cuándo iba a comprender que aquella joven produciría un cuadro tras otro sin parar? Olive estaba convencida de que su fuente de inspiración era Isaac, pero Teresa pensaba que ya no había nada que pudiera hacer su hermano —ni tener una rabieta, ni retirarle el cariño— para frenar aquel torrente.

—¿Rufina con sus cacharros de barro, Rufina con el león o Rufina decapitada con su hermana? —dijo Olive, principalmente para sí misma—. La última opción es siniestra, pero corresponde al momento de apogeo, aunque esté en el fondo de un pozo.

Teresa oyó esa palabra tan poco usual, «apogeo», y supuso que significaría algo así como «perdón».

—No hay nada que perdonar —dijo.

Olive sonrió.

—Me alegra que pienses así, Tere.

Había decidido abandonar el formato de díptico que había empleado para *Mujeres en el trigal* y pintar una única escena. Al final, quiso que estuvieran incluidas todas las partes de la historia; por consiguiente, Rufina aparecería representada de cuerpo entero, pero también llevaría su propia cabeza en la mano.

—Podría pintarla con la cara de usted —sugirió Teresa, y al instante deseó no haber dicho eso, porque seguramente iba más allá de sus atribuciones.

Olive se mordió el labio y consideró la idea.

—Bueno, primero voy a pintarte a ti —dijo— y ya decidiré más tarde si pongo mi cara o no. Se supone que es una sola persona. Pero lo que es seguro es que voy a poner pan de oro en la melena del león. Y que va a ser manso como un gatito.

Olive acomodó a Teresa en la silla que solía ocupar ella cuando la chica le cepillaba el pelo. Había mucha seguridad en su mano, estaba trabajando en el espacio en el que se sentía confiada y con muchas posibilidades.

—Qué mirada tan solemne —comentó, mientras aplicaba el pincel al lienzo tratado previamente—. Qué ojos tan oscuros y atentos, junto a esa naricilla respingona que tienes. Isaac y tú os habéis grabado a fuego en mi cerebro.

Su expresión fue haciéndose cada vez más ausente, a la vez que iba distanciándose de los elementos externos que había en la estancia y se concentraba en su visión artística. Teresa permanecía al margen y, sin embargo, sentía que ella era la fuente. Se sumergió de buen grado en su papel de espectro, en el que podía desaparecer y ser lo que Olive quisiera que fuese. Nunca se había sentido tan invisible y al mismo tiempo tan vista.

XVI

Al final, Harold regresó la primera semana de junio, conduciendo él mismo desde el aeropuerto de Málaga.

—¿Dónde está? —preguntó, nada más aparcar el Packard—. ¿Dónde está mi prodigio?

Las mujeres lo aguardaban en la entrada de la casa, protegiéndose los ojos del sol. El saludo de Harold fue superficial. «Ha estado con ella», pensó Teresa, mirándolo de arriba abajo cuando se acercó a la puerta. Se lo veía saciado, bien alimentado, y aun así mostraba una sonrisa un tanto forzada. Parecía tener el aire de un hombre que está apartándose del vicio y volviendo a la rectitud de la vida virtuosa. «A lo mejor le compró a ella un billete para París.» El tímido alemán de aquella misteriosa mujer, que había ido borrándose poco a poco de la memoria de Teresa, volvió a cobrar vida: «*Harold, bist du es?*»

Miró a Sarah. Tenía una expresión contenida, como si estuviera reservando energías, haciendo acopio de fuerzas. «¿Lo sabrá?», se preguntó Teresa. Sí, lo sabía.

—Hola, querido —dijo Sarah—. Isaac no vive aquí, ya lo sabes.

Harold se acercó a su mujer con cautela y le dio dos besos, uno en cada mejilla.

—¿Así que ahora es Isaac? —A continuación, se volvió hacia Olive—. Te veo muy bien, Liv. De hecho, te veo maravillosa.

Olive sonrió.

—Gracias, papi. Tú también estás estupendo.

Teresa bajó la mirada con la esperanza de que Harold no le adivinara el pensamiento.

—Buenos días, Teresa —la saludó en español.

Ella levantó la vista. A causa del largo trayecto tenía barba de un día. Distinguió el olor a viaje y la posibilidad de que en su piel llevara mezclado el aroma de otra persona.

—Buenos días, señor.

—Ve a buscar mi maleta, haz el favor.

Ella bajó el escalón para hacerlo. Era tal la intensidad con la que se sentía incluida en la vida de los Schloss que apenas podía respirar.

Aquella noche, Teresa estuvo esperando a su hermano a la puerta de su casa, mientras las sombras iban alargándose y las cigarras, con su canto, empezaban a construir su muro de sonido. Isaac apareció al pie del cerro a eso de las siete, y a ella le sorprendió verlo tan cansado; daba la impresión de que llevara encima una carga invisible.

—Ya ha vuelto —dijo a modo de saludo.

Isaac dejó caer su petate de lona en la hierba, donde hizo ruido al chocar.

—¿Qué llevas ahí dentro? —le preguntó Teresa.

—Ya lo verás.

Se sentó en el suelo y luego se tumbó boca arriba, con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza.

—Hay una cosa que debes saber —dijo ella, irritada por esa respuesta evasiva—. Olive no te lo ha dicho, pero envió a París un cuadro más. No te enfades. Se ha vendido. Quería decírtelo yo antes que Harold. —Su hermano permaneció tumbado y asintió con la cabeza. Luego se palpó el bolsillo de la

chaqueta y sacó un maltrecho paquete de tabaco—. ¿Estás enfadado, Isaac?

—No.

—Pensaba que te sentaría mal. ¿Cómo es que no?

—¿Quieres que me sienta mal? ¿Para qué? Ya lo ha hecho. Y no me sorprende.

—Más dinero para la causa, supongo.

—Eso siempre.

—Isaac, sé lo que está pasando.

Isaac levantó la cabeza para mirarla.

—¿A qué te refieres?

—A que sé lo que hacéis los dos. Aparte de los cuadros. Sé que Olive se ha enamorado de ti.

Por el semblante de Isaac cruzó una expresión de alivio, al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Olive —dijo.

—¿Tú estás enamorado de ella?

Él se incorporó y le dio una calada al cigarrillo, luego dobló las rodillas y volvió la mirada hacia la sierra. Ya estaba anocheciendo y habían empezado a salir los murciélagos de las arboledas del valle. El aire era templado, la tierra aún irradiaba calor.

—Se marcharán —contestó—. No se quedarán mucho aquí. Su sitio es la ciudad, los salones.

—Sarah sí. Harold quizá. Pero Olive no.

—Te ha convertido en una romántica.

—Todo lo contrario. Yo la comprendo, nada más. No te dejará, te seguirá adondequiera que vayas.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque dice que sin ti no puede pintar.

Isaac se echó a reír.

—Puede que sea verdad en cierto sentido. Pero el que esté enamorada de mí no justifica este lío.

—Yo creo que no te necesita en absoluto.

—Lo cual tampoco me sorprende, Teresa.

París había sido un éxito, según contó Harold; ahora, Isaac Robles era la estrella polar del firmamento de la Galerie Schloss. Al día siguiente, después de comer, con las piernas estiradas en la salita que daba al este y bebiendo una copa de fino, Harold les dijo, sin albergar la menor duda, que gracias a *Mujeres en el trigal*, *La huerta* y *Autorretrato en verde* sus socios y él estaban experimentando un renacimiento.

—A través de Duchamp, la gente se ha enterado de que Peggy quiere comprar obras de arte —explicó—, pero yo he llegado primero. Está increíblemente emocionada por recibir la siguiente pieza, la compañera de *Mujeres en el trigal*. Pero quiere una fotografía de cómo va el cuadro, si es posible. ¿Lo es, Isaac?

Olive se echó al colete otro trago de coñac.

—¿La «compañera»? —repitió Isaac.

—No te estaré agobiando... —dijo Harold—. Si es así, dímelo. No es necesario que le enviemos ninguna fotografía si no quieres. Lo que prefieras. Posees un gran talento, Isaac. De verdad. Estoy deseando ver tu futuro.

—No va a ser como esperamos ninguno de los aquí presentes —replicó el joven—. Señor Schloss, le he traído una cosa.

Olive dejó la copa de coñac e hizo ademán de ir a levantarse de su asiento, pero Isaac buscó en su petate y sacó una pistola. El acero del cañón brillaba a la luz. Nadie pronunció una palabra mientras él la sopesaba en la mano.

—¿Es auténtica? —preguntó Sarah.

—Auténtica, señora.

—¿Por qué diablos nos has traído un arma? —exclamó Harold con una carcajada—. Tráeme un cuadro, por Dios.

Olive se reclinó en su asiento con el alivio pintado en el rostro.

—¿Sabe manejar un arma, señor?

—Sé disparar, y he disparado.

—¿Y las mujeres?

—Por supuesto que no —contestó Sarah—. ¿Por qué lo preguntas? Esto es de lo más dramático.

Isaac colgó un viejo saco de harina, relleno de tierra, de una rama que sobresalía de un alcornoque situado al fondo de la huerta. Había una palabra impresa sobre la áspera tela de arpillera: «HARINA», y entre todos acordaron que la diana improvisada sería el espacio que quedaba entre la «R» y la «I». Se agruparon detrás de la fuente de piedra y se pusieron en fila para probar puntería, casi en medio de un ambiente festivo; el saco balanceándose tontamente, los pájaros huyendo despavoridos del árbol cada vez que detonaba la pistola.

Harold acertó en la última «A». Sarah dio en el tronco del árbol y le pasó la pistola a Isaac diciendo que nunca volvería a tocarla, luego se tumbó de espaldas en la hierba y se puso a contemplar el cielo con las manos apoyadas en el estómago. Isaac acertó en el centro de la «N» y pareció avergonzado. Le entregó la pistola a Olive, y Teresa se dio cuenta de que sus manos se rozaban.

Olive se situó en la línea de tiro y alzó la pistola. Cerró un ojo y apretó el gatillo. Cuando la bala salió despedida, soltó una exclamación al notar el retroceso.

—¡Liv! —gritó su padre.

—Estoy bien.

—No, casi has dado en el centro.

Olive miró el saco con gesto de sorpresa.

—¿Ah, sí?

A Teresa le pareció lógico que tuviera tan buena puntería y mano firme.

—Repítelo —dijo Harold.

—No. Ha sido pura casualidad.

Sarah levantó la cabeza para mirar el saco acribillado a balazos.

—Liv, posees un talento oculto. Quizá deberíamos inscribirte en competiciones.

Teresa se apresuró a coger la pistola que sostenía Olive, e Isaac acudió a su lado para comprobar que estuviera recargándola correctamente. Pero su hermana se zafó de él y se ocupó de la pistola sin necesidad de ayuda.

—Esta arma la has comprado con tu dinero, ¿no? —le susurró.

—No va a ser la última. Es una T33 soviética —contestó él con una nota de admiración en la voz.

—¿Vas a dársela a ellos?

—Es posible que la necesiten.

—¿Por qué? ¿Intentas protegerlos, o más bien ponerlos en peligro?

—Céntrate en el blanco, Tere. Y no levantes la voz.

A Teresa le hubiera gustado saber cómo podía obtener su hermano armas soviéticas, aunque en cierto modo prefería ignorarlo. Se concentró en levantar la pistola, con las piernas separadas y sujetándose la muñeca con la otra mano. Tenía todo el cuerpo en tensión, los músculos contraídos, la mandíbula apretada con tanta fuerza como el sátiro de piedra que adornaba la fuente. Respiró hondo y apretó el

gatillo. «Tú no eres el único que caza conejos», pensó. La pistola se disparó y la bala surcó el aire y penetró con total precisión en el nudo que ataba el saco a la rama del árbol. Al tiempo que Isaac lanzaba un grito de frustración, todo el tinglado se vino abajo y cayó en la hierba. La tierra que el saco llevaba dentro se desparramó y el juego se terminó.

Aquella misma tarde, Harold dijo que se iba a Málaga. Quería visitar una bodega y comprar más coñac. Sarah anunció que se iba con él.

—Necesito ir a la farmacia —dijo—. Y luego me gustaría tomar un café en la calle Larios y dar un paseo por la orilla del mar.

Teresa advirtió que Harold titubeaba, pero que al final accedía.

—Buena idea, así llenarás los pulmones de aire. Isaac, ¿te apetece acompañarnos? Una persona que conozca la zona podría sernos de gran ayuda a la hora de elegir el coñac.

Pero Isaac, que —como bien sabía Teresa— habría disfrutado mucho yendo en un coche tan potente, puesto que tenía que contentarse con una bicicleta, no sentía el menor deseo de ir con ellos, así que rechazó cortésmente el ofrecimiento.

—Claro —contestó Harold—, tendrás trabajo.

Olive e Isaac los despidieron desde la puerta de la casa.

—Podríamos tomar ahora la fotografía para Peggy Guggenheim —propuso Olive cuando el coche se hubo perdido de vista—. Mi padre tiene una cámara en su estudio.

Isaac no decía nada, se limitaba a mirar fijamente la verja, que se había quedado abierta de par en par.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

—He sido un idiota.

—Nada de eso.

—Creía que tu felicidad y tu seguridad en ti misma se debían a que te habías enamorado de mí.

—Y así era. Así es.

—Yo no lo creo. Yo creo que eso siempre lo has llevado dentro y que estaba esperando a salir. Simplemente ha dado la casualidad de que he aparecido yo ahora, en este momento en particular, para que tú me utilices a modo de lienzo.

—Yo te quiero, Isaac —dijo Olive. La declaración se quedó a medio camino, suspendida entre los dos.

—No me quieres a mí, sino las paredes de la casa de la Guggenheim. ¿Cómo va a terminar esto, Olive? —preguntó—. Porque va a terminar.

Ella se volvió hacia él y le apoyó una mano en el brazo, pero Isaac la rechazó.

—Te he hecho enfadar —le dijo—. Pero te quiero y...

—Dijiste que sólo habría un cuadro más. Pero siempre viene otro detrás. Una cara de color verde, y luego otro, y otro.

—Lo siento. Lo siento mucho. Éste será el último, te lo prometo. Lo juro. Lo juro por mi vida.

Él se volvió para mirarla de frente.

—¿Esto lo planeasteis mi hermana y tú desde el principio?

—Por supuesto que no.

—Pues ahora se la ve muy cómoda con la situación. Habla igual que tú. Ella siempre tiene algún plan.

—No, Isaac, nunca ha habido ningún plan. Ha ocurrido sin más.

—Teresa es una superviviente. Fue ella quien puso tu cuadro en el caballete, pero no creas que siempre va a ponerte a ti primero.

—¿De qué estás hablando?

Isaac se rió sin humor.

—Soy famoso en París, una ciudad que nunca he visitado. Pinto retratos de mi propia cara que nunca he visto. Me estás robando, Olive. Tengo la sensación de que, cuanto más visible soy, más invisible me vuelvo. —Se le había atascado la respiración en la garganta y se lo notaba abochornado, con el habla entrecortada—. Y después de todo esto, esperas que me crea que me quieres.

—Yo no espero nada, Isaac. Nunca he querido que te sintieras así. Es verdad que te amo. Pero en ningún momento he esperado que tú me amaras a mí. Me he dejado llevar, ya lo sé. Pero he... hemos tenido tanto éxito... Nunca pensé que pudiera ser tan fácil...

—No es fácil, Olive, nunca lo ha sido. No puedo, ya no quiero seguir con esto. Y si le envías un solo cuadro más a la Guggenheim, no me responsabilizo de mis actos.

—¿Qué quieres decir con eso? Isaac, me estás asustando.

—El cuadro en el que estás trabajando ahora... debes destruirlo.

Olive puso cara de horror.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque es lo mejor que he pintado en toda mi vida. Porque lo aguardan en París.

—En ese caso, no puedes esperar que yo colabore.

—Isaac, por favor. Por favor...

—Me lo prometiste, Olive. Estuviste de acuerdo conmigo.

—Y tú llevas cuatro semanas sin tocarme. ¿Ése es el precio que me estás obligando a pagar por haber hecho algo brillante por una vez en la vida?

—¿Y qué hay del precio que me obligas a pagar tú a mí? Ningún hombre aguantaría a una mujer que pide tanto. Un hombre necesita una mujer que lo entienda, que lo apoye...

—¿Que lo ponga a él en primer lugar?

—Mi distanciamiento físico es un precio que tú estás más que dispuesta a pagar con tal de que la señorita Guggenheim continúe cantando tus alabanzas.

—Eso no es cierto. Te echo de menos.

—No me echas de menos a mí, Olive. Lo que echas de menos es la siguiente oportunidad de enviar un cuadro.

—Sí que te echo de menos. Ven arriba a ver el cuadro —le suplicó—. Y luego me dices si todavía sientes lo mismo.

El cuadro era del mismo tamaño que *Mujeres en el trigal*, pero parecía más grande. Isaac lo contempló detenidamente, asombrado por la sensualidad y la fuerza que destilaba. Aunque estaba sin terminar, el león ya parecía poseído por la visión de las dos cabezas de Rufina. Era una obra sobrecogedora, siniestra, revolucionaria.

—¿Ésa eres tú? —preguntó, señalando la cabeza sin cuerpo—. ¿Y la figura que sujeta tu cabeza es Tere?

—Sí y sí —respondió Olive—. Pero se supone que ambas son la misma persona. El cuadro se titula *Rufina y el león*. Ésa es santa Rufina antes y después de que la detuvieran las autoridades.

Isaac observó la pintura, el tumulto de colores y el pan de oro; la expresión curiosamente serena de Rufina sosteniendo su propia cabeza; el león esperando a entrar en acción.

—¿Te gusta? —le preguntó Olive.

—Es maravilloso.

Ella sonrió.

—Ocurre a veces. Mi mano guía a mi cabeza sin concederle demasiado tiempo para preocuparse o para pensar.

En ese momento, lo único que deseaba era que Isaac la viera como una persona llena de talento y seguridad en sí misma, y que la amara por ello.

—Hemos hecho algo maravilloso, Isaac. Estos cuadros van a hacerse famosos. —Sin embargo, él seguía concentrado en *Rufina y el león*—. Vamos a coger la cámara —añadió ella con entusiasmo—, Peggy quiere instantáneas.

—¿Instantáneas?

—Fotos. Del cuadro. Isaac, ¿de verdad quieres que lo destruya? —le preguntó con dulzura.

Él bajó la vista al suelo, y en ese momento Olive supo que había ganado aquella batalla, si no la guerra.

—Tú también serías capaz de luchar contra un león, Isaac, si tuvieras necesidad de hacerlo. Estoy segura.

—En tu caso, el león saldría huyendo. ¿Sabes manejar la cámara?

—Naturalmente —contestó Olive, nerviosa, sin poder definir qué era lo que estaba sucediendo entre ambos—. Pero... esperaba que Teresa nos fotografiara a los dos juntos.

Isaac cerró los ojos, como si lo hubiera traspasado una punzada de dolor.

—Pues venga —dijo—. Llámala.

—Soy un león —rugió Teresa, levantando la mano que le quedaba libre, fingiendo que era una zarpa, al tiempo que apoyaba el dedo en el disparador de la cámara.

Llevaba media hora haciendo fotografías más bien formales del cuadro y de Isaac a un lado del mismo, pero, en ese momento, Olive echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada con los ojos entrecerrados, mientras Isaac, impasible ante el chiste de su hermana, miraba directamente al objetivo con tal expresión de posesividad que Teresa se olvidó de que ella era el rey de la selva.

Cuando Teresa pulsó el botón y capturó a Isaac y a Olive en diversas poses, supo que algo se había roto en aquella habitación. Y por primera vez comprendió que ya no iban a poder dar marcha atrás.

Cuando una semana más tarde Isaac fue a Málaga a recoger las fotografías ya reveladas, descubrió que en varias de ellas Teresa había situado a Olive en el centro de la imagen y que el cuadro quedaba semioculto. En todas se vio a sí mismo con cara de funeral. Olive, que se había movido mucho —nerviosa tras la fuerte renuencia que había visto en Isaac—, aparecía ligeramente borrosa, con la boca entreabierta y los labios formando un mudo gesto de placer. Al verla así, con aquella expresión de alegría y de libertad, la voz de su conciencia murmuró durante unos breves momentos antes de enmudecer de nuevo.

Cuando a Harold le mostraron una foto del cuadro solo, tomada tan de cerca que resultaba imposible saber dónde la habían hecho, le preguntó a Isaac:

—¿Por qué la joven tiene una cabeza en la mano?

—En mi mente, eso representa la duplicidad y el engaño —contestó él—, porque estamos rodeados de mentiras.

XVII

Olive siguió pintando *Rufina y el león* durante el resto del mes de junio y principios de julio. De nuevo empezó a sonar el teléfono de Harold en el estudio, cada dos o tres días, y él, para atenderlo, cerraba la puerta y hablaba en voz tan baja que no se entendía lo que decía. Contó que, cuando estaba en París, las noticias que le llegaban de Viena no eran nada buenas. Se estaban cerrando muchos comercios, los delitos quedaban impunes; pero ni siquiera el hecho de que los escaparates acabaran rotos era tan aterrador como la retórica política que se lanzaban entre sí las dos facciones. A la ciudad acudían judíos de Alemania buscando refugio, pero Harold se preguntaba hasta cuándo duraría su suerte.

Dijo a su familia que iba a centrarse en la galería de París y que procuraría desarrollar una logística para que sus obras de arte salieran de Viena antes de que el negocio se resintiera. Peggy Guggenheim iba a inaugurar su galería de Londres, y él esperaba poder trasladar allí parte de su material. En Viena, muchos amigos suyos judíos estaban vendiendo sus obras de arte a precios casi irrisorios con el fin de obtener dinero para pagar billetes de tren, alojamiento, alimentos, una vida nueva fuera de Austria. Personas que se habían enorgullecido de poseer colecciones variadas, inteligentes y completas de los antiguos maestros y de los nuevos, ahora se veían obligadas a aceptar precios que doce meses antes habrían rechazado de plano.

Harold estaba taciturno, cosa nada sorprendente, y sólo se animaba cuando se hablaba de la nueva obra de Isaac Robles. Éste se había convertido en su razón de ser, la «V» de la victoria contra la estrechez nacionalista que vendían todos los periódicos; un niño lleno de colorido, un hombre con una visión, su desafío y su placer.

—Pinta, Isaac —le dijo una noche, bebido—. Sólo Dios sabe cuánto necesitamos que pintes.

Se hacía raro pensar que por toda Europa estaban teniendo lugar aquellas tempestades, cuando en Arazuelo todo permanecía relativamente tranquilo. Sarah continuaba con sus paseos por el campo; a esas alturas había una montaña de alcachofas en la cocina que nunca podrían consumir al paso que ella las recolectaba y las llevaba a casa, y Teresa las contemplaba con un mal presentimiento. Reparó en que a la señora Schloss le habían salido pecas en el puente de la nariz a causa del implacable sol de julio; había perdido su frágil elegancia y parecía estar más afianzada en su entorno. Por las noches, Teresa oía el motor del Packard; era Harold bajando la cuesta y atravesando la verja para irse a Málaga. A Sarah se la veía muy serena ante aquellas salidas de su marido. Dormía mucho y, aquejada de dolores de cabeza, se levantaba lo bastante tarde como para que Harold hubiera vuelto ya a casa al amanecer, como si no se hubiera marchado.

Olive ya no hacía comentarios acerca de las ausencias de su padre. Teresa se preguntó si no estaría aprovechándose de la circunstancia, para justificar su propio engaño con el de Harold. Quizá lo que perseguía no era alcanzar el éxito, sino humillar al enemigo; Teresa no lo sabía con total seguridad. Cuando Olive más parecía ser ella misma era cuando estaba pintando, día y noche, para terminar *Rufina y el león*.

En Arazuelo, julio era un buen mes. El aroma de la salvia y del romero, las lagartijas abriéndose paso como si fueran secretitos que salían de los muros, con sus movimientos bruscos y neuróticos, siempre

atentas a los depredadores que pudieran venir del cielo. Pero cuando se quedaban inmóviles para absorber el calor del sol, eran tan serenas, tan pragmáticas...

Era una época de sombras alargadas por las tardes, de grillos que llenaban el calor de la noche con su canto. La campiña era ahora una mezcla de tonos de perejil, manzana y limones. De flores silvestres que lo salpicaban todo de rojo y morado, de pétalos amarillo canario que se agitaban con la brisa. Y cuando se levantaba viento, se notaba en el aire un sabor a sal. El mar no se oía... pero, si uno prestaba atención, se percibía el ruidito que hacían los escarabajos al abrirse camino a través de las raíces del maíz.

De la sierra bajaba el sonido amortiguado de los cencerros de las cabras que saltaban por los riscos, atravesando el aire caliente. Las abejas zumbaban en las cabezuelas de las flores, los campesinos se llamaban a voces, los pájaros trinaban en arpegios desde los árboles. Cuando uno permanece totalmente en silencio, un día de verano produce gran cantidad de sonidos.

No lo vieron venir. Por supuesto que no. ¿Quién quiere buscarse problemas todos los días? Uno vuelve la cara durante todo el tiempo posible. Ni siquiera el gobierno lo vio venir. Tal vez más tarde, cuando los aldeanos se acordaron de que nadie había sido llevado ante la justicia por Adrián, aquel chico de la fábrica, o cuando se pararon a pensar en las cintas rojas atadas a los troncos de los árboles, o en los tiros que recibió la estatua de la Virgen, se miraron unos a otros y dijeron: «Ah, sí, estaba escrito.»

Los Schloss también estaban demasiado absortos en sus propias batallas internas para percatarse de lo que sucedía en el norte ni de lo que iba a abalanzarse sobre ellos desde Marruecos. No estaban prestando atención cuando el 12 de julio, en Madrid, cuatro falangistas mataron de un tiro a un teniente socialista de la Guardia de Asalto Republicana. Como represalia, sus amigos asesinaron al delegado de la monarquía, un prominente derechista. La vida en España y la vida en la finca estaban a punto de quebrarse y dejar correr un río de recriminaciones, ambiciones y resentimientos ocultos. Pero al mismo tiempo, en aquellos primeros días, no daba en absoluto la sensación de que fuera a estallar una guerra.

Sarah y Olive se enteraron primero por la radio. El 18 de julio, cuatro generales de los dieciocho que había en el ejército se rebelaron contra el gobierno de izquierdas y se apoderaron de sus guarniciones. El presidente del país, temiendo una revolución y una sublevación de las masas, ordenó a todos los gobernadores civiles que no distribuyeran armas a las organizaciones de trabajadores, que inevitablemente querrían hacer frente a un potencial golpe armado. Más tarde, aquella misma noche, dimitió.

Isaac llegó corriendo a la finca. Harold estaba fuera, en Málaga, por supuesto.

—¡Cojan la pistola! —gritó, y las mujeres, al oírlo, enseguida salieron de la casa.

Posteriormente, Teresa recordó las distintas expresiones de cada una. A Olive se la veía aliviada; a lo mejor creía que todavía le importaba a Isaac, tanto como para ir hasta allí corriendo porque empezaba a haber soldados por todas partes. Teresa recordó su sonrisa de satisfacción y su pulso firme cuando le servía un vaso de agua a su hermano.

Sevilla era la ciudad más próxima a Arazuelo que había caído en poder de los ejércitos rebeldes. La había conquistado el teniente general Queipo de Llano, que a las diez de la noche salió hablando por la radio para exponer sus intenciones. Isaac y las tres mujeres se sentaron en el estudio de Harold a escucharlo, con el miedo pintado en la cara mientras Queipo de Llano lanzaba su arenga por el altavoz:

—Sevillanos: ¡a las armas! —bramó—. La patria está en peligro y, para salvarla, unos cuantos hombres de corazón, unos cuantos generales, hemos asumido la responsabilidad de ponernos al frente de un movimiento salvador que triunfa por todas partes. El ejército de África se apresta a trasladarse a España para tomar parte en la tarea de aplastar a ese gobierno que se había propuesto destruir a España para convertirla en una colonia de Moscú.

—¿Una colonia de Moscú? —se extrañó Sarah—. ¿De qué demonios habla?

—¡Calla! —la instó Olive.

—Todas las tropas de Andalucía, con cuyos jefes he comunicado por teléfono, obedecen mis órdenes y se encuentran ya en las calles... Todas las autoridades de Sevilla y cuantos simpatizan con él y con el titulado Gobierno de Madrid están detenidos y a mi disposición.

—Isaac —susurró Olive—, está hablando de ti. Isaac, tienes que huir.

Él la miró y Olive vio sus profundas ojeras.

—¿Huir? No voy a huir —contestó—. ¿Crees que voy a esconderme de un hombre como ése? ¿Crees que porque Queipo de Llano haya telefoneado a unas cuantas personas van a hacer lo que él les diga? Ya nos hemos movilizado. Responderemos al ataque. No han triunfado en Madrid ni en Barcelona y tampoco van a triunfar aquí.

—¡Sevillanos! —continuaba desgañitándose el general—. La suerte está echada y decidida por nosotros y es inútil que la canalla se resista y produzca esa algarabía de gritos y tiros que oís por todas partes. Tropas del tercio y Regulares se encuentran ya en camino de Sevilla, y en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas. ¡Viva España!

—Isaac —insistió Olive con la voz teñida de pánico—. Tienen tropas, armas, militares entrenados. Piensa en lo que podrían hacerte.

De repente se oyó el motor del Packard subiendo por la cuesta a toda velocidad, seguido de un portazo.

—¿Dónde estáis? ¿Estáis ahí? ¿Lo habéis oído? —gritó Harold, entrando en el zaguán.

Al instante, Teresa se apartó del escritorio y fue a trompicones al pasillo sin luz, golpeándose con las paredes, ansiosa por salir al porche y alejarse lo más posible de todo el mundo. Se internó en la oscuridad de la huerta, notando cómo le subía la bilis a la garganta y su cuerpo vomitaba las palabras que no podía encontrar para expresar el terror que la corroía por dentro: se acabó, había llegado la ola, su país quedaría destripado, a su hermano se lo llevarían y Olive... Olive se marcharía. Sacudía la cabeza sin cesar, intentando tranquilizarse, diciéndose que había logrado alejarse... pero en el fondo oía venir a los soldados. Botas militares que se acercaban pisando con fuerza por caminos oscuros, el cañón de un fusil, la cabeza partida en dos, ningún lugar donde esconderse.

—¿Tere? ¡Tere! —Era Olive, que la llamaba—. Tere, no tengas miedo. ¿Dónde estás?

Pero Teresa sabía cómo iba a terminar ella. Allí, arrodillada, en la oscuridad, en compañía de los lobos de España.

IV

EL SIGLO DEVORADO

Noviembre

1967

12

Cuando sonó el teléfono en el pasillo, dos días después de que Quick me dejara tirada en la calle, delante de su casa, corrí al piso de abajo, aún en bata, para contestar. Al oír que al otro extremo de la línea decían: «¿Qué tal va eso, Delly?», me puse tan contenta que estuve a punto de gritar. La voz que yo quería oír no era la de Quick, ni tampoco la de Lawrie. Aquella voz era un permiso para vivir.

—¡Cynth!

—¿Sigues viva, guapa?

—Más o menos.

—Eh... Hoy tengo el día libre. ¿Quieres que nos veamos?

Sólo habían pasado dos meses. La vi antes de que ella me viera a mí. Cynthia estaba tan impecable como siempre, apoyada en uno de los leones de Trafalgar Square, con un grueso abrigo de piel que yo no le había visto nunca y un pantalón vaquero nuevo, con pernera acampanada. Estaba... genial. Había abandonado su trenza francesa y se había soltado la melena, que llevaba cortada de una forma distinta: el inicio de un peinado afro. A su lado me sentí desaliñada, con mis medias gruesas y mis tacones bajos, y con mi bufanda de lana y el gorro que me tapaba hasta las orejas, como salida de un libro de Enid Blyton. Qué se le va a hacer. Una fría mañana de noviembre en Londres; mejor no jugársela.

Me dio un vuelco el corazón al ver lo maravillosa que estaba Cynth. Contemplando el rostro de mi amiga, de mi amiga más antigua, me sentí abrumada al pensar lo lejos que había llegado yo sola. Cynth vio cómo la miraba al tiempo que iba hacia ella con los brazos abiertos, como si fuera un pajarillo que aún no sabe volar y que intenta agitar las alas.

—Ay, Cynth, lo siento muchísimo —le dije—. Perdóname. He sido una idiota, metí la pata...

—Mira, Delly —dijo ella—. Yo me casé y te abandoné. Perdóname tú también. ¿En qué estaría pensando? —Pero me guiñó un ojo—. Cuánto te he echado de menos...

—Yo también, yo también.

El semblante de Cynth se distendió en una sonrisa, y las dos nos quedamos cortadas. La emoción me cohibía: ¿cómo podía yo, una mujer hecha y derecha, comportarme de un modo tan infantil, tan efervescente? No dejaba de reír como una tonta, una actitud exacerbada por el hecho de que ella parecía sentir lo mismo que yo. Echamos a andar, pasamos por debajo del Arco del Almirantazgo y entramos en Saint James's Park para buscar un banco donde sentarnos.

—He traído golosinas —dijo Cynth, al tiempo que abría su bolso y me entregaba una bolsa de papel llena de dulces—. Estás muy delgada, Delly. ¿Qué te pasa?

—Que te he echado de menos —respondí, riéndome de mí misma e intentando demostrar que todavía tenía ánimo.

Ella soltó una sonora carcajada que casi me dolió. Qué gusto daba hacerla reír.

—Claro, venga ya —me dijo.

De modo que se lo conté todo: que había visto a Lawrie después de la boda, que habíamos estado saliendo, que él había perdido a su madre y ésta le había dejado en herencia un cuadro, la atracción que

experimentaba Quick hacia aquella pintura, mezclada con un sentimiento de rechazo. Le conté cómo habían descubierto el nombre de Isaac Robles, que Edmund Reede estaba convencido de que lo que tenían entre manos era una obra perdida de un genio olvidado y que Quick albergaba dudas al respecto, hasta la declaración que ésta había hecho la noche anterior, cuando me aseguró que, en realidad, aquel cuadro no tenía nada que ver con Isaac Robles.

Cynth se mostró más interesada por el tema de Lawrie: cómo estaban las cosas, si íbamos en serio o no... pero yo intenté centrarme más en el enigma de Quick que en mis propios sentimientos.

—Lo peor de todo, Cynth —dije—, es que se está muriendo.

—¿Se está muriendo?

—De cáncer. Me ha dicho que está en fase terminal. No se lo cogieron a tiempo. Es de páncreas.

—Pobrecilla —dijo Cynth—. Da la impresión de que está asustada, por eso te invitó a su casa. ¿Por qué se preocupará por un cuadro cuando está a punto de morirse?

—Eso es lo que me intriga a mí también. Creo que se le está agotando el tiempo para alguna cosa, estoy segura.

—¿A qué te refieres?

—Reede ha descubierto que la persona que vendió por primera vez el cuadro de Lawrie, en 1936, fue un marchante de arte llamado Harold Schloss —expliqué—. Lo cierto es que en casa de Quick he encontrado una carta dirigida a Olive Schloss en la que se la invita a estudiar en la Escuela de Bellas Artes Slade.

—Delly, ¿has estado figoneando en la casa de una moribunda?

Chasqué la lengua.

—¡No! Estaba dentro de una agenda de teléfonos en la que ella misma me mandó mirar. Pero escucha, Quick también tiene un telegrama dirigido a Harold Schloss con fecha de julio de 1936.

—¿Cómo, estaba guardado sin más en su agenda telefónica, después de treinta años?

—Ya, ya lo sé. Pero... es como si Quick hubiera querido que yo lo encontrara. Es como si lo hubiera dejado allí porque va a morir y no quiere llevarse la verdad a la tumba.

—Delly...

—Quick tenía demasiado interés en saber de dónde había sacado Lawrie el cuadro. Y anoche va y me dice que quien lo pintó no fue Isaac Robles. En este asunto, la clave está en Olive Schloss, estoy segura.

—Pero ¿quién es esa Olive Schloss?

Dejé escapar un suspiro y mi aliento formó una nubecilla de condensación en el aire.

—Ésa es la cuestión, Cynthia. Precisamente ésa. Está claro que era alguien que sabía pintar, porque de lo contrario no le habrían ofrecido una plaza en la Escuela Slade. Seguramente estuviese emparentada con Harold Schloss.

—¿Su esposa?

—Tal vez. Pero cuando uno va a estudiar a una escuela de Bellas Artes, por lo general es más joven, un estudiante.

—¿Su hija, entonces?

—Eso es lo que yo creo. Que Olive Schloss era la hija de Harold Schloss. Y en el Skelton tienen una fotografía antigua en la que aparecen un hombre y una mujer de pie junto al cuadro de Lawrie. En la parte de atrás pone «O e I», que podría ser «Olive e Isaac». Quick dice que Isaac Robles no pintó ese cuadro; entonces, ¿quién lo pintó y cómo lo sabe ella? Yo creo que Quick no es quien dice ser.

—Delly...

—Siempre me ha intrigado que no tenga ningún cuadro en la pared. ¿Por qué será? Y además se puso nerviosa cuando la interrogué acerca de Olive Schloss. Me cerró la puerta y me dejó en la calle. Es como

si quisiera que yo supiera algo, que me acercase a la verdad, y al mismo tiempo... no pudiera soportarlo.

Cynthia estaba pensativa y contemplaba los patos que se deslizaban por el estanque frente a nosotras. Más allá de los árboles asomaban los pináculos marrones de Westminster, perforando el cielo.

—Siempre he pensado que Marjorie Quick era un nombre de lo más raro —dijo.

Dejamos pasar unos instantes en silencio. Me conmovió que mi amiga me creyera, que no me dijese que estaba loca, que me hubiera escuchado mientras yo iba y venía desgranando mi relato. Eso me permitió contemplar la posibilidad de que Quick hubiera tenido antes otro nombre y hubiera vivido otra vida, una vida que intentaba recordar —y contarme a mí— desesperadamente antes de que fuera demasiado tarde. Me costaba demasiado imaginar el dolor de ver que otra persona se llevaba el mérito de tu trabajo mientras tú languidecías ignorada, sin reconocimiento alguno, sabiendo que la muerte estaba tan cerca.

—Sí, los ingleses están locos —dijo Cynth—. Y bien, ¿vas a preguntarle de qué va todo este lío?

—Pero ¿qué puedo decirle?

No resultaba precisamente fácil enfrentarse a Quick, y no estaba segura de querer que acabase escurriéndose bajo la presión de mi escrutinio. Si pudiera demostrarle que estaba de su parte, tal vez lograra hacerla salir del rincón, pero no sabía muy bien cuál era la mejor manera de abordarla.

—Yo diría que tiene sus motivos para guardar el secreto —añadí.

—En la zapatería no sucedían estas cosas —comentó Cynth con un suspiro—. Les probábamos un zapato a las señoras y nada más.

Las dos nos echamos a reír.

—Es verdad —dije yo—. Pero ¿sabes otra cosa? Quick me ha ayudado a publicar un cuento, así que estoy en deuda con ella.

Cynth sólo oyó la parte que quería oír y al momento se le iluminaron los ojos.

—¡Hala, has conseguido publicar! Eso es maravilloso. ¿Cómo se titula el cuento?

—«La mujer sin dedos en los pies.» ¿Te acuerdas de aquella señora que tenía unos pies que parecían muñones?

—Madre mía. Sí. Tengo que leerlo.

Con un hormigueo de placer al ver su entusiasmo, le dije que había salido publicado en el número de octubre de la *London Review*, pero que, si quería, yo podía hacerle llegar un ejemplar, uno o diez. Le conté cómo había ido todo y que Quick había enviado personalmente el relato a la revista.

—Creo que le caigo bien —dije—, que confía en mí. Sólo que no sé exactamente para qué.

Cynth me propinó un codazo.

—Has tenido que echar mano de una mujer blanca para hacer eso, ¿eh?, no de mí. —Fui a protestar diciendo que no tenía ni idea de lo que iba a hacer Quick, pero Cynth levantó las manos y añadió—: Es broma, es broma. Me alegro mucho. Ya era hora.

—¿Cómo está Sam? —le pregunté, deseando cambiar de tema; de repente me había puesto nerviosa al pensar que Cynth iba a leer la dramatización de nuestra vida en común en aquel relato acerca de la mujer sin dedos en los pies.

—Está bien, muy bien. —Hizo un gesto de timidez—. Tengo que decirte una cosa, Dell. Quiero decírtelo a ti antes que a nadie. Voy a tener un hijo.

Se puso muy nerviosa al decírmelo, lo cual fue una lástima. Pero, claro, había que tener en cuenta lo mal que había llevado yo que se hubiera casado y me hubiera dejado sola en el piso. Sin embargo, esta vez no iba a equivocarme. Estaba verdaderamente emocionada. Cómo no, al ver su cara de satisfacción, de miedo y de asombro, al pensar que en aquel momento había una cosita pequeña creciendo allí dentro, en lo maravilloso que era eso y en la madre tan estupenda que iba a ser ella cuando por fin naciera su

hijo.

—¡Ay, Cynthia, Cynthia...! —exclamé, y, para mi sorpresa, se me llenaron los ojos de lágrimas—. Yo aquí sentada, hablando de mujeres misteriosas, cuando tú guardabas el mayor misterio de todos.

—Delly, aunque tienes la voz entrecortada, hablas como un poeta.

—Ven aquí. Estoy muy orgullosa de ti.

Nos abrazamos, yo la estreché con fuerza y ella a mí también. Ambas nos sentíamos aliviadas y hasta lloramos un poco, porque al reaccionar con alegría la había hecho feliz.

Saldría de cuentas a principios de abril. Estaba aterrorizada, pero emocionada, y le preocupaba que no tuvieran dinero suficiente para criar al niño.

—Ya os las arreglaréis —dije, pensando en lo mucho que iba a cambiarle la vida, mientras que la mía iba a continuar exactamente igual—. Sam tiene un buen trabajo. Y tú también.

—Respecto a Lawrie... —dijo ella, a la vez que se secaba los ojos con un pañuelo de papel—, no te escaquees. Habéis discutido.

No fui capaz de disimular la sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco, Delly. Y también sé que si las cosas fueran bien habrías quedado hoy con él; en cambio, llevas unos días sin tener nada que hacer y has decidido encontrarte con tu antigua y aburrida amiga. Déjame adivinar: te ha dicho que te quiere y tú has salido huyendo.

—De eso nada.

Cynth se rió.

—Está hecho polvo, Delly. Hecho polvo. Está sufriendo.

—¿Qué? Venga ya, ¿cómo vas a saber tú eso?

—Me lo ha contado Patrick, que lo sabe por Barbara, que ha visto al pobre diablo arrastrándose por ahí como un alma en pena. No sabe qué hacer. Es buena persona, Delly. No seas tonta. Te dice que te quiere y tú vas y lo arrojas por un precipicio. —Aunque se trataba de una reprimenda, Cynth rió de nuevo.

—Pero ¿qué pasa si yo no lo quiero? ¿Por qué tengo que quererlo?

—No tienes que hacer nada, Delly. No tienes por qué precipitarte. Pero sí podrías ofrecerle alguna explicación, aunque sólo sea para dar un respiro a sus amigos.

—Lawrie es de esos hombres capaces de meter un rinoceronte en la madriguera de un conejo. No funcionará.

—Pero es que tú eres un rinoceronte, Delly, así que, como mínimo, será divertido.

Las dos nos echamos a reír, yo por el alivio que me suponía poder hablar de ese tema, y Cynth porque le resultaba refrescante tomarme el pelo, ser de nuevo más joven, tirar de los antiguos hilos y descubrir que seguían intactos. Yo continuaba sin saber lo que quería, pero me entristecía enterarme de que Lawrie iba por ahí como si le hubieran cortado un brazo.

Al cabo de una hora, más o menos, nos despedimos en la boca del metro con un abrazo y Cynth se fue a tomar la línea Bakerloo en dirección norte, hacia su nueva vida en Queen's Park. Prometimos vernos de nuevo antes de Navidad, y recordé, con un sentimiento agrídulce, que en otra época nos asegurábamos de no pasar una semana sin ponernos al día.

Mientras la observaba bajar los escalones con sumo cuidado, pensé que seguramente no era necesario que tomara tantas precauciones. De pronto se paró y se volvió.

—Una cosa, Delly. Si hablas otra vez con Lawrie, quizá sea mejor que no le cuentes esa historia de Olive Schloss.

—¿Por qué? Si es cierta...

—Bueno, sí, pero no lo sabes con seguridad.

—Aún no, pero...

—Y él desea vender ese cuadro, según he sabido por Barbara. Su padrastro va a poner la casa en venta, de modo que eso es lo único que tiene. Pero si tú vas por ahí diciendo que no es un Isaac Robles, lo hundirás. No crees problemas donde no los hay, Delly. Por una vez piensa con tu corazón, no con tu inteligente cerebro.

Me quedé mirándola mientras se marchaba, consciente de que no le faltaba razón, pero también convencida de que no podía dejar sin investigar el comportamiento de Quick.

Aquella noche llamé a Lawrie, pero respondió Gerry el Cabrón. Cuando oí su voz me quedé cortada.

—¿A quién se le ocurre llamar un domingo? —dijo.

De inmediato adopté mi tono de la BBC. No podía evitarlo: al oír hablar a un inglés como Gerry, cualquiera hacía lo posible por que su voz sonara con el mismo acento.

—Soy Odelle Bastien —dije—, ¿está Lawrie, por favor?

—¡Lawrence! —vociferó Gerry. Seguramente había dejado apoyado el auricular, porque oí cómo se alejaba.

—¿Quién es? —preguntó Lawrie.

—No he entendido el nombre, pero es una voz que suena a calipso.

Hubo unos instantes de espera y finalmente Lawrie cogió el teléfono.

—¿Odelle? ¿Eres tú?

Me resultó doloroso el alivio que se le notaba en la voz, mezclado con un deje de cautela.

—Soy yo —contesté—. ¿Cómo estás, Lawrie?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien —mentí—. He conseguido publicar un relato.

—¿Me llamas para contarme eso?

—No... es que... eso sólo es algo que ha ocurrido, nada más. ¿El que ha cogido el teléfono era Gerry?

—Sí. Lo siento. Enhorabuena por lo del relato.

Nos quedamos unos momentos en silencio. Por paradójico que parezca, no supe formar las palabras, decirle que lo echaba de menos, que estaban sucediendo cosas raras con Quick, que mi mejor amiga iba a tener un hijo y que yo me sentía como una adolescente sin ningún dominio de la situación.

—Da la casualidad de que mañana voy a la galería —dijo él en un tono de voz más apagado—. ¿Llamabas por eso?

—No. No lo sabía.

—Reede tiene más información de un tipo que trabaja en el *palazzo* de Peggy Guggenheim en Venecia. Al parecer, tiene un par de cosas interesantes.

—Entiendo.

—¿Y por qué llamas, entonces? Creía que ya no querías saber de mí.

—No... no es eso... sí que quiero. He hablado con Cynthia y me ha dicho que estás hecho polvo.

Se hizo un nuevo silencio.

—Estaba hecho polvo.

—¿Ya no?

Otro silencio.

—No debería haberme precipitado de esa manera —dijo.

—No pasa nada. O sea...

—Nunca volveré a decirte lo que te dije.

—Entiendo.

—A no ser que tú quieras que te lo diga.

—La verdad es que no sé lo que quiero que digas o que no digas —reconocí—. Lo único que sé es que cuando Cynth me ha dicho que estabas hecho polvo, me he puesto muy triste. Y me he dado cuenta de que yo también he estado hecha polvo. Y se me ha ocurrido que quizá los dos nos sintiéramos mejor si estuviésemos hechos polvo juntos.

Otro silencio más.

—¿Estás... pidiéndome una cita, Odelle?

No respondí nada, porque no podía.

—Bueno, para todo hay una primera vez —continuó Lawrie—. Gracias. Deja que consulte mi agenda...

Ah, no es necesario. Estoy libre.

Al instante experimenté un agradable calor que se extendió por mi estómago y no pude evitar que se me notara que estaba sonriendo.

—Qué oportuno —dije.

—¿A que sí? —respondió él—. Bueno, ¿dónde te gustaría que nos encontráramos?

13

Quedamos a la mañana siguiente, lo más temprano que pudimos, en Skelton Square, antes de que yo entrase a trabajar y él subiera a entrevistarse con Reede. Llevaba una botella de champán en la mano.

—Por tu primer relato publicado —me dijo, al tiempo que me la entregaba—. Es añejo, ¿sabes? Perdona que la botella esté un poco sucia, la he sacado de casa a hurtadillas.

—Vaya, gracias.

—De hecho... ya sabía lo de la *London Review*.

—¿Qué?

—En Surrey también recibimos las publicaciones modernas. Lo he leído. —Bajó la vista a sus zapatos—. Era brillante.

—Cierra el pico. —Cogí la botella. Tenía la cabeza a punto de explotar de puro placer. Miré lo que decía la etiqueta: *Veuve Clicquot*—. Lawrie, ¿podemos empezar de cero? —dije.

Él suspiró.

—No sé si va a ser posible.

Me senté en el banco y procuré combatir mi abatimiento. Estaba segura de que iba a decirme que sí. Había acudido a la cita, ¿no?

—Supongo que no —dije, levantando la vista hacia él.

—Podrías golpearme en la cabeza con esa botella de champán —sugirió.

—¿Qué?

—Así me borrarías todos los recuerdos. Pero entonces me olvidaría de la primera vez que te vi, leyendo aquel poema. O de la primera vez que hablé contigo, cuando llevabas puestos aquellos guantes amarillos de fregar. O de cómo fingiste que te había gustado la película de Bond, con tu naricita bien arrugada. O de cuando bailaste mucho mejor que yo en el Flamingo y el encargado te ofreció un empleo, o de cuando me contaste lo de aquel idiota de la zapatería. O de cuando yo lo eché todo a perder mientras comíamos pastel de carne. Va todo junto, Odelle, no va a ser perfecto. Yo, personalmente, no quiero que lo sea. Volvería a repetir aquel horrible trayecto por la A3 sólo por el placer de oír de nuevo tu voz después de tanto tiempo. No cambiaría ni un ápice de todo eso. No quiero empezar otra vez, porque eso significaría perder los recuerdos que tengo de ti.

Durante unos instantes no fui capaz de decir nada. Lawrie se sentó a mi lado, y noté el calor y la solidez de su cuerpo. Respiré hondo.

—Es que... me asusté —dije—. No se me ocurre otra forma de explicarlo. Siento que soy un caso perdido, que no valgo nada, que si alguien me quiere es porque le ocurre algo malo.

—Pero ¿por qué?

—Lawrie, si lo supiera... Y cuando te conocí, te dije cosas que nunca le había dicho a nadie. Y entonces irrumpiste con tu declaración de amor y... en fin... era como si estuvieras rellenando un formulario, siguiendo un patrón.

—¿Un patrón de qué?

—De lo que la gente hace, de lo que cree que se supone que debe decir.

—A mí nadie me dice lo que tengo que decir.

—Pero también me di cuenta de que no quería que no lo dijeras. Sólo quería que lo dijeras... cuando yo quisiera oírlo.

Lawrie se echó a reír.

—Eres una escritora, no cabe duda. Está bien. ¿Qué te parece si, cada vez que yo vea que estoy a punto de decir que me he enamorado de ti, o que te quiero, o que eres maravillosa, acordamos una señal para indicar que se acerca una declaración y tú me das permiso para continuar o frenar según mejor te parezca?

—Lo dices como si estuviera loca.

—Es broma. Lo siento. Haré lo que me pidas. Yo sólo quiero verte, Odelle. ¿Te parece bien?

—Sí —respondí. Titubeé un poco y añadí—: Mejor que bien.

—Estupendo. Genial. Pues vamos a ver qué tiene que decir el venerable señor Reede.

—Buenos días, Odelle —me saludó Quick, deteniéndose junto a mi puerta.

Lawrie llevaba unos treinta minutos con Reede. Quick parecía cansada y un poco aprensiva. Su actitud era muy distinta de cuando, en mi primera semana de trabajo, apareció al lado de mi máquina de escribir y me sugirió que almorzáramos algo ligero. «Para aclararme las ideas», dijo, aunque yo seguía sin saber muy bien a qué se refería.

—Buenos días, Quick.

Se quedó petrificada, con la mirada clavada en la botella de champán que yo tenía sobre la mesa.

—¿De dónde has sacado eso? —me preguntó.

Tragué saliva, intimidada por su expresión.

—Me la ha regalado Lawrie.

Quick volvió la mirada hacia mí.

—¿Habéis hecho las paces?

—Sí. Está aquí, reunido con Reede —dije—. Creo que están hablando de la exposición.

—Ya lo sé, yo misma programé la entrevista. —Entró y cerró la puerta. A continuación, para mi sorpresa, se acercó, tomó asiento frente a mí y se puso la botella de champán sobre las rodillas—. ¿Esto te lo ha regalado Lawrie?

—Para darme la enhorabuena por haber publicado «La mujer sin dedos en los pies». ¿Tiene algo de malo?

Quick pasó el dedo pulgar por el cuello de la botella, dejando un rastro en el polvo que la cubría.

—Es añejo —comentó.

—Ya lo sé. Quick...

—Odelle, el viernes por la noche...

Me erguí en mi asiento.

—¿Sí?

—No debería haber sucedido. Cuando te hablé de mi enfermedad rompí una barrera profesional. Te comprometí a ti y también a mí misma. No quiero tanta atención.

—Pues lo cierto es que consiguió atraer la mía.

Quick me miró fijamente, pero me negué a encogerme.

—Quiero que sepas que, pase lo que pase, tu puesto de trabajo está a salvo.

—¿A salvo?

Quick pareció sufrir un espasmo de dolor y la botella que sostenía en el regazo se sacudió.

—Me están administrando analgésicos bastante fuertes —explicó—. Ya no me queda más remedio que tomarlos. Tengo alucinaciones. No puedo dormir.

—¿Qué alucinaciones? —le pregunté—. ¿Qué es lo que ve?

Esperé, sin respirar apenas, con las manos apartadas de la máquina de escribir y apoyadas en el regazo.

Quick no respondió, y ambas estuvimos unos instantes sin decir nada. El reloj de la pared iba sincopando los latidos de mi corazón. Decidí arriesgarme.

—El viernes por la noche, usted me dijo que ese cuadro no lo había pintado Isaac Robles. ¿Se acuerda, Quick?

Ella permaneció sentada, mirándose las manos. Estaba tragando saliva, parecía que tuviera la garganta cerrada.

—¿Pintó él alguno de los cuadros que hay en el Guggenheim, Quick?

Continuó muda.

—Si no los pintó él, ¿quién fue?

—Era lo único que yo quería —dijo Quick de repente, claramente angustiada—. Sólo quería verlo.

—¿El qué? ¿Qué es lo que quería ver?

Observé horrorizada cómo abría los dedos que tenía alrededor del cuello de la botella de champán y ésta se deslizaba entre sus piernas y se estrellaba contra el suelo. La base se partió y el champán brotó de golpe y se esparció por mi despacho. Quick se puso en pie de un salto, escorada y trastabillando, y se apartó del estropicio que había armado.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento mucho.

—Ha sido sin querer —dije yo.

Me quedé mirando la botella de champán de Lawrie, que, echada a perder, había quedado tirada en el suelo en medio de un charco. El vidrio de color verde era tan oscuro que casi parecía negro, y lanzaba destellos cuando las luces del techo incidían en sus bordes mellados. No había tenido la oportunidad de probar el champán. Tragué saliva y miré a Quick.

Había perdido todo el color de la cara. Yo sabía que la conversación había tocado a su fin, que ya no conseguiría sonsacarle nada más. ¿De verdad era capaz de llegar a sabotear el regalo que me había hecho Lawrie? La acompañé hasta su despacho y se apoyó en mí, con un brazo enlazado con el mío. Se le notaban los huesos a través de la piel. Ahora que sabía lo de su cáncer, veía lo enferma que estaba. Pero no era sólo eso, también estaba siendo testigo de su reajuste mental.

Yo no diría que el intelecto de Quick estuviera apagándose, a pesar de que ella afirmara sufrir alucinaciones e insomnio. Era casi lo contrario de su cuerpo: una expansión; su imaginación ocupaba algo más que el mero presente. En algún lugar de su memoria se había bajado un puente levadizo por el que estaban cruzando en tropel los soldados de su pasado. Quick deseaba hablar, pero no podía. No sabía cómo expresarse.

—Cierra la puerta, por favor —me pidió, reanimándose un poco—. Odelle, siento mucho lo de tu botella.

—No pasa nada.

—Te lo compensaré en mi testamento. —En sus ojos oscuros brilló una chispa de humor negro.

—¿Es que tiene una bodega en Wimbledon? —pregunté en tono amable, intentando levantarle el ánimo.

—Algo así. Tráeme el bolso, por favor. Necesito las pastillas. —Fue despacio hasta el mueble de las bebidas—. ¿Una ginebra?

—No, gracias.

Observé cómo ella se servía una, respirando hondo, conteniéndose, mientras el líquido gorgoteaba en el vaso.

—Son muy fuertes —comentó cuando le entregué las pastillas—. Joder, cómo las odio.

Me chocó la palabrota, su tono de resentimiento. Hice un esfuerzo para sentarme y me recordé a mí misma que era una empleada inexperta y que por tanto debía guardar silencio y demostrar templanza. Estaba claro que presionar a Quick para que me contara lo que yo deseaba saber no iba a salir bien. Lo sospechaba desde el episodio de la agenda de teléfonos, y ahora acababa de confirmarlo con el incidente de la botella de champán. Por más frustrante que me resultara, yo tenía que ser para ella un lienzo en blanco. La paciencia nunca había sido mi fuerte, pero, mientras me sirviera para lograr que Quick continuara hablando, era mejor que el silencio.

—En Venecia hay un tipo llamado Barozzi —dijo Quick, al tiempo que se sentaba en su sillón y cogía el paquete de tabaco—. Trabaja para la fundación Guggenheim. Más o menos en la época en que se pintó el cuadro del señor Scott, Peggy Guggenheim estaba intentando abrir una galería en Londres. —Guardó silencio un momento, a fin de reunir fuerzas para proseguir—. Y lo logró. La abrió en Cork Street, después la guerra lo cambió todo y se cerró.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. La cuestión es que a Peggy, o bien a otras personas de su galería, le gusta conservar todos los documentos. Barozzi encontró en sus archivos unas cartas bastante interesantes, se las envió a Reede y éste está que no cabe en sí de emoción.

Cork Street. Yo conocía esa calle: era la del folleto. Empecé a sentir un hormigueo en la piel.

—Ahora Reede tiene la prueba de que el cuadro del señor Scott fue encargado por Peggy Guggenheim como obra gemela de *Mujeres en el trigal*.

—¿Una obra gemela?

—Ha encontrado un telegrama dirigido a Isaac Robles que, por algún motivo, no llegó a enviarse. Su destino era Málaga, España, y la fecha, septiembre de 1936. En él, Peggy le pregunta cuánto tiempo va a tener que esperar para recibir el «compañero» de *Mujeres*, que Isaac había titulado *Rufina y el león*. Barozzi ha confirmado que a Robles no se le entregó ninguna cantidad de dinero a cuenta de ese segundo cuadro; de lo contrario, el señor Scott podría encontrarse con un montón de problemas, dado que, por lo visto, no tiene ningún justificante de compra. La fundación Guggenheim podría haber intentado reclamar la propiedad del cuadro.

Me maravilló que Quick pudiera hablar del descubrimiento de otro telegrama como si el que escondía en su propia casa no estuviera inextricablemente relacionado con todo aquello. No sólo actuaba como si la botella de champán que había roto no hubiera sido un sabotaje deliberado, ahora fingía que el episodio de la agenda telefónica no había sucedido.

—*Rufina y el león* —repetí—. ¿Así es como se titula el cuadro de Lawrie?

—Eso es lo que cree Reede. ¿Alguna vez has oído hablar de santa Rufina?

—No.

Quick bebió un sorbo de ginebra.

—La imagen que se ve en el cuadro del señor Scott encaja a la perfección con la historia de esa santa. Rufina vivía en Sevilla, en el siglo II. Era una alfarera cristiana, y se negó a obedecer las normas de las autoridades cuando éstas le dijeron que debía fabricar iconos paganos, de modo que la arrojaron a un circo con un león. Como el león no la tocó, le cortaron la cabeza. Y con esa mención de una «obra gemela», Reede está convencido de haber encontrado una relación entre el cuadro del señor Scott y el famoso *Mujeres en el trigal*, relación que podría cambiar por completo la idea que tenemos de Isaac Robles.

La miré fijamente, con seguridad, preparada para iniciar una lucha de voluntades.

—Pero usted me dijo que no lo había pintado Isaac Robles.

Quick se tragó otro analgésico.

—Aun así, tenemos un telegrama certificado, enviado por una coleccionista de arte de fama mundial, en el que se afirma que dicho cuadro iba a ser el compañero de una de las pinturas más importantes que han salido de España en este siglo y que actualmente se encuentra en la colección Guggenheim de Venecia.

—Sí, pero en esa fotografía también había otra persona. Una mujer joven.

Esperé a que Quick hablara, pero no dijo nada, así que continué yo.

—Yo diría que se trata de Olive Schloss. En esa carta que guarda usted en su casa se dice que obtuvo una plaza para estudiar en la Escuela de Bellas Artes Slade más o menos en la misma época en que Isaac Robles estaba pintando. Yo creo que ella es la autora de *Mujeres en el trigal*.

—Ya veo. —El rostro de Quick estaba impasible, y mi frustración fue en aumento.

—¿Usted cree que lo logró, Quick?

—¿El qué? —Su expresión se endureció.

—¿Usted cree que Olive consiguió entrar en la Escuela Slade?

Cerró los ojos. Se le hundieron los hombros y esperé que se delatase, que soltase la verdad que bullía en su interior desde el día en que vio el cuadro de Lawrie en el vestíbulo del Skelton. Había llegado el momento de la confesión, de explicar por qué tenía en su poder el telegrama de Peggy Guggenheim y la carta de la Escuela Slade, de contar que fue su propio padre quien compró el cuadro de Isaac Robles, una obra de arte que había pintado ella misma.

Estaba tan quieta en su sillón que pensé que se había muerto. De pronto abrió los ojos.

—Voy a ver qué está diciendo el señor Reede —anunció—. Y creo que deberías acompañarme.

Fui tras ella por el pasillo, decepcionada. Pero estaba segura de que cada vez me acercaba más a la verdad.

Llamamos a la puerta del despacho de Reede y nos dijeron que podíamos pasar. Lawrie y él estaban sentados en los sillones, el uno frente al otro.

—¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó Reede.

—La señorita Bastien y yo estaremos en primera línea una vez que se ponga en marcha la exposición —dijo Quick. Me fijé en la fuerza con la que se agarraba al marco de la puerta. Estaba torturándose—. Por lo tanto, me parece sensato que estemos presentes y tomemos notas, para entender cuál es su propuesta.

—Muy bien —concedió Reede—. Pueden sentarse.

El lugar que señalaba Reede eran dos duras sillas de madera que había en el rincón. O pretendía castigar a Quick o estaba demasiado ciego para ver lo frágil que se encontraba. Lawrie cruzó la mirada conmigo; se lo notaba emocionado, ilusionado por las posibilidades que albergaba su cuadro. *Rufina y el león* estaba apoyado sobre la repisa de la chimenea y su fuerza me impresionó tanto como la primera vez que lo vi: aquella joven y la cabeza que sostenía en las manos ya habían cambiado mi vida. Si Lawrie no se hubiera servido de dicha pintura para intentar salir conmigo, ¿estaría alguno de nosotros sentado allí en ese momento? ¿Estaría Quick comportándose de esa manera, pese a su insistencia en echar la culpa al cáncer y a los analgésicos?

Justo encima de la cabeza de Reede estaba el león, tan imperial e implacable como tantos otros leones pintados. En cambio, curiosamente, parecía un león domado. Observé la casa de color blanco que se veía en las colinas del fondo: con sus ventanas pintadas de rojo, advertí lo diminuta que parecía en comparación con el amplio mosaico multicolor de los campos que la rodeaban. Rufina y su segunda cabeza me devolvieron la mirada, a mí y a todos nosotros. Treinta años atrás, Isaac Robles y una joven que yo estaba segura de que era Olive Schloss estuvieron de pie delante de ese mismo cuadro, posando

para una fotografía. ¿Qué habrían sido el uno para el otro?

Miré a Quick sin poder evitarlo. Parecía haberse recuperado de la angustia que la había asaltado unos momentos antes y ahora estaba sentada con la espalda derecha, el cuaderno sobre las rodillas y la vista fija en el cuadro. Fuera cual fuese la verdad, yo tenía la impresión de que iba a permitir que aquella exposición continuara su curso sin ningún sabotaje por su parte, y su capitulación me dejó confundida.

—Como iba diciendo, señor Scott —prosiguió Reede—, hace tres años, toda la colección veneciana de Peggy Guggenheim se cedió en préstamo a la galería Tate. Mientras que *Mujeres en el trigal* se expuso allí, el cuadro de usted permaneció oculto en las sombras. Es extraordinario pensar que en ese momento, de haberlo sabido, habríamos podido asociarlos. Hubo muchas idas y venidas a propósito de dicha exposición entre el gobierno británico y las autoridades italianas —añadió—, sobre todo por cuestiones fiscales. Pero en esa ocasión se trataba de ciento ochenta y tantas obras y yo ahora sólo he solicitado tres. Así que la buena noticia es que van a prestarnos las obras que tienen de Isaac Robles.

—Es una noticia muy buena —coincidió Lawrie.

—Es maravillosa. Supondrá un refuerzo para la exposición. Espero que las páginas de noticias de los periódicos hablen de nosotros. Y también las secciones de arte. Tenemos *Mujeres en el trigal*, un paisaje titulado *La huerta* y una obra espléndida que para mí era desconocida: *Autorretrato en verde*. Y lo más emocionante de reunir *Mujeres en el trigal* con *Rufina y el león* es que con ello podríamos cambiar cómo vemos a Isaac Robles.

—¿Por qué?

—Rufina era una de dos hermanas santas —explicó Reede—. La otra se llamaba Justa.

—¿Justa?

—Según se cuenta, ésta fue arrojada a un pozo para que muriera de hambre. Yo estoy convencido de que *Mujeres en el trigal* es en realidad la historia de santa Justa y que en él aparece pintada una sola mujer, no dos. Vemos a Justa antes y después del castigo, primero feliz y luego atormentada. Y esa idea se refrenda con el cántaro hecho añicos que tiene a su alrededor. Es el rostro de la diosa Venus partido por la mitad, una idea que está presente en el mito.

—Entiendo —dijo Lawrie.

—Ha habido diferentes interpretaciones del círculo que flota sobre el trigal y donde yace la mujer. Algunos historiadores del arte afirman que se trata de uno de los círculos de Dante, otros dicen que es la Luna, y hay quien lo relaciona con la forma del planeta Tierra, sobre todo a causa de los animales salvajes que lo rodean. Pero yo creo que en realidad la mujer está en el fondo de un pozo, tal como cuenta la leyenda. Observe —dijo, a la vez que le entregaba a Lawrie cuatro papeles con copias de pinturas—. Robles no fue el único español que pintó a Justa y Rufina. También lo hicieron Velázquez, Zurbarán, Murillo y Goya, cuatro grandes artistas españoles. Estoy intentando que nos presten por lo menos una de estas obras para complementar la exposición.

—¿Y cree usted que lo conseguirá? —le preguntó Lawrie.

Reede se puso de pie y se frotó las manos.

—Quizá, quizá. La verdad, espero que sí. —Sonrió—. Sería magnífico. Es posible que Robles conociera bien esos otros cuadros. He comunicado a los museos que guardan estas obras que deseo examinar la particular fijación hispana con el mito de Justa y Rufina.

—Los españoles siempre han sido artistas increíblemente subversivos —comentó Quick.

—Así es —coincidió Reede, mirándola con más afecto, con un brazo apoyado en la repisa de la chimenea—. Rebelión creativa contra el *statu quo*. No hay más que fijarse en Goya; fue él quien puso un león besándole el pie a una de las hermanas. ¿Y se imaginan lo que haría Dalí con un tema así?

—Pero ¿por qué el Robles del Guggenheim se titula *Mujeres en el trigal*, sin hacer ninguna referencia

a santa Justa, si el mío se titula *Rufina y el león*? —preguntó Lawrie.

—Es posible que quien lo titulase *Mujeres en el trigal* fuera Harold Schloss y no Isaac Robles —sugirió Reede—. Robles pudo haberlo llamado *Santa Justa*, por ejemplo. Nunca lo sabremos. Puede que no le pusiera ningún título.

Al oír el nombre de Harold Schloss, miré a Quick de nuevo. Tenía la cabeza inclinada y se masajeaba la sien. Me pregunté si necesitaría tomarse otro analgésico. Se la veía decidida a saber lo máximo posible acerca de los planes de Reede, a pesar de lo traumático que, a todas luces, estaba resultándole.

—Schloss, como buen vendedor —siguió diciendo Reede, al tiempo que empezaba a caminar alrededor de nosotros—, probablemente quería hacer el cuadro más atractivo para los intentos de compra de Peggy Guggenheim. Ésta no había adquirido gran cosa hasta el momento, y él no deseaba asustarla. Es lo mismo que pasó con Picasso, que pretendía que *Las señoritas de Aviñón* se llamase *El burdel de Aviñón* y sus expositores cambiaron el título, por lo visto para hacer más atractiva la obra. Además, es posible que Schloss desconociera que posteriormente iba a aparecer un cuadro compañero de Justa y su pozo. Yo creo que lo que Isaac Robles deseaba comunicar en estos cuadros se ha perdido.

—¿Y qué era lo que deseaba comunicar? —quiso saber Lawrie.

Otra vez miré a Quick; ahora había levantado la vista hacia Reede, con cara inexpresiva.

—Yo creo que a Robles le interesaba mucho esta leyenda —contestó Reede—. Y el hecho de haber descubierto esta relación entre el cuadro del Guggenheim y el de Surrey nos permite abrir una ventana nueva para observar su proceso artístico, para reinterpretar sus preocupaciones, para reinventarlo a él, por así decirlo. Esta exposición podría ser «El siglo devorado», pero todavía estamos intentando averiguarlo, digámoslo así.

—¿Reinventar a Robles, dice?

—Las generaciones sucesivas lo hacen todo el tiempo, señor Scott. No se alarme. No soportamos pensar que a nosotros no se nos ha ocurrido algo nuevo. Y además los gustos van cambiando, tenemos que adelantarnos a ellos. Resucitamos a un artista al mismo tiempo que reconstruimos su retrospectiva. Mi aproximación al pintor permitirá describir el conocimiento que poseía Robles de la gloriosa tradición histórica de su país, Velázquez y el resto, además de ser una estrella internacional contemporánea, cercenada en la flor de la vida.

—Lo tiene todo planeado, ¿no es así?

—En eso consiste mi trabajo, señor Scott. Todavía no puedo decirle qué era exactamente lo que Robles deseaba comunicar, pero con el cuadro que usted tiene me atrevo a apuntar una intención política. *Rufina*, la desafiante santa trabajadora, haciendo frente al león del fascismo. Eche un vistazo a esto —dijo, al tiempo que entregaba a Lawrie un documento para que lo leyera—. Me lo ha enviado Barozzi, de la fundación Guggenheim. Se lo escribió Harold Schloss a Peggy Guggenheim cuando él ya estaba de nuevo en París y ella había regresado a Nueva York.

—Señor Scott —intervino Quick, y los dos hombres dieron un respingo—, ¿le importaría leerlo en voz alta? Ni a la señorita Bastien ni a mí nos han proporcionado una copia.

Lawrie accedió.

Querida Peggy:

*Perdóname por no haberte informado a tiempo de mi presencia antes de que te marcharas de París. Desde que me fui de España hasta que llegué a esta ciudad, todo han sido dificultades. Intenté traer conmigo el *Rufina*, pero no pude. Ya sé que lo esperabas con ansia, y lo siento muy de veras.*

Tengo un par de Klees de la primera época a los que tal vez te apetezca echar un vistazo —no

viajaré personalmente a Viena, pero estoy disponiéndolo todo para que los envíen a Londres—, o quizá, si te quedas una temporada en Nueva York ocupada con tus asuntos y tienes interés, podría hacértelos llegar allí directamente.

Te deseo lo mejor, como siempre.

Harold Schloss

Lawrie levantó la vista hacia Reede.

—No menciona a Robles en ninguna parte.

—Creo que podemos usarla para algo. Me gustaría ampliar esta carta y colocarla en un lado de la pared de la galería. Podríamos especular con lo que le sucedió a Robles.

—¿A qué se refiere?

—Yo creo que no consiguió sobrevivir a la guerra. De lo contrario, sin duda habríamos tenido noticias de él. En aquella época hubo intensos bombardeos en el sur de España, por lo que es posible que el resto de su obra fuera pasto de las llamas. Podríamos considerar de qué modo la inmolación del cuerpo de Robles refleja la propia desaparición del artista.

Reede empezó a caminar otra vez, con las manos a la espalda, ajeno a nosotros, mientras explicaba su visión.

—Podríamos extender la metáfora hacia la destrucción del corpus ibérico, y también hacia la guerra mundial que se avecinaba. Nuestro hombre es un símbolo, además de una persona. Él era una visión del futuro de España que resultó aniquilada.

Lawrie cruzó las piernas.

—Pero usted no sabe si sus obras fueron pasto de las llamas —replicó con voz dura—. No puede montar una exposición basándose en un rumor. La gente se reirá de mí.

—Nadie se va a reír. A la gente la encantan los rumores, señor Scott. Con ellos se logra más que con los hechos. Y nuestro hecho concreto es que disponemos de un número limitado de obras. Otro hecho más: Harold Schloss no tenía *Rufina y el león* cuando regresó a París. ¿Dónde estaba? Ahí es donde interviene usted.

—¿Yo? —preguntó Lawrie.

En su tono hubo algo que me hizo volverme hacia él. Miré a Quick; era evidente que había pensado lo mismo que Reede, porque tenía la mirada clavada en Lawrie.

Reede se sentó frente a éste y habló en tono más amable.

—Creo que Harold Schloss se dio cuenta de que era imposible seguir en España y que, al huir, el cuadro dejó de estar en su poder, ya fuera por negligencia o porque se lo robaron. Es poco frecuente que un marchante de arte confiese tan abiertamente haber perdido una obra como hace él en esa carta. Por lo general, son personas muy elocuentes y persuasivas. Yo creo que Harold Schloss regresó a París un tanto irritado.

—¿Y cree que el cuadro se quedó en España? —preguntó Lawrie.

—Bueno, no parece que estuviera en poder de Schloss. No tenía motivos para mentirle a su mejor coleccionista. Pero no lo sé, señor Scott. La siguiente persona relacionada con el cuadro es la madre de usted. Y, por lo que parece, no tenemos ni idea de cómo llegó a sus manos.

Lawrie contempló un momento la pintura y volvió a bajar la vista hacia la chimenea vacía.

—Siempre lo tuvo en la pared —dijo en voz queda—. No recuerdo ningún momento en que no estuviera.

—Si usted lo dice... —suspiró Reede—. En fin, podemos jugar con esa incógnita, no creo que tengamos otra alternativa. Que una obra de arte haya sobrevivido después de pasar por la guerra civil

española y una guerra mundial para ir a parar a Surrey, desde luego encierra posibilidades sumamente románticas.

—¿Qué cree usted que le sucedió a Isaac Robles? —le preguntó Lawrie.

—Señor Reede —terció Quick con voz clara y firme—, ¿con qué margen de tiempo contamos? ¿Cuándo tiene usted pensado inaugurar esa exposición?

Reede se volvió hacia ella.

—Dentro de dos semanas llegará una delegación de la fundación Guggenheim con los cuadros. Y calculo que podremos inaugurar dos semanas más tarde.

Ella miró su agenda.

—¿Dentro de cuatro semanas? Eso es absurdo. No es un plazo adecuado en absoluto.

—Lo sé, Marjorie, pero es lo que quiero.

Vi que Quick marcaba el día 28 de noviembre en su agenda y que la mano le temblaba ligeramente al trazar una gruesa cruz de color negro sobre el papel.

Aquella tarde, Lawrie y yo cogimos el tren de cercanías hasta Surrey. Me contó que ya había vendido el MG.

—Es que no lo usaba mucho —se justificó, pero lo dijo con tristeza.

Pensé que quizá tuviera más necesidad de vender el cuadro de su madre de lo que yo había creído.

Cuando partimos de la estación de Waterloo, yo con las copias que me había dado Reede apoyadas en las rodillas, contemplé las cuatro representaciones de Justa y Rufina que habían pintado artistas españoles anteriores. Me encantó la pasividad del león de Goya, pero la versión que más me gustó fue la de Velázquez: una joven de cabello oscuro y mirada impenetrable, con un plato y dos cuencos de pequeño tamaño en una mano y en la otra una pluma gigantesca. Velázquez, igual que Robles, había pintado a Rufina en solitario. A continuación, pasé a examinar la copia de la carta enviada por Harold Schloss. La había escrito a mano y empezaba con bastante buena letra, pero había puntos en los que resultaba casi ilegible. Sus lazadas redondeadas y sus trazos alargados terminaban con tachones y borrones de tinta por todas partes. No me pareció la carta de un hombre feliz.

—Ya hemos llegado —anunció Lawrie.

No éramos los típicos pasajeros que se apeaban en Baldock's Ridge; los pasajeros normales eran hombres de cuarenta y muchos años, barriga incipiente, anillo de sello, el *Telegraph* bajo el brazo y maletín de cuero repujado. Mujeres de mediana edad con traje de tweed y mirada distante, con el pensamiento hundido en el fondo de sus bolsos, que regresaban a casa tras haber pasado la jornada en la ciudad.

—Cuando tú ya no estabas en la reunión, Reede me ha dicho que podía intentar vender el cuadro —me dijo Lawrie, al tiempo que abría la puerta del vagón y me ayudaba a bajar—. A cambio de una comisión.

—¿Cuánto calcula él que podría pedir?

—Bueno, es difícil de decir. «Señor Scott, el arte no siempre se comporta como otras cosas que se ponen a la venta» —dijo Lawrie, parodiando la pomposidad que era capaz de adoptar Reede cuando se encontraba en su terreno—. Dijo que no era igual que si saliera al mercado una obra tardía de Van Gogh.

—¿Qué significa eso?

—Pues que, por lo visto, una pintura así la querría todo el mundo. Sin embargo, *Rufina y el león* es única en un sentido distinto. Reede dijo que no era su intención subestimarla, pero que tampoco quería pasarse de la raya. Que vender siempre entraña un riesgo.

—Pero está entusiasmado con el cuadro.

—Como historiador, puede ser. Como preferencia personal, también. Pero, como subastador, tal vez quiera moderar mis expectativas. Isaac Robles no va a gustarle a todo el mundo.

—Siempre podrías donar el cuadro a una institución pública.

Lawrie soltó una carcajada.

—Odelle, no tengo dinero.

Quick y yo no habíamos tenido ocasión de hablar durante el resto del día. Ella se había ido a casa poco después de que finalizase la reunión con Lawrie y con Reede. Dijo que le dolía la cabeza, pero yo sabía

que había más, por supuesto. Me sentí indecisa: por un lado deseaba estar con Lawrie para disfrutar de la sensación embriagadora de haber hecho las paces, de haberme dado cuenta de lo mucho que puede significar una persona, de la emoción de recuperarlo después de haber estado a punto de perderlo. Pero al mismo tiempo yo era la única que sabía que a Quick le ocurría algo muy grave, que sus dolores parecían empeorar, y aun así no tenía ni idea de cómo ayudarla a sobrellevarlos.

—¿Estás bien? —me preguntó Lawrie.

—Estaba pensando en Quick —contesté—. Está... no está muy bien.

—No tenía muy buena cara.

Mientras bajábamos por el camino de la estación, se inclinó para darme un beso en la mejilla. A nuestra espalda oímos una exclamación ahogada. Me volví y vi a una de las mujeres trajeadas, que intentaba disimular su reacción.

—Ven —dijo Lawrie en voz baja—, voy a sacarte del siglo XVIII.

No estábamos en el siglo XVIII, ¿sabes, Lawrie? Estábamos en octubre del año 1967, en Baldock's Ridge, Surrey, y a ti no se te permitía darme un beso sin más. O, más bien, a mí no se me permitía recibir un beso.

Cuando llegamos a la casa, las luces estaban encendidas.

—¡Dios santo! —exclamó él.

Me volví para mirarlo y vi que estaba realmente asustado.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Pensaba que Gerry no iba a estar en casa. Deberíamos marcharnos.

—Yo no quiero irme —repliqué.

—Odelle, Gerry no es... No creo que él... Sólo quiero advertirte.

—Déjame adivinar: yo soy una de esas nativas.

—Dios, esto va a ser un desastre. Gerry es muy... anticuado.

—Pues en ese caso nos llevaremos a las mil maravillas.

—Qué va. No tienes por qué...

—Lawrie, no quiero que me protejas. Deja que sea yo quien juzgue a Gerry. Igual que, sin la menor duda, él va a juzgarme a mí.

¿Cómo describir a Gerry? Gerry el Cabrón, Gerry el Alegre. Nada más posar los ojos en mí, se le iluminó el semblante.

—¡Creía que Lawrence era marica!

El tono con el que lo dijo me hizo pensar que posiblemente él sintiese esa inclinación. Desde entonces, nunca he conocido a un hombre como él, con esa veta tan particular de inglés de clase alta, tan amanerado, irónico como un personaje de Wodehouse, con ese punto de locura que deja a la gente sin pestañear. Si había algo inapropiado que decir, Gerry lo decía. Tenía algo de sobrepeso y un rostro atractivo, pero parecía que estuviera encogiéndose sobre sí mismo. Se notaba que el dolor lo consumía; seis meses más y sólo quedaría de él un montón de piel en el suelo.

—Tengo entendido que trabaja usted en una galería de arte, ¿no es así, señorita Baschin? —dijo, al tiempo que se servía otro whisky.

Lawrie hizo una mueca de desagrado al oír que su padrastro pronunciaba mal mi apellido, y advertí que estaba a punto de corregirlo.

—Así es —me apresuré a decir—. De mecanógrafa.

—¿Así que se ha instalado en Londres?

—Sí, señor. Ya llevo casi seis años aquí.

—El padre de Odelle estuvo en la RAF —explicó Lawrie.

Percibí la desesperación en su voz y eso me molestó. Sabía lo que pretendía hacer, por supuesto: recolocarme en un contexto que Gerry pudiera entender. Pero consideré que no necesitaba la hoja de servicios de mi padre a modo de presentación. En cierto modo, se me hizo raro que Gerry estuviera aceptándome a pesar de todo. Por alguna extraña alquimia, quizá porque estaba en su casa, parecía excluirme de su inconsciente jerarquía de razas, que, también sin darse cuenta, revelaba de vez en cuando. ¿Quizá porque él mismo me estaba aclarando el color de la piel? ¿Sería porque le gustaba la emoción de rememorar los días que había pasado en las colonias? ¿O simplemente le había caído bien? Fuera lo que fuese, me sentí invitada a quedarme.

Tuvimos una cena más bien inquieta... bueno, el inquieto fue Lawrie; Gerry y yo fuimos avanzando a trompicones. Por lo menos él no volvió a mencionar los calipsos, ni los bongós, ni el milagro de que yo hablara tan bien el inglés.

—Estuvimos una vez en el Caribe —dijo Gerry, mientras Lawrie recogía la mesa. Apuró su vaso de whisky y se quedó mirando el fondo fijamente.

—¿Le gustó? —pregunté.

Gerry no pareció haberme oído.

—Y después de terminar en Oxford estuve trabajando en la India. —Observé la cara que ponía Lawrie: echaba rayos por los ojos—. Pasé allí varios años. Creo que fue donde se me metió en el cuerpo el gusanillo de los viajes. La India es un país precioso. Pero difícil. Y hace un calor terrible.

—¿Qué islas visitó cuando estuvo en el Caribe? —insistí.

—Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad, y supongo que es así.

—Odelle te ha hecho una pregunta —intervino Lawrie.

—No pasa nada —dije yo.

—Jamaica —contestó Gerry, taladrando a su hijastro con la mirada—. No estoy senil, Lawrence. Ya la he oído.

—Yo no he estado en Jamaica —dije.

Gerry soltó una carcajada.

—Eso sí que me resulta extraordinario. Yo creía que vosotros ibais saltando de una isla a otra.

—No, señor. He estado en Tobago, Granada y Barbados. Las demás no las he pisado. Conozco Londres mejor que Jamaica.

Gerry alargó una mano para coger la botella de whisky.

—Yo no fui al Caribe por voluntad propia —dijo—. Pero Sarah decía que todo el mundo iba a Jamaica. Ella adoraba el calor, lo necesitaba. Así que fuimos. Y me alegro de haberlo hecho. La arena era muy suave.

Lawrie le arrebató la botella de whisky.

—Vamos a escuchar el disco que hemos comprado —propuso.

—¿Quién es Sarah? —pregunté.

Gerry me miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿Lawrence ni siquiera te ha dicho cómo se llamaba?

—¿Quién?

—Su madre —respondió Gerry con un suspiro, al tiempo que Lawrie se marchaba—. Mi bella esposa.

15

Lawrie subió la escalera como una flecha, de tres en tres.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? —le pregunté—. Echa de menos a su mujer. Le apetece hablar de ella.

Él se detuvo en el rellano y se volvió bruscamente hacia mí.

—No creas que es un santo —me dijo.

—No pienso eso, Lawrie.

Daba la impresión de estar lidiando con algún pensamiento en particular, porque se lo notaba entre temeroso y enfadado.

—Cuando falleció mi padre —continué, procurando hablar en tono tranquilizador—, mi madre empezó a oír su voz por la radio. Creía ver su cara en todos los hombres con los que se cruzaba. Debes tener paciencia.

—Su mujer era mi madre.

—Por supuesto.

—Fui yo el que la encontró. En esa habitación de ahí delante.

—Ay, Lawrie.

Me volví hacia el lugar oscuro que estaba señalando y experimenté un rechazo sobrenatural, un deseo abrumador de salir corriendo en dirección contraria. Sin embargo, no me moví del sitio; no quería que él me viera asustada.

—Gerry se mantiene entero a base de whisky y tiritas —le dije—. Tienes que ser bueno con él.

—¿Y yo qué?

—Contigo seré buena yo —repliqué, al tiempo que le cogía la mano.

Estuvimos tumbados el uno al lado del otro, encima del edredón de Lawrie, escuchando las pisadas de Gerry en el piso de abajo, hasta que se cerró una puerta y la casa se quedó en silencio.

—No deberías vivir aquí —dije.

—Ya lo sé. —Lawrie se volvió de costado para mirarme, apoyado en un codo—. Pero es lo único que tengo. Esta casa, a Gerry y un cuadro.

—Y a mí —contesté yo—. Me tienes a mí.

Me acarició la cara con delicadeza. La ventana todavía estaba abierta y oí a un mirlo cantar posado en la rama de un árbol; fue tan musical y espontáneo como si estuviera amaneciendo.

—A ver, escritora, ¿cuál es tu palabra favorita? —me preguntó.

Noté que deseaba cambiar de tema, así que lo complací.

—¿Me estás pidiendo que escoja una? Muy bien. «Alojamiento.»

Se echó a reír.

—La tenías preparada, ya me lo imaginaba. Pero es una palabra muy sosa, Odelle.

—En absoluto. Es acogedora. «Mi alojamiento era limpio y cómodo.» ¿Cuál es la tuya?

—«Nube.»

—Menudo cliché —contesté, al tiempo que me acercaba ligeramente a él y le daba un pellizco.

Seguimos hablando; por un momento nos habíamos olvidado de las madres, de los padrastros y de los cuadros, o al menos los habíamos dejado a todos a un lado, tan fuera de los límites de nuestra memoria como era posible. Hablamos de lo hermosa que podía ser la lengua inglesa en las manos apropiadas, de su variedad, de sus matices y de su falta de lógica. De palabras que se parecían entre sí por el sonido y de otras que al principio resultaban aburridas pero luego ocultaban una profundidad insospechada. Incluso comentamos nuestras onomatopeyas favoritas. Nunca había sido tan feliz con alguien.

A causa del mirlo que cantaba en la rama del árbol, acabamos derivando hacia un juego de tenis ornitológico: nuestras manos entrelazadas formaban la red y por cada pájaro que nombrábamos nos dábamos un beso. Chorlito, mielero y alondra. Coqueta y halcón, manaquín y milano. Sus manos sobre mí. Zarapito y oropéndola; las mías sobre él, jacamar y curruca. Luego las aves echaron a volar, sus nombres se transformaron en besos y el silencio dio paso a un mundo nuevo.

A la mañana siguiente me desperté muy temprano. Lawrie dormía profundamente y tenía una expresión apacible en la cara. Recordé el asombroso momento en que se introdujo en mi cuerpo y comprendí que aquello nunca sucedería de nuevo por primera vez. Me puse las bragas y me vestí con su camisa y su jersey de lana, salté de la cama y fui de puntillas por el pasillo hasta el cuarto de baño. ¿Sabría Gerry que me había quedado a pasar la noche? Qué vergüenza, cruzarme con él en ese momento.

Fui al inodoro y me palpé entre las piernas; encontré un poco de sangre seca, pero el síntoma más obvio era la sensación dolorida que notaba en el vientre, una molestia ligera, baja, sorda, una sensación de haber sido abierta y magullada. Nunca había estado desnuda con un hombre, nadie me había tocado de aquella forma; resultaba extraño que fuera posible sentir dolor por algo que había sido tan placentero.

Lawrie y yo habíamos traspasado una frontera, y yo le había dicho en voz muy queda que lo amaba. Él había acercado la oreja a mis labios y me había dicho:

—Vas a tener que repetírmelo, Odelle, porque estoy haciéndome mayor y últimamente no oigo muy bien.

De modo que se lo repetí un poco más alto, y él, a cambio, me besó.

Miré mi reloj: las cinco y media. En el piso de abajo se oía roncar a Gerry. Qué raro se me hacía estar allí. Orinando en un destartado inodoro de estilo victoriano ubicado en el corazón del condado de Surrey, con un tipo que se llamaba Gerry en el piso de abajo. No habría sido capaz de predecirlo, y me alegré de no haberlo hecho; de haber sabido que el destino iba a depararme semejantes cosas, me habría sentido demasiado intimidada por su rareza y probablemente no habrían llegado a sucederme. Terminé, me lavé las manos, la cara y la parte superior de los muslos con un poco de jabón. De repente me invadió el deseo de contarle a Pamela que aquello había sucedido, regalarle ese cotilleo, en definitiva, darle valor a su regalo de cumpleaños.

Salí del cuarto de baño y estaba a punto de regresar al dormitorio de Lawrie, pero dudé. Volví la cabeza hacia la derecha y observé el largo corredor. No iba a tener otra oportunidad, estaba segura; era improbable que Lawrie quisiera mostrarme aquella zona de la casa. Y mi curiosidad era demasiado fuerte.

La puerta se hallaba ligeramente entreabierta. Era el dormitorio de su madre, Sarah, no cabía duda alguna. Todavía había varios pintalabios sobre el tocador, un estuche de polvos compactos con forma de concha, novelas de bolsillo y revistas viejas. En el alféizar de la ventana se veían adornos de porcelana y de cristal y jarrones con flores ya secas. Las cortinas estaban descorridas, pero aún no había salido el sol. Las siluetas de los árboles desnudos se recortaban contra un cielo de color lavanda.

Miré la cama. ¿Habría sucedido allí? No se percibía nada, lo cual agradecí. Experimenté una profunda

tristeza por aquellos dos hombres, pues, sin Sarah, era evidente que se sentían perdidos, o por lo menos confusos. Gerry tenía razón: Lawrie se había mostrado muy evasivo con el tema de su madre. Su padrastro, lejos de ser un cabrón sin sentimientos, parecía querer hablar de ella. Fue Lawrie el que no quiso. Tan sólo en ese momento, en aquella casa con los dos al mismo tiempo, vi las hondas marcas que había dejado Sarah en Lawrie, con su segundo matrimonio y con su manera de morir.

En una esquina del cuarto había un armario de gran tamaño. En cuanto lo abrí, me inundó una vaharada de alcanfor. Dentro colgaba un solitario pantalón, delicado y de color rojo, lo saqué y me lo probé por encima. Si había pertenecido a Sarah, tal como suponía, desde luego había sido una mujer menuda, porque la prenda apenas me llegaba a la mitad de la pantorrilla. Era de lana color escarlata y se veía atacada en muchos sitios por la polilla; por desgracia, también en la entrepierna. Sin embargo, se notaba que había sido un pantalón sumamente estiloso. Me recordó a Quick; a ella le habría gustado, con agujeros o sin ellos.

—No es de tu talla —dijo una voz—, pero no soy capaz de tirarlo a la basura.

Di un respingo. En la puerta estaba Gerry, con su ralo cabello de color arena de punta, su corpachón envuelto en una bata azul oscuro y sus velludos pies asomando por debajo. Avergonzada, farfullé algo incomprensible, al tiempo que me volvía hacia el armario para dejar el pantalón. Me sentí fatal por haber pensado que Gerry se habría deshecho de las cosas de su esposa sin pensárselo dos veces. Aquella habitación era su pequeño santuario, probablemente la visitaba todas las mañanas, y yo era una intrusa. Estaba más que avergonzada. Me había quedado a dormir, llevaba una camisa y un jersey de hombre, había tenido relaciones sexuales bajo su techo. Gracias a Dios, Lawrie era mucho más alto que yo, lo que salvaguardaba mi pudor, pero tenía la impresión de que lo sucedido resultaba tan obvio que bien podría llevar la palabra «sexo» grabada en la frente.

Pero Gerry no parecía interesado en la moralidad de su hijastro y la novia de éste. A lo mejor era más moderno de lo que yo pensaba. O estaba demasiado hundido o afectado por su dolor como para preocuparse por eso. Entró en la habitación haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—No te preocupes —me dijo, al tiempo que se sentaba al pie de la cama. Yo aún sostenía el pantalón en la mano—. Puedes echar un vistazo. En muchos sentidos, para mí Sarah era un misterio.

Con su expresión de abatimiento y su orondo estómago, me recordaba al malhumorado Humpty Dumpty de *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Y me sentía igual que Alicia, obligada a resolver acertijos y a superar retos a cada momento.

—Lo siento —dije—. No debería haber entrado aquí.

—No lo sientas. Lawrie no habla de su madre, ¿verdad?

—No mucho. Señor Scott, ¿puedo preguntarle...?

—Yo no me llamo Scott —me corrigió Gerry—. Ése era el apellido de soltera de Sarah.

—Ah.

—Lawrence decidió usar el apellido de ella en vez del mío —explicó Gerry, negando con la cabeza—. Claro que entonces tenía dieciséis años y a un chico de esa edad no se le puede decir lo que tiene que hacer. La verdad es que nunca lo he entendido.

—¿Lawrie no llevaba el apellido de su padre?

Gerry me miró de reojo.

—En los años cuarenta no era muy buena idea jugar en el patio del colegio llevando el apellido Schloss.

Me quedé petrificada, con el pantalón rojo colgando inerte de mi mano.

—¿Schloss? —repetí—. ¿El padre de Lawrie se apellidaba Schloss?

Gerry me miró fijamente, interesado por la súbita energía de mi voz.

—Pues sí, así es. Sarah le puso el apellido Scott en el momento mismo en que nació, pero era Schloss por su padre. Su primer marido era austríaco, eso fue antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial.

—¿Austríaco?

Gerry parecía divertido.

—Todo esto parece turbarte un poco. ¿Va todo bien?

—No me pasa nada —respondí, procurando aparentar naturalidad vestida con el jersey extragrande de lana de Lawrie y llevando en la mano el pantalón de su madre fallecida, como si aquella información acerca del padre no tuviera la menor importancia para mí.

—Cuando regresó a Inglaterra y tuvo a Lawrie, creyó prudente ponerle su apellido. En aquella época, nadie se fiaba de un apellido alemán.

—¿Cuál era el nombre de pila de su padre?

—Harold. Pobre diablo. Cuando me acuerdo de lo que ocurrió... Sarah nunca hablaba de ello; sin embargo, ahora miro a Lawrence y pienso que debería haberlo hecho. Lo suyo con sus padres es patológico.

Intenté hacer memoria de cuál había sido la reacción de Lawrie cuando Reede había mencionado el nombre de Harold Schloss. No recordé nada en él que indicara emoción ni reconocimiento. En cambio, le había preguntado a Reede si sabía qué le había sucedido, de eso sí me acordaba.

—¿Qué le ocurrió a su padre? —pregunté.

Gerry mostró los dientes en una sonrisa triste que dejó al descubierto sus largos incisivos.

—Lawrence no te cuenta gran cosa, ¿verdad? En fin, es un tema un tanto delicado.

—Eso parece.

—A lo mejor es que no os sobra tiempo para hablar. Hubo una época en la que a mí me ocurría lo mismo.

Intenté transformar mi sonrojo en una débil sonrisa, debatiéndome entre el deseo de huir y el de que aquel hombre me contara más cosas de las que Lawrie iba a confiarme nunca.

—No le falta razón al no querer hablar de ello —comentó Gerry—. No sirve de nada obsesionarse con algo que uno ni siquiera recuerda. Lawrie no llegó a conocerlo. —Se pasó una mano por la cabeza y me miró fijamente—. A Harold Schloss le cayó encima Hitler, eso fue lo que sucedió. Lo mismo que a todos nosotros.

Fui a hablar, pero Gerry se puso de pie. El amarillo de las uñas de sus pies contrastaba con la madera oscura del suelo de la habitación.

—Es demasiado temprano para hablar de todo esto —dijo—. Voy a dar un paseo para despejarme. Te sugiero que vuelvas a la cama.

Volví a la habitación de Lawrie. Él se removió y abrió los ojos con una sonrisa, y a continuación extendió los brazos a modo de invitación para que me metiera entre las sábanas arrugadas y tibias. Pero yo permanecí de pie junto a la cama.

—¿Qué ocurre? —me preguntó, al tiempo que se esfumaba su sonrisa—. ¿Qué te pasa?

—Te llamas Lawrie Schloss —dije—. Tu padre compró *Rufina y el león*. Así fue como el cuadro llegó a tu poder.

Reconozco que debía de haber un modo mejor de abordar aquella situación que decir «tu padre esto y tu padre lo otro», hablando de un hombre al que él no había conocido a las seis y cuarto de la mañana. Creo que fue porque siempre había considerado a Lawrie una persona fundamentalmente sincera; incluso lo había defendido ante Quick cuando ésta me había planteado sus dudas. Y ahora me daba cuenta de que, una vez tras otra, Lawrie había eludido no sólo el tema de su madre, sino también de qué modo pudo haber llegado a sus manos aquella pintura.

Bajó los brazos y me miró.

—Me llamo Lawrie Scott —dijo, y cerró los ojos—. Has hablado con Gerry.

—Me has mentido —lo acusé.

Lawrie volvió a abrir los ojos y se incorporó apoyado en un codo.

—No te he mentado en absoluto. Simplemente no te he dicho toda la verdad.

—Pero ¿por qué? ¿Qué importancia tiene quién fuera tu padre? —No respondió—. Lawrie, ¿de verdad has vendido tu coche?

Él se frotó los ojos y arrugó el ceño como si estuviera intentando ordenar sus pensamientos.

—Sí, de verdad he vendido mi coche. Gerry ha decidido deshacerse de esta casa. ¿Y qué haré yo entonces?

—No la venderá. En este pasillo hay una habitación consagrada a tu madre. Incluso conserva su ropa y sus productos de maquillaje.

Lawrie puso cara de no entender.

—¿Cómo sabes tú eso?

Me senté despacio en el borde de la cama.

—Porque es precisamente donde me he tropezado con él.

—¿Has estado fisgoneando?

Desvié la vista, avergonzada.

—Me ha contado que tu madre te puso su apellido de soltera cuando empezó la guerra. Cuando Reede mencionó a Harold Schloss, ¿por qué no dijiste nada?

Volvió a recostarse en la almohada.

—Habría complicado demasiado las cosas.

—Las habría simplificado. Así fue como ese cuadro llegó a tu poder. Habría resuelto el asunto de la procedencia.

—Tal vez le hubiera simplificado las cosas a Reede, pero a mí no. —Juntó las manos y las cerró en un puño—. Odelle, nosotros jamás hablamos de él. Mi familia no habla de estos asuntos. Y cuando uno ha

pasado toda su vida sin hablar de algo, ¿crees que de repente va a ser capaz de conversar sobre el tema, así sin más, delante de un desconocido que va detrás de tu cuadro?

—Pero ¿por qué...?

—No sé expresarlo, Odelle. No sé cómo contar algo que ocurrió cuando yo ni siquiera había nacido.

—Pero seguro que tu madre sí hablaba de él. Era tu padre.

—Yo conocía su nombre, nada más. Sabía que mi madre se había cambiado el apellido al volver a Inglaterra. Durante dieciséis años estuvimos solos ella y yo, y más adelante llegó Gerry. Yo no iba a recurrir a un muerto sólo para completar la pequeña genealogía elaborada por Edmund Reede.

—De acuerdo. Perdóname.

—No hay nada que perdonar.

—Es que... —Me acordé de Quick—. Es que estoy intentando entender las circunstancias de ese cuadro, nada más.

Lawrie se incorporó a medias.

—Odelle, mi madre nunca me contó cómo se hizo con ese cuadro. No he mentado. Lo único que deduzco es que mi padre no logró hacérselo llegar a Peggy Guggenheim y que luego, con el caos que se formó después de que él se fuera de España, mi madre se lo trajo consigo a Inglaterra.

—¿Qué ocurrió con su matrimonio, si él estaba en París y ella en Inglaterra?

Lawrie suspiró.

—No lo sé. Ella vino a Londres y se quedó. Acto seguido, los alemanes ocuparon París. Antes de Gerry, mi madre ni siquiera llevaba anillo de casada.

—¿Y tú nunca le preguntaste por qué?

—Sí se lo pregunté —contestó con voz tensa—. No le gustó la pregunta, pero me explicó que mi padre había muerto en la guerra como un valiente y que estábamos los dos solos. Me dijo esa frase cuando yo tenía tres años, y de nuevo a los diez, y a los trece... y cuando te repiten algo así una y otra vez, se convierte en la realidad.

—Tal vez quería ahorrarte la pena —apunté.

Lawrie pareció desalentado.

—No creo que la intención de mi madre fuera ahorrarme ningún sufrimiento. Lo que imagino es que mi padre se marchó y decidió no volver a tener ningún contacto con ella, o tal vez fue ella la que cortó el vínculo. Era agradable pensar que estábamos los dos solos, juntos frente al mundo, aunque llegó a ser un poco claustrofóbico. Mi madre era demasiado protectora. Decía que yo era su segunda oportunidad.

—¿Y no decía nada más al respecto?

—Tú no sabes cómo era. No se podía hablar con ella. Además, mucha gente había perdido a su padre. Acababa de terminar la guerra y había muchísimas viudas. No está bien hurgar en el dolor de otra persona.

—Por supuesto.

Sabía que no debía seguir indagando. Deseaba preguntar si Sarah le había hablado alguna vez de Olive, si le había explicado de qué modo podía encajar ella en este asunto. Tal como le había comentado yo a Cynthia, una mujer joven con ese apellido debía de ser hija de Harold Schloss, pero Lawrie no había mencionado que tuviera una hermana, aunque ésta fuera mucho mayor que él. Y si Lawrie sabía tan poco acerca de Harold como afirmaba, no era de extrañar. Lo miré intentando encontrar en su rostro algún parecido con Quick. No se me ocurrió cómo sacar a colación que posiblemente fuesen hermanos.

Lawrie suspiró de nuevo.

—Debería habértelo contado. Pero con los altibajos que estaba sufriendo nuestra relación, no tenía eso en mente. Lamento que hayas tenido que tropezarte con Gerry. Espero que por lo menos llevara puesta la

bata.

—Sí.

—Menos mal.

—¿Me dejas entrar?

Levantó las mantas y yo me metí debajo. Estuvimos un rato acostados sin hablar, yo preguntándome si Lawrie me habría contado lo de su padre si yo no se lo hubiera sonsacado. Estábamos empezando una relación y debía considerar qué importancia podía tener lo uno y lo otro. Para mí Lawrie seguía siendo Lawrie, desde luego, con independencia de quién fuera su padre. Pero me escocía un poco lo que desconocía de él, lo que había decidido reservarse. Supongo que yo también me reservaba algunas cosas.

—En el tren estuvimos leyendo lo que había escrito Harold —murmuré, pegada a su hombro.

—Ya.

—¿Sentiste algo?

—Seguramente no lo que tú quisieras. Supongo que sentí un poco de tristeza al ver por dónde nos lleva la vida.

—Sí —respondí, y de nuevo me vino Marjorie Quick a la memoria—. Nunca se sabe cómo va a acabar.

Quick llamó el lunes para decir que no se encontraba bien y que no volvería al Skelton hasta el miércoles. Ese día yo estaba demasiado ocupada trabajando con Pamela, disponiéndolo todo para la inauguración de la exposición, y no podía ir a verla. Reede estaba elaborando una impresionante y ecléctica lista de asistentes para «El siglo devorado», y nos había encargado a nosotras la tarea de organizar las invitaciones. Reede quería visibilidad en la prensa, eco y atención para que el Instituto Skelton fuera una entidad elegante y viable, un lugar donde fluía el dinero, y para ello iba a servirle de ayuda *Rufina y el león*. Mezclando la cultura seria con la popular, incluso corrió el rumor de que tal vez acudiera un ministro del gobierno. Y había que decir que *Rufina y el león*, tanto en su aspecto de reto intelectual como en el estético, estuvo a la altura de las circunstancias. Reede había encargado un marco, probablemente el primero que se le ponía. Tenía buen gusto: era de caoba oscura, lo que resaltaba aún más los colores del cuadro.

Julie Christie había confirmado su asistencia, lo mismo que Robert Fraser, el marchante de arte. También se había invitado a Quentin Crisp, Roald Dahl y Mick Jagger. A mí invitar a Jagger me pareció de lo más inusual, pero Pamela señaló que aquel mismo año, cuando el miembro de los Rolling Stones estuvo detenido por consumo de drogas, en los periódicos se publicó que se había llevado consigo cuarenta cigarrillos, una tableta de chocolate, un rompecabezas y dos libros. Pamela lo sabía todo de los Stones. Uno de aquellos libros trataba del Tíbet, me dijo. El segundo era de arte.

Los periódicos publicaron la noticia de la exposición, tal como esperaba Reede. El *Daily Telegraph* incluía un titular en la página 5 que rezaba así: «La santa española y el león inglés. La joya ibérica rescatada por un experto en arte.» Según el periodista autor del artículo, «En una casa de Inglaterra se ha descubierto una extraordinaria obra de arte que llevaba mucho tiempo perdida, firmada por el desaparecido artista español Isaac Robles. Dicho cuadro será presentado al público por Edmund Reede, experto en historia del arte y director del Instituto Skelton». Me preguntaba qué opinaría Lawrie de esta última frase, o Quick, puesto que ambos, de un modo distinto, estaban ayudando a Reede a lograr sus objetivos. Me molestó, pero no me sorprendió.

En *The Times*, el corresponsal de arte, Gregory Herbert, publicó un largo artículo acerca del redescubrimiento de artistas como Isaac Robles y de que cuadros como *Rufina y el león* reflejaban y ampliaban nuestra comprensión de las turbulencias de la primera mitad del siglo xx. Herbert fue invitado a ver la pintura en privado y, de pie ante ella, nos contó que en 1937 había luchado en las Brigadas Internacionales, antes de que el gobierno de España hiciera volver a casa a los voluntarios.

En Auschwitz y en Hiroshima —escribió Herbert—, el precio que se pagó quedó inscrito en los libros de cuentas y grabado en la piedra de los sepulcros. En España, los muertos republicanos tan sólo pueden contarse en el corazón. Existen pocas tumbas marcadas de quienes perdieron esa guerra. En nombre de la supervivencia, se interiorizó el daño sufrido, una cicatriz psicológica en terreno tóxico. Los asesinos todavía viven cerca de las familias de sus víctimas, y entre vecindario y vecindario aún deambulan una veintena de espectros. La pena se ha filtrado al subsuelo y el trauma sufrido por los que sobrevivieron se advierte únicamente en lo mucho que se esfuerzan en ocultarla.

Incluso a día de hoy, Pablo Picasso permanece lejos de la andaluza ciudad de Málaga, a pesar de ser su hijo más famoso. Cuando España se partió en dos, muchos artistas escaparon por las grietas y huyeron a Francia o a América para no soportar el aislamiento, la prisión y posiblemente la muerte. La vida, en su variedad, fue cauterizada, y lo mismo le ocurrió al arte. Al poeta Federico García Lorca se le hizo demasiado tarde para escapar. Tan sólo cabe conjeturar que el pintor Isaac Robles, andaluz como él, pudo haber sufrido un destino similar.

El pasado de España es un trozo de carne que se va pudriendo sobre la tabla del carnicero. Una vez finalizada la guerra, a la gente se le prohibió mirar atrás y ver las nubes de moscas. Pronto se sintieron incapaces de volver la cabeza y descubrieron que no se les permitía emplear ningún lenguaje para expresar su dolor. Pero por lo menos los cuadros permanecen: el *Guernica*, las obras de Dalí y de Miró, y ahora *Rufina y el león*, una alegoría de España, testimonio de un hermoso país en guerra consigo mismo, que lleva su propia cabeza en los brazos, condenado para siempre a ser perseguido por leones.

Por el final del artículo de Herbert, cabía deducir que Isaac Robles iba camino de convertirse en un autor codiciado por los grandes coleccionistas y que, en consecuencia, su cotización resurgiría de un modo que el propio autor, en su humildad, jamás habría soñado. Herbert parecía muy seguro de saber de qué trataba el cuadro, de que Isaac Robles había pretendido hacer un comentario político sobre el estado en que se encontraba su país. En cambio, a mí me parecía que aquella pintura, junto con las imágenes de santa Justa en *Mujeres en el trigal*, era más personal... incluso sexual.

El jueves, cuando llegaron de Venecia Barozzi y las demás personas del Guggenheim con sus cuadros—todo un séquito de embajadores del arte, trajeados y cargados de regalos—, Quick aún no había vuelto al trabajo, y Reede estaba furioso.

—No se encuentra bien —le dije.

Quick no contestaba al teléfono. Cuanto más se acercaba la noche de la inauguración, más se había apartado ella. Llegué a temer que la presión de la inminente inauguración estuviera aplastándola y casi tuve la esperanza de que acabara por quebrarla, fueran cuales fuesen las consecuencias, para que el secreto que me ocultaba se viera obligado a salir a la luz.

—Me da lo mismo que esté en su lecho de muerte —rugió Reede con una precisión macabra que me hizo estremecer—. Ésta es la visita más importante que ha recibido el Skelton en los veinte años que llevo aquí, ¿y ni siquiera puede tomarse la molestia de hacer acto de presencia?

Estaba de un humor de mil demonios porque no había conseguido que el Museo del Prado le prestara el Goya.

—Entonces, ¿quién es la persona del convento que guarda el Murillo con la que debo hablar? —le oí decir una tarde a través de la puerta abierta de su despacho.

En ausencia de Quick, Reede había dirigido personalmente la operación de colgar las pinturas y nos había ordenado a Pamela y a mí que supervisáramos la preparación del té y la retirada de cajas, embalajes y cuerdas. Recuerdo que los venecianos fueron muy amables y que se mostraron bastante contrariados por el invierno tan frío que hacía en Londres.

—¿Ha estado alguna vez en Venecia? —me preguntó uno de ellos.

—No —respondí.

—Pues debería ir. Es como si el teatro hubiera salido a la calle.

Habían ampliado la fotografía de Isaac Robles y la mujer sin nombre hasta cubrir cuatro paneles enormes. Dos operarios estaban intentando colocarla al fondo de la pared de la galería. Nadie se atrevió a señalar que, con toda claridad, la cámara estaba centrada en el rostro levemente borroso de la joven

que sonreía, la que sostenía el pincel.

—Es la única fotografía que tenemos de él —dijo Reede—, así que la exhibiremos.

Cuando los venecianos sacaron uno de sus Isaac Robles de una caja de madera, Pamela lanzó una exclamación.

—Oh, Dell —dijo—. Mira.

Efectivamente, *La huerta* bien merecía una exclamación. Era un cuadro asombroso, mucho más grande de lo que yo esperaba, como mínimo mediría dos metros de largo por un metro y medio de alto. Los colores habían resistido bien durante aquellos últimos treinta años; poseía una sensibilidad artística tan vibrante y moderna que podría haber sido pintado el día anterior. En la cuadrícula de la campiña había ecos de *Rufina y el león*, pero los detalles eran casi hiperrealistas, diligentes en la tierra, para dar paso a una sinfonía de pinceladas en el cielo.

—Ésta es mi obra favorita —reconoció uno de los venecianos.

—Es preciosa.

—¿Dónde desea colocarla el *signor* Reede?

Observé el plano de la distribución. Reede quería que *Rufina y el león* compartiera pared sólo con *Mujeres en el trigal*, que todavía estaba esperando dentro de su embalaje. *La huerta*, debido a su tamaño, era poco probable que compartiera pared con nada.

—Pónganlo ahí por el momento —dije, señalando un rincón de la galería.

Aunque era muy emocionante estar allí ese día —abriendo las cajas de madera, como si fuera Navidad pero a gran escala, con clavos y polvo de serrín por todas partes, con la sensación de estar viviendo un momento mágico flotando en el aire—, yo experimentaba una profunda inquietud. Sí, sin duda era trascendental que se tratara de la primera exposición de Isaac Robles que se organizaba en Londres, pero la única pega era que Quick opinaba que, con toda seguridad, aquellos cuadros no los había pintado Isaac Robles.

Fui hasta el fondo de la galería para echar otra ojeada a la fotografía y me planté delante de la mujer que estaba segura de que era Olive Schloss y detrás de la cual se veía *Rufina y el león* aún sin terminar. Me parecía imperativo entender aquella instantánea, que era la clave para desvelar la verdad acerca del cuadro y de lo que le estaba ocurriendo a Quick. En el rostro ligeramente borroso de la mujer busqué a una Quick más joven, rebosante de pasión y de esperanzas. Y aunque a lo largo de los últimos meses ella había ido volviéndose cada vez más demacrada, yo creía que podría ver en aquel semblante generoso y pleno a la muchacha que había sido antaño. Pero no estaba segura. En los últimos meses, Quick me había dado mucho, en cierto sentido, y al mismo tiempo muy poco. Mi deseo de obtener respuestas había hecho que yo misma las inventara y, aunque me resultasen atractivas, no eran necesariamente verdaderas. Mientras contemplaba de nuevo aquella fotografía ampliada a tamaño real, y no disponiendo ya de más tiempo, supe lo que tenía que hacer.

Durante el descanso del almuerzo, fui a hurtadillas hasta el despacho de Quick, cogí una carta que llevaba el membrete del Skelton y ensayé repetidamente la firma de Reede en un cuaderno. Acto seguido, escribí a máquina una breve carta en la que daba las gracias por haber contribuido a ampliar el contenido de «El siglo devorado». Respiré hondo y falsifiqué la firma de Reede al pie del escrito. Luego me guardé la carta en el bolso y me fui andando hasta la oficina central de la Escuela de Bellas Artes Slade, ubicada en Gower Street. Solicité consultar el archivo de alumnos. Apenas echaron un vistazo a la carta y pasé la hora entera leyendo los nombres de los estudiantes registrados entre 1935 y 1945.

Ninguna Olive Schloss se había inscrito nunca. Tuve la sensación de que se acababa de romper uno de los últimos hilos que quedaban, pero me negué a creer que Olive hubiera desaparecido de verdad. Estaba en el Skelton, en aquellas paredes, rodeada por sus obras. Justo entonces se hallaba en Wimbledon una

persona a la que yo estaba decidida a acorralar. Encontré una cabina telefónica y marqué el número de Quick al tiempo que rezaba para que contestase.

—Diga.

—No llegó a conseguirlo, ¿verdad? —dije.

—Odelle, ¿eres tú? —Su voz sonó extraña, gangosa. Se la notaba frágil, y el alivio que experimenté al oírla por fin no tardó en transformarse en miedo.

—Quick, he estado en la Escuela Slade.

Al otro extremo de la línea se hizo el silencio. Continué hablando, frustrada y desesperada, con el rostro cada vez más encendido y el corazón acelerado.

—En la Slade nunca se ha inscrito ninguna Olive Schloss, pero usted ya lo sabía, ¿verdad? Dígame la verdad.

—¿La Slade? —repitió Quick—. La Slade... ¿Para qué has ido a la Slade?

—Quick, la exposición se inaugura mañana. Isaac Robles va a llevarse la gloria que le corresponde a usted. En mi opinión, no debería estar sola.

—No estoy sola. —Hizo una pausa para tomar aire con un jadeo—. Nunca estoy sola.

A través de los sucios cristales de la cabina telefónica veía a los londinenses caminar apresurados de un lado a otro. Tuve la sensación de estar sumergida en el agua y de que aquellos cuerpos no eran sino meras manchas de color que se movían ante mis ojos.

—Voy ahora mismo a verla —afirmé, sorprendida por lo inflexible que sonaba mi voz. Nunca había osado hablar así antes.

Percibí que Quick titubeaba, que reflexionaba, que finalmente dejaba de resistirse y recuperaba el resuello.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? —me dijo—. Te necesitan para la exposición.

Fue una protesta débil, y eso era todo cuanto yo necesitaba oír. Quick me necesitaba y así lo reconocía.

—Mi trabajo es usted, Quick —le respondí—. ¿Es que no lo ve?

—No me encuentro muy bien.

—Ya lo sé.

—No... no lo entiendes. Tengo miedo. Ya vienen. Nunca fue mi intención hacerle daño a ella.

De repente, el espacio de aquella cabina telefónica me resultó claustrofóbico y sentí deseos de salir de allí.

—¿A quién no quería hacerle daño?

—Ya los oigo venir...

—No viene nadie —la tranquilicé, pero en realidad me estaba poniendo nerviosa. Necesitaba aire, su voz sonaba desesperada—. No tenga miedo —añadí—. Quick, ¿sigue ahí? Puede confiar en mí, se lo prometo.

—¿Qué has dicho?

—Quick, escúcheme. Enseguida voy para allá. ¿Quick?

La comunicación se había interrumpido. Angustiada, salí a toda prisa de la cabina telefónica y eché a correr hacia la boca de metro más próxima.

Septiembre

1936

XVIII

A finales de septiembre aún hacía calor, el aire en Arazuelo todavía estaba impregnado de olor a madreSelva, la tierra enrojecía y se agrietaba. Por debajo de la belleza del paisaje corrían aguas amargas, pero la sensación que se respiraba no era de guerra, al menos no como los Schloss pensaban que ésta debía de ser. Era algo peor: un terror localizado, persistente. Por el cielo cruzaban bombarderos italianos y alemanes que disparaban a los aviones parados en los aeródromos, al puerto de Málaga, a los depósitos de gasolina. Pero había una extraña sensación de estar en el limbo, una esperanza intermitente de que todo aquello acabaría pronto, de que el gobierno republicano resistiría de alguna manera ante aquellos rebeldes nacionalistas y sus aliados extranjeros, que estaban extendiendo su poder por todo el país.

Los nacionalistas habían logrado controlar Castilla, León, Oviedo, Álava, Navarra, Galicia, Zaragoza, las Canarias y todas las Baleares excepto Menorca. En el sur, habían tomado Cádiz, Sevilla, Córdoba, Granada y Huelva. Málaga seguía estando en la zona republicana —igual que Arazuelo—, pero de todas formas se sentía muy cerca la presencia de los rebeldes.

Harold conducía hasta Málaga para hacer acopio de provisiones. Decía que había tiendas y bares abiertos, mientras que otros se veían cerrados, y que los trenes y autobuses interrumpían su actividad misteriosamente y después la reanudaban sin previo aviso. Nada era estable. Nadie se atrevía ya a llevar corbata, pues dichas florituras se consideraban señales de una tendencia burguesa y podían convertirlo a uno en objetivo de los rojos. Harold esperaba que lo peor que hicieran los anarquistas fuera robarle el coche, ya que requisaban vehículos «para la causa», les extraían la gasolina para los camiones y dejaban que los coches elegantes acabaran picados por la herrumbre.

Los días eran llevaderos, lo peor eran las noches. La familia permanecía en la casa, desvelados, oyendo los disparos que salpicaban los campos circundantes, cada vez más cerca. Cada bando de la batalla veía al contrario como un ser sin rostro, sólo como una masa de virus que contaminaba el cuerpo de la política y que debía ser extirpada de la sociedad. Las cuadrillas, tanto de derechas como de izquierdas, se tomaban la justicia por su mano, sacaban a los adversarios de sus hogares y los abandonaban en tumbas sin marcar, perdidas entre los cerros y las arboledas.

En muchos casos, la política era una tapadera para venganzas personales y disputas entre familias. La mayor parte del terror de los del bando de derechas iba dirigido contra quienes en 1934 habían incitado a la violencia contra los sacerdotes y los propietarios de fábricas: líderes sindicalistas, destacados anticlericales, varios alcaldes republicanos. Y aun así, también a mecánicos, carniceros, médicos, albañiles, obreros y barberos se les daba «el paseo», como se llegó a conocer la expresión. Y no eran sólo los hombres, lo sufrieron también algunas mujeres que se habían convertido en maestras durante la República y que se sabía que estaban casadas con anarquistas. Nada de aquello era legal, naturalmente, pero no parecía haber ninguna forma de pararlo, dado que había por medio mucho poder y mucho odio.

En cuanto a los elementos díscolos de la izquierda —a pesar de los carteles que Harold había visto repartidos por todo Málaga, en los que se les imploraba que dejaran de avergonzar a sus organizaciones políticas y sindicales y que cesaran en su brutalidad—, arremetieron contra guardias civiles jubilados, simpatizantes católicos, personas adineradas o que ellos creían que lo eran. Se saquearon casas, se

destrozaron propiedades, y a menudo fue ese miedo que impactó primero en la imaginación de las clases medias, más que la posibilidad de morir de un tiro.

Los Schloss no temían por su vida. Pensaban que, como eran extranjeros, nadie iba a tocarlos. Ellos no tenían nada que ver con lo que estaba ocurriendo. La muerte tenía lugar más allá de su finca, al margen de la autoridad municipal y fuera de la vista del pueblo. La violencia que arrasaba el país —tanto contra el cuerpo de una aldea como contra el cadáver de un aldeano acribillado por las balas— se hallaba oculta, aunque todo el mundo sabía que existía. Como no se podía ver, cada cual seguía a lo suyo. A Olive le resultaba extraño que se pudiera vivir teniendo semejantes horrores a un paso, saber que estaba sucediendo aquello y aun así no querer marcharse.

Ya hacía mucho que había dejado de escuchar la BBC para enterarse de lo que sucedía, porque esa emisora ofrecía poco más que un híbrido de información, más bien improbable, de Sevilla y de Madrid, sumadas las dos y divididas por Londres. Por su parte, las emisoras del gobierno republicano eran un aluvión de discursos victoriosos y exclamaciones triunfales, socavados por lo que estaba ocurriendo en realidad. La frecuencia de Granada crepitaba siempre y resultaba ininteligible, y lo mismo las de las ciudades del norte, cuyas ondas de radio no podían penetrar las montañas.

En cambio, desde Málaga se emitían constantemente desmentidos, rumores y mitos; llamadas de los republicanos a las armas, horarios de concentraciones y órdenes para construir una España nueva, libre de fascistas. En el otro lado, la alarmante invectiva nacionalista se difundía desde una emisora de Sevilla. Durante el día se emitía música y anuncios personales, como si no existiera ningún conflicto. Pero por la noche retransmitían los insurgentes, y aunque en sus discursos seguía habiendo mucha ampulosidad y belicismo, a Olive le servían para deducir cómo iba cambiando la fortuna de su país de adopción. Escuchaba a Queipo de Llano, el general que había hecho su primer discurso radiofónico desde Sevilla, que conservaba su implacable sed de sangre y afirmaba que España había sido invadida por un cáncer, un cuerpo de infieles que tan sólo la muerte podría extirpar.

Era todo muy inquietante y, aun así, se oían historias alentadoras de gente que se negaba a hacer justamente lo que querían los generales. Teresa contó que un sacerdote del pueblo de al lado había impedido que una banda de falangistas matase a tiros a los ateos que había en su parroquia. También llegaron rumores de que unos izquierdistas habían reprendido a unos anarquistas porque éstos habían intentado prender fuego a la iglesia del pueblo, y que incluso habían escondido a vecinos derechistas en los hornos donde cocían el pan, a fin de protegerlos de la muerte segura que los aguardaba cuando aparecieran los radicales.

Al escuchar estas anécdotas, Olive comprendió que la mayoría de las personas se agrupaban en el medio. No querían problemas, lo único que deseaban era vivir su vida lejos de aquellas demostraciones de poder, de aquellos discursos que hablaban de purgas, de aquella brutalidad que salpicaba de sangre las paredes encaladas. Pero que lo desearan no bastaba para cambiar la realidad que se vivía en Arazuelo. Cada vez que ella iba a la aldea, veía a los vecinos con la preocupación pintada en la cara, preguntándose quién iba a defenderlos cuando a su pueblo le llegara el día del juicio final.

Isaac se compró un rifle en Málaga por medio de un sindicalista al que conocía, aficionado a cazar furtivamente los jabalíes de su jefe. Reforzó el cerrojo de la puerta de su casa, aunque sabía que eso no serviría para frenar a quienes vinieran a darle caza a él. Otras «personas de interés» para los rebeldes nacionalistas habían abandonado sus aldeas para refugiarse en los montes o para incorporarse a las milicias dirigidas desde Málaga por el Partido Comunista. Pero para Teresa lo que su hermano hizo no fue suficiente: ella quería que se fuera.

—Yo creo que deberías marcharte al norte —le dijo—. Aquí te has ganado demasiados enemigos. No encajas. La izquierda no se fiará de ti por quién es tu padre, y la derecha tampoco porque no eres su hijo legítimo.

Isaac la miró fijamente con una nueva expresión de severidad en la cara.

—Tampoco tú encajas aquí, Tere —le dijo.

—Sin embargo, fuiste tú quien disparó a la estatua de la Virgen. Eres tú el que se ha pasado la vida enseñando a los campesinos cuáles son sus derechos. Tú eres el que...

—Vale. Pero ¿crees que únicamente van a por los hombres? Tendrías que venirte conmigo.

—Yo no pienso marcharme.

—Dios, eres tan tozuda como los Schloss.

—Todos sabemos por qué no quieren marcharse. Es por ti. Si lo piensas bien, Isaac, también los estás poniendo en peligro a ellos.

El consulado británico de Málaga había enviado cartas a todos los súbditos de Su Majestad de cuya presencia en la zona tenía constancia. Teresa, con los ojos como platos, entregó la misiva del cónsul dirigida a Sarah. Tras un magro desayuno, pues el pan empezaba a escasear y la leche de cabra iba disminuyendo, los Schloss discutieron si debían quedarse o marcharse.

En la carta se los informaba de que había varios buques de guerra aguardando para sacarlos de territorio español y trasladarlos a Gibraltar, e incluso, si así lo deseaban, devolverlos a Inglaterra. La amenaza, decía, no venía de los insurgentes nacionalistas y sus tropas extranjeras, sino de la extrema izquierda española, los rojos, que a buen seguro no tardarían en saquear las fincas alquiladas por británicos y confiscar cualquier propiedad privada.

Olive estaba empeñada en que debían quedarse.

—No podemos irnos simplemente porque nos conviene. Pues menudo ejemplo daríamos.

—*Liebling* —le dijo Harold—. Es peligroso.

—Y lo dices tú, que aún sigues yendo en coche hasta Málaga. Somos extranjeros. No vendrán a por nosotros.

—Ése es exactamente el motivo por el que vendrán a por nosotros —replicó Harold señalando la carta—. Es lo que dice el cónsul.

—Liv tiene razón —terció Sarah—. Yo opino que no debemos marcharnos.

Harold miró a las dos mujeres con expresión divertida.

—¿Las dos queréis quedaros?

Sarah se levantó y fue hasta la ventana.

—Londres se ha acabado para nosotras.

—No lo entiendo —dijo Harold—. Hace sólo dos meses, clamabas por irte de aquí. —Sarah no le hizo caso—. Pues lo que opino yo —continuó— es que si la cosa se pone peor deberíamos irnos, pero invitando a Isaac a que se venga con nosotros.

Las dos mujeres se volvieron hacia él.

—Es mi deber —afirmó Harold—. Ese chico es demasiado valioso.

—Isaac no se marchará —dijo Sarah—. Luchará.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Es obvio. Siente una profunda lealtad hacia este lugar.

—Yo también —dijo Olive, todavía sentada en el sofá, al tiempo que alargaba un brazo para encender un cigarrillo de la escasa reserva que les quedaba. Sus padres no se lo impidieron—. El señor Robles no es un cobarde —añadió, exhalando el humo y observándolos a los dos—. Pero si estás pensando en

llevártelo, opino que también deberías llevarte a Teresa.

—Ya estará a punto de acabar ese cuadro de Rufina, ¿no? —le preguntó Harold a la chica—. No dejo de agitar el cebo para que Peggy lo muerda, pero aún no he recibido noticias tuyas.

—Yo no sé nada, señor —dijo Teresa.

—Normalmente lo sabes todo —replicó Sarah.

—El cuadro está casi terminado —intervino Olive—. Ya no falta mucho.

—Querido —le dijo Sarah a Harold—, la próxima vez que vayas a Málaga, compra una bandera británica.

—¿Qué?

—Quiero izarla aquí en la casa. Así, cuando se acerque cualquier malnacido con ánimo de pegarnos un tiro, sabrá que somos neutrales.

—Nosotros no somos neutrales, madre —le dijo Olive—. ¿Has leído los periódicos?

—Ya sabes que yo no leo la prensa, Olive.

—A no ser que salgas tú.

—Liv —intervino su padre en tono de advertencia.

—Es que vive en una burbuja. Nuestro gobierno se ha negado a involucrarse. Y el de Francia también. Dicen que defender la República española equivale a defender a los bolcheviques.

—Están preocupados, *liebling* —dijo Harold—. Temen que estalle una revolución, que el problema se extienda a Francia, atraviere el Canal de la Mancha y entre en Regent Street para pasearse por el Strand y Pennine Way.

—Baldwin le tiene tanto miedo a Hitler que no hará nada.

—No creo que le tenga miedo —opinó Harold—. Lo que pretende el primer ministro es ganar tiempo, más que el favor de Alemania.

—Sea lo uno o lo otro, ¿de qué forma te afecta a ti, que eres de Viena? —preguntó Sarah—. Lo mejor para ti, y para todos nosotros, es que nos quedemos en España.

Lo cierto era que *Rufina y el león* ya estaba terminado, y que desde entonces Olive no había pintado nada. Nunca había experimentado semejante falta de disposición ante un lienzo, y no le gustó en absoluto sentirse inútil y asustada por aquella poca seguridad en sí misma. No quiso relacionarlo directamente con la falta de interés de Isaac por ella, pues deseaba trabajar al margen de él, sin depender de ningún factor que no fuera su propio impulso creativo, pero le estaba resultando imposible. Había suplicado a Isaac que le mostrara *Rufina y el león* a Harold, pero él se había negado.

—Tengo cosas más importantes de las que preocuparme —replicó.

—Pero podrías entregárselo sin más. Mi padre está esperando. Peggy Guggenheim está esperando.

—Me da lo mismo, como si está esperando el papa —saltó Isaac.

Olive empezó a notar que *Rufina* estaba bloqueándola. El poder que ejercía aquella pintura sobre ella se había convertido en un reflejo no sólo de la relación que mantenía con Isaac y con Teresa, sino también de la situación política que se desarrollaba a su alrededor. El miedo estaba frenándola. Había pintado aquel cuadro a modo de purga, pero ahora necesitaba librarse de él. Como Isaac no quiso llevárselo, le sugirió a Teresa que lo bajara a la despensa para apartarlo de su vista.

La chica se negó.

—Allí dentro hace demasiado frío, señorita —dijo—. Podría estropearse.

—Pero es que ahora no puedo pintar nada.

—Tranquila, señorita —le dijo Teresa en español—. Ya se le pasará.

—Pues hasta el momento no se me ha pasado. ¿Y si esto se ha terminado? ¿Y si sólo he sido capaz de

pintar estos cuadros y ninguno más?

Una tarde de principios de octubre, los Schloss invitaron a Isaac a cenar. Estuvo muy callado durante toda la cena, y después Olive lo sorprendió a solas, con la mirada perdida en la oscuridad de la huerta. Deslizó su mano en la de él, pero Isaac no se la cogió, dejó la suya inerte como la de un muerto. Olive intentó engatusarlo de nuevo, diciendo que seguro que no le vendría mal recibir más dinero para el bando republicano, y que la manera ideal de conseguirlo sería entregando *Rufina y el león*.

—Los soviéticos han prometido enviarnos armas —dijo él—. Es posible que perdamos Málaga. Es posible que perdamos Madrid y la mitad de Cataluña, pero ganaremos la guerra.

Olive se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Qué valiente eres —le dijo.

Él actuó como si no se hubiera dado cuenta de que acababa de besarlo. Aplastó el cigarrillo con el tacón del zapato, manchando el suelo del porche con el negro de la ceniza.

—Teresa opina que debería irme al norte. Nuestro padre está volviéndose cada vez más... insistente al hablar de los de izquierdas. Yo represento algo que a él lo frena. Es una persona ambiciosa, y en tiempos como éstos las personas ambiciosas salen beneficiadas.

—¿Va a hacerte daño, Isaac?

—No querrá ensuciarse las manos. Esa época ya se acabó. Pero podrían hacerme daño otras personas.

—Isaac, no.

—Están bombardeando otra vez Málaga. Deberías marcharte, Olive. Deberíais marcharos todos.

—Pero es que vivimos aquí.

—Imagínate que os quedarais. Es posible que no volvieras a pintar nunca más, y todo porque quisiste ser valiente.

—Si muriese, no creo que eso me importara mucho. Además, desde que terminé *Rufina* no he pintado nada.

Isaac se volvió hacia ella, sorprendido.

—¿En serio?

—Sí, por eso no dejo de pedírtelo. Ya sé que soy egoísta, Isaac, lo sé. —Sintió que asomaban las lágrimas, pero se las tragó—. Sin ti, estoy estancada.

Él no respondió, y ella volvió a mirar la negrura de la huerta.

—No me necesitas a mí, Olive —terminó por decir Isaac—. Lo único que necesitas es coger tu pincel. ¿Por qué insistes tanto en decir que es cosa de los dos? ¿Lo haces para poder echarle la culpa a otro si algo sale mal?

—No.

—Si yo tuviera la mitad de tu talento, no me importaría quién me amase.

Olive se rió irónica.

—Eso es lo que pensaba yo también. Pero en realidad prefiero ser feliz.

—Lo que te hace feliz es que te permitan pintar. Hasta ahí te conozco. —Ella sonrió—. Me gustas, Olive —siguió diciendo—. Eres una chica muy especial. Pero eres tan joven que crees que esto va a durar para siempre.

Sintiendo el escozor de las lágrimas en los ojos, Olive se tragó de nuevo las ganas de llorar.

—No soy joven. Tú y yo... ¿Por qué lo nuestro no puede durar para siempre?

Isaac hizo un gesto con la mano señalando la oscuridad.

—Con guerra o sin ella, era imposible que te quedaras aquí.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Que yo te amo.

—Lo que amas es una idea de lo que soy.

—Es lo mismo.

Ambos guardaron silencio.

—Te he sido útil —dijo Isaac—. Eso es todo.

—¿Qué ocurre, Isaac? ¿Qué ha cambiado?

Él cerró los ojos y se estremeció.

—No ha cambiado nada. Todo sigue igual.

Olive dio un golpe con el puño en la barandilla del porche.

—Deberías querer estar conmigo. Deberías...

De repente, una explosión amortiguada sonó más allá del valle y los hizo enmudecer a ambos.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Isaac, escrutando el horizonte.

—Teresa dice que han empezado a bombardear los puentes de nuevo. ¿Es verdad que tu padre los está ayudando?

Los ojos de Isaac estaban tan negros por la furia que Olive dio un paso atrás.

—Tengo que irme a Málaga —dijo él.

—¿A medianoche? ¿Qué vas a poder hacer a estas horas?

—Más de lo que haré quedándome aquí quieto.

—¿Así que lo nuestro ha terminado?

—Siempre hemos tenido ideas distintas sobre lo que era esto. Ya lo sabes.

—¿Y qué se supone que he de hacer con ese cuadro?

—Entrégaselo a tu padre. Yo debo ocuparme de mis asuntos.

—¿Qué quieres decir? No pienso renunciar a este...

—Estás mezclando las cosas, Olive. Te sientes frustrada porque no puedes pintar y...

Ella lo agarró por los brazos.

—Te necesito. No puedo pintar sin ti.

—Ya pintabas antes de tenerme a mí.

—Isaac, no me dejes... te lo ruego.

—Adiós, Olive.

—¡No!

Isaac bajó del porche y echó a andar en dirección a la huerta. Una sola vez se volvió hacia la casa, el rostro iluminado a medias por la luna. Olive sintió una presencia a su espalda, junto a la puerta de la cocina.

—¿Adónde va? —preguntó Sarah.

—¡Suerte! —exclamó Isaac en español, antes de perderse de vista entre los árboles.

—¿Qué significa lo que ha dicho? —preguntó Sarah.

Olive sintió llegar las lágrimas de nuevo, pero no quiso que su madre la viera llorar.

—No importa.

—Olive, dime qué ha dicho.

Su hija se volvió hacia ella, sorprendida por el gesto de preocupación que le vio en la cara.

—Sólo ha dicho, madre —contestó—, que nos desea buena suerte.

XIX

Unas horas después de que Isaac dejase a las dos Schloss para internarse en la oscuridad, prendieron fuego a la finca de don Alfonso y se lanzó una segunda andanada contra la iglesia de Santa Rufina, situada en el centro de Arazuelo. Más tarde, la gente contó entre cuchicheos que sí, que se había visto al padre Lorenzo desnudo, huyendo de las llamas para refugiarse en la plaza del pueblo, seguido muy de cerca por una mujer también desnuda. Hubo quien dijo que no había existido tal mujer, sino únicamente el cura, vestido con un camisón de color blanco que dejaba ver sus partes pudendas asomando por el filo de la tela. Otros juraron sobre la sagrada Biblia que sí había una mujer, una visión de la propia Rufina huyendo del caos impío que dejaba atrás, y que momentos después se elevó por los aires hacia el cielo.

La única verdad que podía testificar Arazuelo era que, cuando amaneció, la iglesia se había convertido en una carcasa vacía y la casa de don Alfonso no era más que un esqueleto renegrido. En el aire quedaba mucho humo de madera quemada que escocía en los ojos a quienes intentaban ocuparse de sus quehaceres, hasta que el pueblo entero cayó en un nervioso estupor, plenamente convencidos de que tarde o temprano sobrevendrían las represalias por lo que había sucedido.

Cuando Teresa llegó a la carrera atravesando la neblina gris del amanecer y empezó a llamar a golpes en la puerta principal de la casa, Olive supo que había ocurrido algo grave.

—Isaac ha cometido una estupidez...

—¿Qué ha hecho? ¿Dónde está?

La chica estaba muy afectada.

—No lo sé. La iglesia ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Que se ha quemado. Y también la casa de mi padre.

—Dios santo, Teresa. Vamos, entra.

Aproximadamente un par de horas después apareció don Alfonso, con su traje impecable de siempre, ahora todo manchado de hollín. También él aporreó la puerta con fuerza. Teresa, que estaba en el piso de arriba con Olive, se encogió de miedo.

—No va a pasar nada —le susurró ésta.

Teresa la aferró de la muñeca.

—No, señorita. Usted no lo entiende.

Harold le abrió la puerta a don Alfonso, que cruzó el vestíbulo con expresión furibunda y entró en la salita que daba al este. Olive bajó a hurtadillas la escalera para espiar por la rendija de la puerta.

—¿Se ha enterado de lo ocurrido? —dijo don Alfonso.

—Sí.

—Las noticias se propagan con rapidez. Ha sido una atrocidad. Ahora mismo podría estar muerto. Mi esposa, mis hijos... Si seguimos vivos es únicamente porque mi hija Clara sufre de insomnio. Han tomado parte tres de mis mozos de cuadra, un ayudante del mayordomo y un chico que fregaba los platos. Los he localizado a todos, señor Schloss, y ahora se encuentran en el calabozo aguardando su castigo. ¿Y sabe qué me han contado? Pues que Isaac Robles les ha pagado para que hicieran lo que han hecho. ¿De dónde

ha sacado el dinero para pagar a esos hombres? De mí no, desde luego. No puedo obtener las respuestas porque no consigo encontrar a mi hijo bastardo. ¿Usted sabe dónde está, señor?

—No.

—Sin embargo, sí sabe que le han prendido fuego a mi finca.

—¿No está en su casa?

—He mandado allí a Jorge y a Gregorio, y lo único que han encontrado ha sido esto. —Don Alfonso sostuvo en alto un viejo ejemplar de *Vogue*—. Supongo que pertenecerá a su esposa.

Por el semblante de Harold cruzó una expresión de sorpresa, pero enseguida recuperó la calma.

—Le regala esas revistas a Teresa.

—Mi hijo ha soltado a treinta de mis purasangres, señor. Ha prendido fuego a mis establos. Ha quemado la iglesia del padre Lorenzo.

—Don Alfonso, siéntese, por favor. Ésas son acusaciones muy graves.

—Lo han delatado sus propios amigos. Es un diablo, señor.

—Siento discrepar —replicó Harold, ya claramente irritado—. Don Alfonso, su hijo no tiene tiempo para esos juegos. Es una persona dotada de un gran talento.

Esta vez le tocó a don Alfonso poner cara de sorpresa.

—¿Talento?

—¿Nunca ha visto su obra?

—¿Qué?

Antes de que Harold pudiera dar más explicaciones, Olive irrumpió en la habitación. Ambos hombres dieron un respingo y se volvieron hacia ella.

—Ve al piso de arriba —ordenó su padre en tono tenso.

—No.

Detrás de Olive apareció Sarah.

—¿Qué pasa? —preguntó. Su mirada se posó en la figura de don Alfonso, y al instante palideció—. ¿Ha muerto? —dijo en un susurro—. ¿El señor Robles ha muerto?

—No digas tonterías, Sarah —intervino Harold sin poder disimular el nerviosismo de su voz.

Don Alfonso inclinó la cabeza hacia Sarah a modo de breve saludo.

—¿Teresa está aquí? —le preguntó.

—Está arriba —respondió Sarah.

—Madre —la advirtió Olive—. No.

—Díganle que baje, por favor —pidió don Alfonso.

—No —se opuso Olive—. No puede obligarla.

—Liv, no seas ridícula —dijo su padre—. Sé civilizada.

—¿Civilizada?

—Ve a buscar a Teresa.

Olive subió al piso de arriba, pero no vio a Teresa por ninguna parte. Esperó unos instantes, ganando tiempo, fingiendo que la buscaba y rezando para que se hubiera puesto a salvo en algún lugar. Luego volvió a bajar con paso decidido y regresó a la salita. Al ver que volvía sola, don Alfonso entornó los ojos.

—¿Está usted escondiéndola, señorita? —preguntó—. Sé que se considera amiga suya.

—No estoy escondiendo a nadie.

Acto seguido, don Alfonso se volvió hacia los padres.

—No les conviene ocultarlos. A Isaac lo buscan por robo, incendio provocado, daños materiales,

intento de asesinato...

—Por el amor de Dios —lo interrumpió Harold—. No estamos escondiendo a sus hijos.

—Ya no son hijos míos —replicó don Alfonso—. Y ustedes deberían abandonar este lugar. Deberían irse.

—Al contrario —dijo Harold—. En mi opinión, debemos proteger a quienes no cuentan con la protección de usted. Estoy empezando a entenderlo mucho mejor.

Don Alfonso soltó una carcajada.

—Ustedes, los extranjeros, son todos iguales. ¿Cree que está protegiendo a Teresa y a Isaac? Ellos serán los que tendrán que protegerlos a ustedes. ¿Y cree que lo harán? ¿Cree que a ustedes los cubre algún manto mágico, que su criada y su jardinero les tienen afecto?

—Teresa es nuestra criada, sí, y muy buena, pero Isaac no es nuestro jardinero. Usted no tiene ni idea de lo que su hijo...

—Yo lo conozco mejor que usted —lo interrumpió don Alfonso—. ¿Qué va a utilizar para defenderlo, una sartén? Lo más probable es que esos degenerados con los que se codea le claven un cuchillo en el corazón y se alíen con los rojos.

Poco después, cuando don Alfonso desapareció en su automóvil, Olive salió corriendo por la oxidada verja de la finca, bajó por el sendero —a aquellas alturas ya tenía las piernas doloridas e iba sin aliento— y volvió a subir la cuesta que llevaba a la casa de Teresa e Isaac. No estaban, pero Jorge y Gregorio lo habían puesto todo patas arriba. Dios, aquel lugar era tremendamente austero, de lo más austero que ella recordaba haber visto. En su mente se había convertido en un refugio rústico, un sitio donde pensar, respirar y pintar. En realidad, era un lugar del que daban ganas de escapar.

En la habitación de Isaac no había más que la cama sin hacer y un jarrón con rosas marchitas en el alféizar de la ventana. En la de Teresa, las magras pertenencias de la joven estaban desperdigadas por el suelo. Olive se sorprendió al ver uno de sus tubos gastados de pintura, el verde saltamontes que había utilizado para *La huerta*. Vio también un tapón de champán Veuve Clicquot y otros objetos más peculiares, entre ellos un cuadrado de tela recortada del pijama de su padre y un paquete de tabaco de Harold, aplastado; cuando fue a cogerlo, de dentro cayeron varios pitillos manchados con el inconfundible rojo del pintalabios de Sarah. Esparcidas por el suelo había páginas sueltas arrancadas de un cuaderno, con palabras y frases escritas en inglés con cuidada caligrafía: *palaver, snaffled, crass, gosh, I'm starving, ghastly, selfish*. Al lado de cada una de ellas figuraba su equivalente en español: cháchara, afanarse, burdo, me muero de hambre, espantoso, egoísta.

A Olive empezó a latirle el corazón con fuerza. Contemplando aquellos restos del naufragio de la vida de sus padres, aquel cuaderno con cosas que probablemente habían dicho de paso, al descuido, tuvo la inquietante sensación de que en realidad no conocía a Teresa en absoluto.

De pronto se oyó un golpe en la puerta de la casa que le puso la carne de gallina. Como no le siguió ningún ruido de pasos, se dijo que seguramente había sido el viento. Pero todavía estaba nerviosa y se imaginó que un lobo había bajado de los montes. Estaba a punto de salir de la habitación de Teresa cuando de improviso vio una fotografía en el suelo. Era una instantánea de sí misma y de Isaac, ambos delante de *Rufina y el león*. Ella aparecía sonriente, e Isaac, con las cejas ligeramente levantadas, parecía preparado para adoptar su postura de pintor. Nunca había visto aquella foto y, sin pensar, se la guardó en el bolsillo.

Al pasar de nuevo por el pasillo descubrió el cuadro que había pintado Isaac, apoyado contra la pared. Teresa debía de haberlo llevado allí de nuevo, fuera de la vista. Los rostros idealizados de sí misma y de su madre parecían a punto de salir del lienzo, y a Olive volvió a sorprenderla la fijeza de sus miradas de

maniquís y su monstruosa expresión, tan vacía.

Salió y oteó los cerros. Aún flotaba en el aire la palidez del humo que lo impregnaba todo, el sabor de un fuego extinguido. Isaac conocía bien aquellos montes, mejor que don Alfonso. Sabía dónde esconderse. En cambio, Teresa no había tenido tanto tiempo para escapar. Algo terrible se avecinaba, Olive lo presentía, y no había nada que ella pudiera hacer.

—¡Teresa! —llamó, dirigiéndose a la campiña, y oyó el eco de su propia voz—. ¡Teresa! —gritó de nuevo, cada vez más invadida por el pánico. Pero lo único que se oía era el nombre de su amiga rebotando en las laderas.

XX

Fue Jorge el que la descubrió internándose en el bosque que había a las afueras del pueblo. Estaba buscándola acompañado de Gregorio, y fue pura casualidad que él volviera la cabeza en aquella dirección: el atisbo de una pierna delgada y morena, el breve destello de una trenza oscura. Lo que sucedió entonces cambió para siempre Arazuelo, un lugar que se suponía que iba a permanecer eternamente igual. El trauma continuaría propagándose en los años venideros, imposible de erradicar, por más que los que lo presenciaron intentasen acallararlo.

De haber estado Jorge un poco más lejos, la joven se le habría escapado, porque ella era muy rápida y él mucho más corpulento. Pero la acorralaron contra los árboles entre Gregorio y él. Cuando Jorge disparó al aire, Teresa se volvió inmediatamente en dirección al sonido, y Gregorio aprovechó para atraparla por detrás. La chica pataleó y chilló, pero el hombre no soltó su presa.

—¿Dónde está? —le gritó Jorge, acercándose a zancadas entre la vegetación.

—No sé de qué me hablas. Soltadme. —Teresa sintió que el corazón le subía poco a poco a la garganta y le paralizaba la lengua.

—¿Dónde está tu hermano?

—No lo sé.

Jorge dio otro paso más y acercó su cara a la de ella. Teresa percibió el olor a alcohol rancio que despedía su aliento.

—Venga, Teresa, tú lo sabes todo, eres muy lista. Y un poquito espía. ¿Dónde está tu puto hermano?

—No lo sé —repitió ella.

—Átala al árbol —ordenó Jorge, pero Gregorio titubeó—. Ya me has oído. Venga. —El otro no se movió.

—No sé dónde está mi hermano, lo juro —dijo Teresa, percibiendo una oportunidad—. ¿Crees que él iba a decírmelo? A mí nadie me cuenta nada...

—Anoche tu hermano incendió medio pueblo. Cuando lo atrapemos, es hombre muerto. Y tú vas a ayudarnos.

Y empezó a arrastrar a la joven hacia el árbol, tirándole de la trenza.

—Isaac te conoce desde que ibais al colegio —le dijo Teresa, al tiempo que soltaba una exclamación de dolor por el tirón de pelo—. Ha sido amigo tuyo durante veinte años. ¿Cómo te va a mirar tu madre a la cara? —preguntó.

—Por lo menos yo tengo una madre que me mira —replicó Jorge.

—Estás temblando, Gregorio —dijo entonces Teresa, dirigiéndose al más blando de los dos, desencajada de miedo pero percibiendo la incomodidad del chico.

—Jorge —dijo Gregorio—, deberíamos llevarla al cuartel.

—Cállate —replicó el otro.

—Lo digo en serio. No pienso atarla a este árbol. Don Alfonso en ningún momento ha dicho que... Vamos a subirla al camión.

Al final Jorge terminó cediendo y encerraron a Teresa en un calabozo del cuartel local de la Guardia

Civil. Ella no hizo ningún ruido en toda la noche.

—Mira a ver que no se haya suicidado —dijo Jorge—. Como su madre.

—¿Qué? —preguntó Gregorio.

Jorge se volvió hacia su colega.

—No me digas que no lo sabías. Su madre se ahogó. Seguramente no quiso seguir viva para criar a ese pedazo de mierda —añadió, dirigiendo la voz hacia el húmedo pasillo, lo bastante fuerte para que Teresa lo oyera.

Cuando amaneció, Teresa apenas había dormido. No llevaba mucha ropa y nadie le había ofrecido una manta. Pero lo que más le dolía, lo que la hacía tiritar de verdad, era que no hubiera acudido ninguno de los Schloss a interceder por ella. En lo más negro de la noche, con la mirada fija al otro lado de los barrotes, rememorando las crueles palabras que había pronunciado Jorge, estaba segura de que de un momento a otro aparecería Olive llamándola por su nombre y exigiendo que aquellos dos brutos la dejaran salir de allí. Necesitaba creer que iba a ser así, porque de lo contrario quien iría a buscarla sería el pelotón de fusilamiento.

Pero Olive no fue a buscarla, y tampoco Harold, que sin duda tenía más autoridad que su hija. Y cuando amaneció, Teresa empezó a pensar: «Por supuesto, por supuesto, ¿por qué iban a venir?», y se alegró de que nadie hubiera presenciado su patética expresión esperanzada.

A las ocho de la mañana, Jorge y Gregorio fueron al calabozo y la encontraron sentada en la cama, muy derecha, con todas las vértebras pegadas a la fría piedra de la pared.

—Arriba —ordenó Jorge.

Ella se puso de pie, y él se acercó.

—Por última vez, Teresa. ¿Dónde está tu hermano?

—No lo s...

Jorge le cruzó la cara de una bofetada, y el impacto le lanzó la cabeza contra la pared.

—He preguntado dónde está.

Teresa empezó a chillar, hasta que Jorge le dio un puñetazo y, mientras oía a Gregorio protestar a gritos, cayó inconsciente al suelo. Lo siguiente que supo fue que le habían vendado los ojos y que volvía a estar traqueteando en la parte trasera del camión; notaba el sabor metálico de la sangre y tenía un diente suelto dentro de la boca.

Intentó mover la cabeza para ver si alcanzaba a percibir hacia dónde se dirigían, pero estaba muy desorientada. Le dolía el cuello, le palpitaban las sienes. Le habían atado la venda con tanta fuerza que se le estaba clavando en los ojos. A su alrededor olía a sudor y también a sangre ajena. ¿Sería aquello el final? En el fondo de su alma, en sus sueños, había temido aquel momento. Iban a pegarle un tiro en la nuca detrás de alguna casa, a cincuenta kilómetros de su hogar. ¿Y quién la echaría en falta? ¿Quién llevaría luto por ella?

El camión se detuvo. Teresa oyó que los dos hombres se apeaban de la cabina y levantaban la lona de atrás.

—No me peguéis un tiro, no me peguéis un tiro —suplicó, consciente de que su voz sonaba rota, sorprendida por aquella pasión abrumadora por vivir y por lo dispuesta que estaba a humillarse con tal de conservar la vida. Lo que fuera, con tal de vivir—. Gregorio —rogó—, por favor. Por favor, sálvame.

Pero Gregorio no respondió. Una mano la agarró por el brazo y dio unos pasos con ella hasta que la obligó a sentarse en una silla. Teresa oyó unas pisadas que se alejaban, aplastando algo que, por el ruido, parecía grava. La habían colocado hacia el sol y sintió cómo su resplandor naranja y dorado, que se filtraba a través de la venda de los ojos y la fina piel de los párpados, le calentaba la cara. «Se acabó», pensó.

—Olive... —susurró—, Olive...

Repitió ese nombre una y otra vez, y de improviso le retiraron la venda de los ojos. Reinaba el silencio, hasta que de pronto fue interrumpido por una pequeña bandada de pájaros que cruzó el cielo. Teresa parpadeó para adaptar la vista a la luz y, para su sorpresa, vio a Olive de pie a su derecha, con la cabeza rodeada por un halo de luz dorada y su figura recortada contra las casas del fondo, pequeños cuadrados de color blanco.

—¿Me he muerto? —le preguntó.

—No —contestó un hombre.

Entonces se dio cuenta de que estaba en la plaza del pueblo, sentada en una silla que habían colocado justo enfrente de la chamuscada estructura de la iglesia. Los vecinos habían empezado a congregarse a su alrededor y cuando ella volvió la cabeza se replegaron como un banco de peces. Intentó levantarse de la silla e ir hacia Olive, que avanzó un paso con el brazo extendido, pero Gregorio volvió a empujar a Teresa para que se sentase.

Entonces Jorge movió su pistola hacia el grupo de aldeanos.

—¡Atrás! —les gritó, pero Olive no se movió del sitio.

—¿Qué vais a hacerle a Teresa? —gritó en español—. ¿Qué vais a hacer?

—¡Cállate! —le ordenó Jorge, y acto seguido fue hasta el camión y sacó algo que había en el asiento del pasajero.

Volvió junto a Teresa y, con los brazos en jarras, estudiándola, dio unos pasos a su alrededor. Luego cogió su trenza en la mano y la sopesó, como si estuviera en el mercado inspeccionando la calidad de una hortaliza. Con la otra mano alzó una enorme cizalla, de las que utilizaban los jardineros para podar las plantas.

—Voy a ser justo —dijo, a la vez que se enrollaba la trenza en la mano—. La iré deshaciendo lentamente, mechón a mechón. Voy a preguntarte una vez más por tu hermano, y si cooperas, podrás conservar el pelo.

Teresa se había quedado petrificada, lo único que seguía vivo era su trenza, enroscada y palpitante en el puño de Jorge. Tenía la mirada fija a lo lejos; su cuerpo estaba presente, pero ella no. Cuando Jorge fue deshaciéndole la trenza con gran aplicación, ella no se movió lo más mínimo, y tampoco protestó; simplemente permaneció inmóvil, con la vista fija en la nada. Se la veía tan quieta, tan pensativa, que casi daba la impresión de ser cómplice del espectáculo, hasta que uno se fijaba en sus puños apretados con fuerza, en los nudillos blancos a través de la piel.

—No lo hagáis —les dijo Olive a los dos hombres—. Teresa no sabe dónde está su hermano.

Jorge giró en redondo para mirarla.

—Eso es lo que dice ella.

Las tijeras empezaron a cortar. Un largo mechón de pelo negro cayó al suelo y se quedó allí, como una serpiente. No se oyó ni un susurro, nadie parecía respirar siquiera.

—Señorita —dijo Gregorio dirigiéndose a Olive—, esto no es asunto suyo.

—No le hagáis daño —suplicó ella—. Lo lamentaréis. ¿Sabe su padre que estáis haciendo esto y...?

—¡Si no cierra la boca, la siguiente será usted! —chilló Jorge, levantando de nuevo las tijeras—. ¿Dónde está tu hermano? —le preguntó a Teresa, pero ésta continuó sin decir nada, de modo que empezó a cortar un segundo mechón.

«Di algo, Tere —pensó Olive—. Di lo que sea, una mentira.» Pero Teresa permanecía muda, con la vista fija en la iglesia devorada por el incendio. Olive casi notó en su propia nuca la leve caricia de aquel mechón. Aunque Teresa seguía sin moverse, Olive advirtió la chispa de miedo que brillaba en sus

ojos, sepultada bajo aquella mirada inexpresiva.

—¿Dónde está? —fue la pregunta que se repitió una vez tras otra.

Como Teresa seguía sin contestar, Jorge fue cortando más cabello, ya muy cerca del cráneo, a trasquilones.

—Pareces una seta peluda —se burló Jorge, riendo.

Ningún vecino del pueblo le rió el chiste, pero tampoco nadie hizo nada para poner fin a aquel espectáculo.

—Teresa —la llamó Olive—, estoy aquí.

—Y mira para lo que le ha servido —dijo Gregorio.

Cuando Teresa hubo perdido toda su melena, Jorge se sacó del bolsillo una navaja de barbero.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Gregorio—. Ya ha captado el mensaje.

—Yo creo que no —replicó Jorge, al tiempo que apoyaba la cuchilla en lo alto de la cabeza de Teresa.

Empezó a afeitar los parches de pelo que le quedaban, hasta dejarla completamente calva. Esa humillación se remontaba a los tiempos bíblicos, aquellos días de sangre.

—Esto es lo que sucede —dijo Jorge levantando la cuchilla— cuando uno oculta información sobre un criminal y se niega a colaborar con la ley.

—¿La ley? —repitió Olive.

Los vecinos del pueblo permanecieron inmóviles. El cuero cabelludo de Teresa se veía cubierto de pequeños cortes allí donde Jorge había herido la piel. Luego la obligó a levantarse de la silla y a seguir a su verdugo como si fuera una marioneta.

—Ahora quítate la falda y la blusa —le ordenó.

—¡Basta! —gritó una mujer que estaba al lado de Olive, y Jorge dio unos pasos hacia ella.

—¿Quieres ser la próxima, Rosita? —le preguntó—. ¿Tú también quieres parecer una seta? Porque te aseguro que no me importaría.

Rosita retrocedió negando con la cabeza, con el miedo pintado en la cara.

Muy despacio, Teresa empezó a quitarse la falda y la blusa, dejando al descubierto unas piernas delgadas y su ropa interior. A Olive le entraron ganas de rescatarla, pero le preocupaba que si se lanzaba hacia ella y la agarraba del brazo empeorase la situación. Jorge estaba envalentonado y, aunque a Gregorio no se lo veía tan seguro de sí mismo, podía resultar igual de peligroso.

Éste trajo del camión una especie de sayón que parecía haber sido confeccionado en el siglo XVI y una botella cuyo contenido Olive no logró discernir. Le puso el vestido a Teresa, pasándoselo por la cabeza, y la ayudó a meter los brazos por las amplias mangas.

—Quítate los zapatos —le ordenó luego, como un padre que habla a una hija, y cuando Teresa obedeció, todo resultó dolorosamente absurdo.

Con dedos temblorosos, la chica manoteó intentando deshacer el nudo de los cordones. Gregorio perdió la paciencia y los cortó por la mitad con su navaja. Ese gesto, más que el afeitado de la cabeza, más que la orden de desvestirse, fue lo que por fin desató la furia de Teresa. El único par de zapatos que tenía, tan cuidados y limpios a pesar de lo viejos que eran, se habían convertido en dos trozos de cuero sin cordones que yacían en el polvo. Gritó y cayó de rodillas.

—¡Levántate! —vociferó Jorge, pero ella no se movió. Entonces él le arrojó la botella—. Esto es lo que hacemos con los traidores —dijo.

—¿Quién es el traidor? —replicó Teresa con la voz rota.

—¿Quieres que te meta yo mismo eso por el gaznate?

Ella, aún negándose a obedecer, lo miró fijamente.

—Gregorio —dijo Jorge—, encárgate tú.

Gregorio cayó sobre Teresa antes de que ésta pudiera prepararse. Le sujetó los brazos y le propinó un rodillazo en la parte baja de la espalda. A continuación, pálido y sudando, le aferró la mandíbula y se la abrió por la fuerza.

—¡Bebe! —gritó.

La conmoción que le produjo ver que Gregorio se volvía contra ella pareció dejarla muda de terror, y Jorge pudo introducirle la botella en la boca con relativa facilidad.

—Bebe —siseó Gregorio—. Bebe hasta el fondo.

Con los ojos muy abiertos, Teresa volvió la cabeza para obligar a Gregorio a sostenerle la mirada, y continuó mirándolo fijamente mientras el contenido de la botella iba vaciándose en su garganta. Llegados a ese punto, varios de los vecinos salieron huyendo, una vez que el horror hubo roto el hechizo mágico de la violencia.

Cuando la botella estuvo vacía, los dos hombres soltaron a Teresa, que, entre arcadas, echaba hilos de aceite por las comisuras de los labios, que iban cayendo y formando charcos en el suelo.

—No sabía que vivíamos al lado del mismo diablo —susurró un hombre que estaba cerca de Olive.

—Ahora vete a casa, Teresa —dijo Jorge—, y procura no cagarte encima. Si no encontramos a tu hermano en los próximos días, prepárate para otra visita.

Teresa se puso de pie trastabillando y Olive se abrió paso entre los hombres para acercarse a ella y agarrarla del brazo. Esta vez no se lo impidieron. Teresa se dejó caer contra Olive y las dos se marcharon poco a poco de la plaza. Los aldeanos que quedaban se apartaron para dejar pasar a aquella criatura calva y presa de las náuseas, cuyos intestinos podían ceder de un momento a otro, tras la ingestión de una botella entera de aceite de ricino.

Nadie la abucheó en su camino, ni siquiera tímidamente, aun estando presentes Jorge y Gregorio. Nadie pronunció una sola palabra, pues estaban todos mudos del horror. Observaron a las dos jóvenes alejarse por el camino de tierra y salir del pueblo en dirección a la finca. Y siguieron contemplándolas hasta que las perdieron de vista.

Jorge y Gregorio se subieron al camión y arrancaron en dirección contraria. Poco a poco la plaza fue quedándose vacía, salvo por los mechones oscuros del cabello de Teresa, abandonados sobre la gravilla.

XXI

Olive bañó a Teresa y quemó aquel asqueroso sayón. A continuación, le puso un jersey suyo de lana y un pantalón azul de seda que le había dado su madre. Quizá la belleza de aquella seda azul tuviera como objetivo distraer a Teresa, pero lo único que consiguió fue conferirle un aspecto incongruente: el lujo en contraste con el jersey de lana y el cráneo afeitado. Para cuando Harold regresó de Málaga, ya tarde, le habían dado a Teresa dos de los somníferos que tomaba Sarah y la habían subido a una habitación del primer piso, donde dormía profundamente.

Antes de que pudieran contarle lo que había sucedido en la plaza del pueblo, Harold se desahogó explicando lo vivido en Málaga. Había vuelto muy afectado. El estado de las carreteras era terrible, contó. Desde que se habían destruido los dos puentes, con lo cual el centro había quedado aislado, nadie había hecho nada para repararlos. Lo llamó el perverso budismo de los españoles. Estaba muy bien eso de dejar que todo fluyera, pero no a expensas de la vida. Porque, de lo contrario, ¿cómo se explicaba que no reparasen un puente que podía ayudar a que los ciudadanos que estaban aguardando en la ciudad recibieran comida, y no digamos ya a las tropas?

Había aparcado el coche fuera y había entrado a pie en la ciudad, y cuando finalmente llegó al centro, descubrió que apenas había provisiones que comprar. No encontró ningún alimento enlatado, ni queso, ¡ni queso!, ni pan. Consiguió encontrar un kilo de azúcar y otro de achicoria, una cantidad racionada de bacalao salado, unas pocas sardinas frescas, un paquete de tabaco y un triste chorizo. Dijo que Málaga estaba irreconocible, que allí donde antes colgaban cestas de flores ahora se veían edificios bombardeados, y habló del estado catatónico de las personas que se habían quedado sin hogar y que no tenían ningún sitio donde vivir y muy poco que comer. Aunque los hoteles aún estaban en pie — preservados porque se cerraban por la noche para protegerlos de las bandas de saqueadores—, varias zonas de la ciudad ya no eran más que carcasas humeantes.

—La organización es un horror —continuó Harold—, ¡un maldito desastre! —gritó, y su esposa y su hija dieron un respingo.

¿Qué sería lo que lo tenía tan alterado, a él, que no era de allí, que podía marcharse cuando quisiera?

Les dijo que los expatriados que vivían en Málaga se habían refugiado en el hotel Regina, pero que la gran mayoría de los extranjeros estaban ya marchándose a bordo de la segunda tanda de destructores que había anunciado el consulado británico. Los había visto en el muelle, con el pasaporte en la mano, rodeados de baúles de viaje desperdigados como fichas de dominó. Ingleses, norteamericanos, argentinos, alemanes y chilenos, y también algunos españoles con pinta de adinerados.

—Dicen que los alcanzará la ola de rojos, pero el cielo está lleno de bombarderos de Mussolini —dijo—. Puede que de ahora en adelante el mar sea la única vía para obtener alimentos. Con esos puentes destruidos, no veo cómo van a llegar las provisiones.

—Aquí estamos demasiado lejos del mar para que eso nos tranquilice —saltó Sarah, al tiempo que cogía las sardinas y el chorizo y desaparecía con ellos en el interior de la despensa—. ¿Has podido comprar la bandera, como te dije? —preguntó.

—No te enteras, ¿verdad? —replicó Harold—. En medio de los ataques aéreos, con los aviones italianos bombardeando el puerto, ¿crees que voy a encontrar una bandera británica?

Sin embargo, a pesar de los horrores que se vivían en Málaga, Olive estaba convencida de que lo que realmente estaba empezando a poner nerviosos a sus padres era Teresa. Su presencia era como una materia oscura en el dormitorio del primer piso, y por toda la casa flotaba un ambiente de culpabilidad. Sarah no sabía qué hacer con ella, la llenaba de perfume, le llevaba todas las revistas *Vogue* y *Harper's* que pudiera desear. Teresa no decía nada al ver todo eso y se limitaba a fijar en Sarah una mirada hosca. Sarah decidió mantenerse alejada, pues no deseaba estar cerca de semejante volatilidad. Harold subió el gramófono al dormitorio, pero la invitada no puso ninguno de sus chispeantes discos de jazz.

Al tercer día de su estancia en la finca, Teresa cayó presa de la fiebre. Permanecía tumbada en la cama, murmurando una y otra vez: «*Bist du es? Bist du es?*», mientras Olive le pasaba un paño húmedo por la frente y rezaba para que el médico se atreviera a ir a la casa. Llamó a su madre para que la ayudara, pero Sarah no respondió. Teresa tenía una expresión fija, los ojos fuertemente cerrados, el rostro hinchado por el cansancio, la piel pálida y sudorosa como un huevo sin cáscara.

No se sabía nada de Isaac. En el pueblo, cada noche uno de los propietarios de los bares orientaba la radio hacia los montes, con el fin de que los que estaban allí escondidos pudieran seguir las noticias. El general Queipo de Llano, que aún continuaba transmitiendo desde Sevilla, anunciaba a sus oyentes que contaba con cincuenta mil tropas italianas, tres banderas de la Legión Extranjera y quince mil soldados norteafricanos conocidos como el Ejército de África, todos esperando a entrar en Málaga. Eso hizo estremecer a Olive, pero se consoló pensando que Isaac estaría allí cerca, en alguna parte, escuchando. No quería que se hubiera marchado al norte, quería que estuviera allí.

A Teresa le bajó la fiebre y estuvo varios días más acostada en silencio. Por la noche, mientras escuchaba el gemido de los lejanos bombarderos, Olive oía a Teresa ir y venir descalza por los pasillos, con sus pasos catárticos... ¿Qué pretendía? ¿Sería una vigilia nocturna cuya finalidad era hacer volver a su hermano? ¿Por qué, cuando él había sido el motivo de la humillación que ella había sufrido? Olive recordó el grito de rabia de Teresa en la plaza del pueblo, su gesto de impotencia, el terror que reflejó su rostro cuando Gregorio le sujetó los brazos, y se preguntó si, después de todo, Teresa sí sabía dónde estaba su hermano.

Pero ésta permanecía enterrada bajo los recuerdos, se pasaba el día acurrucada en la cama, en posición fetal, con la cara vuelta hacia la pared. No hablaba con nadie. Era un trauma que nadie de la casa sabía cómo encarar. Olive se despertaba al amanecer y se plantaba delante de un lienzo en blanco, incapaz de coger un pincel. No lograba olvidar la imagen de la silla en la plaza del pueblo, el sayón manchado de heces, la cabeza de Teresa transformada en una bola de un blanco sucio, sus pies descalzos avanzando con dificultad por el zaguán de la casa. Temerosa de no poder pintar nunca más y de no volver a ver a Isaac, la avergonzaba reconocer que no sabía decir qué privación la hería más profundamente. En su cerebro retumbaba lo que le había dicho él: «Te he sido útil.»

Fueron pasando los días, y Olive continuaba aguardando a que Teresa rompiera su silencio. Los silencios como ése constituían la peor de las pesadillas para Harold. En su opinión, la gente debía hablar, expresar su dolor en voz alta. Se enfurecía e intentaba obligar a decir algo a la joven que yacía acostada en una de las habitaciones de su casa. Pero Olive estaba segura de que se acercaba el fin de aquella situación; casi podía notar la humillación de Teresa en el aire, acumulándose contra la puerta del dormitorio, a punto de romperla.

Harold dijo que en cuanto Teresa se hubiera recuperado y hubiera vuelto a su casa, ellos cruzarían la frontera y pasarían a Gibraltar. En cuanto a Isaac, él se lo había guisado e iba a tener que comérselo. Olive, en el desván, intentando conciliar el sueño, apenas podía imaginar una acera intacta, un parque cuidado, los tejados de pizarra de Curzon Street y Berkeley Square mojados por la lluvia. Marcharse a Londres significaba cruzar una frontera tanto física como metafísica, y no estaba segura de ser capaz de

hacer tal cosa, ni siquiera sabía si quería. Londres podía significar una asfixia de otra clase. Para ser totalmente sincera consigo misma, debía admitir que vivir en Arazuelo resultaba estimulante, al tener tan cerca la posibilidad real de morir.

Empezó a sentirse responsable de la desaparición de Isaac. Aquella noche, cuando se despidieron en el porche, él estaba muy enfadado y le había deseado suerte antes de irse. Cuán lejos parecía estar ya el día en que, recién llegados a aquel lugar, bajo el tenue sol de enero, Isaac le había retorcido el pescuezo a aquella gallina. Olive recordó lo que había sentido en su cuerpo cuando él mató al animal. Isaac le había dado mucho; ¿le habría dado ella otro tanto a cambio? No, seguro que no. Cuando intentó revivir la sensación de sus manos acariciándola, descubrió que no podía.

—¿Tú crees que Isaac habrá conseguido huir? —le preguntó Sarah una tarde, cuando estaban Olive y ella sentadas a solas en la salita que daba al este. Harold se encontraba en su estudio y Teresa seguía en el piso de arriba.

Olive se frotó los brazos. La pila de leña iba menguando, por lo que tenían que racionar la que quedaba.

—No lo sé.

—Yo estoy segura de que sí —afirmó Sarah—. Seguro que ha cogido un tren.

Olive se fijó en el buen aspecto de su madre a pesar de la escasez de alimentos y del trauma sufrido por Teresa, que amenazaba con engullirlos también a ellos. Era como si aquella situación estresante finalmente le hubiera proporcionado un motivo para vivir.

—¿Tú quieres marcharte, Liv? —preguntó Sarah.

Olive tiró de un hilo del raído sofá. Al fin y al cabo, Isaac estaba en lo cierto. Ellos habían llegado un buen día y del mismo modo volverían a irse.

—No —respondió—. Éste es mi hogar.

Aquella misma noche, Olive oyó que alguien llamaba a su puerta.

—¿Quién es?

Teresa entró arrastrando los pies y se detuvo en el umbral. Estaba más delgada que nunca y le había crecido un poco el pelo, pero, sobre todo, a Olive la alivió ver que sus ojos reflejaban determinación.

—¿Sabe lo que está diciendo su padre? —le preguntó la chica.

Olive volvió a recostarse en la cama.

—Mi padre dice muchas cosas.

—Habla del fatalismo de los españoles.

—No le hagas caso.

—Lo que dice no es justo.

—Ya lo sé.

—¿Acaso piensa que no estamos intentando luchar?

—Él no piensa eso. Cuando uno es forastero, resulta fácil decir esas cosas.

—Este lugar no es seguro.

—Ya lo sé, Tere.

—Deberían irse.

—No pienso abandonarte.

—Usted no se queda aquí por mí, señorita. Yo sé por qué continúa en esta casa. —Las dos jóvenes se miraron—. Mi hermano no va a regresar —añadió Teresa.

Olive se incorporó a medias.

—Puede que sí.

Teresa se rió. Fue una risa quebrada, amarga.

—Precisamente usted debería abrir los ojos.

—Yo diría que los tengo bastante abiertos, muchas gracias. Más que la mayoría de los ingleses que han vuelto a casa.

Teresa entró despacio en el dormitorio y pasó una mano por el borde superior de *Rufina y el león*.

—Mi hermano ha hecho mucho daño —dijo.

—¿Al pueblo?

—A esta casa.

—¿A qué te refieres?

—Querría darle las gracias, señorita —dijo Teresa—, por rescatarme de Jorge y de Gregorio.

—No podía hacer otra cosa.

—He intentado luchar.

—Ya lo sé.

—Pero es muy difícil. Es como pelear contra una misma. Y hay veces en las que no veo por qué debería hacerlo. ¿Por qué tendría que luchar?

—No conozco la respuesta a esa pregunta, Tere.

—Señorita, si usted se va... ¿yo podría acompañarla?

Olive titubeó. Su padre no tenía previsto llevarse a Teresa con ellos.

—¿Tienes papeles?

La chica, en un gesto inconsciente, se tocó la cabeza, donde las heridas estaban empezando a curarse.

—No.

Siguió un silencio.

—Déjame que te arregle —le dijo Olive. Bajó de la cama, fue hasta ella y le apoyó las manos en los hombros—. Ven, no voy a hacerte daño, tendré cuidado.

Sentó a Teresa en el borde de la cama y, con una cuchilla que había cogido del tocador de su padre, fue retirando muy despacio los parches de pelo que le quedaban en la cabeza. Luego le puso calamina en los cortes. Teresa estuvo todo el rato muy quieta, mirando por la ventana y escuchando los disparos que se oían a lo lejos, en Málaga.

—Esto es culpa de mi hermano —dijo en tono inexpresivo.

Olive sostuvo un momento la cuchilla por encima de Teresa.

—Bueno, todos hemos actuado como necios. Podrías echarle la culpa a tu padre y él se la echaría al gobierno y el gobierno se la echaría a los que gobernaban antes. No creo que Isaac quisiera que te ocurriera esto.

—Isaac piensa en el país, pero se olvida de su casa —contestó Teresa.

—Isaac es buena persona.

—¿Usted cree?

—Tiene conciencia.

Teresa se echó a reír.

—Tú sabes dónde está tu hermano, ¿verdad? Te prometo que no voy a decírselo a nadie. Pero necesito saberlo.

Teresa hundió los hombros y se volvió otra vez hacia la ventana.

—Es mejor que no lo sepa.

De repente oyó un tijeretazo. Horrorizada, se volvió hacia Olive y vio que ésta se había cortado un grueso mechón de pelo.

—¿Qué está haciendo? —exclamó, al ver que se cortaba otro más.

—Crees que simplemente he estado jugando, ¿no? —dijo Olive.

—Deje su cabello en paz. Déjelo.

Teresa hizo ademán de quitarle la tijera, pero Olive la apuntó con ella, como advirtiéndola de que se estuviera quieta. Entonces empezó a cortarse un mechón tras otro, puñados de cabello de color avellana que caían flotando hasta el suelo. Teresa la observaba hipnotizada.

—Ahora afeitame la cabeza —dijo Olive.

—Se ha vuelto loca.

—En absoluto. ¿Qué tengo que hacer para que la gente me tome en serio?

—Llevar el pelo como yo no le servirá para experimentar el mismo dolor.

—Teresa, hazlo.

Ella procuró ocultar las lágrimas mientras eliminaba con delicadeza todo el pelo que quedaba en la cabeza de Olive. No se acordaba de la última vez que había llorado delante de alguien. Le acudió a la memoria aquella primera pintura de Olive que ella había colocado en el caballete para enseñársela a los Schloss, la de santa Justa transformada en una mujer en un trigal. Isaac estaba convencido de que lo había hecho porque lo había visto besándose con Olive junto a la verja oxidada de la casa, que ella estaba castigándolo porque tenía celos, que había intentado robarle su oportunidad de brillar. Teresa tenía que admitir que ver lo que sucedía entre los dos le había hecho daño, que la había hecho sentirse excluida e ignorada, aunque no supiera explicar muy bien por qué. Pero también sabía que aquel impulso suyo en todo momento estuvo relacionado con algo más profundo, no tenía que ver exactamente con Isaac. Era otra cosa que ni ella misma alcanzaba a entender del todo. Lo que más se acercaba a describirlo era que se trataba de un vínculo que Teresa había creado para sí misma y Olive estaba siendo justamente recompensada.

—Tere, voy a preguntártelo otra vez. ¿Sabes dónde está Isaac? —dijo Olive.

Teresa casi sintió la presión de aquella pregunta como algo físico.

—Olvídese de Isaac —contestó—. Él no la ama como debería.

—Ay, Teresa. Qué sabrás tú del amor.

En el corto período de tiempo que Teresa llevaba en la casa de los Schloss, había aprendido más sobre el amor y sus problemas de lo que Olive era capaz de imaginar. Pero también sabía, desde mucho antes de que llegara aquella familia con sus corazones rebosantes, que si bien todo tiene consecuencias, nada puede achacarse sólo al destino. Ella siempre había optado por ver y callar. Durante toda su vida, antes de conocer a Olive, se había atenido a esa máxima.

Sin embargo, Olive y sus pinturas y sus padres habían cambiado su actitud. La habían hecho abrirse y ser más vulnerable ante el mundo de otras personas. Y, de nuevo, Olive estaba presionándola para que hablase. Quizá no hubiera nada que ganar en seguir guardando silencio. Quizá hubiese llegado la hora de que Olive viera la verdad por sí misma y se liberase al fin.

—Está en una choza de pastores —dijo Teresa.

—¿Qué?

—Vaya y busque una choza de pastores. Allí encontrará a mi hermano.

Olive la miró atónita.

—No te creo.

—Lo encontrará allí. Pregúntele lo que significa estar enamorado.

Teresa la contempló mientras se marchaba y empezó a recoger con la escoba el pelo que le había cortado a Olive, experimentando una mezcla de alegría y miedo. No sabía muy bien lo que Olive iba a encontrar, pero se hacía más o menos una idea. Observó la nuca de la joven, recién afeitada, con un sentimiento que

se acercaba al orgullo. Sabía que cuando llegase el momento de la verdad —y desde luego se hallaba próximo— cuestionarían su forma de ser. Por lo menos verían que no le había hecho ningún rasguño a su señora. El corazón herido de Olive no era posible repararlo, pero al menos la cabeza ya la tenía despejada.

XXII

El sonido de los aviones que sobrevolaban Málaga había ido amortiguándose a medida que Olive bajaba la cuesta de la finca con paso decidido, en dirección a la casa de Isaac. Cuando salió de puntillas por la puerta, nadie pareció percatarse de ello. No se le ocurrió que tal vez no quedara nadie en la casa para oírla.

Al anochecer, Arazuelo era un pueblo fantasma. La plaza se hallaba vacía, el bar que había en el rincón tenía las contraventanas cerradas; la iglesia era una carcasa ennegrecida; la carnicería estaba cerrada; la escuela y las oficinas que la rodeaban se veían muertas. Olive se palpó los bolsillos: en uno de ellos encontró la linterna que había cogido de la cocina y en el otro notó el frío bulto de la pistola que les había dejado Isaac.

Casi se podía creer que Isaac aún estaba por allí. Por lo visto, Teresa era una caja fuerte llena de secretos hasta que uno daba con la combinación para abrirla. Mientras a su alrededor todo estaba sumido en el silencio, dentro de su cerebro los pensamientos se apelotonaban con un ímpetu que le costaba controlar. Si conseguía encontrar a Isaac y llevárselo consigo, todo sería perfecto. Jadeando e intentando recobrar el resuello, escrutó el bosque; la línea de árboles se volvía cada vez más oscura a medida que la luz natural iba menguando en un cielo nublado.

Olive se internó a la carrera en la oscuridad y encendió la linterna. «No use una linterna —le había advertido Teresa—. No sabe quién más puede estar por allí.»

«No tengo miedo», le había contestado ella; sin embargo, ahora, caminando entre los árboles, no conseguía ver nada sin la linterna y se le disparaba la adrenalina. No sabía muy bien adónde se estaba encaminando, pero supuso que su destino no podía estar lejos. Si se dirigía hacia las estribaciones de los montes, encontraría a Isaac. Lo encontraría, seguro. «Usted cree que se ha ido al norte, ¿verdad? —le había dicho Teresa—. Pues no.»

«Si tanto lo odias, ¿por qué no les dijiste nada a aquellos hombres?», le había preguntado ella, pero ya conocía la respuesta. Teresa no había desvelado el paradero de Isaac, pero no para protegerlo a él, sino para no perderla a ella.

«Estaré esperándola», le dijo la chica finalmente, cuando ella salió corriendo del desván. A Olive nunca le habían dicho algo así.

Lo primero que vio fue la lata de sardinas entre la hierba. Se deducía claramente que la habían arrojado desde el interior de la choza que se encontraba a varios metros de donde estaba ella. Apagó la linterna y observó la cabaña de pastores. Se apreciaba un leve resplandor entre el rudimentario ventanuco y la tela impermeable que lo tapaba. Olive se acercó un poco más. Oyó una voz, un murmullo en tono grave... era Isaac. Teresa no le había mentado. Se le inundó el corazón de alegría al saber que él estaba allí y echó a correr hacia la choza.

Entonces oyó también una voz de mujer. Una voz conocida. Tuvo la sensación de que iba a ahogarse, porque la garganta se le cerró y la lengua se le pegó al paladar.

De la choza salió un ruido, un suspiro profundo, y después otro, y otro más, hasta que por fin entendió

lo que había querido decir Teresa, lo que tanto le había costado revelar, el motivo por el que se resistía a desvelar la verdad sin tapujos, la razón por la que la había hecho ir hasta allí para que lo viera por sí misma. Aunque apenas podía soportarlo, lo entendió. Y de nuevo la oyó, regular, profunda e insufrible: una expresión de placer puro. Mientras el universo que flotaba sobre su cabeza se iba tornando poco a poco más oscuro, ella cerró los dedos en torno a la pistola y abrió la puerta de un empujón.

XXIII

Sarah soltó un chillido y pegó la espalda a la pared.

—¡No dispaes! —gritó Isaac en español, y luego lo repitió en inglés.

Olive recogió el farol que había en el suelo. Tanto Isaac como su madre estaban desnudos y sus piernas aún se enredaban. Sarah se apartó a toda prisa, presa del pánico, y Olive vio su vientre de embarazada.

—Olive —dijo, aturdida por la impresión—. ¿Qué ha sido de tu pelo?

Se miraron fijamente. Transcurrieron unos segundos que parecieron horas.

—¿Lo sabe papá? —preguntó por fin Olive en un tono frío y carente de inflexiones—. ¿Lo sabe papá?

Sarah hizo un esfuerzo para incorporarse, se cubrió el pecho con la chaqueta de Isaac y alargó un brazo para coger su pantalón.

—Liv. Livvi. Baja la pistola.

Pero ella mantuvo el cañón del arma apuntando hacia su madre.

—¿Lo sabe?

—No lo sabe —respondió Sarah con una exclamación ahogada—. Baja eso, por Dios.

—¿Es tuyo? —le preguntó Olive a Isaac—. ¿El niño es tuyo?

—No es suyo —contestó Sarah en su lugar—. No lo es.

Isaac se puso de pie.

—Olive —dijo en tono suave—, baja la pistola. No hay necesidad de que nadie salga herido.

Ella notaba un fragor en los oídos.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué? —Su pregunta se elevó en la noche.

—¡Chis! —dijo Isaac—. No levantes la voz.

—Eres un hipócrita. Tanto hablar de marcharte al norte y de luchar por tu país cuando en realidad no te habías ido a más de un kilómetro, y para estar con ella... —Olive se tapó la boca con la mano para reprimir un sollozo.

—Livvi... —dijo Sarah.

—No me llames así. Isaac, no te hagas ilusiones de que lo que tienes con ella pueda ser amor. ¿Es tuyo el niño?

La mirada que intercambiaron Isaac y Sarah fue casi peor que el hecho de haberlos descubierto juntos. La intimidación que implicaba, la complicidad, la confianza.

—¿Cuánto tiempo lleváis...? ¿Qué tenía yo de malo? ¿Por qué no pude yo...?

Isaac empezó a acercarse a ella.

—Cálmate, Olive. Por favor. Puedo explicártelo...

Al ver que Isaac se acercaba a ella, Olive disparó una bala que perforó el techo de paja de la cabaña.

—¡Mierda! —exclamó él en español—. ¿Es que quieres que nos maten? Después de esto, todas las cuadrillas que merodeen por ahí fuera sabrán que aquí hay alguien.

Sarah dejó escapar un gemido y empezó a revolver en la oscuridad buscando el resto de su ropa.

—Tengo que irme. Tengo que irme —no dejaba de repetir—. Está a punto de volver.

—Eres una víbora —le dijo Olive.

Sarah levantó la vista hacia ella.

—No soy ninguna víbora.

—Ya lo creo que sí. No quiero volver a hablar contigo nunca más.

—¿Cómo has sabido que yo estaba aquí? —le preguntó Isaac.

—¿Tú qué crees?

Sarah gimió de nuevo. Olive cerró los ojos para no ver la escena que tenía delante.

—¿Cuánto tiempo hace que Teresa está enterada de esto? —susurró Sarah.

—No lo sé —respondió Olive, y era la verdad.

¿El silencio de Teresa hasta aquel momento habría obedecido a un deseo de protegerla o a otra cosa: al poder que le proporcionaba saber algo que Olive desconocía? ¿Habían estado todos riéndose de ella, tan enamorada de su Boris Mon-Amour? Habría sido mejor mantener a Isaac como un personaje de un libro, un producto de su imaginación, que como el monstruo que ella había creado en la vida real. Le vino a la memoria una de las últimas cosas que le había dicho Teresa en el desván: «Pregúntele a mi hermano lo que significa estar enamorado.»

—Olive —le dijo Sarah, ya más controlada ahora que se había vestido—. Sé que no siempre ha sido fácil...

—Ah, no, no. No quiero saber nada.

—Yo nunca he querido hacerte daño.

—Y en cambio siempre me lo haces.

Sarah se levantó y se enfrentó a su hija.

—¿Crees que eres la única que se siente sola? ¿La única que sufre?

—Me da igual tu soledad. Estás casada. Con mi padre.

—¿Y piensas que es fácil estar casada con él?

—Cállate. No digas nada más.

Isaac estaba en un rincón, vistiéndose a toda prisa, mirando alternativamente a una y a otra con expresión mortificada.

—Isaac no te pertenece, Olive, no es más tuyo que mío —dijo Sarah.

—Es mío... Hemos... ¿Qué vas a decirle a papá? No te perdonará.

Sarah se rió.

—No sabía que fueras tan anticuada.

—¿Anticuada?

—Tú sabes que los cuadros que vende tu padre no pagan todo esto, Liv. La finca, nuestros viajes, nuestra vida. No es una cuestión de que él «me perdone». Algún día, Olive, comprenderás que todo el mundo destroza su vida. No conozco una sola pareja que no haya tenido problemas. El matrimonio es muy largo, ¿sabes?, y...

—Basta. Me da lo mismo. ¿Cuándo sedujiste a Isaac por primera vez?

—Cariño, fue al revés. Sucedió no mucho después de que papá le comprase el primer cuadro.

—Vete de aquí —dijo Olive.

Sarah echó a andar hacia la puerta de la cabaña con la misma despreocupación que si estuviera saliendo de un restaurante de Mayfair, pero tropezó al caminar a oscuras.

—No veo nada —se quejó.

—Estoy segura de que a estas alturas ya te conoces el camino. Cuidado con los lobos.

—Te acompaño —se ofreció Isaac.

—Tú no vas a ninguna parte —le dijo Olive, apuntándolo con la pistola.

—Olive, estás actuando como una estúpida —dijo Sarah.

—Vete ya.

—Hasta pronto —le dijo Sarah a Isaac—. Olive, vuelve cuando te hayas calmado.

Isaac y Olive la contemplaron unos instantes, hasta que se perdió en la noche.

—No deberías haber permitido que se fuera sola —le reprochó Isaac.

—No habría sido capaz de pegarle un tiro, ¿sabes? Y a ti tampoco. —Olive bajó el arma y encendió la linterna. Bajo aquella brillante luz blanca, Isaac parecía asustado—. Isaac, por el amor de Dios. ¿Sabes al menos lo que le ha ocurrido a tu hermana?

—¿Qué le ha ocurrido?

—Claro, supongo que mi madre no se ha tomado la molestia de contártelo. Teresa ha pagado por tus heroicas hazañas.

—No me ocultes cosas, Olive. No me gusta.

—Eso sí que tiene gracia, viniendo de ti.

—¿Qué le han hecho?

El pánico que reflejaba su cara era auténtico, de modo que Olive cedió un poco y le contó lo que habían hecho Jorge y Gregorio, lo de afeitarse la cabeza y obligarla a beber aceite de ricino, los paseos de Teresa a medianoche sin rumbo por los corredores de la casa.

El semblante de Isaac se contrajo en una mueca de dolor.

—Pero ¿por qué estás calva tú? —preguntó.

—Para que ella se sintiera mejor. Menos sola.

Isaac fijó la vista más allá del círculo que iluminaba la linterna, en la oscuridad.

—De modo que ha sido ella la que te ha dicho que yo estaba aquí.

—Sí.

—¿Te ha dicho también lo del niño?

—No. Sólo me ha dicho que te encontraría aquí.

—¿Ha mencionado a Sarah?

—No. Yo le he preguntado qué sabría ella del amor, eso es todo.

Dejaron pasar unos instantes sin decir nada.

—Teresa ha causado muchos problemas —continuó Isaac.

—Sí, pero por lo menos ahora te estoy viendo tal como eres. Supongo que ésa era su intención.

—¿De verdad crees que mi hermana siempre ha tenido en cuenta qué era lo mejor para ti? —replicó Isaac—. Es igual que un gato, siempre cae de pie.

—Sobrestimas su fuerza. Tú no la has visto. Y, sea como sea, ella no me ha hecho daño. Me lo has hecho tú.

—Quizá sea cierto. Y lo siento. Pero tú sólo ves una idea de mí que te conviene. Nunca dejas de intentar crearme. Tu madre es... ¿cómo se dice? Perspicaz. Ella me ve tal como soy. Ella no quiere cambiarme.

—Ya. Seguramente le falte imaginación. Y además está enferma.

—¿El aburrimiento es una enfermedad? Sarah no está enferma. Pero a todos os viene bien decir que lo está. Incluso a ella misma.

—Tú te has aprovechado de mí.

—No me digas. Olive, yo nunca te he prometido nada, nunca te he dicho que te amaba. Tú has visto y oído lo que has querido.

—Te has acostado conmigo, Isaac. Varias veces.

—Sí. Y también dije que sí a lo de las pinturas. Todos cometemos errores.

—¿Qué es lo que intentas decir? ¿Que cuanto más pintaba menos te gustaba?

Isaac desvió la mirada.

—Lo que intento decir es que con tu madre... es distinto. Es otra cosa diferente.

—No es diferente, Isaac. Su comportamiento nos afecta a todos, igual que el de mi padre... y también el mío, supongo. ¿Te has quedado por ella?

Isaac titubeó. Olive cerró los ojos como si estuviera sintiendo dolor.

—Tú crees que eres el primero —dijo—, pero sólo se ha acostado contigo para castigarme a mí.

Isaac soltó una carcajada y se llevó las manos a la cabeza.

—Eres toda una artista, ¿a que sí? Crees que el mundo gira en torno a ti, y nunca dejas de buscar el dolor. Pues esto no tiene que ver contigo, Olive. En esto tú no pintas nada.

—Me voy. Y suerte, ¿no fue eso lo que me dijiste tú?

Se volvió hacia la oscuridad para tomar la misma dirección que su madre.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Isaac.

—Regresar a Inglaterra. Tenías razón. Ya encontraré un sitio donde vivir. Dejaré que de eso se encarguen mis padres. Veré si la escuela de Bellas Artes aún quiere aceptarme.

—Es un buen plan.

—Ya veremos. Toma. —Olive le entregó la pistola—. Es posible que la necesites más que yo.

—¿Y Tere? —preguntó él, al tiempo que se guardaba el arma en el cinturón—. ¿Piensas llevártela contigo?

Olive suspiró.

—No lo sé, Isaac. No tiene papeles.

—Lo ha pasado muy mal.

—Acabas de decir que no ha hecho más que causar problemas.

—Sólo tiene dieciséis años.

Olive no pudo disimular su sorpresa.

—Dijo que tenía dieciocho.

—Bueno, pues no es cierto. Pero si Jorge decide... Si mi padre...

—No hace falta que me digas nada, estuve presente mientras sucedía todo. Mientras tú estabas aquí.

Isaac le tendió una mano, y ella se quedó mirándola.

—¿Sabes? —le dijo Olive—, me alegro de haberte pintado con la cara verde.

Lo dijo como una broma; en realidad, no pensaba que Isaac fuera un ingenuo ni que estuviera enfermo. Simplemente quiso afirmar que la artista era ella y que por lo tanto lo pintaría con los colores que juzgara convenientes. Quería que Isaac comprendiese que era lo bastante adulta como para lidiar con aquello, aunque no se sintiera así. Él siempre sería el hombre que le había cambiado la vida. Pero cuando Olive dio un paso al frente para estrecharle la mano y la retuvo durante unos instantes en la suya, Isaac se derrumbó a sus pies.

Al principio le pareció que no era real. Se quedó mirándolo horrorizada mientras el haz de luz de la linterna iluminaba el chorro de sangre que estaba brotando de la cabeza de él y cayendo sobre sus ojos. Y entonces oyó lo que había pasado por alto la primera vez: la detonación amortiguada de un arma que había disparado hacia ellos. Otros dos tiros más rebotaron por los cerros, atravesando el aire, y se perdieron por encima de los árboles. Olive echó a correr.

Jorge, que había oído el disparo de la pistola de Olive media hora antes, había acudido al monte para ver si lograba localizar el lugar del que había partido, y llevaba un rato observándolos desde lejos. Le costó creer la suerte que había tenido: Isaac Robles escondido y su hermana calva pasándole un arma de

fuego. Y la muy tonta había dejado la linterna encendida, de modo que después de dispararle a Isaac podría seguirla a ella fácilmente, porque el haz de luz descendía la colina sacudiéndose sin cesar, dando tumbos cuesta abajo.

Jorge disparó tres veces más. Observó que el haz de luz tropezaba y finalmente quedaba inmóvil en el suelo, como una pequeña luna blanca. Esperó. No se movió nada. El silencio que siguió a continuación era tan próximo, resultó tan ensordecedora aquella muda nota residual, que se diría que el monte se había doblado sobre sí mismo y la tierra había empezado a resquebrajarse.

V

RUFINA Y EL LEÓN

Noviembre

1967

Los ascensores de la estación de Goodge Street estaban averiados y cuando por fin tomé el metro en dirección a Waterloo el tren se paró en todos los túneles. En total, desde que salí de la cabina telefónica que había frente a la Escuela Slade, tardé una hora y media en llegar a casa de Quick. Las luces delanteras de la vivienda, tanto en el piso de abajo como en el de arriba, estaban encendidas. Quick no había corrido las cortinas, así que en la habitación de arriba pude distinguir un techo blanco y lleno de grietas, del que colgaba una bombilla desnuda, algo que parecía no encajar en absoluto con su estética, que solía ser muy cultivada. Un intenso halo de luz iluminaba las molduras del techo y hacía resaltar la decadencia de su antiguo esplendor en las fisuras que su dueña no se había preocupado de reparar.

Invadida por una profunda inquietud, llamé a la puerta de la calle y esperé, pero no hubo respuesta.

—¡Hola! —grité por la ranura para el correo, pero la casa permaneció muda.

Reflexioné unos instantes; podía dejarlo estar y regresar a Clapham, a mi piso, igual de silencioso. Sin embargo, el sentimiento de culpa me hizo continuar allí, y también la curiosidad, la necesidad de ver cómo acababa todo aquello.

Ya estaba muy oscuro cuando caminé siguiendo la valla del costado, mientras oía crujir la hojarasca otoñal bajo mis pies. Estaban encendidas incluso las luces de las ventanas laterales: una conflagración eléctrica, con todas las bombillas ardiendo, que me hizo tener la extraña sensación de encontrarme a la vista de todo el mundo. Era como un plató de cine, un gigantesco aparejo de iluminación que deslumbraba, un derroche de vatios concebido para atraer y ahogar.

Cuando llegué al jardín y contemplé la oscuridad, mis ojos no fueron capaces de hacer frente a la falta de luz. Cada vez que parpadeaba, en mi retina permanecían unos puntitos de color anaranjado, que se transformaban en pequeños planetas bailando alrededor de los contornos de los árboles. La torre del reloj dio las ocho. De nuevo me encontraba dentro de un cuento.

Lo que vi cuando me volví de nuevo hacia la casa no lo olvidaré jamás. Quick estaba sentada en la cocina, erguida en una silla. Allí también estaban las cortinas abiertas y todas las luces encendidas. Pensé que gritaría de la impresión. Quick no tenía pelo. En la cabeza no le quedaban más que unos cuantos mechones, un mapa irregular carente de coordenadas. Estaba mirándome, así que levanté una mano para saludarla, pero no reaccionó, y entonces caí en la cuenta, horrorizada, de que no estaba mirándome a mí sino a alguien —o algo— situado a mi espalda, esperando en el jardín.

Oí una ramita que se quebraba y el miedo me cerró la garganta. Me volví para mirar de frente la oscuridad hacia la que Quick me había guiado, dispuesta a luchar, preparada para chillar. Estaba segura de que había una presencia al otro lado de los arbustos, escondida detrás de las ramas, pero no apareció nadie.

Me volví rápidamente hacia la casa, corrí hacia la puerta de la cocina y entré por la fuerza, desesperada por escapar de lo que me aguardaba en el jardín, fuera lo que fuese. Ahora me encontraba enfrente de Quick, que seguía sentada muy derecha en su silla. Su pálido cráneo tenía una perfección macabra, su sereno semblante mostraba un aire de beatitud e irreversibilidad. La peluca yacía en el suelo, como si fuera la muda de un animal. Yo no tenía ni idea de que usara peluca.

—Quick —dije, sintiendo la tenaza del pánico en la garganta.

Pero, por supuesto, no me respondió, porque estaba muerta.

Llamé a la policía antes de reflexionar un momento sobre lo que parecía todo aquello: la casa estaba cerrada con llave, pero yo había entrado; la puerta de la cocina continuaba abierta, había huellas mías en la hierba. Hasta que la autopsia reveló la hora estimada de la muerte de Quick, que su torrente sanguíneo contenía diez veces más analgésicos de los que le habían recetado y el forense se enteró de que la finada sufría cáncer, no se descartaron las suspicacias sobre mí; declararon que había sido una muerte accidental. Me enfureció muchísimo que yo, la única persona en la que Quick había confiado, fuera sospechosa de allanar su domicilio y asesinarla. Yo era la única persona que había estado dispuesta a averiguar su verdadera historia.

Después de llamar a la policía, regresé a la cocina y me arrodillé al lado de Quick para tocarla. Aún estaba caliente. Era posible que no hubiera llegado a tiempo tan sólo por unos minutos. Estrictamente hablando, esa noche ella no me había invitado; había sido yo la que había decidido que no debía estar sola. Pero ¿había deseado Quick tener ese final? Le había dicho que iba a su casa, de modo que tenía que saber que yo sería la primera persona en encontrarla. A lo mejor quería que la salvaran. Nunca lo sabré.

Miré en derredor. El frasco de pastillas todavía estaba delante de Quick, y también media botella de ginebra. Aquello no quería decir nada necesariamente; a Quick le encantaba beber y sufría muchos dolores. No podía aceptar la idea de que lo que había hecho fuese deliberado.

—Policía —dijo una voz.

Di un respingo y fui a la puerta principal.

Había dos agentes de policía, y también una ambulancia. Yo estaba conmocionada; su energía fue muy distinta cuando entraron en la casa: profesional pero aburrida, como si no fuera la primera vez que veían algo semejante. Yo estaba nerviosa, era novata en aquellos sentimientos de miedo y estupor.

—¿Quién es su pariente más próximo? —preguntó uno de los agentes, y yo le contesté que no lo sabía, pero que su jefe era Edmund Reede y que quizá deberían llamarlo a él.

Reede aún estaba ocupado con la exposición, que se inauguraba al día siguiente, así que lo encontraron trabajando. No logré oír lo que respondió cuando el policía, de pie en el vestíbulo de Quick, lo informó por teléfono de lo que había sucedido. La llamada fue breve. Yo estaba sentada en la salita, y otro agente vino a sentarse conmigo, frente a mí. El reloj iba marcando los minutos. El policía me miraba fijamente y entonces comprendí lo que debía de estar pensando y me vi ya en la cárcel; la asesina caribeña, el escándalo que estallaría, lo inevitable que era que sucedieran semejantes desgracias, que hubiera gente como yo.

Reede llegó en lo que apenas parecieron unos minutos. Había cruzado a toda prisa el puente de Waterloo al volante de su coche e irrumpió por la puerta principal exclamando:

—¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Dónde diablos está Quick? ¿Qué diablos...?

Enmudeció de pronto cuando aparecieron los médicos de emergencias sacando a Quick en una camilla. Se la veía menuda y frágil, y en ese momento en el rostro de Reed apareció una expresión de sorpresa, un dolor que, por una vez, no pudo controlar.

En realidad, si la policía no me detuvo allí mismo fue gracias a él. Se sentían intimidados. Se recompuso rápidamente, exudando poder y autoridad, y aquellos uniformes pasaron a ser tan insignificantes para él como importantes eran para mí. Se enfadó en cuanto captó su actitud y escuchó sus preguntas y les dijo que si querían acusarme de algo, antes tendrían que pasar por encima de su cadáver.

—Hasta hace una hora, esta joven se encontraba conmigo en la oficina —recuerdo que dijo.

He de reconocer que me sorprendió. Nunca pensé que llegaría el día en que me sentiría en deuda con Edmund Reede, y la verdad es que no me gustó, porque no sabía cómo iba a poder pagársela. Salimos juntos de la casa y él se ofreció a llevarme en su coche hasta mi apartamento.

—¿Qué impresión le causó cuando habló con ella por teléfono? —me preguntó Reede mientras atravesábamos Clapham Common.

—Débil. —Iba a decir más, pero me contuve.

Él se volvió para mirarme.

—¿Qué ocurre?

—Quick estaba enferma, señor Reede.

—¿Enferma?

—Muy enferma. No creo que... hubiera durado mucho más.

Reede volvió a fijar la vista al frente.

—Dios santo. Siempre se le dio muy bien guardar secretos. Y a usted también, por lo que parece. No me extraña que le cayera bien.

Continuamos unos instantes en silencio. Yo me sentía completamente vacía. Me costaba trabajo creer que Quick ya no estuviera, cuando aún quedaban tantas preguntas por responder.

—Señor Reede, ¿usted la conocía desde hacía tiempo? —terminé diciendo.

—Prácticamente desde que era una niña.

—Lo siento mucho.

Me pregunté qué le estaría pasando por la cabeza. ¿Se sentía dolido porque Quick no le había contado lo enferma que estaba o simplemente estaba conmocionado y triste porque había fallecido?

—Me gustaría que usted y la señorita Rudge se encargaran de organizar el funeral —me dijo.

—Por supuesto. ¿Quick tenía algún familiar al que debamos informar? —pregunté.

—Ninguno, que yo sepa. Pero dispone de tiempo. La policía aún tardará en entregar el cadáver.

—¿Por qué? ¿Qué creen que he hecho?

—No se preocupe, señorita Bastien. Todo va a salir bien.

Sin embargo, yo no estaba tan segura.

—¿La exposición sigue adelante? —pregunté.

—No nos queda otro remedio. Y es lo que ella habría querido.

Pero una parte del problema, pensé cuando me quité los zapatos y me dejé caer sobre mi cama, todavía con la ropa puesta mientras el coche de Reede se alejaba calle abajo, radicaba en que ninguno de nosotros había sabido nunca en realidad qué era lo que quería Marjorie Quick.

Al día siguiente, todavía con el cadáver de Quick enfriándose en el depósito, se inauguró la exposición. Yo me veía incapaz de casar ambos acontecimientos: ella allí, muerta y sola, y en el Skelton tanto ruido y color, un sinfín de personas deambulando de un lado a otro, en medio de la emoción causada por el descubrimiento del nuevo Isaac Robles.

Por mi lado pasó Julie Christie, algo demasiado bueno para ser verdad. La galería estaba a rebosar. A ella la reconocí, pero ¿quién era toda aquella gente? Actores, críticos, lores y banqueros, almirantes que no se habían forjado en ninguna batalla sino en los lances del poder. Todos se bebían el vino como si procediera de sus propias bodegas. Mick Jagger no había aparecido, para gran decepción de Pamela. Había orondos miembros del gobierno conversando con ancianos de rostro demacrado, expertos en arte. Algún optimista puso un disco de blues, y de pronto las entrecortadas notas de una trompeta se elevaron hacia el techo, provocando que un par de caballeros trajeados intercambiasen miradas de desdén. ¿Dónde estaban sus hábiles Van Dycks, sus fáciles Gainsboroughs, los lozanos y majestuosos caballos que pintaba Stubbs? Lo único que tenían allí eran pinceladas modernistas de color, cabezas flotantes, mujeres acurrucadas entre trozos de vasijas rotas, un león en actitud serena, un bicho raro metido en un juego trágico de santas del Renacimiento.

De pronto, en el disco de blues comenzó a sonar una percusión, un ritmo sincopado que apenas atenuó mi resentimiento. Sin Quick, me sentía totalmente desorientada. Ella debería haber estado allí, iba a contarme la verdad. Al fondo de la sala colgaba la fotografía de Isaac Robles y Olive Schloss, en blanco y negro, granulada. El rostro de la joven aparecía congelado en una expresión que en ese momento presentí como una esperanza equivocada. Casi era un insulto que aquella fotografía estuviera allí expuesta. Deseé que la música subiera de volumen, que a un par de aquellos engreídos hartos de vino les entraran ganas de moverse y sacasen a bailar a alguna vieja matrona, y le dieran vueltas y vueltas hasta que se le saliera disparada la dentadura postiza.

Suspirando para mis adentros, seguí caminando entre los presentes, esgrimiendo mi copa de vino como un arma. Dejé atrás el gentío y me aproximé a *Rufina y el león*, que ahora estaba protegido por un cordón de color escarlata y flanqueado por dos guardias de seguridad. Estaba claro que Reede sabía que detalles como éstos otorgaban una pátina oficial a las cosas.

Me percaté de que un individuo delgado, trajeado y de pelo canoso se había inclinado por encima del cordón para mirar uno de los rincones del lienzo. Estaba muy cerca, con la nariz a escasos centímetros de las minúsculas crestas de pintura de la cabeza cortada de la joven. Tenía una enorme curiosidad, pues no dejaba de estudiarlo. El guardia de la izquierda cambió ligeramente de postura: un leve gesto de advertencia. Me invadió una oleada de ansiedad al pensar que algo malo estaba a punto de suceder, pero, una vez más, lo peor ya había pasado.

—Es macabro, Frederick —dijo una mujer que se aproximó al individuo en cuestión—. Transmite dolor.

A mi espalda, iba aumentando el ruido que llenaba la galería. Conforme fue subiendo la temperatura y se incrementó el gentío, los invitados empezaron a mirarse unos a otros como si fueran puertas abiertas. Por encima de la algarabía se oyó una risa de mujer que sonó como un grito de socorro. ¿Qué estaba

haciendo allí toda aquella gente? A esas personas Isaac Robles les importaba un comino. Lo mismo que Quick.

Sentí que me tiraban del codo. Era Pamela.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó—. Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Es que me parece que lo he visto.

Pamela frunció el ceño. Yo no le había contado lo de Quick; Reede había dicho que quería mantener aquel asunto en secreto hasta que la exposición estuviera en marcha.

—Lees demasiado, Dell —dijo Pamela—. Los fantasmas no existen. —Parecía apenada—. He roto con Billy.

—Vaya, Pamela. Cuánto lo siento.

Por su semblante cruzó una sombra.

—Resultó que no quería casarse conmigo. Yo ya le había comunicado a mi casero que dejaba mi habitación y todo, y el muy imbécil va y me abandona. Ahora vendrá otra chica.

Me pregunté si había querido decir que Billy estaría con otra chica o que una chica nueva ocuparía su habitación. No pregunté. En vez de eso, dije algo que jamás había imaginado que diría.

—¿Te gustaría compartir piso conmigo?

Su rostro se distendió en una sonrisa.

—Sería estupendo. Estupendo de verdad.

—A mí también me gustaría.

Pamela se ruborizó intensamente, me abrazó y a continuación dio media vuelta y se perdió entre el gentío.

Encontré a Lawrie y me quedé a su lado.

—Mi madre nunca habría creído todo esto —dijo, haciendo un amplio ademán con el brazo para abarcar toda la galería—. Pero le habría encantado. Menuda bola de nieve. No ha hecho más que crecer y crecer.

—Lawrie —susurré—, tengo que decirte una cosa. Quick... ha fallecido.

Lawrie se volvió hacia mí.

—¿Cómo?

—Anoche. La encontré yo.

—Ay, Delly. Lo siento mucho. ¿Estás bien?

—La verdad es que no.

—¿Qué ocurrió?

—Ya te lo contaré luego —dije.

¿Cómo explicar, en la inauguración de su exposición, que yo no creía que los cuadros que se mostraban los hubiera pintado Isaac Robles, que su verdadera autora acababa de morir con su secreto intacto?

Cynth me había advertido que, si quería tener armonía en mi vida amorosa, debía guardarme para mí todo lo que pensaba de Olive Schloss y Marjorie Quick. Pero si aquella exposición estaba basada en una mentira, eso chocaba abiertamente con mi sentido de la integridad creativa. Estaba llevando a cabo una lucha interna para decidir qué era más importante: los sentimientos de Lawrie o la reivindicación de Quick como artista. Si yo hubiera pintado aquellos cuadros, desde luego querría que lo supiera todo el mundo.

Lawrie me cogió la mano.

—Sé que ella significaba mucho para ti.

Yo no había pensado nunca de esa forma en mi relación con Quick, ni en lo que a los afectos se refería,

ni en cuanto a la calidad del trato. Y tampoco creía haber comunicado nunca dicho sentimiento. Hasta aquel momento, había tratado a Quick como un enigma interesante, una distracción, una fuente de inspiración a la vez que un obstáculo. Pero Lawrie tenía razón: ella había significado mucho para mí. A pesar de su temperamento cambiante, Quick me había acogido, me había ayudado. Me caía bien, y ya era demasiado tarde para decírselo. En el fondo seguía pensando que Quick me quería para algo concreto, pero que ya era demasiado tarde.

—Dell, ¿quieres que nos vayamos?

—No, por supuesto que no. Se me pasará.

—Vale. Oye, Gerry quiere que vengas a cenar con nosotros. Está aquí, ¿sabes?

—¿En serio? Es bueno que le apetezca salir de casa.

—Sí, supongo que sí. No estás obligada a venir si no quieres, pero es que se pasa todo el tiempo preguntándome por ti. Cuando leyó el relato corto que publicaste en la *London Review*, estuvo presumiendo con sus amigos de que conocía a una escritora. Me parece que tienes un fan.

—Yo no soy escritora.

—Naturalmente, se me olvidaba. Tú eres mecanógrafa. —La exasperación de su voz me hizo girar la cabeza—. De verdad, Odelle —me dijo—. ¿Vas a seguir así? ¿Sabes cuántas personas darían un ojo de la cara por salir en la *London Review*? Yo no lo desaprovecharía.

—No pienso desaprovecharlo —repliqué. Estaba cansada, y no pude impedir que se me notara dolida—. Y no te corresponde a ti decirme lo que debo o no debo considerarme.

Lawrie levantó las manos en gesto de rendición.

—Vale, vale. Yo sólo... Deberías seguir escribiendo, en serio.

Puse los ojos en blanco.

—Dices lo mismo que Cynthia, y que Quick. Todo el mundo quiere que escriba, pero nadie intenta escribir por sí mismo. Si lo intentarais, a lo mejor cerrabais la boca.

Lawrie se encogió de hombros.

—Quick te hizo un favor enorme. Y apuesto a que si supiera que te estás haciendo la remolona...

Al final lo ocurrido en las últimas horas me pasó factura.

—No me estoy haciendo la remolona. Y no te valgas de Quick; ha muerto, Lawrie. Está muerta. Yo no... no puedo... No todos tenemos pinturas que vender, ¿sabes? Tengo que trabajar para ganarme la vida.

—Tienes razón. Por supuesto. Pero a veces pienso que necesitas que alguien te recuerde lo buena que eres.

Dejamos pasar unos minutos sin decir nada. Yo sabía que era cierto que había vuelto a estancarme escribiendo. Por una vez, estaba demasiado enganchada viviendo mi vida como para hacer un alto y transformarla en palabras. Las personas como Lawrie, que nunca habían escrito una sola frase en prosa, que yo supiera, por lo visto querían que los que sí la habíamos escrito fuéramos a todas partes con un lápiz y un cuaderno colgados del cuello y lo anotáramos todo para transformarlo en un libro, sólo para proporcionarles placer a ellos.

Como si se hubiera percatado de que había entrado en un terreno delicado, Lawrie decidió cambiar de tema.

—Según parece, hay un par de personas interesadas en comprar *Rufina* —comentó.

—Estupendo. —Observé que sonreía con tristeza—. ¿No?

—Envidia a Rufina. La cosa es que, ahora que existe la posibilidad de que deje de tenerlo conmigo, me siento más bien reacio a desprenderme de él.

—Bueno, no es un cuadro viejo cualquiera.

Lawrie volvió la mirada hacia el otro lado de la galería, donde resplandecían los colores de *Rufina* y

el león, tapados de manera intermitente por los invitados que iban y venían.

—Desde luego que no. Pero ¿qué voy a hacer con él, Dell? No tengo dinero y ese cuadro no me va a dar de comer.

Mientras contemplábamos la pintura, que desaparecía y reaparecía tras las cabezas de la gente, me di cuenta de que Lawrie y yo estábamos viendo cosas distintas. En la singularidad de aquel cuadro yo veía una multiplicidad de historias. En sus pinceladas técnicas experimentaba sensaciones metafísicas. Era algo único e irrepetible, y debía esforzarme al máximo para protegerlo y mantenerlo a la vista del público. Era capaz de adivinar los impulsos que causaban las decisiones de la artista, era capaz de meditar sobre los sentimientos que me provocaba aquella pintura, pero entendía que jamás llegaría a conocer su verdad.

En cambio, Lawrie veía algo más. El nuevo marco que había encargado Reede era una ventana, y el lienzo que contenía, una cortina que él estaba descorriendo. Decía que no quería venderlo, pero todavía no había visto el cheque. En realidad, no deseaba conservar *Rufina y el león*; aunque éste había pertenecido a su madre, se lo notaba liberado de los recuerdos que a todas luces el cuadro le había evocado. ¿Y por qué otro motivo, si no, había acudido al Skelton? Dijo que había ido buscándome a mí, pero a lo mejor yo era una gratificación adicional. Para él, aquel cuadro era un artículo que poner a la venta, un objeto transicional que lo llevaría a otro lugar. En él había visto una oportunidad, una posibilidad de empezar de nuevo.

Reede dio unos golpecitos en su copa de vino y se dirigió a los presentes. De pie delante de *Rufina y el león*, comenzó haciéndonos un resumen de la historia de Isaac Robles, de la importancia que tuvo éste en los primeros tiempos del arte en el siglo xx; de cómo se vio truncado su talento. Dio las gracias a la fundación Guggenheim de Venecia y se explayó un poco sobre el particular misterio que envolvió el descubrimiento, al tiempo que señalaba entre la multitud a Lawrie, que se sonrojó y levantó su copa en respuesta al aplauso de agradecimiento que se le dedicó por la suerte de tener un cuadro así escondido en su casa y por la generosidad que había demostrado al decidir sacarlo a la luz.

Cuando Reede dijo que las obras de Robles eran una meditación sobre la adversidad, los presentes en la galería debieron de pensar que estaba hablando de la guerra y de la dictadura de España, y de las dificultades que muchos de ellos, debido a la edad que tenían, tal vez hubiesen vivido en carne propia y conservaran de ellas un recuerdo visceral. En cambio, a mí sólo me vino a la memoria lo que comentó Quick al respecto: «El tema es traicionero. Es como si el cuadro tuviera una segunda capa que nosotros desconocemos. No se puede acceder a ella, pero está ahí.»

Aquella noche, *Rufina y el león* me conmovió de una manera trascendental; fue el conducto a través del cual canalicé mi sentimiento de pérdida, de aceptación de que quizá nunca llegase a conocer la verdad, pero que ése era el secreto del arte. Y quizá no estaba sola. Porque, cuando Reede terminó su alocución, me di cuenta de que la gente, incluso aquellos viejos engolados y bien vestidos, empezaba a mirar a *Rufina* con un poco más de respeto.

Las reseñas de la inauguración de «El siglo devorado» fueron diversas. Algunas resultaron verdaderamente tibias: «Esta pintura es una escena que llama a la muerte y sería un error ignorarla» fue todo el elogio que le dedicó a la mañana siguiente el periodista del *Telegraph* antes de pasar a especular sobre qué precio iba a alcanzar: «Edmund Reede ha confirmado que *Rufina y el león* saldrá a subasta.» En *The Times* apareció un artículo acerca del evento, que había estado cuajado de estrellas, pero con muy poca información sobre el artista en sí. Sonreí; Quick se habría percatado de la ironía que contenía aquello. Y cuando el periodista se refirió al «expreso simbolismo» de la obra de Robles, no estuve de acuerdo con él. Estaba despreciando el cuadro por obvio, pero yo opinaba que en esa pintura había otro

lenguaje, y que la única persona que sabía hablarlo ya no estaba.

El *Daily Mail* preguntaba si todo aquello era una elaborada broma de mal gusto, afirmaba que Isaac Robles debería haberse quedado donde estaba, y que si aquél era el estado en el que se encontraba el arte moderno, qué nuevos infiernos nos veríamos obligados a contemplar en la década de 1970. Sin embargo, el *Observer* fue en la dirección contraria: felicitó a Reede por no querer dormirse en los laureles en lo referente al «revisionismo de la historia del arte, los pintores olvidados y el color». Me hizo reír pensar que todos aquellos hombres habían estado mirando el mismo cuadro.

Sentía la ausencia de Quick en los pasillos, consciente de que ya nunca se repetirían sus invitaciones para almorzar, y el restaurante de al lado jamás volvería a subirnos una botella de su mejor Sancerre. Reede no había llegado aún; dudé que hubiera leído los periódicos y me pregunté cómo reaccionaría al leerlos. Pamela, a la que había informado de lo de Quick, estaba llorando en el cuarto de baño, y hasta los despachos vacíos daban la sensación de estar de luto. Me pregunté si, de haberse encontrado Quick allí, las críticas de la prensa habrían adoptado un tono más elogioso; la imaginé engatusando a los críticos, obligándolos a dejar sus egos a un lado y ver lo que tenían delante de las narices.

Aun así, la diatriba del *Mail* nos favoreció. Se formaron largas colas de gente que venía a ver el *Rufina*, para comprobar si de verdad era una broma. Pero, en mi opinión, eso no hizo más que empeorar las cosas. ¿Por qué Quick no había querido hablar? ¿Por qué estaba tan empeñada en mantener su vida en secreto?

Empecé a meditar sobre lo que había dicho Lawrie: que Quick me había hecho un favor enorme enviando mi relato «La mujer sin dedos en los pies» a la *London Review*, y que yo no debería desaprovechar esa circunstancia. Mi cuaderno verde llevaba varias semanas sin que nadie lo tocara, pero es que no sabía sobre qué escribir. No creo que Quick hubiese querido que me sintiera en deuda con ella; había hecho de intermediaria con mucho gusto. De todas maneras, empecé a pensar cómo podía darle las gracias por su gesto, de un modo que no me había sido posible cuando ella aún vivía. El funeral estaba previsto para la semana siguiente y decidí aprovechar los días que faltaban para escribirle un panegírico. Después de todo, Reede nos había encargado a Pamela y a mí que organizáramos el evento, y nadie más se había ofrecido voluntario.

La primera carta llegó ese mismo día; Pamela estaba fuera, dando lentas caladas a un cigarrillo, y yo atendía la recepción. Se me hacía raro recibir correo en el Skelton, pero allí estaba: un sobre con mi nombre.

La carta que Quick me envió cuando aún no me conocía fue un talismán que provocó una transformación; aquélla, por el contrario, era algo totalmente distinto. Aunque desde entonces he recibido muchas cartas extraordinarias, esa que me llegó al Skelton fue la más extraordinaria de todas.

Un bufete de abogados llamado Parr & Co., cuyas oficinas estaban situadas en Bread Lane, en la City de Londres, solicitaba mi presencia para el jueves y me pedía que por favor llevase conmigo mi pasaporte y algo que justificase mi dirección postal. Recuerdo que me invadió el pánico. Si a uno le hacen creer una y otra vez que es extranjero en un país, por mucho que le hayan asegurado lo contrario, el hecho de recibir una carta en la que le piden que aporte sus documentos de identidad le hiela la sangre en las venas.

Intenté imaginar cómo lidiaría Quick con aquello. Me sentía perdida sin sus palabras tranquilizadoras, sin el refugio de su ala de acero. Si hubiera llamado a Lawrie y se lo hubiera contado, él no lo habría entendido porque no se sentía extranjero, estaba envuelto por una fina tela de araña, invisible pero irrompible, confeccionada capa tras capa, que se había empezado a tejer para él antes de que hubiera nacido siquiera, que lo protegía de todo mal y le proporcionaba tal sensación de seguridad que ninguna carta de ningún abogado de la City lo habría asustado lo más mínimo. Era posible que lo divirtiera verme

a mí tan nerviosa y eso no haría sino confirmar mis temores.

En vez de a Lawrie, decidí enseñarle la carta a Pamela.

—¿Qué crees tú que será? —le pregunté.

—Sabe Dios, Odelle. Pero no tienes por qué preocuparte. Si quisieran detenerte por algo, simplemente vendrían aquí.

Pamela tenía razón, como siempre, de modo que llegó el jueves y acudí. No sé si habría estado menos aterrorizada de haber sabido que iba a oír la lectura del testamento de la señorita Marjorie Quick. La decisión ya estaba tomada; siempre había un único camino que recorrer y, como en la vida, Quick continuó dirigiéndome por él incluso desde la tumba.

VI

EL PUNTO DE APOYO

XXIV

La enterraron en la huerta, debajo de un olivo. Teresa no recordaba gran cosa al respecto, pero nunca se le había olvidado el ruido que hizo la tierra al ser arrojada sobre el féretro, la misma tierra que ellas habían removido juntas, bajo un arco iris que se había formado con la lluvia. El padre Lorenzo ya no estaba en el pueblo, de modo que el doctor Morales se encargó de officiar una ceremonia improvisada. Harold y Teresa observaban la escena de pie, prácticamente sosteniéndose el uno al otro, y Sarah estaba en el piso de arriba, sedada.

El médico no quería mirar a Teresa a los ojos. ¿De verdad se habría creído el rumor de que había sido ella la que había apretado el gatillo? Teresa sabía lo que estaba ocurriendo en el pueblo. Jorge, actuando de manera preventiva para que no recayera ninguna culpa sobre él, había ido diciendo por ahí que se apostaba el jornal de un mes a que había sido Teresa la que había disparado a Isaac y a Olive en el monte; probablemente para castigar a su hermano. Ella estaba segura de que los disparos los había efectuado Jorge, pero no tenía pruebas. Y en épocas como aquélla, la verdad no suponía ninguna barrera para los hombres como él. No dormía por las noches, preocupada por lo que pudiera ocurrirle cuando la gente empezase a creerse la versión de Jorge.

Y, en cierto sentido, Teresa pensaba que lo que iba diciendo Jorge era verdad. Ella había decidido castigar de alguna manera a su hermano. Ella había sido la responsable de enviar a Olive a la cabaña para que descubriera la verdad acerca del hombre al que consideraba la clave de su éxito. Llegó a creerse que Olive había muerto por su culpa, y por la noche desahogaba su congoja llorando contra la almohada. Su principal preocupación y su mayor deseo eran que el rumor que estaba propagando Jorge llegase a oídos de Harold. Éste, destrozado por el dolor, era capaz de matarla, pero al menos eso pondría fin a su sufrimiento.

En los días que siguieron al entierro de Olive, Harold, Sarah y Teresa deambularon por la casa como si anduvieran bajo el agua. Teresa tenía la sensación de que le faltaba el aire. Marbella y Alhama cayeron ante los rebeldes, y aun así los Schloss no se movieron del sitio. Hasta que una bomba de quinientos kilos mató a cincuenta y dos personas en un edificio de Málaga y en el hotel Regina una joven perdió las dos piernas la víspera de su boda, la familia no salió por fin del estupor en el que se encontraba sumida a causa de la pena.

El bombardeo de barcos iba en aumento, igual que los ataques aéreos. En las aguas que circundaban Fuengirola había cinco buques de guerra. En Málaga, según informaron, ya no quedaba nadie al mando, nadie que ejerciera la autoridad. No había servicios públicos ni organización de ninguna clase. La milicia estaba medio enloquecida, no había electricidad ni tranvía ni policía. Madrid parecía un patio de colegio tras los ataques aéreos, decían, en comparación con Málaga.

—Tenemos que marcharnos —le dijo Teresa a Harold—. Por favor. Isaac ha muerto y la mitad del pueblo ya piensa que la culpable soy yo. ¿Cómo voy a seguir con vida?

—Sobrevivirás —contestó Harold.

—Por favor, señor. He trabajado mucho. Soy inocente.

Harold se volvió hacia ella.

—¿De verdad?

Teresa le sostuvo la mirada.

—Señor, yo siempre le he guardado a usted el secreto.

Por el gesto que él hizo vio que la había comprendido. Ella mantuvo una expresión neutra, aunque el corazón le retumbaba en el pecho. No tenía elección.

—Señor —siguió diciendo—, ¿continuaría su esposa manteniéndolo económicamente si se enterase de la existencia de esa mujer alemana?

—Vamos a sacar a Teresa de España —dijo Harold a su esposa al día siguiente—. Es lo menos que podemos hacer. Viajará con la documentación de Olive.

—De acuerdo —respondió Sarah, sin querer mirarla a los ojos.

Teresa sabía que Sarah tenía sus propios motivos para desear verla muy lejos, pero también conocía el secreto que guardaba la inglesa, así que Sarah no dijo nada.

Cuando se marcharon hacía frío. Formaban un extraño grupo, el trío más destrozado a bordo de aquel barco, lo cual era mucho decir. En su partida no hubo ni rastro del glamur que había acompañado su llegada; el cielo era una manta de grises de tonalidades cambiantes y el mar se extendía hasta el infinito. El ruido de las oxidadas cadenas soltándose del muelle de Málaga produjo en Teresa una especie de felicidad monstruosa, porque, por debajo del alivio que le causaba el hecho de estar alejándose de aquel lugar, ya sentía sobre sí el peso de la culpa. Había pagado su huida con la sangre de Olive.

Vio su misma expresión reflejada en los rostros de los demás pasajeros a medida que la franja de tierra iba disminuyendo y haciéndose más fina. Era un milagro con sabor amargo. Lo habían conseguido, habían escapado, pero al mismo tiempo no habían hecho nada en absoluto. Teresa sabía que aquella parte de sí misma jamás lograría escapar.

Nunca había viajado en barco, lo único que conocía era la tierra firme. Harold dijo que aquel buque era un destructor. Teresa se acordó de su cuaderno estropeado y pensó en lo siniestramente acertado que podía ser un vocablo. Se aferró a la barandilla para resistir el deseo de saltar, de zambullirse en aquellas aguas revueltas. El mar era de muchos colores: lodo y leche, pizarra y hojarasca, y también bronce cuando el sol iluminaba la cresta de una ola. Y en algunas ocasiones, allí donde aún permanecía en calma, donde aún no había sido hendido por la proa del barco, era del azul más puro. Se dio cuenta de que, con el paso de los meses, había llegado a entender que había muchos colores en los que no se había fijado. Quería que el viento le azotase la cara, que la agujonease y la dejase insensible, pero tal cosa no sucedió; ninguna fuerza de la naturaleza era capaz de borrarla a ella.

Rememoró de nuevo la mañana en la que encontraron a Olive. Harold seguía sin saber por qué se había dirigido al monte la noche anterior. En su ansia por huir, por alejarse de aquel maldito agujero y de su hija muerta, no se había parado a pensar qué había podido llevar a Olive a dar aquel paso. No se le ocurrió que algún otro miembro de su familia pudiera estar buscando también el amor, una razón para vivir o la salvación en otra persona. Pero cuando amaneció aquel día y Olive no se presentó a desayunar, Sarah y Teresa se miraron y decidieron sin palabras que era mejor guardar silencio. Y así lo hicieron.

La leve inquietud inicial de aquella mañana se convirtió en horror cuando Harold, comprendiendo que su hija había desaparecido, sacó el coche y encontró el cadáver en la falda de la colina. Una hora más tarde, Sarah y ella oyeron de nuevo el motor y el ruido metálico que hizo la verja cuando Harold la rozó

con el coche al entrar, llevando el cuerpo de Olive en el asiento trasero. Luego fue hacia ellas con Olive en brazos.

—Nos la llevamos con nosotros —dijo en un tono de voz extrañamente amortiguado, como si estuviera a muchos kilómetros de allí, hablando a través del túnel que formaba su propio cuerpo.

Sarah, al ver a su hija muerta, se desmoronó.

Ahora, intentando recordar y obligándose a sí misma a afrontarlo para poder seguir adelante, Teresa recordaba tan sólo fragmentos de aquellos instantes. Lo que no se le borraba era lo físico: el golpe sordo de las rodillas hundiéndose en la tierra, el sabor de la achicoria subiéndole a la garganta cuando vomitó sobre las losas del suelo. El tacto del cuerpo de Olive, con la piel blanca pero azulada, rígido y salpicado de manchas de sangre, con tres orificios de bala visibles en el jersey.

—Ella decía que este sitio era su hogar —comentó Sarah con habla gangosa horas más tarde, cuando estaban los tres sentados en la salita que daba al este.

Harold estaba borracho y ella se encontraba bajo los efectos de alguna pastilla. Aquello era vivir una pesadilla despiertos. Habían depositado el cadáver de Olive en la cocina, la zona más fría de la casa, situada en la parte de atrás.

—Debemos enterrarla aquí —susurró Sarah, con profundas ojeras de dolor.

—¿Qué ha sido de mi hermano? —preguntó Teresa.

Sarah se cubrió la cara con las manos.

—Jorge ha ido a buscarlo —contestó Harold—. Yo sólo he traído a Olive.

—¿Jorge? —se extrañó Teresa—. ¿Y adónde se lo ha llevado?

—No lo sé.

Cuando tanto Harold como Sarah se quedaron dormidos —ella en el sofá y él sentado en el sillón, con el whisky a punto de volcarse—, Teresa dejó su vaso en el suelo y se fue de puntillas hacia el corredor. Imaginó a Jorge ocultando el cadáver de su hermano en algún lugar del bosque, tal vez en una tumba poco profunda, donde no hubiera forma de encontrarlo nunca. Tuvo que apoyarse en la pared y se tapó la boca con la mano para no gritar.

Olive ya no parecía ella misma. Salpicada de manchas, con los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta. Se le veían los dientes, lo que le confería un aspecto aún más vulnerable. Teresa alargó una mano para tocarle el brazo y sintió lo rígido que estaba ahora que la sangre ya no fluía por él. A continuación, le tocó la cabeza y ella misma se sintió morir: era una muerta viviente, un fantasma con los huesos revestidos de carne. De pronto vio algo que sobresalía del bolsillo de la camisa de Olive. Era una de las instantáneas que habían tomado aquel día con Isaac: Olive y él en el desván, de pie delante de *Rufina y el león*.

—Te prometo por mi vida —le dijo a Olive en español, al tiempo que se guardaba aquella fotografía en el bolsillo— que esto no quedará impune.

Pero incluso en el momento de pronunciar esas palabras, oyó en su interior una vocecilla que le decía lo difícil que iba a resultarle vengar aquellas muertes. ¿Cómo se puede luchar contra una sombra en la plaza de tu propio pueblo? Aquello era lo peor de todo: que frente a aquel desperdicio absurdo ella se veía impotente. No había nada que pudiera hacer para que Isaac y Olive volvieran. Lo único que podía hacer era conservar vivo su recuerdo.

Al día siguiente, mientras Teresa terminaba de hacer el equipaje, Sarah subió al desván. Todos los tubos de pintura y los cuadernos de bosquejos de Olive se habían empaquetado ya. Lo único que quedaba era *Rufina y el león* apoyado contra la pared.

—¿Es ése? —preguntó Sarah—. ¿El siguiente?

—Sí.

Sarah se plantó delante del lienzo sin decir nada, absorbiéndolo con los ojos. Acto seguido, se volvió hacia Teresa, la miró fijamente y le dijo:

—Teresa, ¿qué hace aquí este cuadro de Isaac?

—Olive... se lo estaba guardando.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Sarah se volvió de nuevo hacia la pintura.

—Entiendo. —Se acercó y apoyó una mano en el borde del lienzo—. Por nada del mundo pienso consentir que se lo quede esa tal Guggenheim —dijo con la voz rota—. Este cuadro es para mí.

—No, no, señora, tiene que enviarse a la galería Guggenheim.

Sarah se volvió rápidamente hacia ella.

—¿Vas a decirme lo que tengo que hacer? Esto es lo último que tengo de...

—Señora —suplicó Teresa.

Sarah entrecerró los ojos.

—¿Qué tienes en la mano?

—Nada —respondió Teresa, al tiempo que se llevaba la fotografía a la espalda.

—Enséñamelo.

Sarah cogió la instantánea. Al ver a Isaac y a su hija captados en lo que parecía ser un momento de felicidad, se llevó una mano a la boca, se volvió de espaldas y cogió *Rufina y el león* para llevárselo consigo, arrastrándolo por el suelo, en dirección a la escalera.

Teresa fue tras ella.

—Me parece que el cadáver de Isaac está en el bosque. ¿Me ayudaría usted a enterrarlo y...?

—Cállate —la cortó Sarah. Se detuvo, pero no se dio la vuelta. Levantó una mano para tocarse la melena rizada y desaliñada y Teresa vio que estaba temblando—. No puedo —añadió en un susurro—, no puedo ayudarte. —Y dicho esto comenzó a bajar la escalera.

Ver aquel cuadro desaparecer con Sarah la hizo sentirse igual que si estuvieran robándole la vida misma. Pero difícilmente podía arrebatárselo. Si quería irse a Inglaterra, por el momento, al menos, no había nada que hacer al respecto.

Teresa intentó ahuyentar esos recuerdos apoyando el mentón en la barandilla del barco y contemplando cómo éste iba ganando velocidad. Se preguntó qué haría Sarah con el cuadro y con la fotografía. En aquellos momentos, el cuadro estaba en la bodega. Vagamente, contempló la posibilidad de bajar allí a hurtadillas y meterlo en su baúl, pero era demasiado arriesgado, tenía que actuar con discreción. La fotografía sería más fácil de robar teniendo dedos ligeros, porque Sarah debía de llevarla en el bolso. ¿Querría conservar una imagen de Isaac o de Olive? Resultaba difícil saberlo, pero ya fuera lo uno o lo otro, la mujer se había aferrado a aquella instantánea como si se tratara de un talismán. Teresa apenas prestaba atención a los demás pasajeros que había detrás de ella, en la cubierta, dando un paseo antes de que se hiciera de noche.

—Hola —la saludó un hombre, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella dio un respingo y, con la mirada fija en el horizonte, se caló un poco más el gorro de lana que llevaba puesto para cubrirse el pelo corto. No tenía ganas de hablar.

—Es una verdadera lástima, ¿no le parece? —siguió diciendo el hombre.

Era inglés, joven y estirado. Teresa vio sus dedos cerrados en torno a la barandilla, cada uno de ellos

cubierto de vello de color negro.

—Terrible, desde luego —prosiguió él—: Debería haberme quedado, pero no he podido. Hemos tenido que cerrar el consulado.

Teresa se volvió. Tenía los ojos azules y un semblante severo. Parecía un personaje sacado de un libro de aventuras. Mostraba una expresión ceñuda y hablaba casi para sí mismo. Teresa advirtió sus ojeras debidas a la falta de sueño, pero fue él quien le preguntó si se encontraba bien.

—Sí, muy bien, gracias —respondió Teresa con su mejor inglés.

Miró un momento a su espalda. Harold y Sarah no habían abandonado sus literas. No quería que la vieran hablando con nadie, pero se preguntó si a aquellas alturas les importaría ya. Sarah había insistido mucho en regresar a Londres; en cambio, Harold quería recuperar la pista de Peggy Guggenheim en París. Iban a separarse; Teresa lo veía venir, aunque ellos fueran incapaces de verlo. Olive era una sombra que se erguía entre ambos, un recordatorio de la culpa, la recriminación y el dolor.

—¿Por qué no ha podido quedarse? —le preguntó Teresa.

—Por los bombardeos. Además, hay otras zonas de Europa que requieren nuestra atención. Aun así... —se aclaró la garganta— no me parece justo.

—No.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el desconocido.

Teresa no contestó, y en el rostro cansado del inglés se dibujó un gesto de diversión.

—Entiendo —prosiguió—. Así que es eso. Sin embargo, detecto un leve acento. ¿Habla usted español?

—Sí.

Teresa notó que el inglés estaba intrigado. En el hatillo que llevaba consigo a todas partes desde que salió de la finca, guardaba la carta de admisión que había recibido Olive de la Escuela Slade, junto con un telegrama de Peggy Guggenheim en el que ésta expresaba su impaciencia por ver la siguiente obra de Isaac Robles. Dado que Harold era quien guardaba en su poder sus documentos de identidad, lo único que conservaba Teresa eran aquellas frágiles hojas de papel. Tocó un momento el hatillo; tenía la guardia baja a causa del cansancio y la mente demasiado agitada como para reprimir su nerviosismo. Ya se imaginaba siendo arrojada por la borda por haber fingido ser otra persona y se agarró a la barandilla con más fuerza.

—¿Habla algún otro idioma? —le preguntó el inglés, al tiempo que le ofrecía su petaca, de la que ella bebió tímidamente. Le respondió que sabía un poco de alemán, lo que lo dejó más intrigado todavía—. ¿Adónde se dirige? —quiso saber.

—A Inglaterra.

—¿A ningún sitio más específico?

—A Londres. Curzon Street.

—Magnífico. ¿Tiene familiares allí?

—Mis padres.

—Entiendo —respondió el inglés, pero no parecía muy convencido, y Teresa tuvo la sensación de estar derrumbándose por dentro—. ¿Y qué tiene previsto hacer cuando llegue? —la presionó.

Teresa sospechaba que tanto Harold como Sarah, cada uno por motivos propios, se alegrarían mucho de no volver a verla. Ya habían hecho bastante sacándola de España para proteger sus respectivos secretos y utilizando para ello el nombre de su hija. Teresa sabía que representaba una molestia de la que ellos preferirían olvidarse. No estaba segura de hasta cuándo iba a poder seguir forzando su suerte.

—No sé lo que voy a hacer —contestó, pensando que no corría ningún peligro por intercalar una verdad en medio de tantas evasivas.

—Tal vez yo podría ayudarla. Si usted está dispuesta a ayudarme a mí.

—¿De qué modo? —preguntó Teresa.

A su espalda, la costa de España ya se había perdido de vista por completo.

—Acuda a esta dirección —le dijo el inglés—. Cuando pueda. El mejor día es un lunes.

Ella cogió la pequeña tarjeta que le estaba ofreciendo y leyó: «Foreign Office, Whitehall, Londres.»

Desconocía qué era aquello y cómo llegar hasta aquel lugar, pero le preocupaba que si se lo confesaba a aquel hombre él retirase su oferta. Intentó calibrarlo; ¿sería su cuerpo lo que quería? No lo parecía, pero a aquellas alturas ella ya sabía lo falsos que podían ser los ingleses, lo bien que se les daba decir lo contrario de lo que en realidad pensaban.

El inglés percibió sus dudas.

—Le prometo que no tiene nada de lo que preocuparse.

Teresa volvió a contemplar el horizonte. Visualizó mentalmente a la *Rufina* de Olive, la chica que sostenía su propia cabeza, con el león al lado, el cuadro oculto en las entrañas del barco. «Ha muerto una chica —pensó—, porque yo intenté salvarla.» Bajó la vista hacia el mar y se acordó de la promesa que había hecho ante el cadáver de Olive.

—Whitehall —repitió, dirigiéndose al hombre—. El mejor día, un lunes.

Él sonrió de nuevo.

—Excelente. Espero verla allí.

Teresa oyó cómo se iban alejando sus pisadas. Acarició la tarjeta con los dedos. Era de color crema y pesaba bastante, un indicio de autoridad. Le dio la vuelta. En el reverso no había nada más que un nombre: Edmund Reede. Repitió esas extrañas palabras para sus adentros y a continuación se guardó la tarjeta en el hatillo. Aunque no era capaz de imaginar lo que podía ser aquello de Whitehall ni lo que podría hacer Edmund Reede por ella, sabía que no había dejado atrás nada que pudiera hacerla volver.

Los demás pasajeros se habían retirado. En aquel momento hacía mucho frío. Comenzaron a desaparecer los últimos rayos de sol, pero Teresa permaneció en cubierta. Incluso cuando ya no se sentía los brazos ni las piernas, incluso después de que la noche se hubiera apoderado del horizonte, ella esperó. Contempló la negrura, contempló las estrellas, mientras el destructor iba abriéndose camino en dirección a las costas de Inglaterra.

EPÍLOGO

Reconocí al instante al abogado de Quick. Era el tipo delgado y trajeado al que había visto en la galería la noche de la inauguración de «El siglo devorado», mirando de cerca *Rufina y el león*. Se llamaba Frederick Parr y, sin mucha alharaca, me recibió en su despacho y me entregó una abultada carpeta atada por un costado con una cinta roja. Me tembló ligeramente la mano; tenía la respiración atascada en la garganta. Me entraron ganas de preguntarle por qué había ido aquella tarde a la galería, si había sido Quick quien lo había invitado y por qué, pero me sentía demasiado intimidada, y el peso de aquella carpeta en mis manos parecía cerrarme la boca.

—La señorita Quick manifestó su deseo expreso de que no lo leyera nadie más que usted —dijo Parr.

—Gracias.

Con ademanes nerviosos, me metí la carpeta en el bolso y me dirigí a la puerta, aliviada de que la transacción hubiera terminado.

—Ése no es el único motivo de que esté usted aquí —me detuvo Parr—. Siéntese, hágame el favor, señorita Bastien.

Obedecí, caminé de nuevo sobre la moqueta verde oscuro y tomé asiento en la enorme silla de madera que tenía Parr delante de su escritorio. Muy despacio, él salió de detrás de su amplia mesa de trabajo y se sentó frente a mí. El aire que había entre nosotros se volvió más denso. Comprendí por qué Quick había contratado a aquel hombre para dichos asuntos, porque permaneció impasible ante mi obvio nerviosismo. Parr se adaptaba totalmente a lo que ella quería. Era una esfinge; su cometido era llevar a cabo lo que Quick deseara y nada más. Señaló con la vista el documento que reposaba sobre el escritorio.

—Señorita Bastien —dijo, juntando sus ahusados dedos formando un triángulo—, Marjorie la nombró a usted en su testamento.

Oí sus palabras y, aunque las entendía, no logré discernir lo que implicaban.

—¿Disculpe?

Parr parpadeó, impertérrito como un lagarto. En la calle, por debajo de nosotros, se oían los pitidos y bocinazos del tráfico de la ciudad.

—Ella poseía una casa de campo en Wimbledon —me informó.

—Sí.

—Se la ha dejado a usted. A perpetuidad.

En algún momento debí de salir de las oficinas de Bread Lane y volver andando a la estación de metro de Saint Paul. Imagino que caminaba despacio, que notaba una sensación extraña en el corazón. Quick me había dejado su casa en herencia. Yo había firmado unos papeles. Todo me resultaba abrumador. ¿Cuándo, cuándo había tomado Quick esa decisión? ¿Y por qué yo? Jamás habría podido imaginar una herencia así.

Debí de aferrar con fuerza aquella carpeta. Al menos era un objeto sólido, un gesto plasmado en papel que tal vez me costase menos entender. A lo mejor allí dentro estaban las respuestas a todas mis preguntas. Seguramente me aterrorizaba ser víctima de un asalto y debí de pasar el trayecto entero hasta

Clapham Common sentada en el tren, sin atreverme a abrir la carpeta en público. Me quemaba en el regazo, pero necesitaba estar a solas, en silencio, cuando por fin leyera su contenido.

Conseguí apearme en mi parada y, en cuanto subí la escalera y entré en el piso, solté la cinta roja y empecé a leer. «Querida Odelle, ésta es una historia muy larga», empezaba, y me quedé sentada leyendo hasta la medianoche. Me olvidé de cenar y me dolía el cuello, pero no me importó. Allí estaba todo lo que Quick siempre había querido que yo supiera pero no había encontrado la manera de contarme cara a cara. Personas, rostros, tardes y noches vividas bajo el ancho cielo de Andalucía. Su historia era más grande y luminosa que nada de lo que yo pudiera haber imaginado. Y cuando por fin terminé la lectura, con dolor de cabeza y los ojos rojos, me di cuenta de otra cosa: allí dentro estaba también todo lo que Olive Schloss nunca había querido que supiera nadie.

Aquella carpeta era la prueba del perpetuo y honroso silencio que había guardado Quick respecto a *Rufina y el león*, un silencio que entraba en conflicto con su ansiedad por contar la historia de Olive Schloss antes de que se hiciera demasiado tarde. Durante la mayor parte del tiempo en el que traté a Quick, ésta estuvo en crisis. Ya no encontraba su centro. Debió de suponerle una tremenda sacudida ver aquella fotografía de Olive y de su hermano, y la pintura de *Rufina*, tantos años después. Comprendía mejor que nadie lo que representaba y tuvo que presenciar que se la tratase como una mercancía, que se interpretara y se atribuyese a Isaac, una vez más.

Como Teresa Robles, sabía que Olive deseaba permanecer en el anonimato. Como Quick, sentía que eso era una injusticia. Nada se había resuelto entre aquellas dos personalidades. Esa presión y los recuerdos de lo que sucedió en España en aquellos días, sumados a los potentes analgésicos que estaba tomando, sin duda habían exacerbado sus episodios alucinatorios y su incapacidad general para ponerle punto final a todo. Lo que metió en aquella carpeta para que yo leyera explicaba por qué su comportamiento había oscilado entre lo solícito y lo esquivo. Teresa se había quebrado; la reaparición de aquel cuadro había demostrado demasiadas cosas.

Sigo sin saber si su muerte fue accidental. La mayor parte del tiempo creo que no. Ella había comprendido que nunca encontraría la manera de expresar el trauma de los últimos días de Olive. Y cabría pensar que, a la vista de un cáncer tan agresivo, entendió que por lo menos podía controlar su final si me hacía llegar aquella carpeta por medio de su abogado. A menudo me viene a la memoria el cuaderno donde Teresa apuntaba vocabulario; destrozado por Jorge, descubierto de nuevo por Olive y más tarde, en el interior de aquella carpeta, por mí. Al parecer, a ella —como me ocurre también a mí— la palabra escrita siempre le resultó una manera más fácil de entender el mundo.

No dejó instrucciones concretas a Parr respecto a lo que debía hacer yo con la carpeta. Así que durante muchos años no hice nada. De hecho, hasta ahora nunca le había dicho a nadie lo que contenía, lo que estuve leyendo aquella fría noche de noviembre metida bajo las mantas. Ni siquiera le hablé de ello a Reede, aunque debería haberlo hecho.

En la carpeta, Quick no explicaba con detalle lo que había sucedido tras su llegada a Inglaterra, pero debió de aceptar la oferta de Reede de ir a verlo a Whitehall. Imagino que con los idiomas que hablaba ella y con los contactos que poseía Reede en el Foreign Office, debió de serle de utilidad a Gran Bretaña mientras el mundo se encaminaba hacia la guerra. A principios de los años cuarenta, en España había bastantes nazis. Y, a su manera, estoy segura de que Gran Bretaña —y Reede— también le resultaron útiles a Quick. La gratitud adopta extrañas formas. Una hermosa casita en Wimbledon Common, por ejemplo.

Llegué a ser tan buena como Teresa guardando secretos ajenos. Nunca le dije a Lawrie que Quick posiblemente fuera su tía, una tía a la que había visto en varias ocasiones sin saber cuál era su verdadera

conexión. Supongo que no quise poner en marcha algo que nunca iba a poder demostrar de modo concluyente y, además, Quick había muerto. Podría haber sido peor para él saber que tenía parientes pero que ya era demasiado tarde. En la carpeta, Quick mencionaba la aventura amorosa de Sarah con Isaac, pero no hablaba de ningún embarazo. Era yo la que sabía que Sarah Schloss era la madre de Lawrie, y que ésta estaba embarazada cuando regresó a Inglaterra, porque el propio Lawrie me lo había contado. Sin embargo, habida cuenta de las fechas, podría argumentarse que Teresa —es decir, Quick— no sabía que Sarah estaba embarazada cuando tenía su aventura amorosa con Isaac. Quick no necesariamente habría establecido la relación entre Lawrie y su hermano.

Esto deja sin explicar, por supuesto, por qué Quick tenía la dirección de los Scott en su agenda y el interés que sentía por la madre de Lawrie. Pudo deberse a que ella misma había investigado cómo había llegado el cuadro a estar en posesión de Lawrie, antes de que el cáncer la venciera. Pero a veces me pregunto si Quick, al mirar a Lawrie, vería en él los rasgos de su hermano, o si los que veía eran los de Harold Schloss. O si acaso no pensaba en absoluto en todo eso. Fuera lo que fuese, nunca pareció entusiasmada porque Lawrie fuera mi novio.

No hay más que mirar de nuevo la foto de Isaac Robles para apreciar similitudes entre él y Lawrie, pero también Harold tenía el pelo oscuro. El padre de Lawrie continuó siendo una incógnita. A veces me pregunto si él también lo sabía, dada la vaguedad con la que su madre le había hablado todo el tiempo de su padre. Aun así, siempre me acordaré de que le pidió a Reede una copia de aquella fotografía de Isaac Robles.

Habrá quien piense que mi silencio de todos estos años ha sido una equivocación. Al fin y al cabo, en las raras ocasiones en las que sale un Isaac Robles al mercado, se vende por sumas astronómicas. Olive Schloss se merecía triunfar como artista, y Lawrie conocer la historia completa... pero ¿existen las historias completas? ¿Puede hablarse del triunfo de un artista? ¿Hay una forma correcta de mirar a través del espejo? Todo depende de cómo incida la luz. Teresa Robles fue testigo de las ventajas de trabajar de manera anónima, y yo, tras leer la historia de Olive, también. A mi manera de ver, ella disfrutó con el seudónimo. Para ella, su obra lo era todo.

En la actualidad, *Rufina* está colgado en la National Gallery de Trafalgar Square, más allá de aquellos enormes leones junto a los que en cierta ocasión vi a Cynth esperándome, ataviada con su abrigo de piel nuevo. Después de pasar varios años en una colección privada, volvió a salir a subasta y fue adquirido por el Estado, respondiendo al deseo de dicho museo de comprar más obras de arte del siglo xx. Hubo una fuerte pugna por parte del Prado, en Madrid, y espero que Reede se sintiera satisfecho de que ese museo no terminara quedándose con él. No había olvidado que se negaron a prestarle aquel Goya. La fotografía fue devuelta al Prado. Sigue siendo un misterio cómo llegó allí, tan sólo puedo suponer que Sarah la hubiera devuelto al museo español en un intento fallido de mantener vivo su interés por Isaac Robles.

Tras la muerte de Quick vino una época extraña. El Skelton consideró que la exposición había sido un éxito y a Reede le gustó mucho la atención y los ingresos que generó. Gerry terminó vendiendo la casa de Sarah, así que Lawrie se quedó sin su hogar, justo a la vez que yo encontraba el mío. La venta de *Rufina* y *el león* cortó los lazos que unían a Lawrie con el pasado de su madre, con Gerry, con todo. O, por lo menos, eso esperaba él que sucediera, porque el arte rara vez obedece los deseos humanos. Espero que un cuadro como ése haya dejado su impronta, aun cuando él no haya sido capaz de verla. Una vez vendido el *Rufina*, Lawrie utilizó parte del dinero para hacer un viaje a América. Me invitó a acompañarlo, pero yo me quedé en Londres, porque quería estar en la casa de Quick y continuar

trabajando en el Skelton.

Al final, Lawrie no regresó.

Me gustaría decir que la elasticidad de la juventud significa que la piel se estira con facilidad. Me llamaba todas las semanas por teléfono desde Nueva York para decirme que me echaba de menos y para preguntarme por qué no iba con él, pero yo estaba donde quería estar, y lo cierto era que no extrañaba tanto a Lawrie como habría extrañado mi trabajo. Me dijo que continuara escribiendo, y eso fue lo que hice. Habría preferido no tener que elegir entre escribir y amar, porque, para mí, con frecuencia eran la misma cosa.

Fue una época de experiencias nuevas, sin la ventaja de contar con las antiguas para mitigar los efectos secundarios. Mi vida era una mata de judías mágicas y yo era Jack, y el tallo crecía y crecía hacia arriba, abundante, impresionante, a tal velocidad que me costaba trabajo mantenerme aferrada a él. Había amado y había perdido el amor; había descubierto una creatividad nueva y un sentimiento de pertenencia. Y también había sucedido otra cosa más profunda, más siniestra, por la que todos hemos pasado —y si no, nos está aguardando—: el momento imborrable en el que nos damos cuenta de que estamos solos.

El día que fui a la casa de Quick ya con las llaves, me acompañaron Pamela y Cynth. Estaba todo igual que la noche en la que los de la ambulancia se llevaron a Quick tendida en una camilla. Aún flotaba en el aire el leve aroma de su colonia Eau Sauvage. Hacía frío. La calefacción estaba apagada y estábamos casi en diciembre. Esperaba ver la cara de su gato aparecer por la puerta de la cocina, pero se había marchado.

Fuimos de habitación en habitación. La casa no es muy grande. Hay cuatro habitaciones en el piso de arriba: tres dormitorios y un cuarto de baño en el que en los meses de invierno una se congela, porque la ventana, de un solo cristal, tiene un tamaño desmesurado y todo está cubierto de azulejos. Quick no poseía gran cosa. Camas sencillas, alfombras atractivas, techos agrietados. En la habitación que supuse que era la suya había una mesita arrimada a la ventana que daba al jardín. Sobre ella descansaba una máquina de escribir, la misma que había utilizado para redactar lo que contenía la carpeta. Me quedé mirándola fijamente y tuve la impresión de que me devolvía la mirada.

Desde entonces, todos los días procuro darle buen uso a esa máquina de escribir.

Cuando me piden que eche la vista atrás y reflexione sobre mis libros, me doy cuenta de que durante toda mi vida he mantenido el empeño de intentar entender lo que sucedió cuando empecé a trabajar con Marjorie Quick. Comencé escribiendo su panegírico y a partir de ahí seguí avanzando. Los temas, el tono y la forma de mi escritura han girado siempre en torno a ese breve período de mi vida. Lo que escribo es una constante reconfiguración de cómo yo misma me reconfiguré en aquella época.

Acudo al museo con frecuencia, en concreto para ver *Rufina y el león*, para mezclarme con el público y admirar su poder imperecedero. Lo que pretendió Teresa hace tantos años se ha hecho realidad, si bien a su manera. Con todo, más recientemente, cuando contemplo a las dos hermanas sé que detrás de esos ojos y debajo de esas pinceladas existe otra historia, que ahora es en parte la mía. Una mujer enterrada junto a las raíces de un olivo. Otra huyendo y enfrentándose a aguas desconocidas. Y después yo.

El redescubrimiento de *Rufina y el león* en 1967 corrió parejo con mi propio despertar: mi comprensión de Quick, de Cynth y su hijo, mi relación con Lawrie, mi creciente confianza en mi escritura. Ese cuadro dejó varias bombas de efecto retardado que fueron explotando —unas veces con suavidad, otras con una violencia que lo trastocaba todo— a medida que se sucedían las décadas.

Y el año pasado empecé a sentir dentro de mí una pregunta opresiva, tan persistente como un león que fija la mirada en ti y no te deja escapar. Durante años había disfrutado conociendo la verdad que

ocultaban aquellas dos jóvenes, consciente del privilegio, del milagroso secreto de una muchacha de diecinueve años que pintaba en el desván de la casa que su padre había alquilado en España. Y me pregunté: ¿podría alguien mirar a Rufina y mirarme a mí, y creer semejantes cosas? Lo que se convirtió en el combustible que necesitaba para escribir, más que la seguridad en mí misma que tanto me había costado adquirir, fue una curiosidad nueva.

Aunque mi pregunta no ha obtenido aún una respuesta colectiva, me siento bastante segura de ella. Porque si algo he aprendido es lo siguiente: que, al final, una obra de arte sólo alcanza el éxito cuando su creador —parafraseando a Olive Schloss— posee la fe que le permite darle vida.

ODELLE BASTIEN
Wimbledon, 2002

Bibliografía

Arte

- Berger, John, *Mirar*, Gustavo Gili, 2013.
- Bernier, Rosamond, *Matisse, Picasso, Miró – As I Knew Them*, Sinclair Stevenson, 1991.
- , *Some of My Lives*, Farrar, Straus & Giroux, 2011.
- Chadwick, Whitney, *Mujer, arte y sociedad*, Destino, 2000.
- Guggenheim, Peggy, *Confesiones de una adicta al arte*, Plaza & Janés, 2002.
- Hook, Philip, *Breakfast at Sotheby's*, Penguin, 2013.
- Mancoff, Debra N., *Danger! Women Artists At Work*, Merrell, 2012.

Londres

- Reed, Jane, *Girl About Town: How to Live in London – And Love It!*, Tandem, 1965.

España y la guerra civil española

- Barker, Richard, *El largo trauma de un pueblo andaluz: república, represión, guerra y posguerra*, Tréveris, 2007.
- Buckley, Henry, *Vida y muerte de la República española*, Espasa, 2005.
- Casanova, Julián, *España partida en dos: breve historia de la guerra civil española*, Crítica, 2013.
- García Lorca, Federico, *Romancero Gitano*.
- Gibson, Ian, *Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936*, Grijalbo, 1986.
- Graham, Helen, *La guerra y su sombra: una visión de la tragedia española en el largo siglo xx europeo*, Crítica, 2013.
- Koestler, Arthur, *Diálogo con la muerte*, Amaranto Editores, 2004.
- Lee, Laurie, *Un instante en la guerra*, El Aleph, 1998.
- , *Cuando partí una mañana de verano*, Turner, 1985.
- Preston, Paul, *El holocausto español: odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Debate, 1911.
- Woolsey, Gamel, *El otro reino de la muerte*, Ágora, 1994.

Trinidad y la experiencia de los caribeños en Gran Bretaña

- Braithwaite, Lloyd, *Colonial West Indian Students in Britain*, UWI Press, 2001.
- Chamberlain, Mary, *Narratives of Exile and Return*, St. Martin's Press, 1997.
- Dathorne, O. R., *Dumplings in the Soup*, Cassell, 1963.
- Hinds, Donald, *Journey to an Illusion: The West Indian in Britain*, Heinemann, 1966.
- James, C. L. R., *Black Jacobins*, Martin, Secker & Warburg, 1938.
- Lamming, George, *The Pleasures of Exile*, Michael Joseph, 1960.
- Miller, Kei (ed.), *New Caribbean Poetry; An Anthology*, Carcanet, 2007.
- Mittelholzer, Edgar, *With a Carib Eye*, Secker & Warburg, 1958.
- Naipaul, V. S., *Miguel Street*, Deutsch, 1959.

Schwarz, Bill, *West Indian Intellectuals in Britain*, MUP, 2003.
Selvon, Sam, *The Lonely Londoners*, Alan Wingate, 1956.
Stuart, Andrea, *Sugar in the Blood*, Portobello, 2012.
Tajfel, Henri, y Dawson, John, *Disappointed Guests*, OUP, 1965.

Radio

Radio 4 (2015): *Raising the Bar: 100 Years of Black British Theatre and Screen*, presentado por Lenny Henry, en particular el episodio 2, titulado *Caribbean Voices*, escritores y actores del Caribe que van a Londres a trabajar.

Cine

London – The Modern Babylon (dir. Julien Temple, 2012).
The Stuart Hall Project (dir. John Akomfrah, 2013). Sucesos históricos, tanto nacionales como internacionales, en los que se narra la emigración de las Indias Occidentales al Reino Unido, la crisis de Suez, la Revolución húngara, el nacimiento de la contracultura de los jóvenes, el movimiento de derechos civiles y la guerra de Vietnam, así como las diversas experiencias con la «britanidad» que vive Hall como inmigrante de la posguerra.
Fighting for King and Empire: Britain's Caribbean Heroes. Documental de la BBC4, productores: Marc Wadsworth y Deborah Hobson, de The-Latest.com, emitido por primera vez en mayo de 2015, basado en el documental *Divided By Race, United by War and Peace*, también realizado por The-Latest.com.

Agradecimientos

Francesca Main, Megan Lynch y Jennifer Lambert,
que hicieron posible este libro.

Juliet Mushens,
que me acompañó hasta el final.

Sasha Raskin y Sarah Manning,
que cubrieron la retaguardia.

Profesora Mary Chamberlain,
que ofreció su tiempo y me abrió un poco más los ojos.

Colin McKenzie,
que me prestó su erudición en materia de arte.

Profesora Patricia Mohammed,
de la Universidad de las Indias Occidentales, Trinidad,
que generosamente me asesoró acerca de la manera
de hablar de Odelle y de Cynthia.

Gail Bradley,
que diligentemente revisó el manuscrito; toda inexactitud
al respecto es, por supuesto, culpa mía.

También:

Alice O'Reilly, Teasel Scott y mi familia;
de forma menos obvia pero igual de importante,
me ayudaron a escribir esta novela.

Y

a Pip Carter, por todo.

La Musa
Jessie Burton

ISBN edición en papel: 978-84-9838-779-7

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-71-2

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *The Muse*

Traducción del inglés: Cristina Martín Sanz

Ilustración de la cubierta: *Lisa Perrin. Diseño de Ami Smithson (Picador).*

Copyright © *Peebo & Pilgrim Ltd.*, 2016

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2017

Extract from G printed with permission from Bloomsbury Publishing Plc.

© *John Berger*, 2012, *G*, *Bloomsbury Publishing Plc.*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info